Traducción de Borja Mozo Martín

LA VERGÜENZA

CRISTIAN FULAŞ

automática editorial

LA VERGÜENZA

CRISTIAN FULAŞ

TRADUCCIÓN DEL RUMANO Y NOTAS
DE BORJA MOZO MARTÍN

TÍTULO ORIGINAL: *Fâşii de ruşine*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 — 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

© 2018 by Editura POLIROM
© de la traducción, Borja Mozo Martín, 2023
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2023
© de la ilustración de cubierta, Clara Cerviño, 2023

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.U.

Support for this publication has been provided by a grant from the Romanian
Cultural Institute's Translation and Publication Support program (TPS).

ISBN digital: 9788415509028

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica y de estilo: Automática Editorial
Edición digital: Álvaro López

Primera edición en Automática: octubre de 2023

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las

leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos

«Mis proposiciones esclarecen porque quien me entiende las reconoce al final como absurdas, cuando a través de ellas —sobre ellas— ha salido fuera de ellas. (Tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera después de haber subido por ella)».
«Tiene que superar estas proposiciones; entonces ve correctamente el mundo».
«De lo que no se puede hablar hay que callar».

Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*[1]

1

Tiemblo. Me tiembla todo el cuerpo, hasta la última fibra, sobre todo estas manos, no las puedo controlar. Mi nuca descansa sobre algo húmedo, me hago a un lado e intento calmar el temblor. Busco a tientas bajo la almohada, localizo los cigarrillos. La inseguridad se adueña de cada gesto, como si nada quisiera permanecer entre mis dedos. Al fin, la cajetilla. No tengo fuego. Trato de levantarme, me coloco de costado y me incorporo a duras penas. Una tensión horrible en la nariz, la noto a punto de explotar. No hay manera, no puedo incorporarme. Me tiemblan las piernas. Llego medio a rastras hasta el escritorio, encuentro una cerilla y vuelvo a la cama tiritando de frío. Miedo. Ahora a buscar un cigarrillo. Hace calor en la calle, y en la habitación entra una luz insoportable. Miedo. Consigo prender la cerilla al tercer intento, pero no acierto a dar con el extremo del cigarrillo. Me duele la nariz, tengo la vista nublada. Miedo. Una calada. Me entran ganas de vomitar. Consigo contenerme, pero me quedo sin aliento. Mi cara entera es un volcán. Bebo agua. El vómito vuelve a la carga. Agarro la botella, le pego un trago e intento sin resultado que el líquido baje por mi garganta. Al final lo consigo. Un renovado vigor recorre de pronto todo mi cuerpo. Entro en calor y empiezo a pensar. Me meto sin respirar otros tres dedos de alcohol.

¿Dónde estuve anoche? ¿A qué hora llegué aquí? ¿Habré cerrado la puerta? ¿Dónde habré puesto el teléfono? Deja, ya lo verás luego. De momento, a recuperarse un poco. Ah, mira, ahí está. Cinco llamadas. Estupendo. ¿De quién serán?

Me levanto como puedo y consigo llegar hasta el recibidor.

Tiemblo tiemblo tiemblo tiemblo tiemblo tiemblo tiemblo

Me miro al espejo y doy un paso atrás. Tengo la nariz partida e hinchada, y la mitad de la cara negra. El ojo izquierdo no veo manera de abrirlo. No recuerdo lo que pasó, tal vez lo haga más tarde. Vuelvo a fijarme: la mano izquierda también hecha polvo. Qué raro. Voy al baño. Al volver, me tiemblan hasta los tuétanos. La escalera cruje bajo mis pies, para variar. Avanzo apoyándome en las paredes, en el pasamanos. Me cuesta horrores llegar a la habitación. La botella está en su sitio. Me abalanzo sobre ella y sigo bebiendo mientras fumo sin

descanso. No guardo ningún recuerdo de anoche, como si nada hubiera sucedido desde el principio de los tiempos.

Es verano y aprieta el calor. Demasiado. Parece que son más de las ocho, en la habitación hay ya muchísima luz. No se oyen los coches, la ciudad está de vacaciones. Pues muy bien, que siga así.

En mi calle hay veinte casas. Es una de las paralelas a Golescu, no queda lejos de la Estación del Norte. En general no se ve ni un alma por allí y es muy silenciosa. Cada casa está protegida por su correspondiente cancela cerrada con llave. Ambas aceras amanecen siempre cubiertas de coches, y como la ley permite aparcar a la buena de Dios, a los peatones no les queda otra que caminar por mitad del asfalto. En la esquina se pasa las horas aposentada en su eterna sillita una vieja gitana que lo sabe todo de hasta el último vecino del barrio.

La casa en la que vivo la construyó a principios del siglo xx un ricachón italiano, por lo visto un comerciante del mercado de Matache venido a más. Tiene tres pisos: un semisótano, una planta baja ligeramente elevada con respecto al nivel de la calle y una buhardilla. Por fuera es un espanto. En la fachada no quedan siquiera diez centímetros de estuco en buenas condiciones. Las ventanas de madera pintada lucen plagadas de desconchones, y la chapa del tejado es pasto del mismo óxido que se ha apoderado de la valla y la puerta, ambas muy pequeñas. El jardín, que tampoco es que sea muy grande, está sembrado de hierbajos. En el semisótano hay una cocina con bodega, un recibidor, un baño minúsculo y una habitación desocupada. A la parte de abajo se accede por una escalera de madera en forma de espiral, que en su día debió de haber tenido su encanto. Ahora le crujen todas las juntas y la pintura se ha borrado por completo. La planta baja son básicamente dos habitaciones y otro recibidor, que hace las veces de cocina. Tampoco es que cocine mucho, la verdad, pero no está de más tener como mínimo un espacio donde colocar la nevera. La habitación del fondo también está vacía, si quitamos los miles de objetos que se amontonan en ella sin ton ni son y entre los cuales me veo obligado a escarbar a diario para encontrar algo concreto. Me da pavor ponerme a hacer limpieza allí, así que las cosas se quedan como están. La habitación en la que hago vida reúne las comodidades básicas y es muy luminosa. Tiene tres metros cuarenta de alto y tres ventanas enormes, de algo más de dos metros cada una, sitio de sobra para una cama, un escritorio de época, una biblioteca, un soporte para televisión, dos palmeras, una mesilla de noche con su lamparilla de rigor, un sillón y una alfombra persa azul heredada de mis padres. Está llena de polvo, pero así y todo tiene mejor aspecto que el suelo de madera. La buhardilla no está habitable, y probablemente nadie haya vivido nunca en ella. Allí tengo almacenadas las cosas del antiguo propietario, que nunca volvió para

llevárselas. Un día las voy a tirar todas.

Sigo bebiendo y fumando a ver si se me pasa. Aumenta el dolor en la nariz y en los ojos. Me hurgo los bolsillos. Nada. Continúo buscando. En un recoveco, una pastilla. Un anticonvulsivo. Me lo llevo a la boca y lo empujo con un trago de alcohol; puede que así se calme el temblor. Enciendo la televisión, la apago, el sonido me irrita. Todo está patas arriba. Quisiera salir a estirar un poco las piernas, pero el temblor no parece dispuesto a concederme el menor respiro, y creo que me da vergüenza pisar la calle sobrio. Estoy hecho una pena, y por mucho que me esfuerzo no consigo recordar lo que pasó ni cómo llegué hasta casa.

Todas las llamadas perdidas son de mi hermana. ¿Qué querrá ahora? Me conozco su cantinela de memoria: «No bebas más, no te drogues, quédate en casa y búscate un trabajo, lo que sea, aunque no te paguen, que ya nos apañaremos de alguna manera, etc.». No me apetece escucharla.

Me levanto y me acerco a la ventana. La calle está desierta, ni siquiera la gitana de la esquina ha ocupado su puesto. Tiene la extraña costumbre de sacar primero la silla, desaparecer, volver pasado un rato con sus cigarrillos y su inevitable bolsa de pipas, apoltronarse y no moverse ya más del sitio. Se la puede ver desde aquí si uno se inclina mucho hacia la izquierda y sabe hacia dónde mirar, aunque también aparece reflejada en las ventanas de los vecinos. Intento vestirme. A la botella le queda lo justo y sé que voy a necesitar algo de beber. Al coger los pantalones de la silla del escritorio los noto llenos de sangre aún fresca. Entro en la habitación de al lado y me hago con otros en medio del caos. Tengo treinta pares por lo menos, así que todo en orden. Me visto e intento limpiarme la sangre de la cara con un poco de agua. El ojo sigue prácticamente cerrado, pero me ha bajado la hinchazón de la nariz. Creo recordar que en alguna parte tenía unas gafas de sol. Dónde, no podría decirlo. Apuro las últimas gotas de la botella, empiezo a encontrarme mejor. Parece que va remitiendo el temblor, no del todo, pero sí lo suficiente como para permitirme llegar hasta la esquina.

Busco algo de dinero donde siempre, bajo el colchón, en el lado derecho, entre las páginas del ejemplar de *La familia Moromete*[2] que guardo allí desde hace años. El primer tomo, mi libro favorito cuando me da por leer algo al azar durante cinco minutos.

Salgo por la puerta y me topo con la gitana. La saludo, me saluda.

—¿Se puede saber de dónde venías tú tan perjudicado, jomío, por la mañana a esas horas?

—Qué sé yo, mujer, qué sé yo.

Niega con la cabeza en señal de desaprobación, sin mediar palabra. Peores cosas habrá visto a lo largo de su vida.

Bordeo la valla unos cien metros rumbo a la tienda de la esquina. Por lo pronto voy a comprar cerveza para irme espabilando. Tengo que llegar hasta allí y volver. Entro en la tienda, un tugurio en un semisótano con tres escalones de hormigón, me dirijo directamente al frigorífico, agarro dos packs de cerveza y los planto sobre el mostrador. Me acerco a la máquina expendedora de café, introduzco un leu en la ranura y espero. El café huele bien, me apetece. Pago las cervezas y me llevo además dos cajetillas de tabaco. La chica del mostrador no se molesta en decir nada, está más que acostumbrada a verme desfilar por allí, sin saludar ni abrir siquiera la boca. Salgo, me siento en uno de los bloques de hormigón que hay delante de la ventana y apoyo en el suelo, a unos centímetros de mi pie, el café y la bolsa con las cervezas. Abro los cigarrillos. Me levanto, entro de nuevo en la tienda, cojo un mechero del mostrador y suelto el dinero. La misma secuencia de cine mudo. Vuelvo a subir los escalones y me dejo caer sobre el bloque de hormigón. Me bebo el café, fumo con la mirada perdida, abro una cerveza. Está fría, me sienta bien. Todo empieza a cobrar sentido. Noto que ya puedo despegar las mandíbulas. Me termino la lata a toda prisa y abro otra. Los recuerdos se niegan en rotundo a acudir a mí, así que renuncio a seguir dándole vueltas al asunto. ¿Tengo algo que hacer hoy? ¿Alguna cita prevista con alguien? ¿Y dinero? Parece que dinero sí, pero nada de citas. Podría ir por el centro. Aún tiemblo un poco de vez en cuando.

Me levanto para volver a casa. De camino, intercambio unas palabras con la gitana. Cruzo la puerta una vez más, subo las escaleras, me siento delante del escritorio y abro otra cerveza. Busco una camiseta, me cambio. Ya no tengo tan mala pinta. Recorro la agenda hasta dar con el número de un amigo, llamo, no responde. Estará durmiendo, son las nueve de la mañana y hace mucho calor. Encuentro las gafas de sol, lo bastante grandes como para cubrirme el ojo herido. Mejor así. Por lo menos nadie se quedará mirándome.

Recojo la mochila del suelo y la lleno de cervezas. Voy a ir a dar una vuelta por el centro. Decido llevarme también un libro. *La señorita Smila y su especial percepción de la nieve*. Por si me aburro. En verano, no hay mejor remedio contra el aburrimiento que la lectura. Pero ¿adónde ir exactamente? Tranquilo, ya lo decidirás sobre la marcha. Lo único que tienes que hacer es encontrar a alguien con quien darle a la lengua.

Salgo, cierro la puerta y dejo la llave en el buzón. Llevarla encima no es seguro, podría volver a perderla en cualquier sitio. Echo a andar hacia la izquierda para evitar encontrarme otra vez con la gitana. Ya la he visto lo suficiente por hoy. Recorro la calle desierta con toda la calma del mundo. Ni un alma. Doblo a mano izquierda. Doscientos metros y me planto en la plaza. Cruzo para entrar por Știrbei. Hay

sombra, se está bien. Al pasar por delante de Anticorrupción, abro una cerveza. El gendarme de la entrada me observa con la mirada vacía de quien se pasa doce horas sin hacer gran cosa. No hay tráfico. No asoma ni una sola nube entre las ramas de los árboles. Camino a mi ritmo, sin prisa por llegar a ninguna parte. Fumo y bebo cerveza. Bucarest es una ciudad borracha, una cervecería pública, amplia y luminosa. Giro de golpe a la derecha, paso por la sede de la Nunciatura Apostólica y bajo en dirección al parque. Es tan bonito y se está tan fresco allí… A ver si me siento un rato. No queda lejos. Entro por el acceso que tiene ese armatoste de piedra, a medio camino entre un porche y un pórtico, y directo al manantial de Eminescu.[3] Allí, elijo un banco para tomarme otra cerveza mientras observo a los perros de paseo. Es indignante que no los dejen correr en libertad. ¡Hasta en el parque se les exige que se comporten! ¡No hay derecho! Me termino la cerveza y me deshago de la lata en la primera papelera que encuentro. En marcha de nuevo. Subo por entre los bloques de Sala Palatului y atravieso el parquecito de la iglesia. Hay jaleo en Calea Victoriei, así que cruzo por donde puedo. Me meto por las callejuelas de la zona de la universidad y saludo a todos los libreros de viejo que exponen su mercancía a lo largo de sus muros. Ya ni sé cuánto hace que los conozco. Son gente que ha ido envejeciendo al mismo ritmo que las fachadas y las corrientes de aire de por aquí, gente por lo general bastante desgraciada. Me paro a charlar un rato con el Profesor, todo un personaje. Tiene el pelo blanco, viste de traje y sabe de libros lo que no está escrito. Me pide prestado algo de dinero, hoy todavía no le ha sonado la flauta. Se lo doy. Ya me lo devolverá cuando me pase por aquí de vuelta a casa a última hora de la tarde. Me adentro en el pasadizo, aprovecho para echarle un vistazo a los objetos variopintos que pueblan los escaparates y regreso a la superficie por la salida que va a dar justo a la puerta del Museo de Bucarest. Siempre me ha gustado ese edificio, tan pequeño y coqueto. Me encamino hacia una terraza tranquila que conozco en los alrededores. Llego enseguida. Quitando a unos cuantos estafadores de poca monta y sus respectivos cafés, el sitio está muerto. No quiero cuentas con ellos, así que directo a la barra a pedir una cerveza y un café. Los habituales del local me reciben con alborozo, soy un cliente habitual y de vez en cuando los invito a una ronda. Decido quedarme dentro. Uno de los muchachos me acerca el mando de la televisión para que ponga lo que yo quiera. Me dedico a beber mientras contemplo la terraza desierta: se respira una calma de lo más agradable a estas horas. No se mueve un alma. La ciudad se despereza, y aquí estoy yo plantado, viendo un documental de guerra, como de costumbre. Me encanta esta calma, tiene algo distinto. Lo bueno de madrugar es que uno puede disfrutar de este tipo de momentos. Las

alegrías de la vida no abundan precisamente, pero de entre todas ellas me quedo de largo con la tranquilidad de una buena taberna. Hay cosas que no tienen precio.

La terraza empieza a animarse. Tiene mucha fama entre los alcohólicos de la ciudad por ser la única del centro con precios asequibles, y a algunos su nombre les suena casi a mito: Argentin. El propietario es un golfo de mucho cuidado que sirve bebida barata y de baja estofa, a juego con la fauna que suele darse cita aquí. A pesar del calor insoportable que hace en torno al mediodía, las mesas se llenan y la bebida corre a raudales. Pintas de cerveza, vino con sifón, gente conversando… el maravilloso mundo de aquellos que se dedican a empinar el codo desde primera hora y no dan palo al agua. Todos los habituales del lugar disponen de alguna fuente de ingresos, aunque ninguna brille por su honradez, que digamos. Y todos ellos, salvo contadas excepciones, andan borrachos de la mañana a la noche. Lo extraño es que no se monte demasiada gresca. Si se da el caso, los muchachos de alrededor la sofocan al instante.

He decidido ir yo también a sentarme fuera. Comparto mesa con prácticamente los mismos todos los días: David el Judío, el Pitufo, Moncher y Alex Matetovici. Gente con historias. Si se pusieran de acuerdo, podrían juntar temas para una docena de novelas. David es un antiguo yudoca que llegó a ganar el campeonato de Europa hace veinte años. Al cabo de muchas peripecias fue a parar a Alemania, donde tuvo una pelea con un chino en un supermercado. El tipo se le había colado en la fila y él le sacudió un puñetazo, con tan mala suerte que el pobre infeliz fue a dar con la cabeza contra la caja registradora y murió en el hospital al día siguiente. David recibió su correspondiente castigo por aquella hazaña, y además le cayeron otros cinco años en Rumanía. Vive de lo que le va saliendo y anda metido en todo tipo de negocios, a cada cual más turbio. Tiene una amante diez años mayor que él, pero aparte se junta con otro vejestorio al que tiene mucho cariño y que debe de rondar los sesenta. Los tres beben como esponjas, y a todo eso hay que sumarle un bóxer llamado Oso. El Pitufo se dedica a las finanzas. Es un chico listo, aunque a alcohólico no lo gana nadie. Tiene casa, mujer y un hijo, pero el noventa por ciento del tiempo se lo pasa en bodegas y bares de mala muerte, borracho como una cuba y hablando por los codos. Alex ha sido obrero toda la vida, viene del norte del país y se aloja en casa de varias mujeres. Nadie sabe muy bien de qué vive.

Con esa gente me junto yo a diario en un sitio o en otro. A veces pasamos días enteros sin separarnos, como en una versión postmoderna de los depravados príncipes de la Vieja Corte.[4] Hoy estamos aquí de parloteo a cincuenta grados a la sombra, alrededor de unas botellas de vino con sifón y hielo. Está claro que no vamos a

hacer otra cosa en todo el día aparte de recorrer tranquilamente unos cuantos garitos. A la barra nos acercamos por turnos, una ley no escrita. Nos invitamos los unos a los otros en la medida de nuestras posibilidades y siempre nos ayudamos con lo que podemos.

Mi nariz se convierte, cómo no, en el tema de conversación del día. No consigo recordar lo que pasó. David sostiene que a eso de las dos y algo estábamos de pedo en un banco de Sfinții Voievozi. Nosotros dos y Micki. Más no sabe, porque se marchó. Ya le preguntaremos luego a Micki, a ver si se acuerda de algo.

El Pitufo propone que cambiemos de sitio y nos movamos a otro lugar más fresco, en el Argentin empieza a costar encontrarse a gusto. Hacemos cuentas entre risas y ponemos rumbo hacia el Pepa, otro local por el centro que solo conocemos nosotros. Cruzamos por el pasadizo del bulevar Brătianu y llegamos a Sfântu Gheorghe. Detrás de la plaza, por donde circula el tranvía de la línea 5, hay una bodega antigua y bastante cutre que lleva el nombre de su dueña: Casa Pepa. De algún modo el local ha sobrevivido tal cual desde la época de Ceaușescu, cuando se juntaban allí para comer los trabajadores de la compañía eléctrica, que quedaba a dos pasos. Es el lugar más sucio en el que uno puede consumir alcohol por la zona: el suelo es de cemento y de mosaico, y en el servicio no sería capaz de entrar una persona sobria. De tan barato, podría pasar por un tugurio de esos que uno se encuentra a cada esquina en el barrio de Ferentari. La dueña se tira todo el santo día vendiendo vodka, cerveza y vino peleón al otro lado de una barra grasienta. La fauna del lugar es aún más extraña que la del Argentin, porque allí vienen a juntarse además todos los mendigos y personas sin hogar de Sfântu Gheorghe y alrededores. El personaje más conocido es Paulian, un exarquitecto que no hace otra cosa que mendigar bebida. Es un tipo tan divertido, y conoce tal cantidad de buenas historias de Bucarest, que todo el mundo lo invita. A veces uno puede encontrarse con Moni, un viejo gordo y sucio que se las da de abogado y bebe como un cosaco, tanto que ha llegado a convertirse en toda una leyenda en la zona centro de la ciudad. Así que nos sentamos a la mesa en el Pepa con esos dos nuevos miembros en la tropa. Pedimos *mici*[5] a la parrilla y cajones enteros de bebida. La juerga se va alargando. Entre trago y trago, Moni nos detalla los negocios millonarios —en euros— que hizo con los americanos del hotel Intercontinental, mientras que Paulian, por su parte, nos relata cómo le birlaron el proyecto de la Casa del Pueblo.[6] Ya hemos escuchado esas historias de sus propios labios antes, pero cada vez que las cuentan añaden algún que otro detalle que termina por cautivarnos. Después de todo, nos encontramos en el minúsculo territorio de los alcohólicos del centro, y con algo tendrá que disfrazar esa gente su propio fracaso.

En un momento dado, David me hace una seña con disimulo para que salgamos y nos acerquemos adonde el tranvía. Buscamos un lugar en el que ponernos a cubierto —un callejón—, saca dos canutos ya liados, los encendemos y nos quedamos fumando, apoyados en la pared.

—¿Llevas algo encima?

—No, vamos más tarde y pillamos, estos los he cargado bien.

Al acabar, nos liamos otro con unas cuantas hebras que guarda en una bolsita de plástico, nos lo fumamos y volvemos a la bodega medio colocados. Los muchachos saben lo que nos traemos entre manos y nos han pedido que seamos discretos. No les gusta verlo, lo entendemos. Como somos amigos y estaría feo enfadarnos, lo que hacemos es alejarnos un momento para dedicarnos a lo nuestro cada vez que nos apetece. Pese a las interrupciones, mantenemos viva la llama. Llegado un punto, empezamos a salir del local cada vez más a menudo para regresar al rato, con la coherencia cada vez más mermada.

Así nos pasamos los días desde hace años: bebiendo, drogándonos y sacando dinero de lo que va surgiendo. Una vida de ensueño. No hay nada que nos asuste, con el tiempo ya hemos visto de todo. Sabemos perfectamente que un día la cosa puede acabar mal, y aun así seguimos. Nos metemos de todo menos heroína. David tuvo su época de pincharse y sabe lo que es, así que huye de las agujas como de la peste. Hace unos años que lo dejó y que empezó a darle a cosas más suaves, en las venas ya no se mete nada. El mono lo pasó él solo en casa, tumbado en la cama, con un cuchillo a mano y bebiendo vodka sin parar. Al cabo de dos semanas volvió a poner los pies en la calle totalmente curado. Sabe que llegará el día en que vuelva a las andadas, pero procura retrasarlo lo máximo posible. Del mismo modo que sabe, según reconoce él mismo, que precisamente ese día habrá firmado su sentencia de muerte. Con una voz grave y una buena dosis de patetismo se aplica en contar, como recitando, las desgracias que le ha tocado sufrir. Cuanto más puesto va, mejor las cuenta, y cuando está en las últimas se dedica a declamar poemas como si no hubiera mañana, salpicándolos de rimas obscenas. Su preferido es «El jabalí de los colmillos de plata».[7] Se lo sabe de memoria, y con el tiempo ha ido creando unas cinco versiones porno de la balada.

En plena juerga, me suena el móvil. Lo cojo: es Mortu. Nos invita a una barbacoa en el patio de su casa. Va a llamar a más gente. Le confirmo que vamos para allá y le pregunto si llevamos algo.

—Nada —contesta él.

Cuelgo. Algo compraremos por el camino…

Nos terminamos lo que queda en la mesa y llamamos a un taxi. Un coche mal pintado, como dice el Pitufo. Lo dejamos a él de copiloto —con sus dos metros no cabe en el asiento de atrás de un Logan— y

nosotros nos apretujamos en la parte trasera sin soltar las cervezas. El taxista recorre a toda velocidad las callejuelas traseras del hospital Colțea, va a salir a Bulevardul Carol y cruza en el último momento a Regina Elisabeta, justo antes de que el semáforo se ponga rojo. Yo voy mirando por la ventanilla: me encanta esta ciudad. Pasamos por Universitate, llegamos hasta el parque Cișmigiu y doblamos a la derecha por la clínica de estomatología. Alex nos da la lata por enésima vez con una historia de mujeres que le sucedió anoche. El taxímetro se detiene en la rotonda de Pârvan y extraemos nuestros cuerpos como podemos del vehículo. Entramos en la primera tienda que vemos y nos hacemos con un cajón de cerveza y unas cuantas botellas de vino escogidas al azar, por no llegar con las manos vacías.

En el patio reina un jaleo de locos bañado en música y humo. Es la hora del atardecer y la ciudad está ardiendo. Debe de hacer cuarenta grados a la sombra. Mortu viene a recibirnos cocido, para variar. Un personaje de traca: alto, famélico, con los ojos enterrados en sus cuencas y una dentadura perfecta. Lleva como unas diez cadenas de plata y muchos anillos. El macarra más viejo de los que aún siguen vivos. Conoce a todo el mundo y es bastante desprendido. Sobre él corren muchos rumores, pero nadie sabe con exactitud qué tipo de negocios maneja. Tiene un casoplón enorme, chófer y parece ser inmune a las desgracias. Vive con una fulana a la que sacó de casa de un amigo suyo que no la trataba bien. Se entiende con ella solo con la mirada y nadie los ha visto nunca enfadarse o discutir. En el festejo, que parece haber sido organizado sobre la marcha y, por una vez, para un pequeño círculo de gente, solo participan dos personas más: Plopu y Dragoș. Plopu es una especie de guardaespaldas de la casa, y Dragoș, un cuñado de Mortu que vive de lo que puede sin despegarse de él. Por lo general le hace recados, lo cual le permite tener la existencia asegurada. Nos reparten sillas y vasos. David, un enamorado de la cocina, se pone de inmediato al mando de la barbacoa. Estamos un rato de cháchara, hablando de esto y de lo de más allá, con el único objetivo de que pase el tiempo y refresque un poco. Invita la casa. Es fiesta, y Mortu nos da a todos de beber hasta que el cuerpo aguante. Me coge por banda y me obliga a seguirlo hasta el interior de la vivienda.

—Ven, tú, que te enseño algo.

En su habitación, apoyado sobre una mesita, descansa un busto de mármol blanco. Bien trabajado, magnífico. Mortu dirige mi atención hacia unas firmas ejecutadas con maestría a la altura de la base.

—Me lo quedé como aval para un préstamo. Como el tipo se hunda, me forro. ¿Cuánto crees que valdrá?

—No sé, lo preguntaré.

Salimos sin decir nada. Las palabras están de más. Los muchachos

han sacado el *backgammon*, dos tableros de madera con un acabado perfecto. Organizamos un torneo a un leu por cabeza. El que pierde coloca las fichas en el tablero por los demás. A todos se nos da bien el *backgammon*, y le ponemos tanta pasión que los insultos se escuchan hasta en la calle. Consigo llegar a la final, pero caigo ante Plopu. Me da tanta rabia que me entran ganas de arrojar las fichas al suelo. David ha quedado cuarto, le toca «colocar». Seguimos jugando. De vez en cuando le damos un golpe adrede al tablero para que vuelva a colocarnos las fichas. La rabia lo corroe. Es lo que tiene perder. Subimos la apuesta entre bromas, ahora jugamos a dos lei la mano y a cuatro los dobles. Nos acercamos hasta la tienda para cambiar dinero, ninguno de nosotros lleva encima esos papelitos mágicos de color verde. La cosa acaba convirtiéndose en un suplicio: si pierdes, te toca ir a cambiar billetitos, «que esos tuyos no valen», como apunta Mortu, «¿quién nos garantiza a nosotros que no son falsos?». Nos comportamos como niños. Alguien trae un felpudo para colocarlo delante del perdedor y que la caída no sea tan dura. La idea es que se sienta como en casa, cuando su madre lo tenía entre algodones, y desfile sin rechistar hacia la tienda. Le damos a David un leu cada uno para que coloque las fichas: ni más ni menos que lo que suelen recibir los perdedores a cambio de su honrado trabajo, un leu. Él no para de insultarnos. Nos divertimos, bebemos y cotorreamos.

Mortu nos anuncia que en una hora salimos a dar una vuelta por ahí. Le hago una seña a David, nos escabullimos por la cancela y enseguida llegamos a mi casa. En el baño, hago acopio de una botellita y de todo lo necesario, y en cinco minutos estamos listos. Metemos las provisiones en la mochila y volvemos a poner los pies en la calle. Hace un sol de justicia esta tarde, tengo la sensación de caminar por el aire. El anestésico nos va haciendo efecto poco a poco: hemos dejado de hablar y nos limitamos a seguir adelante como guiados por control remoto, cada uno metido en su película. Veo cómo la calle adopta un ángulo extraño y el tranvía levanta el vuelo, pero se me pasa rápido: ya estoy empezando a volver en mí.

—Oye, David, ¿esta calle está a mucha altura?

—Pues no sé, colega, yo me estaba preguntando lo mismo.

—Venga, vamos, que esta gente nos está esperando. Ya iremos recuperándonos sobre la marcha.

Caminamos calle abajo, observando las casas como si no las hubiéramos visto nunca. Cada vez que nos cruzamos con alguien, nos desviamos unos metros hacia el centro de la calzada para esquivarlo. Nos detenemos frente a la cancela, inspiramos hondo, le pegamos un trago a la cerveza y entramos. Todo parece ir mejor ahora. El efecto del alcohol se me ha pasado de golpe, siento que podría tirarme tres días de fiesta. Los muchachos se han preparado y nos están esperando.

Subimos a unos coches y salimos rumbo al centro. Ni idea de adónde vamos.

En la plaza, una revelación. Al ver la parada lo recuerdo todo: resulta que intenté apearme del tranvía y fui a dar con la boca en el bordillo. Por eso tengo el ojo morado y la nariz partida. Bueno, por lo menos ahora ya sé qué pasó. Les cuento mi piscinazo a los muchachos y nos partimos todos de risa.

Entramos en el restaurante. Todo bien ahora. Adiós a la obsesión de anoche, me acuerdo de todo. Pedimos comida y bebida, la reunión tiene pinta de alargarse. El colmo de la felicidad.

2

Noche. Silencio sepulcral. Nada se mueve. Está claro que he dormido con la ropa puesta. Menudo mareo llevo encima. Saco la herramienta y me preparo un chute a toda prisa. Recupero el tono. Me acerco hasta el recibidor y cojo una cerveza. Se escucha un ronquido en la otra habitación. Abro la puerta: David y el Pitufo, tirados en la cama. Vuelvo a cerrar. No quiero despertarlos aún, debe de ser muy temprano. Que sigan durmiendo. En el móvil me aparecen muchas perdidas. Menuda novedad. Ya llamaré a lo largo de la mañana, a ver qué es lo que pasa. Por ahora, aquí me quedo con mi cerveza en la mano escuchando la noche, mi mejor amiga desde siempre, el único momento en que me siento a salvo. El día es peligroso, te sorprende cuando menos te lo esperas; la noche es siempre segura, tranquila, solitaria.

*

Hace ya un buen rato que ha amanecido. Los muchachos se han despertado y se han marchado a sus casas. Agarro el teléfono, me siento tranquilamente frente al escritorio y pulso el botón de llamada.

—Buenos días. Tengo una llamada suya.

—Hombre, muy buenas. Ayer estuvimos todo el día intentando dar contigo. ¿Te acuerdas de lo que hablamos la semana pasada?

—No muy bien, si le soy sincero. ¿Algo importante?

—Tu madre. Está enferma. La ingresaron en un hospital en el extranjero, sufrió un derrame cerebral. ¿Cómo has podido olvidar algo así?

—No sé, sencillamente lo he olvidado. ¿Es grave?

—Sí, se ha quedado paralizada por completo.

El mundo se derrumba bajo mis pies. Me cuesta contener un grito, pero tener que asimilar los hechos me mantiene a salvo, me enmudece. Consigo balbucear:

—¿Qué se puede hacer?

—Nada. Tu hermana está allí. Nos ha pedido que te cuidemos, pero hasta ahora no hemos dado contigo. ¿Podemos acercarnos por tu

casa?

—Sí, pueden venir.

Cuelgo. Me echo de golpe a temblar; no me puedo creer que me haya tirado una semana sin querer saber nada. No tengo ni la menor idea de lo que puedo hacer. Tampoco quiero llamar a mi hermana, porque en este caso lleva razón. Por mucho que sea yo un tipo sin alma, esta vez se me ha ido de las manos. Abro una cerveza y me quedo mirando al vacío, sin palabras. Un intenso dolor sordo me sube por el cuerpo; me pongo a sudar. Todo está mal. Se me ocurre llamar a David para hablar con él, pero de repente siento que no es la mejor idea del mundo. Empiezo a chillar. Lanzo aullidos desesperados sin ton ni son, y así durante cinco minutos, hasta quedarme ronco.

Me recuesto sobre el respaldo de la silla, agotado, con la mirada perdida. No quiero saber nada de nadie. ¿Será este el final? Veo desfilar miles de acontecimientos por delante de mis ojos, momentos buenos y malos, todo mezclado, confuso. Leí en algún sitio que la única solución es olvidarlo todo, borrar el pasado y volver a empezar de cero. Me parece imposible, aunque esa palabra tampoco me ayuda, necesito otra mucho más potente. Si lo olvidas todo, ¿no significa que has muerto? Y en ese caso, ¿qué te queda por hacer? Me acerco al espejo con precaución. Estoy desfigurado. Tengo la nariz partida y los hombros morados de tanto pinchazo. Los brazos me cuelgan como palos de escoba. Los pantalones casi se me caen. Algo no va bien.

Oigo un motor a la entrada y el golpe seco de las puertas de un coche al cerrarse. La cancela chirría como de costumbre. Unos pasos pesados por la escalera. Los padres de mi cuñado hacen su entrada con la tranquilidad que los caracteriza. Su forma de ser es distinta a la del resto del mundo. Toman asiento, el uno en la silla y la otra en el sofá. Me observan con una mirada cargada de compasión y de sufrimiento. Tienen un hijo más o menos de mi edad y no parece que les esté gustando lo que ven.

—Mírate… Hay que ver hasta dónde has llegado… ¿Cuándo fue la última vez que comiste? —me pregunta él.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —añade su mujer.

—Nada, me caí. ¿Podrían ustedes decirme lo que ha ocurrido?

—Tu madre se cayó en la bañera. La encontró el casero al cabo de dos días. Está en el hospital, tiene una parálisis total. Los chicos están con ella, llegaron al día siguiente. Por ahora no se sabe en qué va a quedar la cosa.

Se me vuelven a poner los ojos en blanco. Soy incapaz de hablar.

—Tu hermana nos ha dado el número de un médico que fue profesor suyo. Nos ha pedido que hablemos con él y que te ingresemos, si es que estás de acuerdo. Hemos venido para llevarte

allí, el doctor te está esperando. No tienes nada que temer, todo irá bien, nos ocuparemos de que no te falte de nada.

No consigo entender lo que me está diciendo. Lo miro con la sensación de ver a través de él. Bajo hasta el baño, vomito, me meto casi media botella de coñac entre pecho y espalda. Vuelvo.

—Ya sabemos que cuesta, pero tienes que hacer algo. Tú también te habrás dado cuenta de que no puedes continuar así…

Me resulta imposible pensar. Quiero huir, huir hasta los confines del mundo. No me puedo ni imaginar cómo será dejarlo todo, la mera idea despierta en mí un terror inhumano. Me siento como un animal perseguido. Sé que no puedo rechazar su propuesta; el problema es que tampoco se me ocurre ninguna clase de futuro sobrio. Cojo una cerveza, la abro y le pego un trago sin pensar. Nada a mi espalda y nada en el horizonte. ¿Habré vivido en vano?

Los Popescu siguen contemplándome sin inmutarse. En sus caras se dibujan la misma paciencia y piedad infinitas.

—Habrá que ir. Qué remedio…

—¿Tienes ropa limpia, un chándal o algo?

—Debería… No sé, voy a ver.

Entro en la habitación y rebusco entre la ropa. Resulta que tengo chándales, así que apretujo un par en la mochila. Meto también algo de ropa interior, unas camisetas y unas zapatillas de estar por casa. Tampoco es que haya estado nunca ingresado en un hospital, pero sospecho que eso es lo que hay que hacer, llegado el caso. Añado también dos o tres libros, aunque lo más posible es que no lea. Salgo de la habitación con paso solemne. Un cortejo fúnebre. Me ronda la cabeza sin parar el verso inicial de la *Iliada*; el siguiente no consigo recordarlo. Recito el primero en silencio una y otra vez, como un himno funerario. Subo al coche y le dedico a la casa una mirada como si fuera la última. Soy un muerto, y esta gente ha venido para acompañarme en mi último viaje. Me sorprende no estar furioso. ¿Y entonces a santo de qué tanto repetir el maldito verso? No lo sé ni yo.

La ciudad va desfilando a mi paso: esas calles tan familiares, los bares, alguna que otra persona conocida… Contemplo el paisaje a través del cristal tintado, consciente de que nada volverá a ser igual, pero incapaz de imaginarme el futuro.

> *Words move, music moves,*
> *Only in time; but that which is only living*
> *Can only die.*

Miro por la ventanilla con la botella de coñac sujeta entre las piernas. La ciudad fluye muy despacio, hace calor y las calles parecen cada vez más desiertas a medida que nos alejamos del centro. Bucarest

sigue borracha —o al menos así la veo yo— y no hay calle que no me traiga algún recuerdo. El viaje en coche es una canción, una sonata sin aparente principio ni final. Dejo la mente en blanco, decido dedicarme únicamente a mirar, sin articular palabra. No me interesa nada, nada en absoluto. Soy un muerto y esta es mi historia.

tal vez nada de todo esto estaría sucediendo precisamente así si las cosas fueran siquiera un poco diferentes intento reflexionar no puedo no hay manera de comprender que han venido ustedes a por mí pero por qué no lo han hecho mientras estaba dormido el sueño me vuelve vulnerable no puedo resistirme tampoco me estoy resistiendo ahora salvo en mi cabeza aparte las manos del volante y vamos a darle un remojón al motor en el Dâmbovița es un río limpio puedes lavar sin problema un coche en sus aguas mira qué cúpula más grande y qué bien se ve desde detrás del centro comercial ya falta poco para llegar *increscunt animi virescit volnere virtus.*

3

Siempre me ha fascinado esta calle, no sé por qué. Parece tan concurrida… Igual es por la hilera de árboles que separa sus carriles. Nada más pasar la gasolinera empieza el hospital, probablemente el más grande que haya visto nunca. Unos tipos uniformados custodian la entrada. El señor Popescu saca a relucir un billete y obtiene a cambio unas indicaciones. Entramos con el coche y damos unas cuantas vueltas por las callejuelas de sentido único que conectan las diferentes áreas. Por lo que veo, el recinto está dividido en varios edificios cortados por el mismo patrón. No parece muy difícil perderse por aquí. El área a la que nos dirigimos está en un lateral del patio, cerca de la entrada. Se trata de un pabellón de un solo piso, rodeado de un jardincito. El único vallado y con guarda de seguridad. Llegamos a la puerta. El guarda nos indica el recorrido. Camino a trompicones. En el jardín, unas cuantas personas, a mi modo de ver, de lo más normales. Subimos por una rampa y enfilamos un pasillo largo, estrecho y oscuro. El último lugar donde uno desearía estar. Una hilera de puertas. El letrero de la primera me deja seco: «aislamiento». Hay cola al final del pasillo: dos o tres personas esperan sentadas. Un enfermero con bigote nos pregunta muy sonriente qué asunto nos trae por ahí antes de desaparecer por la última puerta de la izquierda. Aguardamos unos minutos hasta que se vuelve a abrir y nos invitan a pasar.

La consulta es pequeña y luminosa. Desprende un aire acogedor, puede que de tantas carpetas y libros repartidos por todas partes. En medio del caos, el médico: un señor imponente de unos cincuenta años con bigote y una sonrisa bondadosa. Sentado a su derecha, un chico de unos veinticinco con una libreta en la mano. El enfermero sonriente espera de pie a que le digan lo que tiene que hacer. El doctor nos saluda con amabilidad, tan risueño él, y pregunta por mi hermana. Aún recuerda lo buena estudiante que era, y solo lamenta que no se haya quedado en la pública, aunque tal vez esté mejor en la privada.

—¿En qué puedo ayudarles?

Guardo silencio, desconcertado. No se me ocurre en qué podría

ayudarme. Él sabrá.

—Hemos conseguido convencerlo de milagro esta mañana para que viniera. Usted sabe mejor que nadie lo que hay que hacer.

—Eso creo —responde el doctor Tene—. ¿Hemos consumido algo hoy? Parece que sí… Tică, trae un Tiapridal para el señor, y un Diazepam. Vamos a intentar tranquilizar un poco la cosa, después ya veremos. Diles a las chicas que preparen una habitación, luego hablamos.

Y dirigiéndose a mí:

—¿Cuándo ha sido la última vez que ha consumido? ¿Y qué exactamente?

—Hace diez minutos. Coñac.

—¿Algo más desde esta mañana?

—Un pico de ketamina y un par de cervezas.

—¿Se encuentra bien?

—Tutéeme, por favor.

—¿Te encuentras bien?

—Más o menos. ¿Va a ser duro?

—Francamente, no lo sé. Cada caso es un mundo. ¿De salud cómo andas, en general? ¿Qué te ha pasado en el ojo?

—No sé cómo ando de salud, supongo que bien. Me caí y me golpeé contra un bordillo.

—Ya… ¿Y quieres quedarte ingresado? No podemos hacer nada sin tu consentimiento por escrito. Tenemos unas normas.

—Digo yo que sí, para algo he venido.

—Vale. Pues unas normas rápidas: esta área está cerrada. Hay un horario de visita, pero no lo respetamos, así que pueden venir a verte en cualquier momento. Eso sí, tú no puedes salir del recinto sin que te dé yo permiso por escrito. Tampoco puedes consumir nada aquí dentro. Se llama abstinencia, ya te lo iré explicando sobre la marcha, y te daré material para que leas. Recibirás tratamiento y, además, nos ocuparemos de cualquier cuestión de salud que necesites.

—¿Puedo utilizar el portátil?

—Puedes utilizar lo que quieras, incluso la tele. El señor Tică se encargará de que no te falte de nada.

—¿Y fumar?

—Sí, claro.

—¿Café?

—Yo te recomendaría que dejaras de tomarlo unos días, podría sentarte mal. Pero la decisión es tuya, claro está. Esto no es una cárcel, lo que intentamos es ayudarte. ¿Más preguntas?

—¿Cuánto va a durar la cosa, doctor?

—Eso no te lo puedo decir… —descuelga el teléfono y marca una extensión interna—. Tică, ¿habéis resuelto lo de la habitación? Que la comparta con alguien unos días, sí o sí, luego ya veremos. He dejado escrito que le saquéis sangre para unos análisis. Que sean de urgencia. De momento, le ponemos una dosis de glucosa para ver si lo espabilamos un poco.

Cuelga.

—Haz el favor de acompañar al señor Tică para que te indique dónde queda la habitación. Nos vemos en una hora. ¡Ah, y otra cosa! ¿Le han traído ustedes todo lo que necesita, cigarrillos y demás…?

—No, pero eso tiene fácil arreglo. Ahora mismo voy a comprárselo —responde el señor Popescu.

—Perfecto. ¿Y su documentación dónde está?

—Aquí la traemos. Perdió el carné, solo tiene una fotocopia.

—Pues entréguensela al señor Tică para el ingreso. Con eso nos apañamos.

Me levanto como puedo. Esas dos pastillas me han dejado hecho polvo. Me muero de sueño y tengo la vista nublada. Salgo al pasillo y avanzo unos metros hasta que el señor Tică me señala una puerta abierta. Una habitación pequeña con dos camas. Sin decoración alguna, pero con baño. Una ventana enrejada y todo muy limpio. De la nada aparece una enfermera con el instrumental para sacarme sangre. Me siento en una silla y estiro el brazo, como en sueños. Imposible encontrar una vena, dice. Otro par de intentos, a cada cual más doloroso. Llega Tică y lo intenta a su vez. Consigue dar con una vena encima del codo y me saca unos cuatro viales. Me deja puesto el catéter, lo cierra con cuidado y le encarga a la enfermera que me dé una de glucosa con vitaminas. Hasta que no me tumbo en la cama no reparo en mi compañero de habitación.

Es alto, grandote y sonríe.

—Yo soy Petre. Me han pedido que me quede contigo unos días. ¿Necesitas algo, socio?

—Un pitillo.

—Aquí los tienes. Ya hablamos luego.

Se va tan contento. A saber adónde.

Aparece la enfermera, coloca un gotero a mi lado y me pone la vía. Es mayor. Me mira con lástima, sacude la cabeza en señal de desaprobación y se marcha. Me quedo solo, fumando y mirando por la ventana los árboles del jardín. No entiendo nada de lo que sucede, parece un sueño. Se respira calma, como en casa, pero la cuestión es que no estoy en casa. Y tampoco entiendo por qué todo el mundo me tiene entre algodones. Quisiera beber algo, aunque fuera una cerveza, pero soy consciente de que no hay manera. Me entra sueño. Observo

las gotas blancas deslizarse poco a poco en mi interior. Trato de contarlas; me pierdo. Todo parece tan complicado… Cierro los ojos. Los abro. Las gotas siguen a lo suyo. Los vuelvo a cerrar.

*

Cuando los vuelvo a abrir, no sé dónde estoy exactamente. Tengo la boca seca, noto los labios pegados y un dolor insoportable en la mano derecha. La retiro de debajo de mi nuca y veo la vena reventada por el catéter. Me he dormido apoyado en la vía. Duele de la hostia. Tengo tabaco en la mesilla. Intento deducir dónde estoy. Me incorporo al borde de la cama. De buenas a primeras, un mareo. Vuelvo a tumbarme.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta una voz a mi espalda.

Me estremezco. Alzo la vista y enseguida me da vueltas la cabeza. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir. Me giro. Veo a Tică en la puerta. Ya recuerdo dónde estoy.

—Has dormido un cuarto de hora. ¿Cómo te encuentras?

—Como el culo. Quiero una cerveza.

—Eso no puede ser, chaval. Te está esperando el doctor. ¿Me acompañas?

—Claro, ¿qué voy a hacer si no?

Me pongo de pie y lo sigo unos metros por el pasillo. El médico no se ha movido de su sitio, y los Popescu aguardan tranquilamente sentados delante de su escritorio.

—Siéntate. Han llegado los resultados. Tenemos que hablar.

—Sí…

—Tienes el hígado hecho papilla. No sé si entiendes de números, pero las transaminasas a ochocientos no significan nada bueno. Les he pedido a estos señores que te compren lo que haga falta, vamos a procurar que levantes cabeza.

—Lo que sea….

—Una pregunta: ¿tú sabes por qué estás aquí?

—Pues no demasiado bien.

—En esta área tratamos a quienes tienen problemas con el alcohol y, de forma puntual, con otras sustancias. Esa es nuestra labor diaria. Por lo que me comentan, eres un bebedor empedernido. ¿Consideras que sufres una adicción?

—No lo sé.

—Si quieres quedarte con nosotros, vas a tener que acostumbrarte a esa idea y dejarme que te ayude.

Mi mente rechaza esa palabra. Yo no soy ningún adicto. Como

mucho un borracho, o un drogata, o lo que quiera que sea, pero de adicto nada. O al menos eso creo. Me entran ganas de gritárselo a la cara, pero tiene una mirada tan tierna que me avergüenzo enseguida. ¡Adicción, dice! ¡Menuda gilipollez! ¡Adicta tu madre, no te jode!

Va apuntando cosas en un cuaderno de lo más misterioso. Me mira, habla conmigo y toma nota sin bajar la vista a la página, con toda la naturalidad del mundo. La costumbre. Intento leer algo en sus ojos. Su sonrisa me intimida y no sé por qué. Todo el mundo sonríe a mi alrededor, pero me da que no es más que una pose. Cosa rara, el móvil no ha sonado en todo el día. ¿Se habrán puesto de acuerdo? Imposible saberlo. Ya me enteraré.

De pronto me doy cuenta de que no quiero estar aquí, sino en una terraza, libre, borracho, dándole a la lengua, sin la vía esta de mierda, sin seguratas, sin gente sonriente que, en el fondo, tampoco me inspira gran cosa. Quiero enterarme de lo que le pasa a mi madre, saber algo concreto. Que no me llame mi hermana, nunca. Tengo que investigar en qué consiste la adicción. Algo he leído pero ahora todo es confuso: una incapacidad para frenar el consumo, controlarlo… Joder, la verdad es que no tengo ni idea.

—He hablado con los señores Popescu y van a tratar de garantizarte todas las comodidades. Por lo demás, nosotros estamos aquí las veinticuatro horas para ayudarte. Lo suyo sería que avisaras si algo no va bien. Él es Tudor. Va a ser tu psicólogo y, si quieres, haréis terapia individual. Eso significa hablar con él y contarle cosas que le interesen y que te interesen a ti. Cuando quieras y tengamos tiempo, también puedes venir a charlar conmigo, estoy aquí a diario. Ahora, en lo que se refiere al tratamiento, tenemos dos opciones que quiero consultar contigo. Vas a tener síndrome de abstinencia. Es así, te guste o no. Por lo que tengo entendido, y bajo mi punto de vista, eres politoxicómano. O sea, que el mono va a ser bastante severo. Tenemos medicamentos que nos ayudan, pero tampoco pueden hacerlo todo solos. ¿Quieres que te sedemos?

—No, mejor no.

—Entonces probamos con un tratamiento estándar y ya iremos viendo. Por ahora, vas a mantener la vía puesta un tiempecito, cinco días o así. Luego ya veremos. Lo he dejado escrito todo aquí, mis compañeros ya saben lo que tienen que hacer.

Me echo de nuevo a temblar. Me entran ganas de vomitar. Me tomaría algo. De vez en cuando lo veo todo en blanco y negro. Miedo. Todo tiene un aire extraño y hostil. No creo en sus sonrisas, me mienten a sabiendas; algo traman.

—Con esto yo ya he terminado —anuncia el médico—. Si eres tan amable, firma estos papeles. Después te vas a charlar unos minutos con Tudor.

Y dirigiéndose a los Popescu:

—Señores, pueden llamarme cuando sea. Y venir de visita también, cuando ustedes quieran. Gracias.

El señor Popescu se levanta, alto e imponente, me tiende la mano y me dedica una sonrisa amistosa:

—Llámanos cuando necesites algo. Vendremos a diario. Nos has dado una alegría, muchas gracias.

Se marchan los dos, tan tranquilos y decididos como siempre.

Me fumaría un cigarro, aunque no sé si está permitido aquí. Casi mejor no. Sigo con ganas de beber. Tengo la boca seca y la lengua como un corcho. Ha empezado a dolerme la cara cada vez más. Todo está mal. No sé qué hacer con las manos. Me las meto en los bolsillos. Me levanto, miro por la ventana.

—¿Quieres acompañarme unos minutos? —me pregunta el psicólogo, tan amable como los demás.

—Sí, claro. ¿Puedo fumarme un cigarro?

Me siento como un preso de tanto preguntar lo que puedo hacer y lo que no. No me gusta un pelo. No hago más que temblar, y no me fío de ninguno de ellos.

—Venga, si eso te lo fumas allí.

Lo sigo por el pasillo. Aún quedan por ahí unas cuantas personas, absortas todas en las pantallas de sus teléfonos, mudas. El mundo es una película de cine mudo. Llegamos hasta el extremo del pasillo y Tudor abre la puerta metálica que hay frente a la zona de Aislamiento. Pesa lo suyo. Seguramente hayan convertido la habitación en consulta después de haberla usado para otra cosa. Está amueblada sin florituras: un escritorio, un par de sillas, un armario con estanterías. Encima del escritorio, un portátil; y en una esquina, una flor. Tudor empuja un cenicero hasta mí y se deja caer sobre el respaldo de su silla, relajado.

Me enciendo un cigarrillo. Las manos me tiemblan a lo bestia. Sé que se ha dado cuenta, pero decido ignorarlo y esbozar una sonrisa incómoda. Fumo con mano temblorosa. Por mucho que lo intente, no hay forma de controlarla. Tengo la camiseta empapada en sudor. Será de los nervios. Sacudo las piernas y miro a cualquier parte menos al psicólogo. No sé muy bien lo que hago aquí. Tengo cientos de preguntas y ni siquiera sé a quién podría hacérselas.

—Bueno, pues yo soy Tudor. Soy psicólogo y trabajo como ayudante del doctor en la Facultad. Estoy especializado en adicciones, y eso es básicamente a lo que me dedico a diario. ¿Tú en qué trabajas?

—En nada. O igual sí. Ni yo mismo sabría decirlo. Cuando me sobra tiempo, traduzco libros para alguna que otra editorial. Cuando no, salgo por ahí e intento sacar un poco de dinero de donde sea.

Estudié Letras, así que de formación soy profesor de Lengua y de Inglés, pero me da la sensación de que lo he echado todo a perder.

—No creo que sea para tanto. Ahora estás aquí porque llevas un tiempo abusando del alcohol y de otras sustancias, y nosotros vamos a intentar ayudarte. En nuestra jerga, eres lo que se dice un adicto. Ya sé que la palabra no te hace ni pizca de gracia, pero es lo que hay.

—No soy adicto. Solo me he pasado un poco de la raya. Eso sí.

—Vale, lo que tú digas. No voy a tratar de convencerte de nada. Lo que sí quiero que sepas es que, si te apetece hablar con alguien, aquí estoy. Vengo por aquí todos los días.

—Tampoco veo muy claro en qué podrías ayudarme, sinceramente.

—Con el tiempo ya te darás cuenta tú solo de qué va el asunto. Digo yo.

—Sí, será eso. ¿Puedo irme?

—Yo no te retengo aquí a la fuerza. Claro que puedes irte. Encantado de conocerte.

Se levanta, me tiende la mano. Le devuelvo el apretón y me marcho. Necesito tomar el aire. Salgo al jardín e intento calmarme. Han empezado a temblarme las piernas, y descubro lo mucho que me cuesta bajar unos simples peldaños. Una especialidad de la casa, ya me ha pasado otras veces. Me dirijo hacia un rincón del jardín, me siento en un banco, enciendo un cigarrillo. Ahí siguen las ganas de vomitar. Y el sudor. ¿Qué vendrá después? Me gustaría irme de aquí, adonde sea. Me siento solo y tengo miedo. Cuento los agujeros del enrejado, por entretenerme con algo. Frente a mí, unos cuantos rosales en flor bien tupidos. Me quedo mirándolos. Las flores de la muerte. No sé lo que pasará. ¿Qué es estar ingresado en un hospital: sentarte en un banco, fumar y quedarte mirando las florecitas? ¿Y qué hacemos con los temblores? ¿Me darán algo para que se me pasen? De todas formas, no quiero nada, no pienso moverme nunca más de este banco. Bajo ningún concepto. Lo que no saben es que llevo algo en la mochila. Ya me las apañaré yo de alguna manera.

Noto una mano apoyada en mi espalda.

—¿Qué haces aquí? ¿Pensar?

—Ni eso.

—En la habitación hay una enfermera buscándote. Tendrías que ir para allá.

Es mi compañero. Me levanto y camino a su lado con paso inseguro. Pesa más de cien kilos y tiene un andar amazacotado, viril. Me ayuda a subir las escaleras.

En la habitación reina la calma. La enfermera espera como si tal cosa. Se dedica a trastear con un montón de objetos: bolsas de líquido inyectable, agujas, viales, pastillas, más viales… De pronto, se apodera

de mí la sensación de que voy a morir, con tanto tratamiento no puede uno seguir vivo mucho tiempo. Es una mujer corpulenta, pero se mueve a una velocidad pasmosa. Coloca una bolsa de líquido en el gotero y, enseguida, inyecta en ella con una destreza alucinante unos diez viales de sustancias varias.

—Siéntate en la cama, haz el favor, que tengo que aplicarte el tratamiento.

Obedezco mecánicamente. No me queda ni un ápice de voluntad. Me gustaría resistirme, pero no tengo fuerzas.

Destapa la vía. Conecta la punta del tubo a mi cuerpo. Soy un robot y me acaban de enchufar. Se me había agotado la batería. Ajusta el flujo de líquido y se queda mirando.

—A ver cómo va la cosa —concluye—. Petre, no salgas hasta que no se acabe, por favor. Si ves que se interrumpe, me avisas.

Sigue ahí un par de minutos, asiente satisfecha y se marcha. Observo las gotas, tan preciosas ellas sobre el fondo blanco de la pared.

—¿Tú a qué le das, socio?

—¿Cómo?

—Que a qué le das —insiste Petre—. Yo a la bebida. Estoy de mierda hasta el cuello. Llevo aquí dos semanas poniéndome a punto. ¿Tú?

—No sé, a todo. ¿Te las hacen pasar muy canutas aquí dentro?

—Según cómo lo mires. A mí me gusta, y ya parece que empiezo a encontrarme mejor. Mira, si quieres fumar, coge mi cenicero.

—Oye, ¿y cómo se lleva eso del mono? Que estos no me han contado nada.

—Pues te entran así unos temblores y un mal cuerpo… A mí me daban ganas de palmarla, pero ya lo pasé. Pastillas tomé a puñados hasta que me libré. No sé cómo te pegará a ti, porque lo mío es solo con la bebida. Me vino por el curro. Soy mecánico, y bebía día sí y día también. Solo o con mis compañeros, una botella de vodka detrás de otra. Tengo una niña y un Trabant; por lo demás, tampoco hay mucho que contar. El caso es que ahora me da miedo irme, por si vuelvo a las andadas. La niña vino a verme llorando. Llevaba algo más de un año sin dirigirme la palabra y me pidió que lo dejara. Me rompió el corazón. Y, aún así, yo ahora mismo me tomaría algo. Esto es una putada bien gorda, qué quieres que te diga…

—Yo también me tomaría algo. Lo que fuera.

—Ya, pero no se puede. Terminarás por quedarte dormido, tú ten paciencia.

Nos quedamos en silencio. Enciendo otro cigarrillo. En realidad me lo enciende él, porque no soy capaz de controlar mis manos para

nada. Fumo y tiemblo. Ya empieza a ponerme de los nervios toda esta historia. Me duele toda la cara, y la nariz parece que me va a estallar. Tengo las manos rojas, y los pies tres cuartos de lo mismo, además de hinchados. Llevo tal hinchazón en las venas que es como si tuviera las manos y los pies cubiertos de cuerdecitas trenzadas. Siento un hueco en el estómago y un ligero mareo. Quiero beber, irme de aquí, volver a mi vida. Me duele la aguja esta, la noto clavada milímetro a milímetro. De su punta se desliza gota a gota algo frío en mi cuerpo, un líquido extraño y hostil. Dueledueleduele. Solo puedo expresarlo en una única palabra. Hubo un tiempo, de joven, en que quise ser escritor. Me encantaban las palabras. No es precisamente en lo que me he convertido. De repente me siento desorientado y triste. Sigo observando las gotas deslizarse muy despacio. Tengo sueño, tengo sed, tengo frío. Todo junto y a la vez. Me cuesta creer que mi mano tenga esa pinta, con ese rojo tan intenso. Algo me palpita en la parte derecha del abdomen, no consigo identificar el qué. ¿Será el hígado? No lo sé, y decido que tampoco me importa. Me pongo de costado. El menor movimiento me provoca un temblor en todo el cuerpo. Me palpitan los dedos. Tienen su propio ritmo, como una melodía. Se me han dormido las piernas. Fijo la vista en uno de los árboles del jardín y, como un niño, me dejo maravillar por sus enormes ramas encorvadas.

no entiendo por qué cómo he conseguido yo llegar hasta aquí a estas horas tendría que estar en la taberna con los muchachos en la oficina como nos gusta decir no hemos dejado de ir ni un día allí es donde mejor se estaba del mundo mundial ahora mismo me tomaría una birra con un vino bien fresquito con hielo nada me parece bien duele duele tiemblo duele tiemblo pincha pero mira qué blanca está esa pared.

4

Rojo. Lo veo todo rojo. En la imagen fluye un río de sangre roja, y en medio estoy yo. Abro los ojos, la pared se abate sobre mí. Un dolor insoportable en la mano, en la boca un regusto espantoso. Tengo los párpados pegados, mucha sed, estoy medio aturdido, me duelen la mano y la cara, me entran ganas de vomitar, mis piernas parecen objetos de plomo entumecidos, la nariz me va a estallar de un momento a otro en mil pedazos que se esparcirán por esa estúpida pared blanca. Encojo los dedos, pero no se me pasa el aturdimiento. Tengo sed, quiero beber algo ya. Despego la cabeza de la almohada. Me atraviesa una corriente de agua helada. Veo a mi compañero sentado en su cama mirarme muy sonriente.

—¿Tenemos algo de beber?

Mi lengua pesa una tonelada. Me cuesta articular palabra.

Me tiende un zumo de color amarillo. Bebo un poco. Mi estómago entero se proyecta hacia fuera a borbotones, con músculos y todo. Suelto un gemido ahogado. El líquido brota de mis entrañas como si fueran un grifo. Las aguas recorren mi cuerpo, me explotan los ojos. Me ahogo. Consigo a duras penas llenarme el pecho de aire. Más náuseas. Me recuesto, la habitación da vueltas, una lavadora en pleno centrifugado. Me falta el aire. Me incorporo, respiro hondo, consigo calmarme un poco. Estoy cubierto de vómito. Tengo que cambiarme. Un minuto más.

—Tengo que lavarme.

—¿Puedes llegar hasta el baño o te ayudo? —pregunta Petre bajando el tono.

—Lo intentaré. Me cago en mi puñetera vida, cómo me duele la cara…

Me levanto. Lo de mantenerme en pie parece casi imposible. Petre salta de su cama y me agarra del brazo. Recupero el equilibrio. Entro en el baño y me abalanzo sin más sobre el váter. Vomito hasta que me noto vacío por dentro. Me quedo con la cabeza apoyada en el borde de la taza, destrozado. Me levanto, me agarro al lavabo. Un vistazo al espejo. Menudo susto. Estoy desfigurado, la cosa tiene bastante peor pinta de lo que creía. Tengo un ojo cerrado del todo, el otro tan

inyectado en sangre que se me ha puesto morado, la nariz torcida y media cara negra. De ahí viene el dolor. Me quito la ropa a trompicones, me lavo como puedo. Las manos no me ayudan lo más mínimo. Le pido a mi compañero que me traiga un chándal, la ropa sucia va directa a la basura. Vuelvo a mirarme en el espejo. Descubro que me falta un diente de arriba. Vaya, eso no lo sabía.

Regreso a la cama casi a rastras, me enciendo un cigarrillo y permanezco inmóvil.

—¿Y ahora qué, Petre?

—Pues no sé, socio, lo más seguro es que te toque seguir con el tratamiento. Mucho tratamiento. Ya veremos. Ahora mismo vienen estos.

Nos quedamos en silencio, cada cual pensando en lo suyo. Saco el móvil del bolsillo. Me gustaría llamar a algún conocido e intercambiar unas palabras. O por lo menos beber algo, a falta de otra cosa. Cojo la mochila de la mesilla y rebusco en el bolsillo interior. Vacío. Me da un vuelco el corazón, se me corta el aire. Vivía convencido de que me pincharía y se me pasaría, por lo menos un rato. En la mochila no hay nada. Así que no tengo con qué. Así que me voy a morir. Pero tampoco quiero que sea de este modo, tengo que volver a respirar. Intento encontrar aire como quien busca algo que ha perdido, sin saber muy bien por dónde empezar. Recupero el aliento, entre lágrimas de furia.

quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero

No sé cómo conseguir un chute de ketamina. Haría lo que fuera. O por lo menos una cerveza. ¿Quedarme tal cual, así sin nada? No pinta bien el futuro. Voy a morir aquí, en este hospital, sin nadie a mi lado. ¡Quién me habrá mandado venir! Ahora a ver cómo termina todo esto.

No puedo seguir así, tengo que hablar con el psicólogo para que me explique mejor toda esta historia…

Se abre la puerta y entra la enfermera. Me mira y niega con la cabeza en señal de descontento.

—¿Te duele mucho el ojo? ¿Quieres un calmante?

—Si tienes…

—Claro que sí, ahora mismo te lo traigo. Voy a hablar con el doctor, a ver qué toca ahora.

Sale. Transcurren unos minutos en silencio. Vuelve. Me ofrece una pastilla, alcanzo el vaso de agua de la mesilla y me la trago.

—Vamos a tener que seguir con la vía. Te quedan tres bolsas, esto ha sido solo un descanso. He oído que has vomitado. ¿Te encuentras mal?

—Sí.

—Vamos a añadir algo para los vómitos. Siempre ayuda.

Se pone a ello. Otra vez el mismo baile con la bolsa del gotero y los viales. Destapa la vía, ajusta el tubo en el orificio y se queda mirando en silencio. Se me forma una hinchazón bajo la piel, estoy convencido de que se me ha reventado la vena. En efecto. Enseguida corta la vía y la desmonta. Noto un dolor insoportable cuando me retira la aguja de plástico. Aprieta la herida con una compresa. Se me saltan las lágrimas. Al rato la tira a la basura, saca otra nueva, me hace un torniquete y empieza a palparme el brazo.

—El problema es que no tienes muchas venas.

—Ya.

Insiste un poco, hasta que clava la aguja y se pone a hurgarme en la piel en busca de una vena. Duele que te cagas. Me aferro al borde de la cama, se me nubla la vista, me cuesta reprimir un grito. Saca la aguja y prueba por otro sitio. Ajusta la vía. No siento nada. Se me empieza a hinchar la mano. Retira la aguja, se me escapa un resuello, estoy empapado en sudor. Vuelve a buscar, esta vez en la palma. Intento relajar los músculos, bastante difícil es ya mantener la calma. Al momento, la aguja se detiene y remite el dolor. La enfermera parece orgullosa de su obra. Acopla la vía y enseguida noto una corriente helada en la vena, señal de que la cosa funciona.

—Ahora ten mucho cuidado. Nadie quiere hacerte sufrir, pero es que no tienes venas.

—Lo sé.

—¿Has intentado comer algo?

—Qué va, no puedo.

Se marcha sin más. Me quedo tumbado. ¿De verdad tengo que quedarme en esta postura? Consigo levantarme a duras penas con la ayuda de Petre. Ahora estoy apoyado en las almohadas y al menos puedo mirar al frente, mucho mejor.

—Bueno, socio, ¿y ahora qué?

—A saber… Digo yo que empezarás a encontrarte mejor. Poco a poco.

En el pasillo se oye un grito prolongado de mujer:

—¡A comeeeeeeer! ¡A comeeeeeeer!

Petre se levanta de la cama, abre el cajón de la mesilla y saca unos cubiertos envueltos en una bolsita de plástico.

—Me marcho a comer. ¿Quieres que te traiga algo?

—Qué va, no puedo… ¿Me acercas, por favor, el portátil ese de la mochila?

Se marcha él también. Abro el portátil, lo enciendo, lo conecto a internet y lo desconecto. Así que funciona. No quiero hacer nada, estoy demasiado atontado. Me enciendo un cigarrillo. Me cuesta la

vida fumar. Dejo la mente en blanco y la mirada perdida. Intento entender qué le pasa a mi madre exactamente. En algún momento tendré que averiguarlo. Pero no ahora.

*

Me tiembla hasta la última articulación del cuerpo. No puedo abrir los ojos, los tengo pegados. Me levanto, consigo abrirlos un poco. Tiemblo. Es de noche. Entra luz por encima de la puerta. Petre ronca acompasadamente en la cama de al lado. Busco a tientas el vaso de agua sobre la mesilla, le doy unos sorbos, vomito de golpe. Procuro tranquilizarme, pero el vómito no se me corta. Corro hasta el baño, me abrazo a la taza y ahí me quedo, resollando cada dos por tres.

Petre se ha despertado. Se acerca a mí y me apoya la mano en el hombro.

—¿Estás bien?

—De cojones…

Me fijo mejor: esta vez estoy seco, no me he vomitado encima. Pero tengo la camiseta empapada de sudor, tengo que cambiarme.

Me levanto, me mojo un poco la cara con agua fría y regreso a la cama. Petre se marcha y vuelve enseguida con una fregona, repasa el suelo y se enciende un cigarrillo.

—Estoy fatal, colega.

—Ya se ve, ya. ¿Llamo a una enfermera?

Asiento, tembloroso perdido. Algo no va bien, los temblores son más fuertes de la cuenta y me cuesta respirar.

La enfermera acude al segundo, me da unas cuantas pastillas que, según dice, son «para casos de necesidad» y se marcha por donde ha venido, con toda probabilidad a seguir durmiendo.

Petre me cuenta que él dormía sentado en una silla. Está gordo y se ahogaba si intentaba tumbarse. Le pusieron tantas inyecciones que echaba a correr por el hospital en cuanto se acercaba la hora del tratamiento. Es gracioso a su manera.

No se oye nada. No veo nada.

Después de muchos esfuerzos, consigo abrir los ojos, libero la mano del peso de mi cuerpo y me percato de que me las he ingeniado para quitarme el catéter mientras dormía. De pronto pierdo los nervios y me pongo a lanzar por la habitación todo lo que había en la mesilla de noche. Tengo ganas de meterme lo que sea y de beber algo, no puedo más.

—Petre.

Nada.

—¡Petreeeeee!

—¿Qué quieres, hombre?

—Vamos a improvisar algo de beber, que estoy que me muero.

—Para ya, socio…

—Venga, hombre, que tú llevas más tiempo aquí. ¿Cómo conseguimos bebida?

—Yo qué sé. Déjame en paz…

—Eres lo peor.

Le pego un trago al zumo, doy unas cuantas caladas y me vuelven las ganas de vomitar. Esto tiene que parar, empiezo a estar cansado.

Es mi segunda mañana en el hospital y siento que me vuelvo loco. No tengo cuerpo para nada, y me paso la mayor parte del tiempo mirando al vacío como un idiota. Se me ha quitado un poco la negrura del contorno del ojo y ya abro más el párpado, pero sigo dando pena. Me llevaron al neurólogo, y en cuanto me echó un vistazo aseguró que se me pasaría, que siguiera tomando calmantes y me diera una pomada para que se absorbieran los coágulos de sangre. Todos los demás médicos coinciden en que no estoy bien en general, pero mejoraré. El cirujano me ha diagnosticado tromboflebitis en una pierna (que midió con un metro) y me ha recetado unas inyecciones que se ponen en los pliegues de la tripa. Otro mal rato por la mañana, como si no tuviera ya suficientes. En resumidas cuentas: estoy hecho una mierda, eso dicen, pero con el tiempo iré recuperándome. Los odio a todos y a cada uno de ellos, sin distinción.

—Petre, ¿queda café de ese?

—Socio, el doctor ha dicho que…

—Venga ya, hombre, que les jodan, a ese y a sus gilipolleces. Dale un cafelito al nene, anda.

Renuncia a convencerme. Echa agua en la taza de metal, le añade azúcar y café, saca la resistencia eléctrica del cajón y remueve con delicadeza. El brebaje queda listo en unos minutos. Sistema de hospital. Todo el mundo tiene su resistencia eléctrica y su taza metálica. Me haré con unas yo también.

Salimos a sentarnos en un banco del jardín. Aún hace fresco a estas horas. Charlamos de fiestas y bebida. Por lo visto es lo único de lo que somos capaces de hablar. Llegado un punto, Petre recuerda:

—Socio, le prometiste a Tudor que pasarías a verlo esta mañana en cuanto te pusieran la dosis. No te hagas el remolón.

—Iré, iré. ¿Qué voy a hacer si no? No me voy a librar de él de todas formas.

—Es buena gente, solo es cuestión de acostumbrarse.

No consigo entender a qué viene tanto psicólogo. Sé, o al menos eso creo, en qué consiste la psicología, y hasta puedo llegar a verle la utilidad, pero lo que no me entra en la cabeza es cómo puede

ayudarme a mí. De momento, aún tienen que venir a torturarme otra vez con la dichosa vía, así que el loquero no me preocupa tanto. Pero necesito urgentemente una solución para dejar de temblar.

Se oye la voz de la enfermera a través de la verja de la habitación. Es la hora del tratamiento. Hacemos como si nada, pero ella insiste, así que nos ponemos en marcha sin prisa alguna.

En el hospital te acostumbras rápido a las cosas. Petre se toma las pastillas tan tranquilo, saca un crucigrama y se tumba en la cama. Me tumbo yo también. La enfermera tiene ya todo el instrumental preparado. Extiendo la mano, sé de sobra lo que viene ahora. Busca la vena, me tortura, hurga por ahí, por todo el brazo, me da tiempo a acordarme de todos sus muertos antes de que por fin consiga colocar la vía.

Aparece el doctor por la puerta. Una figura discreta, al contrario de lo que pudiera parecer en un principio. Nos saluda con entusiasmo, con su eterna libretita en la mano y el señor Tică a su espalda. Nos infunde ánimos sin escatimar en sonrisas y continúa con su ronda. Al cabo de unos segundos, se presenta otra vez.

Se me queda mirando fijamente y dice muy serio:

—He oído que quieres beber. No se te ocurra hacer ninguna tontería…

Desaparece tan de buenas a primeras como había llegado.

Ni siquiera me ha dado tiempo a contradecirlo, y lo hubiera hecho con toda la vehemencia de la que soy capaz. Cuando se trata de mentir, no me tiembla la mano.

Me pongo un documental en el portátil. Solo queda esperar. Tampoco puedo hacer otra cosa. Cuando pienso que en este momento tendría que estar en la taberna se me forma un nudo en la garganta. Me gustaría echarme a llorar como una plañidera. Esta es la situación, no hay nada más que pueda hacer.

Al poco vuelve la enfermera, desmonta la vía y se marcha.

—Has dicho que te pasarías a ver al psicólogo —comenta Petre sin apartar la vista del crucigrama.

—Ya voy. ¿Cómo funciona la cosa?

—Espera, que me acerco yo a ver si está libre. Vuelvo ahora mismo.

Sale. Sus pesados pasos retumban en el pasillo. Se oye crujir una puerta algo más allá y, al cabo de unos segundos, de nuevo sus pasos.

—Dice que te acerques cuando quieras, que te espera.

—Vale, gracias.

Me levanto, entro en el baño y me miro a conciencia en el espejo. Hay algo que no consigo quitarme de la cabeza: «¿Cómo demonios he llegado a esto?». Una pregunta a la que aún no he sabido dar

respuesta, la pregunta del millón de dólares, la de unos cuantos céntimos, mejor dicho. Espero aclararme con el tiempo. Por ahora, lo único que tengo son suposiciones. Sin ir más lejos, creo que me han mentido con lo de mi madre solo para hacerme venir aquí, o, tal vez, nada de esto es real y en algún momento me despertaré. Si alguien me preguntara al respecto, respondería que la vida a partir de cierto punto no merece la pena.

Me aparto bruscamente del espejo. No me gusta lo que veo. Parezco un tipo apaleado que lleva un par de semanas sin comer y no ha visto una maquinilla de afeitar en su vida. Tengo que quitarme la barba. Y curarme el ojo y la nariz.

—Petre, me voy a ver a este. Vuelvo enseguida.

—Vale, suerte.

Salgo al pasillo. Cualquiera diría que la cola de la consulta del médico no se acaba nunca. La gente va y viene, aunque las caras de preocupación parecen siempre las mismas. Bueno es saberlo. Lo apunto en el capítulo de Similitudes y Diferencias.

Llamo y entro directamente. Por lo que he visto, así es como funciona la cosa en el hospital, y yo me adapto. Me encuentro a Tudor sentado en su despacho, esta vez con una pipa encendida, humeando encantado. Otro que se cree Freud, salta a la vista. Me siento y me quedo mirándolo, sin nada que decirle.

—Te estarás preguntando por qué te he hecho venir.

No abro la boca, me limito a observarlo impasible. Él prosigue sin darle importancia a la expresión de mi cara.

—Si te he hecho venir es porque mi labor aquí es ayudarte a pasar el síndrome de abstinencia de la mejor manera posible. Milagros no puedo hacer, ya me gustaría a mí a veces, pero al menos sí puedo echarte una mano. Tengo entendido que eres una persona con estudios, así que te lo voy a explicar. La adicción es un proceso en el que entran en juego diversos factores. Entre ellos, el abuso de una o de varias sustancias, el carácter prolongado de dicho abuso, la imposibilidad de frenar el consumo o la degradación física y psíquica del propio consumidor. A medida que se asienta la adicción, la calidad de vida disminuye, y es como si todo fuera desgarrándose en jirones cada vez más finos. La rehabilitación es un proceso largo y complicado. Empieza con el síndrome de retirada y después tiene varias fases, entre ellas, a veces, la recaída, o sea, la vuelta al consumo. A partir de ahí, puede haber varias posibilidades —estira el brazo hasta la estantería, coge un libro y me lo tiende por encima del escritorio—. Puedes leer más cosas aquí. Yo solo quería explicártelo por encima.

—*El tratamiento de las adicciones*. Vale… Le echaré un vistazo.

—Me alegro. Devuélvemelo cuando lo termines, que solo tengo dos ejemplares y son del hospital. Bueno, pues lo que hacemos nosotros aquí suele llamarse terapia individual. Luego está la terapia de grupo, pero por ahora aquí no hemos conseguido poner en marcha nada que se le parezca. Lo normal sería empezar con la historia de tu vida, y hacerme así una idea de quién eres y de cómo fue generándose el problema. Te voy a pedir que me cuentes tu vida con tus propias palabras.

—Pero es que yo no sé hacer eso, Tudor. Es una novela de principio a fin, y no hay tiempo para algo así.

—Tiempo tenemos todo el del mundo.

—De verdad, no sé si soy capaz.

—Inténtalo, anda.

—Venga.

Me pongo cómodo, me enciendo un cigarrillo, le pego una buena calada, bebo un trago de agua de la botella que me he traído, lo miro a través de la nube de humo y dibujo un anillo en el aire para enmarcarle la cara.

—Pues mira —le explico—, resulta que en mis tiempos de estudiante me dedicaba al teatro, así que voy a hacer como si estuviera interpretando una obra y así te lo cuento mejor.

Sonríe, llena la pipa de tabaco y se acomoda en su silla.

—¡Fenomenal! Te escucho.

—A una edad que, hoy en día, muchos considerarían inmadura para disponer de una opinión ya formada sobre la propia urbe, me ofrecieron en un bar la oportunidad de realizar una serie de reportajes sobre la pequeña ciudad que me había visto nacer y en la que, salvo alguna que otra salida sin importancia, había vivido hasta entonces. Abracé la ocasión cual signo de la Providencia, pues, en aquella época dorada, ya había empezado a escribir algunos poemas impregnados de negra tristeza y diáfana melancolía, recorridos todos por unos sutiles, aunque certeros, pensamientos suicidas, pensamientos que aún habrían de visitarme en múltiples, en realidad demasiadas, ocasiones a lo largo de mi vida. A los dieciséis años de edad una persona no es considerada tal, y ni siquiera ella misma presenta esa tendencia a autodisolverse en interminables análisis de su propio yo. Los dieciséis pueden ser la edad a la que uno pierde la virginidad, se emborracha por primera vez, descubre la música *rock* y el griterío social, también cuando uno lee sus primeros libros importantes y se estremece en el cara a cara con Rastignac, con los personajes de Sven Hassel, con el Pobre Dionis,[8] si acaso con Julien Sorel (siempre que disponga del tiempo y la paciencia para llegar a conocerlo), con algo más oscuro, tipo Wolzow,[9] o con la prosa de Sadoveanu y el espíritu nacional

rumano (siempre y cuando sea rumano, claro, como es mi caso). Pero una vez cumplidos los dieciséis, mi vida empezó a descarrilar. Me hice amigo de los miembros de un grupo de *jazz* y me convertí, bajo el poco apropiado nombre de letrista, en una especie de *groupie*. Fue entonces, creo, cuando empecé a beber de verdad. Bebía mucho y a diario, no dormía por las noches, iba borracho al instituto y adonde fuera que pusiera los pies. Pero yo era un chaval brillante en muchos sentidos, y aun en aquel estado de embriaguez generalizada llegué a clasificarme para unas Olimpiadas Nacionales, en las que ocupé un espantoso quinto lugar, y eso que ni a estas alturas soy capaz de decir lo que hice exactamente durante aquellos diez días de minivacaciones olímpicas. Debió de ser por aquel entonces cuando me quedé inconsciente por primera vez de tanto beber, después de pasarme un día entero en la terraza de un hotel de O. Tenía casi dieciocho años y me había ligado a una chavala de unos quince, a la que llevé a mi habitación de la residencia donde me alojaba, con las expectativas muy altas y unas intenciones muy concretas. La cuestión es que no tuve el valor de acostarme con ella, y yo creo que por eso me puse a beber hasta que perdí la noción de todo. De repente vi despuntar el alba, y yo tenía la cabeza como un bombo, un dolor que ríete tú de las migrañas. De la chavala ni rastro. Se había marchado decepcionada de aquel tío que había pescado la noche anterior, y que como mucho la había chupeteado entre el sudor de las sábanas. Aquella mañana me tajé de verdad por primera vez. Sin otra idea en la cabeza, como un robot, me levanté de la cama y fui directo a un veinticuatro horas a comprar cerveza, para pasar el mal trago. Al cabo de unas horas, cómo no, había recuperado la borrachera y la vida volvía a ser de color de rosa. Abochornado por lo que había pasado y, además, borracho, hice el equipaje a toda prisa y me marché de O. sin esperar siquiera a recoger el premio. Seguí bebiendo en el tren sin límite ni explicación posible y me quedé dormido. Me desperté en la playa, resacoso perdido, en un mundo de diversión y libertad con el que no me había topado hasta entonces. Enseguida hice buenas migas con un grupo de roqueros que dormían en la playa y me tiré seis días bebiendo con ellos en los antros más asquerosos de Costineşti. Bebía hasta que se me olvidaba en qué día estábamos, y a veces incluso mi nombre. Allí las amistades se formaban en función de la capacidad de cada cual para llenarse el cuerpo de alcohol. Aquel criterio a mí me venía que ni pintado, así que hice muchos amigos. Hablábamos de todo y de nada, hacíamos vida en común… Se respiraba ese tipo de libertad que se habían inventado los *hippies*. También podríamos llamarlo vida paradisíaca, si prefieres, pero tampoco estamos aquí para debatir.

Sonríe, eso es que le gustan mis ironías.

—Al final volví a casa de mis padres, que se habían puesto medio

enfermos a raíz de mi desaparición. Fue uno de mis primeros encuentros con la policía, porque, al haberme dado por desaparecido, tuve que acudir a prestar declaración. Pues bien, de ahí podemos saltar al momento en que salí del instituto. Por aquel entonces, me pasaron dos cosas: conocí a mi primer amor y, aparte, perdí la virginidad. Resulta que me violó, tal cual, una médica un poco pirada que se acostaba con cualquiera, sin discriminación alguna ni distinción de sexo. Después, en una discoteca de mi ciudad natal, conocí a S., una chica sencilla, alta y guapa (se hizo modelo un año después). El problema es que la ruptura llegó igual que habrían de llegar todas las rupturas de mi vida: de golpe y sin explicaciones. Tenía yo por aquella época una consigna que no me privé de soltarle a la pobre chica: «No me escribas, que ya sé lo que me vas a decir». La dejé porque empezaba la facultad. Ni siquiera me importó si le dolió o no, no me fijé en sus lágrimas, y tampoco escuché sus súplicas de mantener el contacto. Me marché al norte, atraído por la libertad de beber cada vez más y de llevar una vida bohemia, como buen estudiante de Letras en ciernes que era. Salí de mi ciudad borracho y llegué a B.M. igual de borracho. Por aquel entonces, ignorante de mí, me creía el ombligo del mundo, igual que cualquier persona que no ha leído lo suficiente como para entender que nunca habrá leído lo suficiente. Con la bohemia fui a dar, eso desde luego, aunque no era exactamente lo que yo me había imaginado. En realidad, era un mundillo bastante limitado, poco leído y con muchas pretensiones, falto de relaciones verdaderas entre las personas, pero una fuente inagotable de cotilleos, además de un hervidero de amoríos breves y prácticos, con intercambios constantes de pareja dentro de la propia pandilla. Pero allí podía beber, estar borracho todo el tiempo sin que nadie se metiera conmigo. Lo bueno de aquella época fue que empecé a leer, a desbrozar el mundo de los libros, un mundo en el que lo más probable es que me quede ya para los restos. Leía al azar todo lo que llegaba a mis manos, desde folklore hasta lingüística, desde poesía vanguardista hasta novela clásica. Creo que fue entonces cuando entendí que la literatura supone tiempo. Me atraía la filosofía, pero he de reconocer que no tenía mucha idea de nada. También es cierto que, igual que cualquier estudiante de mi edad, hacía malabares con nombres de autores y obras como si hubiera nacido con ellos debajo del brazo, pero la realidad era bastante triste: a lo sumo habría leído unos diez libros de divulgación y un par de diálogos platónicos, lo suficiente como para creerme el amo del universo. Estaba enamorado de una chica del norte, tan guapa como borracha, un ángel y una depravada, todo en uno. Le dedicaba poemas malos a rabiar, de los que sin embargo no me arrepiento, porque todas las cosas, todas las palabras y todos los seres que los habitaban eran tan hermosos y

angelicales como ella. Descubrí aquello del *concetto* en el libro de Gustav René Hocke e hice mis pinitos musicalizando poemas. Un fracaso, claro está, pero el motivo ya te lo explicaré en otra ocasión. Escribía mucho, y eso me sirvió de entrenamiento. Me dedicaba a repetirme, a repetir a otros, a copiar por aquí y por allá cosas que me gustaban… ¡Qué te voy a contar! Ese maravilloso tanteo propio de cualquier principio, el *Bildungsroman* que uno compone con su vida cuando tiene el tiempo y la paciencia suficiente como para ponerla por escrito. Por desgracia, no tuve ningún maestro que me enseñara el oficio, así que durante un tiempo escribí mal, fatal, de hecho. Básicamente ahí empezó la cosa, Tudor, y desde entonces no he parado de beber. Fue en ese momento cuando mi vida echó a andar, una vida compuesta en su mayoría de trabajo y alcohol. Luego vinieron las drogas, las que podía y cuando podía. Y ya a partir de ahí se me fue la cabeza, diría yo, aunque sigo pensando que no soy un adicto, como insinuáis todos.

—Yo no insinúo nada, solo intento explicarte ciertas cosas.

—En fin, esa es más o menos la historia. No sé lo que habrás entendido de ella, pero eso es básicamente lo que soy. Más no te puedo contar, creo yo. Sobre todo porque no me acuerdo de gran cosa de los últimos años, o por lo menos de nada coherente.

Me largo sin más de la consulta, ya no me gusta ese lugar. Me dejo caer en la cama hecho una furia, pero enseguida me levanto y salgo al jardín. Doy vueltas con una única idea entre ceja y ceja: «Que no que no soy un adicto».

5

Seis días ingresado. Lo del ojo va mejor, pero la nariz aún me duele, me han puesto un esparadrapo, a saber por qué. Al final conseguí afeitarme la barba y cortarme el pelo. Se acabó la vía, ahora solo tomo pastillas. De vez en cuando me sigue entrando algún que otro temblor, pero parece que la cosa va cediendo poco a poco. Peso cincuenta y seis kilos y no engordo ni de broma. Aún me quedan cuatro días de inyecciones en la tripa antes de dejar de sentirme como un perro rabioso por las mañanas.

Me he integrado en el paisaje. Me paso las horas de cháchara con el resto de pacientes, juego al *backgammon*, recibo visitas. Los Popescu acuden a diario y me traen lo que haga falta. He intentado convencerles de que no vengan tan a menudo, pero no hay manera. Por lo demás, mi vida se ha detenido, no me sucede gran cosa. Tampoco sé muy bien lo que vendrá después, y mira que lo intento descifrar. No lo sé y punto.

Con el psicólogo no he vuelto a hablar. No soporto la idea de ser adicto y tampoco quiero discutir con él. He leído el libro que me prestó y se lo he devuelto a través de Petre. No estoy de acuerdo. Vale, me han impresionado mucho las historias personales que cuenta, me he identificado con ellas, pero para mí no dejan de tener el mismo valor que la intriga de una novela. Las partes teóricas me las he saltado, menudo aburrimiento. La verdad, no creo que sea un adicto. Es cierto que se me ha ido de las manos, que hay mucho que reparar, pero también tengo muy claro que no me parezco en nada a esa gente del libro ni a los borrachos estos del hospital. Soy un tipo con estudios, no puedo ser una piltrafa como ellos. Sí, he bebido y me he metido de todo, pero eso no me convierte en un fracasado. Un adicto es un fracasado, y yo no soy ningún fracasado.

Estoy sentado en el banco. El día ha amanecido nublado y hace una temperatura soportable. Noto algo vibrar. Me meto la mano por pura inercia en el bolsillo y descuelgo el móvil.

—Buenas, hermanito, ¿todo bien?

Se me para el corazón unos segundos.

—Sí, más o menos.

—¿Cuánto te queda allí?

—No sé.

Silencio. Nunca hemos tenido mucho que decirnos.

—¿Cómo está mamá? —pregunto con voz ahogada.

—La cosa pinta fea. No se mueve de la cama, se alimenta por vía intravenosa. Por lo visto está totalmente paralizada. Sabe lo que le decimos, pero no es capaz de responder.

—¿Saldrá de esta?

—No sabemos, aún no te puedo decir. Tú recupérate, que de esto nos encargamos nosotros. Y no se te ocurra retomarlo, hermanito, haz el favor. No lo retomes.

La oigo llorar, aunque intenta disimular.

—Venga, anda, no llores, que tampoco es tan grave.

Se lo digo sin pensar, en un acto reflejo. En realidad, me siento igual que ella.

—Bueno, cuelgo ya. Llama tú alguna vez. Chao, chao.

—Chao.

Dejo el móvil en el banco y me recuesto sobre el respaldo, deseando que me trague la tierra en el acto. Se me ha secado la boca de golpe y me han entrado unas ganas locas de beber. Me pongo a sudar a chorros. Tiemblo. Me falta coherencia. Lo único que veo delante de mis ojos es una botella de coñac, bien grande y llena hasta arriba. Me la pimplaría ahora mismo. Me levanto como un robot, voy hasta la entrada, hablo con el guarda. Le enseño el papelito con la autorización del médico y cruzo la puerta, sonámbulo. Ni siquiera noto el asfalto bajo mis pies. Ni el aire que respiro. Solo veo lo necesario. La conversación con mi hermana aún retumba en mi oído. Oigo los sollozos. La veo allí tumbada, inerte, incapaz de hablar. No quiero pasar por eso. Recorro las callejuelas hasta la entrada principal. En la acera de enfrente, una terraza. Entro, me siento, pido y espero. Las manos me tiemblan como locas, pero al final consigo encenderme un cigarrillo. La chica se acerca con un par de copas, las deja en la mesa y se marcha. Agarro la primera con ambas manos, tiemblo, me la meto para el cuerpo. El alcohol me abrasa la garganta. Quiero más. Levanto la segunda, le hago un gesto a la camarera para que se acerque. Liquido la copa de un trago, pago, pido una botella. La chica se queda mirándome, pero me la trae. El temblor ha cesado. Bebo coñac a morro, pienso en lo que debería hacer. Ir hasta donde está ella sería muy difícil. Quedarme donde estoy, imposible. Me dedico a beber directamente de la botella y a contemplar el mundo a través del prisma del alcohol. Ahora sí, todo marcha. Me siento bien, aunque con remordimientos. Quizá si hubiera estado a su lado nada de esto habría ocurrido. Bebo bebo bebo bebo bebo bebo bebo bebo bebo bebo bebo

bebo. Bebo para olvidar. Sé muy bien lo que hago, y no pienso parar hasta perder la cabeza, cosa que se me da de maravilla. De pronto me entran unas ganas irreprimibles de vagabundear. Pago, pido otra botella y me marcho del bar. Al otro lado de la calle hay un descampado con unos cuantos árboles. Me pondré a beber a la sombra del de la derecha. Me detengo en una tiendecita y compro una litrona. Por fin con todo lo necesario, voy directo hacia el punto donde quiero emborracharme. Cruzo, salto la valla, me siento a la sombra. Mucho mejor así, más tranquilo y sin que la gente me mire raro. Bebo contemplando la hierba y la basura tirada a mi alrededor. El mundo es un lugar maravilloso siempre que uno sepa hacia dónde mirar. Podría quedarme aquí hasta el fin de los tiempos, y eso es justo lo que pienso hacer. Ya era hora de encontrar un lugar donde descansar para siempre sin que nadie me moleste. Podría ponerme a escribir aquí a la sombra, o simplemente quedarme sentado sin moverme ya más. Noto cómo me hace efecto el alcohol. Me encanta esta sensación, nunca he estado mejor. Me arranco el esparadrapo de la nariz. Acabo de darme cuenta de lo mucho que me molestaba. Todo perfecto ahora; solo yo, sin cuerpos extraños.

cómo se puede estar tan bien cuando se ha estado tan mal no me cabe en la cabeza yo me quedo aquí no me marcho a ninguna parte no sé si he cerrado la puerta venga voy a hacer una prueba puedo terminarme la botella en tres tragos ni uno más ni uno menos venga a ver si soy capaz empiezo ya no hay tranquilidad más grande que esta mira tú he conseguido beberme un tercio o casi leí una vez que en la edad media uno de los métodos de tortura era obligar a los prisioneros a beber mucho líquido a beber hasta que se hinchaban pues mira por dónde yo no me hincho torturadme aunque la verdad es que aquí de tortura nada ya mismo me bebo la segunda parte necesito tres pasos para encenderme un pitillo primer paso ay qué bueno está ya ha caído también el último tercio de botella igual vuelvo al hospital a dormir la mona y mañana repito la operación no sé yo si estaría muy allá anda mira un bicho criaturita de dios coleóptero se llamará digo yo a saber un traguito de birra para refrescarme cómo aprieta el calor ya voy ya cariño espera que me dé la vuelta hala listo ya estoy aquí señoras y señores y ahora viene el tercer trago a ver si me desmayo de tanto beber ya mismo enseguida

Abro los ojos y veo a Petre a mi lado, pensativo. Los vuelvo a cerrar. Tengo sed y aún no quiero despertarme.

Pero me ha pillado.

—¿Qué has hecho, socio?

—Déjame en paz.

—Eso te hacía falta a ti tal como estás, cocerte.

—Déjame, anda, ¡tú qué sabrás!

Miro a mi alrededor. Estoy otra vez conectado al gotero y es de noche. No recuerdo cómo he llegado aquí.

—Oye, Petre, ¿qué ha pasado?

—Pues que desapareciste. Me vine a la habitación un rato y cuando volví ya no estabas. Lo único que me encontré fue tu móvil tirado en el banco. Primero creí que estarías en alguna habitación del piso de arriba, pero luego me puse a pensar lo peor y me acerqué a preguntarle al guarda si habías salido. «Se ha marchado, jefe», me suelta. Y yo: «Ya la hemos jodido». Voy corriendo adonde Tică, le explico lo que hay, cojo la autorización y salgo pitando a buscarte. Primero me pasé por el Big, porque pensé que te la habrías pillado allí. Luego empecé a buscar por todas las tabernas. Nada. Total, que volví por el bulevar de taberna en taberna hasta que al final me dijo la chica de la terraza que había estado por allí uno que se parecía a ti, se había puesto ciego y se había largado. No paraba de darle vueltas: «¿Dónde andará?». Cuando resulta que, al cruzar, me veo a uno durmiendo debajo de un árbol en el descampado ese que hay detrás del hospital. Eras tú. Borracho como una cuba. Salté la valla, te cogí en brazos y te traje para acá. Menos mal que no te ha pasado nada…

—Mierda.

—Ahora estos se te van a echar encima. Ya puedes despedirte de las autorizaciones.

—Me la sudan sus autorizaciones. Me encuentro fatal.

—Pues bebe agua.

Le doy la espalda y enciendo el portátil. Ya no quiero saber nada de nadie. De hecho, lo que quiero es morirme ahora mismo. Han empezado otra vez a temblarme las manos y me sigue apeteciendo beber, pero me da que no hay forma de escabullirme. He vuelto al lugar del que salí y no me gusta verme aquí de nuevo. No me gusta un pelo.

—Petre, ¿le puedes pedir a la enfermera que me dé algo para dormir y que se me pasen estos temblores?

—Claro, ya voy.

Regresa con una pastilla. Me la trago sin más y espero a que me haga efecto. Petre sigue pensativo en su silla, hasta que me suelta:

—Yo creía que éramos amigos, al menos podrías haber avisado.

—¿Avisar de qué?

—Pues de que te largabas. Y decirme dónde encontrarte, que yo creí que me moría del cabreo.

Empiezo a comprender. Detrás de la sonrisa del gigantón se esconde un buen tipo. Y yo que pensé que era solo una máscara.

—Venga, hombre, que tampoco se ha muerto nadie. La próxima vez te aviso, ¿vale?

—Que me muera yo si la próxima vez no te muelo a palos hasta que se te pasen las ganas de beber.

Se levanta y se tumba en la cama con la tranquilidad de quien por fin ha soltado lo que llevaba dentro. Me pongo de cara a la pared y me centro en mi película. En cierto modo lo entiendo, igual no está bien lo que he hecho. Remordimientos no tengo, solo las ideas un poco revueltas.

Me despierto a primera hora de la mañana con Tică dando la lata.

—Bueno, señor profesor, ¿qué hemos hecho? ¿Te parece bonito?

—Pues no sé lo que me parece.

—En fin, qué poca vergüenza. Te anda buscando el doctor. Lo suyo sería que te pasaras tú a verlo antes de que se pase él a verte a ti.

—Ya voy, ya voy.

Me levanto asqueado, me echo agua en los ojos, me enciendo un cigarrillo y le doy unas cuantas caladas con ansia. Observo mis manos temblorosas como si fueran objetos de otro planeta. Le pego un sorbo al café y en marcha hacia la consulta.

Llamo a la puerta, entro y me siento.

El doctor está anotando algo en su libreta. Me mira largo y tendido y empieza:

—Muy bonito, otra cosa no puedo decir. Un espectáculo muy conseguido. De diez. Ya lo he visto otras muchas veces, pero que sepas que normalmente los pacientes beben directamente aquí, no se quedan dormidos debajo de un árbol.

—Es que…

—No hay «es que» que valga. A partir de hoy, nada de salir del área. Cualquier cosa que necesites, te la trae tu compañero. Ya no me fío de ti en absoluto —marca una extensión con gesto enfadado— Tică, dile a Tudor que se pase por aquí. Ahora.

Se hace un silencio de lo más incómodo. No sé qué decir, y el doctor se comporta como si yo no estuviera en la consulta. Es un hombre hecho y derecho, y parece cabreado de verdad, tampoco viene a cuento soltar ninguna tontería. Se oyen pasos acelerados en el pasillo. Tudor entra a toda prisa.

—¿Me ha llamado?

—No sé si te has enterado, pero aquí el caballero se puso ciego anoche. Y lo hizo estando bajo nuestra responsabilidad, cosa muy fea por su parte. Como si lo viera: unos pasitos de *ballet* en plena calle, por entre los coches. Quiero que intentes tú hablar con él, yo no me siento capaz. Le prometí a la familia que lo cuidaríamos, a ver si me echas una mano. Ahora dejadme, que quiero estar solo.

Llegamos a la consulta del psicólogo.

—¿Qué pasó exactamente?

—Pues que hablé por teléfono con mi hermana, me dio la vena así de sopetón, salí escopetado y me puse a beber. Eso es todo.

—Eso, para que lo sepas, es una recaída. Técnicamente, el fenómeno por el que has pasado se llama *craving*. No te voy a traducir la palabra, estoy seguro de que sabes lo que significa. Pero no es buena señal… porque se supone que no deberías reaccionar así a los estímulos externos. Mira, yo no pretendo sermonearte. Te devuelvo el libro, ya sabes, el que me enviaste de vuelta a través de tu compañero. Quiero que leas el capítulo vii, «La recaída», y luego ya charlamos.

—¿Y qué pasa con el doctor?

—Es su trabajo, normal que esté descontento, pero se le pasará.

—Ajá. Vale. ¿Puedo irme ya?

—Claro. Te espero mañana. Para mí no eres una causa perdida. Por ahora.

Salgo de la consulta. No acabo de captar lo que quiere de mí en concreto esta gente. Si lo he entendido bien, les gustaría curarme. Y eso significa que tendría que dejar de beber, de meterme, etc. Pero ¿cómo voy a conseguir yo algo así, si es precisamente lo único que se me pasa por la cabeza? Además, ¿acaso es eso una enfermedad?

Tampoco hay mucho que hacer aparte de sopesar el problema. Tengo en las manos el librito de Tudor, de unas doscientas páginas y con pinta de complicado. Leo el índice. Pura ciencia ficción. Lo hojeo al azar. Me gustaría enterarme de varias cosas, pero debería empezar por lo que me interesa a mí, la recaída. Saco una libretita de la mochila, un bolígrafo y me pongo a leer. Dice así:

capitulo vii
La recaída

«*Hemos descrito la rehabilitación como una restauración progresiva del funcionamiento de las relaciones y una ampliación del campo interpersonal mediante la acentuación de las sensaciones, el desarrollo de la atención y la ejecución de una serie de acciones inhabituales. Desde este punto de vista, la recaída consiste en una disminución progresiva y a menudo paulatina de las relaciones. El modelo médico describe la recaída como la aparición de los síntomas de una enfermedad tras un periodo de remisión. Este es, no obstante, un punto de partida inadecuado para alcanzar los objetivos del tratamiento de personas con adicción, pues supone un proceso puramente subjetivo sobre algo de carácter abstracto que lleva a la persona adicta a comportarse de una determinada manera.*

Lo que nosotros denominamos recaída tiene su origen en los

cambios en el modo de comportarse, sentir y pensar que experimenta la persona adicta en pleno proceso de rehabilitación. El paciente modifica de modo negativo su forma de relacionarse consigo mismo y con su entorno. Así, el estilo de las relaciones del adicto en proceso de recaída empieza a asemejarse poco a poco con el ciclo de la adicción, excepto por la ausencia de la droga en cuestión. Gorski y Miller han desarrollado un modelo basado en una serie de señales de alerta circunscritas a un proceso dividido en distintos estadios que culminan en un regreso a la adicción. Dichas señales pueden ir desde la dificultad para pensar o los problemas de memoria hasta la irritabilidad, la depresión, los comportamientos interpersonales de naturaleza caótica o el repliegue en uno mismo.

El modelo de la Gestalt se encarga de enmarcar todos estos fenómenos mediante la representación de aquellos aspectos de la relación con uno mismo y con los demás que resultan mermados. La recaída constituye el reverso de un ciclo más completo con respecto al ciclo anterior y el ensimismamiento que mostraba el adicto previamente. Se trata de un proceso de deslizamiento regresivo hacia un antiguo patrón de control de uno mismo que culmina con el acto de consumir drogas de nuevo. La tarea del tratamiento es la de identificar el proceso antes de que el paciente pase a la fase de acción y ayudar al adicto a identificar precisamente ese momento.

El presente capítulo describe cinco patrones de comportamiento que conducen a la recaída. Tras cada descripción, se ofrecen varios ejemplos clínicos, presentados en el contexto de una rehabilitación basada en el autocontrol. Esos cinco patrones de la recaída son los siguientes:

Tipo A: El adicto acentúa la acción en detrimento del sentido y la conciencia de sí mismo, y regresa a dicha acción a causa de la sensación que percibe.

Tipo B: Asuntos inconclusos. El adicto evita determinados comportamientos del pasado o determinados asuntos no resueltos, y como consecuencia de ello, retoma un tipo de relación de carácter adictivo.

Tipo C: La recaída crónica. El adicto aguanta el proceso de rehabilitación únicamente durante un breve periodo de tiempo y accede a la primera fase justo antes de retomar de lleno la adicción.

Tipo D: La rehabilitación condicionada. El adicto retoma el consumo debido a una condición establecida de antemano («Me mantendré sobrio mientras…») que no se cumple, lo cual provoca que la adicción activa se presente como una respuesta justificada.

Tipo E: La rehabilitación a largo plazo en circunstancias de soledad. El adicto se siente abandonado y poco valorado por los demás, incluidos la familia y otros adictos en proceso de

rehabilitación, y retoma la adicción con el sentimiento de que la propia rehabilitación ya no merece la pena».

Así que en esas estamos. Sigo mirando el par de páginas y releo algún que otro fragmento. Parece inteligible, pero hay que estudiarlo más. En cualquier caso, me quedo con lo de la relación adictiva, la clave del asunto tiene que estar ahí. Luego, lo que quiera significar ya lo averiguaré yo sobre la marcha. Pensándolo bien, relaciones tengo. Lo que pasa es que la mayoría de personas con las que entro en relación son borrachos u otras cosas por el estilo, y no sé por qué me da a mí que el libro no va por ahí. Probablemente haría falta alguna que otra relación con gente normal, signifique eso lo que signifique. He apuntado un montón de cosas. Debería tener presente este tema de la recaída. Si me mantengo alejado de ella, quiere decirse que lo habré dejado, y a partir de ahí ya veré. ¿Ver qué? A saber.

Me levanto de golpe y echo a andar por el pasillo. Ni llamo a la puerta. Entro directo y empiezo:

—Bueno, a ver, ¿de qué va esto? —dejo el libro en el escritorio delante de Tudor, abierto justo por las páginas que acabo de leer.

—¿Cómo que de qué va? Siéntate, anda.

—Pues que, leerlo, lo he leído. Y he tomado apuntes, en esta hoja están. Pero no me entero de mucho. ¿Qué tiene que ver con la adicción? Entiendo que tengo que evitar la recaída, que, por cierto, suena fatal, yo diría dejar de meterme y de beber… pero ¿podrías explicarme un poco más? No tengo paciencia para seguir con el libro.

—Claro, lo intentaré. ¿Por dónde quieres empezar?

Me mira detenidamente. Puedo leer la alegría en su expresión. ¿Así que es eso lo que espera de mí?

—Bueno, pues voy a tratar de explicártelo. Verás, mi experiencia se limita a lo que pasa por aquí y a otros tantos casos de mi consulta privada. Solo tengo veintiocho años, pero he visto a cientos de pacientes y, por lo pronto, ya he podido constatar algunos rasgos generales: la mayor parte de los pacientes con adicción se han destrozado la vida, ya no tienen trabajo, si es que alguna vez lo han tenido, sus relaciones chirrían o directamente ya no existen, y desde el punto de vista económico van bastante justos. A más de uno le he tenido que dar para un paquete de cigarrillos, porque no tenía recursos de ningún tipo. Aquí en el hospital intervenimos como podemos, con medicamentos o con apoyo psicológico, el problema es que los periodos de ingreso son tan cortos que nos cuesta mucho ayudarlos de verdad. Si te he indicado ese capítulo del libro es porque la recaída es el problema al que más a menudo nos enfrentamos. Tenemos pacientes que han ingresado hasta veinte veces. Nosotros cumplimos con nuestro cometido e intervenimos, luego ellos recaen y

vuelta a empezar de cero.

—¿Veinte veces?

—Sí. Muy triste. Pero claro, los problemas son bastante complejos, y con los recursos tan limitados que tenemos nos resulta casi imposible ayudar a los pacientes. Si has leído eso con atención, habrás visto que una vida sin consumo implica una serie de cosas: relaciones sanas, un estilo de vida equilibrado, etc. La cuestión es que nosotros no podemos controlar lo que hacen los pacientes cuando se marchan de aquí. Yo siempre me ofrezco a asesorarlos de forma gratuita después del alta, pero casi nadie me llama hasta que no es demasiado tarde.

—Vale. Me lo apunto.

—En Occidente han dado con la solución a todos esos problemas. Al tener más recursos, tratan el asunto con más seriedad. Por aquí aún es una vergüenza considerarse alcohólico, y casi nadie sabe lo que supone tener una adicción. Los estudios teóricos han dejado claro que rehabilitarse de una adicción es un proceso bastante largo, teniendo en cuenta que se necesita un periodo de abstinencia de seis meses como mínimo antes de que el paciente empiece a ser consciente de lo que significa una vida sin consumir la sustancia en cuestión. Y, claro, como los hospitales tampoco podían garantizar periodos de ingreso tan largos, han ido surgiendo clínicas privadas y los así llamados centros residenciales de tratamiento.

—¿Y eso que es?

—Te explico: son clínicas donde un determinado número de pacientes en proceso de rehabilitación viven juntos y van ganando experiencia a medida que se van rehabilitando. Allí tienen acceso a terapia de grupo, terapia individual y otras cosas que les puedan resultar útiles. Al parecer, sus vidas van cambiando poco a poco y terminan por rehabilitarse. Se han señalado casos de pacientes con más de quince años de abstinencia, de lo más impresionante.

—Quince años, sí… Y yo llevo un día —suelto una risotada seca.

—Un día ya es algo, aunque a ti no te parezca gran cosa. A veces, incluso una hora ya lo es.

—Pues será. Bueno, entonces, ¿al final lo que tengo que comprender es que el tratamiento de aquí, del hospital, es solo el principio?

—Sí, ese era el mensaje. Has empezado aquí, pero luego hay que continuar.

—Entiendo. Me lo pensaré. Mientras tanto ¿puedo quedarme el libro para leerlo entero?

—Sí, claro.

—Gracias.

Le tiendo la mano y me devuelve el saludo visiblemente emocionado. Salgo de la consulta para buscar un banco libre en el jardín. Tengo que sopesar todo el asunto, no se trata de ningún juego. Este hombre dice que las vidas se van a pique, que las recaídas se encadenan, que no es ni mucho menos un camino de rosas. Tengo treinta años, no quiero ir por esos derroteros. Tengo que decidir qué hacer. Mientras tanto, quiero saber más sobre el estado de mi madre, no soporto tanto secretismo. Por lo que veo, todo el mundo se empeña en protegerme por el hecho de estar ingresado, no se me vaya a ocurrir volver a las andadas, pero la verdad es que me sentiría un poco mejor si me lo soltaran todo a la cara. Me molesta no saber cómo apañármelas para sonsacarles información. Una idea repentina me hace levantarme del banco. Llamo a la puerta del doctor Tene, entro y me siento.

—Buenos días. Antes de nada, quiero que sepa que he sacado algo en claro de lo que pasó ayer. Voy a intentar parar. No es que lo sienta, pero voy a intentarlo.

—Me alegro. Ya es suficiente con que hayas sacado algo en claro. ¿En qué puedo ayudarte? Porque sospecho que no has venido solo para decirme eso.

—Exacto. La cosa es que nadie me dice lo que le pasa a mi madre. Todos se dedican a protegerme, pero he pensado que igual usted sabe algo más.

—Así es, y te lo voy a explicar. Por lo visto, la mujer ha sufrido un infarto cerebral. Para que lo entiendas: se le ha reventado una vena del cerebro. La cosa puede tener consecuencias graves, a veces hasta puede resultar letal.

—Ya.

—Está en la UCI, en el extranjero. Por lo que sé, ahora mismo se encuentra estable, lo más grave ya ha pasado. Están haciendo gestiones a ver si se la traen para acá, pero lo más probable es que lleve su tiempo. Me llamó tu hermana ayer y me preguntó si me parecía bien que hablaras con tu madre por teléfono. Ahora te lo pregunto yo a ti: ¿te apetece?

—No sé si aguantaría, es quizá la única persona que me importa en este mundo.

—Tú piénsatelo, que nadie te mete prisa. Por lo pronto, me consta que has hablado con Tudor y te ha explicado alguna que otra cosa. ¿Tienes más preguntas?

—Sí. ¿Usted cree que soy adicto?

—Sí. Ya sé que no te hace mucha gracia escucharlo, pero lo eres. Y créeme, me encantaría encontrar la manera de curarte… Ahora bien: la situación depende de ti. Ni yo ni nadie más puede renunciar al

consumo en tu lugar. Podemos tratarte, ponerte a tono, declararte sano físicamente… pero nuestro papel termina ahí. La rehabilitación es tarea tuya.

Me quedo mirándolo. De repente me enrabieto y me entran ganas de destrozar la consulta entera. Ha puesto el dedo en la llaga, y lo tiene embadurnado en sal. Lo odio. ¿A qué vendrá tanta sinceridad conmigo? ¿Por qué no intentará por lo menos colarme alguna mentira piadosa?

—Imagino que Tudor te habrá hablado del centro residencial de tratamiento que hay aquí en Rumanía. Si no, lo puedo hacer yo —me tiende un folleto azul desde su lado del escritorio antes de proseguir —. Es una iniciativa de un médico sajón. Le ha llevado un trabajo descomunal, pero resulta que, desde hace diez años, ha conseguido importar un programa de rehabilitación que funciona. Tienes toda la información en el folleto, tampoco me voy a poner a contarte lo mismo que ya puedes leer ahí.

—Gracias, le echaré un vistazo.

—Y una cosa más: te he recetado un antidepresivo suave, quizá te ayude. Pásate por aquí dentro de unos cinco días a ver cómo te encuentras.

—Eso haré.

Salgo de la consulta. Ahora ya tengo un libro y un folleto. Armas no me faltan, lo único que me queda es entenderlo, y por ahora mi cabeza se empeña en negar las explicaciones que acaba de escuchar. Soy adicto. Mierda. Y yo no me había dado cuenta.

Camino despacio por el jardín. Se han juntado muchas cosas en los últimos días y me cuesta ponerlas en orden. Debería informarme sobre el centro ese, pero no tengo ganas, aún no veo muy bien de qué va el tema. Retomo el hilo de mis ideas. Al final tendré que hacerme un plan. Si quiero salir bien parado y sobrio de esta historia, más me vale encontrar soluciones a los problemas que tengo en la vida, y no es nada fácil. En teoría, tengo un sitio donde quedarme, y poco más. Ni trabajo ni familia (o al menos ya no, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado últimamente) ni relación que valga, ni amigos que no consuman esto o lo otro. Por no tener, no tengo ni el carné de identidad en vigor. La situación es un asco, y se está mucho mejor en la calle sin necesidad de nada de todo eso. Pero la cuestión es que, con treinta años, debería luchar. Menuda puta mierda. Ese paraíso en el que he vivido hasta ahora puede desembocar en cosas horribles y aún estoy a tiempo de evitarlo.

Me dejo caer en un banco junto a Petre.

—Oye, socio, ¿tú qué vas a hacer al salir de aquí?

—Ir al trabajo, intentar pasar más tiempo con mi niña, si es que

quiere, y procurar no beber nada de nada. Básicamente eso. Lo mismo que hacía antes, pero sin alcohol y con mi hija.

—Ya. ¿Y tú crees que te irá bien?

—No queda otra… Si no, estamos jodidos. Tengo cuarenta y ocho años, como la cague, no va a ser fácil arreglarlo. ¿Tú?

—Te juro que no tengo ni idea. ¿Qué sabes de ese centro de tratamiento privado?

—Solo he oído hablar bien de él. De todas formas, yo no me lo puedo permitir, y además tampoco tengo tantas vacaciones. Pero vamos, que no he oído decir a nadie que estuviera mal.

—Ajá…

Me levanto y sigo paseando. Vuelvo a la habitación y me pongo a leer. Las ideas del libro parecen bastante claras. Los términos son algo complicados, pero me las apaño. Intentaré terminarlo, quiero comprender mejor toda esta historia.

6

Diez días ingresado. De lo del ojo ni rastro, la nariz ya solo me duele de vez en cuando, los análisis mejoran. He pasado por la consulta del dentista del hospital para arreglarme el diente que me faltaba. Los Popescu siguen visitándome a diario, a las seis de la tarde, en cuanto salen del trabajo. No paran de sonreír, su mundo no parece tener ninguna conexión con el mundo en el que vivimos el resto. Ya conozco a todos los del área, en general buena gente, mucho mejor que la que conocí en la calle. Las preguntas no han cambiado, aún no entiendo muy bien lo que está pasando. Entiendo lo que es la adicción, entiendo que podría ser adicto, pero no consigo ver en absoluto dónde podría estar la solución que me dé acceso a ese universo tan nuevo y maravilloso del que habla esta gente. Abstinencia total, vida plena, felicidad… ¿Por dónde empiezo yo a construir todo eso? Es más, ¿cuánto voy a tardar? Han pasado ya unos días desde la última vez que bebí y siento que el tiempo no avanza, que no sucede nada, que la vida como tal se ha detenido. No soy capaz de decir qué hora es ni en qué día estamos. Mi mundo es un desastre indescriptible.

aquí estoy aquí estoy aquí estoy aquí estoy aquí estoy aquí estoy aquí estoy aquí estoy aquí estoy aquí estoy aquí estoy aquí estoy aquí estoy

Todo a mi alrededor tiene pinta de abandonado, nada se mueve. El único movimiento posible es el de la mirada que recorre esa imagen estática. Un movimiento exclusivamente interior, porque el exterior está muerto. Así que ha habido un cambio: yo he resucitado, y todo lo que me rodea ha muerto. O al revés. El caos. Debería aclararme, pero me encuentro agotado y la razón no me ayuda.

Son casi las seis de la tarde. Apago el portátil y salgo al jardín para recibir la dichosa visita, que se ha convertido ya en un ritual. He terminado por asumir que no hay nada en el mundo capaz de evitar que esta gente acuda a diario, así que no me queda otra que esperarla y comportarme como es debido.

Me siento en el mismo banco, a mano derecha junto a la entrada. Y a esperar.

—Buenas —me lanza a través de la verja una voz sospechosamente

amistosa.

Me vuelvo y sonrío por inercia.

—*Bonjour*. Han venido.

—Sí, te he hemos traído helado. ¿Necesitas algo más?

—¿Cigarrillos? Ah, aquí están. Nada, gracias.

—¿Te encuentras bien?

—Bueno, todo lo bien que uno puede encontrarse. Pero sí.

—Oye, hemos hablado con el médico y luego con tu hermana por teléfono. Sobre el centro de rehabilitación. ¿Qué te parecería intentar pasar una temporada allí?

Me entra una arcada. Hago un esfuerzo por contener el vómito, me cuesta unos segundos. No me lo esperaba.

—¿Y qué voy a hacer yo allí?

—Pues tratar de recuperarte. En casa va a ser difícil sin apoyo, te va a tocar vivir solo como hasta ahora. El médico dice que, al menos durante un tiempo, deberías evitar cualquier vínculo con tu vida anterior.

—¡Pues muy bien, ni que me hubiera muerto! ¿Y qué pretenden que haga si no puedo tener ninguna relación con mi vida anterior? ¿Cómo quieren que construya una nueva?

—No te enfades, por favor —me pide la señora Popescu en tono conciliador—. Nosotros lo único que hacemos es transmitirte lo que ha dicho tu hermana. Ha insistido en que por el dinero no te preocupes, que corre ella con todos los gastos. Tú piensa si te vendría bien intentarlo.

—No me enfado. Lo voy a pensar.

El señor Popescu se levanta del banco, se aleja unos pasos y añade:

—Te llevo yo hasta allí. Solo tienes que decirlo, no me cuesta nada.

Asiento en señal de aprobación, aunque no me hace ninguna gracia. En cierto modo, ya había empezado a pensar que podría seguir con mi vida de antes quitando lo de beber y hacer tonterías, pero por lo visto existen otras alternativas, lo cual no me tranquiliza para nada.

—Quisiera pedirle un favor. Necesito cien lei para una cosa.

El señor Popescu me tiende tranquilamente un puñado de billetes, sin comentario alguno.

—Gracias. Esto me ayuda mucho.

Se marcha mi visita con la promesa —ni que la necesitase— de volver mañana a la misma hora. Tengo deberes: el centro de rehabilitación.

Deberes: el centro de rehabilitación. Es un salto al vacío, no solo por el hecho de marcharme del hospital y cambiar de sitio, sino por todo el asunto en general. Es un experimento difícil, ni siquiera

alcanzo a imaginármelo en toda su magnitud, aunque sí puedo apreciar su complejidad. Un salto como ese conlleva mucha dificultad y peligro. Pongamos que tienes que cruzar un puente o una sucesión de puentes que no están muy allá: les falta alguna que otra traviesa y hay tramos en los que podrías resbalar. Pues bien: ¿enfilas esa ruta o te quedas tranquilito en tu sitio? He aquí la cuestión del salto. ¿Me lanzo hacia lo desconocido o intento amoldar la situación a lo que me conviene? No soy ningún prodigio de la psicología, y esta historia me parece cada vez más complicada.

Me dirijo a la habitación con miles de ideas revoloteándome en la cabeza. Si me pidiera alguien que me echara este sector entero a la espalda y cargara con él ladrillo a ladrillo, creo que me costaría menos.

—Petre, qué te iba a comentar…

—Dime —responde el grandullón desde las páginas de su ineludible crucigrama.

—Mira, toma este dinero y cómprale algo a la niña. De tu parte. Sé que no andas muy sobrado y he pensado que te vendría bien. Ya me lo devolverás algún día.

Se me queda mirando inquisitivo, no sabe muy bien qué hacer. Coge el dinero, se lo mete en el bolsillo y se marcha sin mediar palabra. Me gusta su reacción.

Salgo del edificio, saco el móvil y navego a toda prisa de menú en menú. Escucho varios tonos amortiguados hasta que un sonidito me anuncia que alguien ha descolgado.

—Buenas.

—Buenas.

—Oye, ¿qué es eso del centro de rehabilitación?

—Hablé con el médico y me dijo que era una muy buena solución para salir del paso.

—¿O sea…?

—Pueees… Dejas de ver a tus amigotes esos, te tranquilizas, te recuperas y aprendes lo que es vivir de otra manera. ¿Te parece poco?

—Ya sé…

—Venga, hombre, tampoco puede ser tan duro estar en un sitio bonito sin hacer nada y recuperarte…

—Sí. Ya veremos. ¿Qué tal mamá?

—Mejor. Hoy le hemos dado de comer. Pronto nos la llevaremos para allá en un helicóptero médico. Te avisaré. Aún no sé cuándo.

—Vale, pues ya hablamos.

—Piénsate lo del centro ese y me dices. ¿Vale?

—Venga, chao, chao.

Cuelgo y me siento a la sombra. Nunca escojo el mismo sitio, se ha

convertido en una especie de obsesión lo de no repetir banco dos veces seguidas. La estabilidad tan traicionera… Solo me interesa lo que es diferente, aunque sean los bancos del jardín del hospital. La diferencia marca la diferencia. O al revés.

Vuelvo a la habitación y enciendo el portátil. Tecleo en el buscador el nombre del centro. Por lo visto no tienen página web. Muy bien, a estas alturas de la película… Encuentro algo, un foro con un nombre un poco sospechoso. Más de mil usuarios registrados hablando de adicciones. Algunos se refieren al sitio en cuestión, la mayoría para alabarlo. Es un buen comienzo. Doy también con un número de teléfono. Lo guardo en la agenda. Me planteo abrir una cuenta en el foro, pero enseguida desisto. No tengo de qué hablar con esa gente. Al final tampoco he descubierto nada del otro mundo. Encuentro unas cuantas fotos en Google, nada espectacular. Una casa, un jardín, una sala con gente. ¿De eso va la terapia? Es raro, me esperaba algo más. Me comprometo a seguir buscando. Resulta imposible pensar que no tengan publicidad de ningún tipo.

Me apoyo en el alféizar y contemplo el jardín. Ya llevo mi tiempo aquí. Lo que para algunos serían solo unos cuantos días, para mí supone una eternidad. Del futuro no espero gran cosa, y él tampoco parece esperar mucho de mí. En cuanto me he alejado de mi mundo, mi mundo me ha olvidado. Solo tengo una perdida en el móvil, del primer día; luego ya no han vuelto a llamarme. ¿Acaso no vendría nadie a mi entierro si muriera? Me viene a la cabeza la imagen de un cortejo como los de las novelas naturalistas, con un caballo tirando de la carreta fúnebre y un ajado pope caminando extenuado detrás del ataúd. Aparte de eso, nadie, solo la lluvia golpeando rítmicamente el tejado de mi mundo. ¿A eso se refería con lo de «tus amigotes esos»? Seguiré dándole vueltas.

Todos a mi alrededor tratan de empujarme hacia ese centro de rehabilitación. La búsqueda en internet no ha dado resultado, voy a tener que llamar. Ya es tarde, mejor mañana. Sigo apoyado en el alféizar. Me inundan el dolor y el asco. Aborrezco lo que está pasando. Quisiera que la vida fuera distinta, no estar triste, dejar de mirar por la ventana de una habitación de hospital. Me siento parte de un experimento, aunque sin saber nada o casi nada sobre el caso de estudio.

Es por la mañana. Me dedico a dibujar círculos con la punta del pie en la grava que rodea el banco. Le doy sorbos al café sin moverme del sitio; me he propuesto no hacer nada más en la vida. Estoy más enfadado que anoche, el móvil sigue sin sonar. Dice el libro de Tudor que una forma de protegerse es cambiando de número. De poco sirve, a la vista está. Es evidente que a nadie le interesa saber si sigo vivo o

no. He muerto.

Saco el móvil. Guardé anoche el número al que tengo que llamar. Me quedo mirando la pantalla. No tengo ganas de hacerlo. Me repugna la idea de intentar cambiar algo. Bajo mi punto de vista, bastaría con cambiar un par de detalles, y para eso no necesito centros de rehabilitación ni ningún otro prodigio. Hablaré de ello con Tudor o con el médico, tal vez me iluminen. Aun así, desde ayer llevo metida una idea en la cabeza, una idea que no me deja respirar: si de verdad tengo que cambiar algo en mi comportamiento y resulta que no tengo a nadie cerca, ¿Sobre qué cimientos voy a construir? ¿Cómo puedes construir una vida normal si no tienes vida alguna? ¿Y qué es eso de una vida normal? Preguntas a las que no sé responder.

Pulso la tecla verde del móvil, lo dejo sonar, no contesta nadie. Bueno, ya lo volveré a intentar. De momento debería pasarme a ver a Tudor para conseguir respuestas. Lo que pueda hacer luego con ellas es otra cuestión.

Entro, me siento con las piernas cruzadas, enciendo un cigarrillo y disparo:

—¿Qué hay? ¿Dónde está el centro ese de rehabilitación?

—Cerca de Sighișoara.

—¿Y es caro?

—Más o menos. Lo pregunto y te digo.

—¿Da resultado?

—Sí y no. Tampoco depende solo de ellos, al final quien decide es el paciente.

—Si decido ir, ¿cuánto tendría que quedarme allí?

—Entre dos y seis meses, quizá más.

—¿Cuánta gente tienen ingresada?

—Veintidós personas como máximo.

—Entendido. Tú, personalmente, ¿qué piensas de esta historia?

—Yo creo que es bueno, lo recomiendo.

—Gracias. Me falta poco para terminar el libro. Mañana te lo devuelvo.

—A ti. Espero que te haya ayudado.

—Sí. Bueno, me marcho, gracias por la información.

Salgo igual que he entrado, de golpe. Me he aclarado hasta cierto punto, ya sé algo más sobre el asunto. Encuentro otro banco libre en el jardín y me siento, agotado. Darle tantas vueltas a la cabeza empieza a pasarme factura. Escucho una conversación entre un paciente y su mujer, que ha venido de visita. Básicamente, ella le reprocha entre lágrimas todo lo que ha sido su vida en pareja. Me parece una crueldad por su parte. Menos mal que yo no tengo que tragarme esas cosas, no hay ninguna persona que me quiera tanto como para venir

llorando y decirme que no la he querido lo suficiente. Retomo mis pensamientos, decidido a lograr comprender algo. Al fin y al cabo, tampoco tengo nada que perder con todo esto. Lo intento, y si no me conviene, me las piro. Me da miedo otro lugar extraño, me da miedo el futuro, pero lo más probable es que las cosas tampoco fueran a marchar de maravilla allá donde fuese. Si no he leído mal, la rehabilitación es un proceso bastante largo, y la primera fase se las trae, así que tampoco importa tanto dónde me encuentre.

Me miro las manos. Por lo general están tranquilas, pero basta que quiera hacer algo para que empiecen a temblar. Tică me aclaró que se llamaba temblor controlado: «Se te pasará con el tiempo», dijo, «pero tardará». Estoy escuálido. Se me ha ido el apetito y he adelgazado otros dos kilos en el tiempo que llevo aquí. El caso es que no me encuentro mal, pero estoy muy débil.

La balanza se inclina para darle una oportunidad al centro de rehabilitación. Creo que me he decidido, lo único que me falta es hablar con ellos. Llamo al señor Popescu para comentárselo. Parece alegrarse a su manera, comedido y tranquilo. Quedamos en pasar por casa para recoger unas cosas que podría necesitar antes de ir juntos a la clínica.

Petre se acerca y se sienta a mi lado.

—Le di el dinero a mi hija y le dije que se comprara lo que quisiera. Me sonrió.

Parece emocionado. No me extraña.

—Hacía años que no me sonreía, ya ni sabía lo que era. Por lo general, me volvía la espalda y se negaba a dirigirme la palabra.

—Me alegro. He decidido marcharme al centro ese. Lo que tenga que ser, será. Ya hablaremos.

—Eso dalo por hecho. Tengo tu número, te llamaré.

Se marcha sin añadir nada más. Estará preocupado por el alta. Me ha reconocido esta mañana que va a tener que volver al trabajo y que le da miedo. Es su vida, tampoco sé muy bien cómo podría ayudarlo.

Consigo hablar por teléfono con alguien de la clínica. Fijamos una cita para dentro de un par de días, por lo visto les quedan plazas libres. No sé dónde me llevará todo esto, pero estoy acostumbrado: jamás en mi vida he tenido un plan definido. Me quedo en el banco después de colgar, asimilando la situación. Hay cosas en la vida que uno no puede olvidar, y tengo bien claro que me va a costar horrores borrar de mi memoria los pocos días que he pasado aquí. Tal vez son solo ideas mías, pero me he dado cuenta de que no sé nada de mí mismo y de que me gustaría, creo, desentrañar algo. Por una vez yo también quiero sentirme como el hombre del banco de al lado, saber que tengo a alguien. Aunque esas cosas no están hechas para mí, estoy

solo desde que tengo uso de razón.

Contemplo la fachada, las ventanas con sus inútiles barrotes, el balanceo de las flores bajo el calor mareante de julio, las siluetas uniformadas de enfermeras y auxiliares, la interminable ristra de edificios idénticos que se ven del otro lado de la verja, mis manos ennegrecidas de tantas venas reventadas. Un mundo cercado, y yo recluido en él. Mañana me marcho.

7

Monto en el coche sin despegar los labios. No tengo ganas de conversación, me aburre toda esta historia. El señor Popescu recorre el mismo trayecto que nos trajo hasta el hospital. Me cuenta anécdotas de su trabajo, se ve a la legua que intenta darle un aire alegre al asunto. Yo, desde luego, alegre no estoy. No tengo ni idea de lo que debería llevarme a la clínica. Me decido: ropa, el portátil y unos cuantos libros. El resto puede esperar.

Al doblar la esquina y toparnos con la casa, de repente me parece la más fea de la calle. Tiene un aspecto envejecido, descuidado, y su jardín sembrado de hierbajos me pone mal cuerpo. Desde fuera se ven un montón de botellas vacías desperdigadas. Las ventanas del semisótano bostezan, con algún que otro cristal roto, como los ojos de un vampiro a plena luz del día. Abro la cancela. El chirrido me estremece. La puerta de la entrada se quedó abierta y, antes de cruzar el umbral, me abofetea un olor dulzón de lo más desagradable. Todo está viejo; las paredes, desconchadas; y el suelo, sucio. ¿Aquí he estado viviendo yo? Mi habitación es un vertedero, apesta a cerrado. Rebusco bajo el colchón y cojo el ejemplar de *Los Moromete*, con dinero y todo; no quiero que nadie sepa lo que guardo en él. Me llevo hasta mis ahorros. Paso a la otra habitación, un caos indescriptible. Está en penumbra. Si no supiera la verdad, diría que han entrado a robar y lo han destrozado todo. Busco ropa, la apretujo en una bolsa y añado unos libros. Por ahora creo que es suficiente. Me siento en la silla del escritorio y contemplo el panorama en silencio. Me parece increíble haber vivido aquí tanto tiempo. Agarro de la biblioteca el *Tractatus* de Wittgenstein y otro par de volúmenes, los echo a la bolsa y salgo. El señor Popescu se limita a seguirme, debe de saber que no estoy muy allá. No quiero marcharme de mi vida; por muy fea y miserable que sea, no deja de ser mía. Pero la decisión está tomada y no puedo echarme atrás ahora. Tomo asiento en el coche. Me entran ganas de llorar. La primera vez que siento de verdad lo que es tener ganas de llorar. Me contengo, bajo la ventanilla. Fumo sin volver siquiera la vista atrás.

La autopista se extiende ante nosotros. No es exactamente la forma en la que habría querido marcharme de casa este verano. Me pongo melodramático: por mi cabeza desfilan recuerdos de lo más variopinto, todos relacionados con carreteras y áreas de descanso. Siempre me ha gustado viajar de un lado a otro, desde donde sea hasta el sitio que sea; no tanto los destinos, solo viajar. Me encantaría recorrer el planeta entero, por etapas, sin una meta concreta. Y volver luego a un sitio llamado hogar, signifique eso lo que signifique. Hogar: un concepto extraño y casi incomprensible. Hogar. Tendré que pensar en ello más detenidamente. Tendré que pensar en muchas cosas, pero la cuestión es que ahora mismo me da asco todo, hasta el aire que respiro, y no me apetece pensar, no me apetece nada. Solo tengo un objetivo: seguir viviendo como sea. Después veré lo que toca.

Salimos de la autopista y enfilamos Dealul Negru, una preciosa carretera arbolada que solo estropean los miles de camiones que la recorren a diario. Al coche le cuesta subir. Apoyo la cabeza contra la ventanilla y me dedico a observar el bosque pasar. Así es todo en la vida, como esos árboles que aparecen y desaparecen sin preocuparse de nada.

Al cabo de dos o tres horas, tomamos el desvío y entramos en un municipio sajón cuya arquitectura no recuerda en nada a la de los pueblos del sur. Desde fuera solo se ven las paredes de las casas, pintadas de atractivos colores, y sus ventanas cubiertas de geranios en flor. Una población extensa, al parecer con una única calle principal. Las casas son casi todas idénticas, salvo alguna que otra villa de dos pisos repartida aquí y allá. Llama la atención lo cuidado que está todo; esta gente vive en otro mundo.

En un momento dado, el señor Popescu detiene el coche para pedir indicaciones. Un niño le explica hacia dónde tiene que ir. Tras varios cientos de metros, subimos por una carretera empedrada que hay a mano izquierda y seguimos hasta una villa presidida por un patio cubierto de losas. En el pórtico no pone nada. Qué raro: ¿por qué habrán decidido no colocar ni un mísero letrero a la entrada? Bajamos del coche en mitad del patio a pleno sol y nos encaminamos hacia la casa. Ni un alma. Nos están esperando, eso seguro, solo es cuestión de encontrar a alguien que nos dé alguna indicación.

Vista desde fuera, la casa impresiona por su tamaño. Tiene un semisótano elevado, dos pisos y una buhardilla. Es antigua e imponente. A la izquierda, en la parte trasera, se alza una torre de unos cuarenta o cincuenta metros que tutela una iglesia de estilo gótico, estucada en un gris deprimente. Entramos en un porche de madera con el suelo de mosaico. El único ser vivo del lugar parece ser un perrito pelirrojo que no se molesta siquiera en levantar el hocico para mirarnos. Empujo una puerta de madera granate y accedemos a

una especie de recibidor, que no es más que el hueco de una escalera. Frente a nosotros, una puerta blanca acristalada con la inscripción: «cocina. prohibido el paso a las personas ajenas al servicio». Doy unos golpecitos contra el cristal y, para mi sorpresa, una voz femenina me grita que pase. Se trata de una señora de unos sesenta años, regordeta y sonriente. Cocinera. Nos manda para el piso de arriba antes de seguir cortando cebolla entre lágrimas, miradas inquisitivas y sonrisas. La escalera cruje de lo lindo. Las paredes están cubiertas de pirograbados, cuadros, dibujos y bosquejos, y no hay un solo peldaño sin su macetita de flores. Todo desprende un aire cálido y acogedor. Llegamos al último piso, cuyo vestíbulo central han transformado, por lo visto, en una pequeña sala de lectura. Desde allí enfilamos un pasillo estrecho y oscuro con cuatro puertas, dos a cada lado. Consigo descifrar a duras penas la palabra «director» en una de ellas. De repente quiero irme: todo sucede demasiado deprisa, y tengo la profunda sensación de haber tomado una decisión precipitada. Me dejo caer en un sillón del vestíbulo, enciendo un cigarrillo y con un gesto le pido al señor Popescu que nos tomemos un descanso. Intento calmarme, respiro hondo. Las manos empiezan a temblarme, otra vez los sudores.

Por fin, me levanto y llamo a la puerta. Del otro lado, una voz amistosa de hombre nos invita a pasar. El despacho es pequeño, tan pequeño que no cabe un alfiler. En realidad, está hasta arriba de objetos y libros, como si nadie se hubiera ocupado nunca de limpiarlo. Tiene hasta el último centímetro de pared tapizado de cuadros y pósteres, además de unos cuantos armarios colgados donde puede leerse «medicamentos». Los libros han colonizado hasta el suelo. Detrás del escritorio, un hombre de unos cuarenta años, alto y orondo, demasiado, diría yo. Está inclinado delante de un portátil antiguo y se dedica a teclear, al parecer muy atento a lo que hace. De pronto se levanta para recibirnos. Debe de habérsele olvidado por completo nuestra conversación por Messenger.

El señor Popescu le explica la situación lo mejor que puede. Yo he decidido no hablar más de la cuenta, así que me entretengo con una revista y evito mirarlos. Sé que la conversación gira en torno a mí, pero no tengo intención alguna de inmiscuirme. No me quito de la cabeza la impresión de estar cometiendo un error, de que este no es mi sitio. No he visto a ningún paciente, y esta sensación de tranquilidad y desierto no me gusta nada. Igual son cosas mías, pero ¿cómo es posible que veinte personas juntas no hagan ni una pizca de ruido?

Llegado un punto, el doctor se dirige a mí directamente:

—¿Cuánto quieres quedarte?

—No sé.

—Nosotros recomendamos entre dos y seis meses para que la cura surta efecto. Me consta que has tenido problemas de salud. ¿Quieres contármelos?

—Casi preferiría no hacerlo. Al menos no ahora. No me apetece mucho.

—Como veas. De momento, le voy a pedir a alguien que te dé una vuelta por las instalaciones y te enseñe la habitación donde te vas a quedar. ¡Señor Toby! ¡Señor Toby!

Llama a voces a su compañero; se ve que tiene esa costumbre. Aparece por la puerta del despacho un tipo enjuto y larguirucho, pero con barriga. Lleva la cabeza rapada al cero, gafas, unos pantalones cortos de color naranja y una camiseta de tirantes gris.

—Sí, doctor.

Habla muy despacio, con acento alemán y una falta de alegría más que evidente.

—El señor es nuestro nuevo paciente. Haz el favor de enseñarle un poco todo esto y alojarlo en la habitación n.º 1. Luego lo traes de vuelta. Gracias.

—Vamos, joven —me apremia el patilargo mientras sale al pasillo sin volver la vista atrás.

Me levanto y lo sigo.

—Buenas, yo soy Toby. Trabajo aquí de voluntario y me ocupo de las cuestiones administrativas. Cualquier cosa que necesites, me dices. A la hora que sea. ¿Estamos?

—Vale.

Me enseña el lugar sin ninguna prisa mientras responde a todas mis preguntas. Primero me lleva hasta la habitación donde voy a alojarme: un cuarto de dos por cuatro, situado junto a una de las salidas. La pintura de las paredes debe de tener unos cincuenta años, y se ve tan amarillenta que me da vueltas la cabeza. Dos camas individuales, un par de estanterías, un armario, una mesa, dos sillas. Y para de contar. Eso va a ser mi habitación. De momento, tengo que salir; mi compañero está durmiendo y no quiero despertarlo.

Toby me guía por las estancias principales del centro: el club y un salón comedor. Me cuenta que estamos en una antigua casa parroquial de la Iglesia evangélica luterana abandonada en los años setenta, cuando la mayoría de los sajones de la zona fueron repatriados a Alemania. Después de la revolución, el doctor se hizo con la concesión por veinte años, con el compromiso de reparar, modernizar y mantener, en la medida de lo posible, la iglesia medieval del jardín trasero. Los primeros tiempos fueron duros y apasionantes. El doctor y su mujer trabajaban de voluntarios y se dedicaban a recoger personas adictas de la calle, a las que daban cobijo. Poco a poco, con la ayuda

de la comunidad sajona de Alemania y de varias organizaciones internacionales, renovaron la casa y pusieron los cimientos de la clínica actual. Trabajaron a destajo, casi sin descanso, pero con resultados asombrosos. A día de hoy, hasta veinte personas disfrutan aquí de un relativo confort y todo marcha bien.

El club no me inspira demasiado, es un antiguo comedor rodeado de sillas, con una mesa de televisión y un piano de pared. Según Toby, ahí es donde se llevan a cabo las sesiones diarias de terapia de grupo. Algo sé de oídas, me enteraré más tarde de los detalles. El salón comedor se encuentra en el sótano, y sus ventanas dan al patio delantero. Es la antigua bodega de la parroquia, reacondicionada para fines más prácticos. Me enseña también el jardín, una enorme huerta de árboles frutales custodiada por la iglesia y una cerca que llega a adivinarse a unos doscientos metros de la casa. Se ven bancos, mesas y —¡por fin!— a un par de pacientes jugando al *backgammon*, tan concentrados que ni siquiera me devuelven el saludo. Mi anfitrión me promete enseñarme la iglesia en otro momento.

Volvemos a la consulta del doctor, que me tiende unos papeles para que los firme y me da la bienvenida antes de soltarme de golpe:

—Siéntate un momento, por favor. Voy a explicarte nuestro reglamento, estoy seguro de que Toby no lo ha hecho. Las dos primeras semanas te pediría que no salieras de la clínica bajo ningún concepto. Si necesitas algo, ya se encargará el responsable del centro o algún compañero. Tienes el horario impreso en la planta baja, pero te lo puedo explicar yo si quieres.

—Ya lo leo yo, gracias.

—Vale. Las sesiones que aparecen ahí son obligatorias; y la ergoterapia, también.

—¿Ergo-qué?

—Ergoterapia. Traducido así por encima, una especie de terapia ocupacional. Cada paciente asume una tarea, algo útil para la casa. Todo empezó como una broma de cuartel, pero con el tiempo la cosa se instauró de forma oficial en el centro y las tareas de los pacientes pasaron a denominarse sectores. Son solo cosas relacionadas con el mantenimiento de la casa, y para qué te voy a engañar… nos ayudan a reducir el coste de la estancia. Te habrás dado cuenta de que hacemos todo lo posible para ofrecer precios razonables.

—Más o menos.

—Bueeeno, pues aparte de los sectores, te asignaremos un terapeuta, con el que tendrás sesiones individuales. Te pediría que no te las saltaras, ya verás con el tiempo lo útiles que son.

—He tenido unas cuantas sesiones de esas en el hospital y tampoco es que haya aprendido gran cosa.

—Aquí es otra historia, ya verás. Por lo demás, ya está, esas son las únicas reglas que te voy a pedir que respetes. ¡Bienvenido a nuestra casa!

—Gracias.

Intercambia unas muestras de amabilidad con el señor Popescu. Parecen amigos de toda la vida. Sospechoso. Bajamos al coche, recojo lo poco que he traído, lo llevamos entre los dos hasta la puerta de la habitación y lo dejamos allí para no despertar a mi compañero. Salimos al patio. Me tiende incómodo un fajo de billetes sin contarlos, balbucea algo sobre mis necesidades básicas y se arruga todavía más. Me anuncia que ha dejado algo de dinero para gastos en la consulta del doctor, que puedo usarlo para lo que quiera y llamarlo si necesito más. Por fin, nervioso e incómodo, sube al coche y se marcha.

Me quedo solo, sentado en un banco de madera del porche. Sigue acechándome esa sensación de no comprender nada en absoluto. Vale, he llegado a un mundo totalmente desconocido y debo empezar a pensar cómo vivir de otra forma. Parece sencillo, pero en realidad no tengo ni idea de cómo hacerlo. ¿Cómo será la gente de aquí? Y lo más importante: ¿cuánto va a durar esto?

Me levanto para ir a la habitación. Ya es hora de instalarme. Subo las escaleras. El crujido me resulta de lo más agradable, como en casa. Entro sigilosamente y me siento en una de las sillas. Mi compañero, un tipo calvo y fortachón, se incorpora de costado y se presenta:

—¿Qué hay? Yo soy Claudiu. Bienvenido. Ya me ha contado Toby. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Buenas. No te preocupes, solo quiero colocar estas cosas por algún sitio.

—Yo llevo aquí tres meses, y no es la primera vez. Si tienes alguna pregunta, me dices.

—¿Cómo lo llevas?

—¿Cómo lo voy a llevar? Pues bien. Aquí me mantengo sobrio, en casa no hay manera —se levanta, enciende un cigarrillo del paquete que hay encima de la mesa y prosigue—. Por lo demás, ya verás que te acostumbras enseguida. Oficialmente, no está permitido fumar en las habitaciones. Si te pillan, te ponen un castigo (algún sector más engorroso, quitarte los permisos…), pero merece la pena. Tú fuma, que al principio no se meten contigo.

—Vale. ¿Y cómo va eso de la terapia?

—Es sobre todo terapia de grupo. La sesión de las once. Ya lo verás.

—¿Y funciona? ¿La gente que pasa por aquí lo acaba dejando?

—Unos sí, otros no. Ya lo irás descubriendo.

Fumamos a escondidas mientras prepara un café con una resistencia eléctrica, igual que en el hospital. Por lo visto, a ningún borracho en proceso de rehabilitación le falta su resistencia eléctrica, una especie de distintivo. El café está bueno y me espabila. Claudiu me cuenta parte de su vida. Resulta que fue deportista, luchador, para más señas. Ha estado casado tres veces y tiene un niño con una de sus exmujeres. Ahora mismo está sin pareja, y eso le sienta fatal. Lleva bebiendo desde que tiene uso de razón. Tratando de dejarlo, unos cinco años. Lo máximo que ha conseguido aguantar sobrio es año y medio, pero luego lo retomó como si nada. Una puta mierda, como dice él.

Nos interrumpe el tintineo de una campanilla. Suena durante unos veinte segundos, se detiene, vuelve a empezar.

—Vamos a que conozcas a los chicos —me anima Claudiu.

Entramos en el club. En las sillas dispuestas en círculo se ha reunido hasta el último paciente, un grupo de lo más diverso, desde menores de edad hasta jubilados. Todos en chándal y chanclas o zapatillas de deporte, excepto uno: un señor mayor, canoso, con corbata, un cuaderno de colegial y un elegante bolígrafo plateado en la mano. Están de parloteo y el ambiente parece distendido, algo nuevo para mí. Claudiu me presenta a todo el mundo. Localizo un sitio libre y tomo asiento.

Se abre la puerta y aparece un tipo alto, calvo y con barriga, tan pálido que sus ojos inyectados en sangre dan la impresión de echar a arder en cualquier momento. Tiene un brazo visiblemente más delgado que el otro, me pregunto por qué. Se sienta en la silla que hay delante de la televisión, recorre el grupo un par de veces con la mirada y escupe:

—¿Algún problema, señores?

Murmullos, miradas en todas direcciones; algunas no se despegan de la moqueta. Hasta que el de la corbata anuncia:

—Tenemos un compañero nuevo. Ha llegado hoy.

—¡Y yo que pensaba que llevaba aquí una semana! —lo interrumpe en seco el calvorota—. Buenas. Yo soy Trică, el ergoterapeuta, aunque también fui paciente. Si te apetece presentarte, adelante.

—No sé muy bien qué decir.

—Dinos por qué estás aquí y, qué sé yo… lo que tú quieras.

—He venido porque tengo problemas con la bebida y las drogas. No sé muy bien por qué estoy aquí, pero espero averiguarlo. Y no se me ocurre contar nada más.

—Si no quieres decir nada, no lo digas. Aquí nadie tiene obligación de hablar.

—Señor Trică —interviene de nuevo el tipo canoso—, ya he pensado en un sector para el nuevo.

—Muy bien, pero de momento lo vamos a dejar en paz —lo vuelve a interrumpir sin miramientos el terapeuta—. Mejor la semana que viene, ¿vale? No se va a caer la casa a trozos mañana porque no nos ayude.

—Vale, pero el resto de compañeros…

—¡Claro, los compañeros! —lanza una mirada luminosa a su alrededor— ¿Quiere alguien que le demos sí o sí a este hombre algo que hacer desde mañana mismo?

Todo el mundo niega, cada cual a su manera. Así que por ahora me libro. Trică da por concluida la sesión y anuncia que hoy va a ser día «de permiso», porque fuera hace demasiado calor para trabajar, y que luego ya veremos. A cambio, nos propone un torneo de *backgammon* a un leu por cabeza, todo destinado a un fondo común para comprar café y refrescos. Aquí no se juega por dinero.

Me apunto en la lista. Está bien tener algo que hacer. Jugando me sale todo, una suerte loca, y enseguida hago buenas migas con algunos compañeros. Por lo visto, el talento para el *backgammon* te vuelve popular en la clínica, es bueno saberlo. Claudiu pierde enseguida. Llego a semifinales y gano por los pelos, pero la final la pierdo también en el último suspiro. Ya me he encontrado un entretenimiento, al parecer: todos los derrotados quieren su revancha, ya sea al momento, al día siguiente o cuando me apetezca.

Me dedico a jugar al *backgammon* hasta última hora de la tarde, alternando victorias con derrotas. Al final va a resultar que es la mejor manera de integrarse en estos sitios. Ahora ya conozco a todos mis compañeros, y no deja de llamarme la atención algo muy extraño: todo el mundo está dispuesto desde el minuto uno a contar su vida. En cuanto les haces un par de preguntas, más por amabilidad que por otra cosa, se lanzan a relatarte su historia. Me cuesta entender semejante nivel de comunicación. El caso es que ya me topé con ello en el hospital, pero aquí todo se magnifica. Apenas conoces a uno y a los cinco minutos ya te viene todo preocupado con sus problemas matrimoniales o, si es un adolescente, con que si su madre no le ha mandado dinero para tabaco. Cada cual tiene una historia que contar y la cuenta. A mí la cosa me supera y los escucho encantado, aunque tampoco me esfuerzo por quedarme con demasiada información.

El tintineo de la campanilla anuncia que la cena está lista, y todo el mundo se encamina tan contento hacia el salón comedor. La comida es decente y relativamente abundante. Todos bromean. Reina un ambiente de amistad al que casi me gustaría acostumbrarme. Se adivina alguna que otra riña menor, pero al parecer la regla que prohíbe la violencia se aplica a rajatabla y nadie alza siquiera la voz.

Sé que no me encuentro bien, sé que no pasa ni un segundo sin que mi descontento se renueve, pero por el momento elijo olvidar y callar. Tengo el presentimiento de que me voy a quedar una buena temporada aquí, ya habrá tiempo para todo.

Termino la noche con Claudiu y Liviu, otro paciente, en un banco de la parte de atrás. Liviu es un chico leído, divertidísimo y con un talento difícil de igualar para las historias. Ellos se dedican a contar y yo a escuchar, atento sobre todo a cómo me tiemblan las manos. Aún me pregunto hasta cuándo.

Al final me retiro a la habitación. No tengo cuerpo para sus bromas. Me siento al borde de la cama, me recuesto y trato de hacer un inventario de las cosas que debería poner en orden. Demasiadas. Al fin y al cabo, tendría que construirme una vida de persona normal, y no es nada fácil. Para empezar, ni siquiera me queda claro en qué consiste una vida. Simplificando mucho las cosas, lo más básico sería una casa, un trabajo, una relación y un puñado de amigos. Si partimos de ahí, ya vamos mal. Aparte de la casa no tengo nada, y la pobre está de aquella manera. El problema puede complicarse todavía más: por no tener, no tengo ni carné de identidad. Cada vez que me paraba la policía por la calle les daba directamente el número y ellos lo comprobaban por radio, ya se había convertido en una costumbre. Así que fácil no es. Tengo que construirme desde cero, y solo de pensarlo ya me vuelvo loco. ¿No es un poco tarde, a mi edad? Vale, pongamos que no, pero ¿cómo me las apaño para poner en pie todo eso? ¿Chasqueo los dedos, doy una palmada y las cosas empiezan a aparecer? ¡Lo dudo! ¿Trabajo duro para ello? ¿Desde cuándo la vida es un trabajo? Aún recuerdo lo que decía aquel personaje de Marin Preda: «¡Esta vida es una puñetera mierda!».[10]

No me hace ninguna gracia la idea de echarme a dormir.

Llevo aquí unos días. Me he acostumbrado en cierto modo al horario, a la gente, al sitio, a la comida. No es complicado. En general no le pido gran cosa a la vida y yo le ofrezco otro tanto. Puede que eso explique que haya terminado por convertirme en lo que me he convertido. Nunca he llegado del todo a ser un animal social ni a mostrar ambición alguna. La gente a mi alrededor ha tenido y sigue teniendo sueños, ha trabajado durante años y sigue trabajando por algo, lo que sea, alguna cosa que, a su modo de ver —cada cual sabrá por qué—, le hará la vida mejor y mucho más digna de ser vivida. Yo, desde que soy persona, lo único que he querido es sobrevivir, ver el siguiente amanecer, no tener ninguna obligación con nada ni nadie. He ahí la diferencia abismal entre los demás y yo: ellos se han construido una vida con objetivos, y les daría vergüenza tener que admitir un buen día que no los han alcanzado. A mí eso no me asusta.

Todo es tan aleatorio que, ni aunque me parara a pensarlo durante horas, sería capaz de encontrar algo de lo que sentirme avergonzado de veras. Por eso mismo soy relativamente feliz y, a la vez, relativamente infeliz, porque sobre mí no planea la sombra de la vergüenza. Lo que pasa es que a los demás esa vergüenza los ayuda, los vuelve mejores de cuando en cuando. La vergüenza en sí es una puerta de entrada al interior de uno mismo, un sentimiento de ofensa, de derrota, de abatimiento, de inferioridad y de alienación. La vergüenza es el interior más interior del ser humano, no hay nada más próximo a uno mismo; un temblor intestino, un mal sin límites, la imagen más amarga que existe de la propia persona, una mezcla de impotencia y cobardía. Y todo, por lo que entiendo, debería brotar de un estrepitoso fracaso personal.

Me he empeñado en encontrar un entretenimiento que tenga sentido, así que estos días me dedico a reflexionar sobre ello. Cuando me toca comer, lo hago obligado, procuro descansar todo lo que puedo (sin que haya manera) y busco, busco sin parar un respaldo y una motivación para mis intentos de dejarlo. Estudio a los demás, cosa que por otra parte tampoco es muy difícil, visto lo rápido que se prestan a ello. A fuerza de analizarlos, me siento cada vez más solo, más distinto. Si la definición misma de la soledad se basa en la diferencia con los demás, está claro que la escribieron inspirándose en mí o en alguien como yo.

Ya conozco a todos mis compañeros de la clínica. Me dedico, pues, a estudiarlos y a tratar de entender en vivo y en directo de qué va esa historia de la adicción y la abstinencia. Por supuesto, no tengo ninguna respuesta concreta en la cabeza. Vendrá cuando quiera, no sirve de nada forzar las cosas.

Con dos de ellos hablo bastante, encajan más conmigo. El primero, Titu, es un tipo de unos cuarenta años, ni alto ni bajo, con un cierto deje de artista y una forma divertidísima de contar las cosas. De profesión es ingeniero y ha trabajado en logística, pero de un tiempo a esta parte, como dice él, se dedica a sus labores. El caso es que vinieron unos a sobornarlo en el trabajo, pero él se negó y terminaron por echarlo. Ya de antes se agarraba unas cogorzas de tres pares de narices —la expresión es suya—, pero en cuanto se quedó en la calle todo se le fue de las manos. Ingresó en la clínica por insistencia de su mujer, aunque comenta en broma que habría sido mejor que lo hiciera ella, a ver si se acostumbra de una vez al hecho de que él siga bebiendo de tanto en tanto. El otro se llama Ramza y tiene una historia totalmente distinta. Es extranjero y adicto a la heroína. Estudió Economía e hizo un máster y una tesis, pero lo echó todo a perder por culpa de las drogas. Tiene tres hijos, todo chicos, uno de ellos de apenas unos meses. Cada vez que abre la boca cuesta contener

la risa ante su mezcla de rumano e insultos en ruso. Creo que es el único de todos los pacientes que sabe exactamente lo que quiere, es decir, dejar las drogas. Curiosamente, la relación con su familia no parece haber sufrido más de la cuenta debido a su adicción. Habla muy a menudo por teléfono con ellos, y el resto del tiempo lo pasa tranquilamente fumando y pensando. Los tres formamos un grupo de lo más peculiar, hablamos sin mirarnos a la cara, pero de alguna forma nos las arreglamos para darle un hilo a la conversación. Cruzamos pocas palabras, aunque bien meditadas, como si nos hubiera pagado alguna empresa importante para desentrañar, por fin, el problema del consumo de sustancias.

Estoy sentado en un banco de la parte de atrás. Llevaré aquí una hora. Me encuentro mal, no sé qué hacer. No logro describir lo que me pasa, tampoco es que me duela algo en concreto. La cuestión es que estoy nervioso, no hago más que temblar, nada me agrada, lo veo todo del revés. He hablado esta mañana por teléfono con mi hermana, pero no hemos conseguido comunicarnos ni un segundo en los cinco minutos que ha durado la conversación. Debe de haber leído algo en algún sitio; se la ve muy convencida de que desde hace un par de semanas soy un hombre nuevo y con planes de futuro. He terminado por colgarle el teléfono en las narices, no tiene más que pájaros en la cabeza. Yo aquí intentando dejar de temblar, comer lo mejor posible, dormir, no pensar tanto en lo bien que estaría en casa bebido y drogado, y ella venga a insistir en la idea de construir un porvenir y demás florituras sacadas de a saber qué libros. Valiente estupidez. Me entran ganas de gritar de la impotencia. Otra estupidez. De mi madre, nada nuevo, salvo que ahora está estable. No me he atrevido a preguntarle qué significa eso de la estabilidad y me he quedado callado. Ahora me arrepiento.

Alrededor del mediodía me toca ir a hablar con mi psicólogo personal. Suena tan ridículo y pomposo que hasta me hace gracia. Me pica la curiosidad por ver lo que me dice esta vez. Me lo he cruzado un par de veces y, a primera vista, el chaval no me inspira nada del otro mundo. Tal vez haya algo más detrás de la fachada.

Retomo, sin querer en realidad, mi inventario personal. Me he dado cuenta estos días de que no tengo gran cosa y de lo difícil que me va a resultar construir algo. Lo que más me preocupa es lo del carné. Hasta ahora me lo he tomado a la ligera. Treinta años y sin carné. Raro de narices. Treinta años y casi ningún recuerdo de mi vida. Sin trabajo. Sin familia. No consigo imaginarme el futuro de ninguna forma. El futuro es un cuadro enmarcado, vacío y gris.

Sale Titu y viene a sentarse a mi lado. Habla rápido, parece molesto:

—Ya he vuelto a discutir con mi mujer. Lo suyo no es normal.

Le cuesta pronunciar las erres, y la última palabra suena gutural, como surgida de una caverna.

—¿Y eso?

—Quiere que siga otro mes aquí, piensa que no me he curado. ¡Apaga y vámonos! Ahora resulta que me toma por un enfermo. ¡Enfermo, dice! ¡Esta está mal de la cabeza!

—Yo qué quieres que te diga…

Contengo la risa. No debe de ser consciente de su lado cómico cuando se irrita.

—Pues me quedaré otro mes si hace falta, tronco, me quedaré, que de pequeño me enseñaron que con los locos es mejor no discutir. Tú fíjate: está convencida de que, como me vaya ahora para casa, me emborracho ya en el tren. En esas está la señora… ¡Anda y que la parta un rayo!

—Ya, tronco, ¿qué te puedo decir yo?

Me saca del aprieto la aparición salvadora de Toby desde el porche.

—Te está esperando arriba el señor Gore. ¿Vienes?

—Voy.

Me levanto y lo sigo. Parece que estoy de mejor humor a raíz de la conversación con Titu. Le he visto hablar por teléfono con su mujer, cualquiera diría que le van a salir agujetas de tanto gesticular mientras se escandaliza por las ocurrencias de ella.

Subimos al segundo piso y entro en la consulta del psicólogo, un cuartucho con las paredes revestidas de madera de pino. Un escritorio, una silla y dos sillones. Es un milagro que aún haya cabido un sofá en un rincón. Desde el otro lado del escritorio, Gore me dedica una sonrisa tan amplia que enseguida doy por hecho que tiene la cara deformada. ¿Quién sonríe así? Unas buenas entradas, el pelo más largo de la cuenta y las manos finas, como de mujer. Sus gestos y su voz parecen estudiados. Me presento. Como el tipo no termina de convencerme, hablo a toda prisa, a ver si puedo marcharme lo antes posible. Pero no. Nada de preliminares, se lanza a explicarme con pelos y señales lo que es la adicción. Empieza por lo que, según él, es una «breve» cronología de los distintos enfoques que han ido sucediéndose durante el último siglo, y de ahí pasa a las enfermedades mentales de los adictos, tema que me supera por completo. Lo escucho pensando en mis cosas. Total, tampoco me da la cabeza para quedarme con todo lo que me cuenta. Miro por el ventanuco de la consulta hasta que localizo una familia de cigüeñas que ha construido su nido en una azotea y me dedico a estudiarlas con atención. Dibujo con la chancla formas imaginarias en el suelo, escucho un poco y sigo

a lo mío. Me arrugo la camiseta y la vuelvo a alisar. Digo yo que no le vendría mal un trago de agua a este hombre, no se vaya a secar de tanto parlamento. De buenas a primeras, en mitad de una frase, se dirige directamente a mí:

—¿Tú por qué piensas que estás aquí?

—Adicción. —Una respuesta breve, no quiero entrar en detalles—. ¿Puedo fumarme un cigarrillo?

—Claro. ¿Y cuánto tiempo piensas quedarte?

—No sé… ¿Unos meses? La verdad es que no tengo ni idea.

—¿Hay algo en particular que te gustaría contarme?

—Nah. Tampoco sé lo que podría contarte, la verdad.

—Vale. Esto ha sido la primera sesión, igual los próximos días conseguimos hablar de más cosas.

Me levanto y me marcho, asombrado. No me esperaba en absoluto algo así. Todo ha sucedido como en una película en blanco y negro con comentarios de fondo. Ahora entiendo mejor el problema, aunque la mayoría de las cosas de las que ha hablado no van conmigo. Mala señal, por lo que veo me va a tocar descubrir a mí solito lo que tengo que hacer. De todas formas, de las pocas sesiones de terapia de grupo a las que he asistido hasta ahora siempre he salido insatisfecho y frustrado. Tengo la impresión de que este tipo de terapia se centra sobre todo en las relaciones, en concreto en las familiares, y en mantener el trabajo de turno, en todo menos en la adicción en sí.

Salgo y me encuentro a Titu dirigiendo unas tres orquestas imaginarias al mismo tiempo en mitad del jardín. Me parece oírlo gritar, pero hasta mí solo llegan retazos de palabras. Al verlo moverse a ese ritmo, cualquiera diría que está calentando para una prueba de atletismo. Eso es lo que más me gusta de este sitio, que nunca falta el entretenimiento. Siempre hay algo que mirar o que escuchar. Por muy inactivos que puedan parecer a primera vista, los pacientes no dejan de hacer cosas. Dentro se oye la interminable reunión telefónica en ruso de Ramza. Lo más probable es que él también ande a la gresca, poco le falta para gritar. Me hace pensar: ¿No será mejor estar solo sin nadie que te saque de quicio? Reproches y disculpas, puedo verlo por sus gestos.

Subo a dar una vuelta por la huerta. Al pasar junto a Titu, le hago una reverencia y un gesto para que se calme un poco, que le va a explotar la cabeza. El jardín de la clínica comunica directamente con un cementerio. Entro y camino por la hierba recién cortada. Me gustan estas tumbas sajonas, sobre todo las letras góticas incrustadas en la piedra. Me siento en una lápida atento a mis manos, empeñadas en no dejar de temblar. Enciendo un cigarrillo y concentro la vista en el hilo de humo; la iglesia parece más bonita a través de ese jirón

azulado. Intento recordar cosas, conectar acontecimientos y atribuirles un sentido —nada parece tenerlo—. No logro identificar ningún hilo causal, es desesperante. Nada me ata a este mundo, podría muy bien estar muerto, y en cierto modo tampoco me diferencio tanto de los muertos que me rodean. Nadie me busca, no hay persona sobre la faz de la Tierra que sienta la necesidad de intercambiar unas palabras conmigo. No existe nada más allá de la puerta de la clínica, todo el mundo ha muerto y yo me he quedado solo con mis pensamientos. Arranco una brizna de hierba, limpio de grava una porción de tierra a mis pies y escribo: «El mundo es la totalidad de los hechos».

Me quedo contemplando esas ocho palabras, la escritura en su forma más primitiva. Puede que sean las más sesudas que haya leído y memorizado en la vida, aunque tampoco es que haya necesitado hacer esfuerzo alguno para recordarlas, desde el principio se me quedaron grabadas y aquí están ahora, cuando más sabiduría necesito, plantadas en el polvo y las piedras de un cementerio al que nunca hubiera imaginado venir. Tengo que grabármelo bien en la cabeza si de verdad pretendo vivir en este mundo tan horroroso sin necesidad de atolondrarme a diario para seguir adelante. Arranco un puñado de hierba a mis pies y cubro la frase. Volveré por aquí y no quiero que se borre.

Me levanto y me dirijo hacia la casa, ya basta de excursiones por hoy. Despierto a una nube de insectos y la hierba me lacera los pies, pero me gusta. Camino sin apartar la vista de las manos, mi primer objetivo en la terapia es cortar los temblores. Ya buscaré después el sentido a las cosas.

Entro en la habitación y me tumbo en la cama. Claudiu se marchó anoche hecho una furia. A eso de las doce preparó la maleta, pidió un taxi y se fue. Ahora mismo andará pedo por algún garito, problema suyo y de nadie más.

Enciendo el portátil, me pongo una película y dejo la vista clavada en la pantalla, el único pasatiempo del que soy capaz. Las palabras grabadas en el suelo del cementerio desfilan por delante de mis ojos. No hay quien las pare. Saco el móvil: una llamada de David. Me quedo pensativo, pero decido devolvérsela.

—Buenas.

—¡Buenas, hombre! ¿Dónde te has metido? ¿Vienes al entierro?

—¿A qué entierro?

—Al de Mortu. Mañana.

Se me viene encima parte de la pared.

—Un momento. ¿Qué coño me estás contando? ¿Vas hasta el culo o qué?

—¡Cómo! ¿¡Que no lo sabes!?

—No. ¿Cómo quieres que lo sepa? No estoy en Bucarest, me he marchado.

—¿Adónde?

—Eso no importa —respondo con sequedad—. Dime lo que ha pasado.

—Una broma de mal gusto. Resulta que su mujer se la pegaba con otro, y a Mortu, con su guasa de siempre, le dio por decir que se iba a suicidar. Total, que agarró una navaja y se rajó un poco la mano. La otra lo mandó a la mierda y se fue a la cocina. Al ver que el otro no decía nada, volvió. Y ¡zas!: Mortu fiambre allí mismo. Por lo visto había ido a dar con una arteria y la palmó en cuestión de minutos, ya sabes lo flojeras que era. La otra acabó en comisaría, interrogatorio arriba, interrogatorio abajo, menudo circo. Esa es la historia, lo entierran mañana.

—Ajá.

Es lo único que me sale decir. Me quedo en silencio.

—¿Vienes entonces? A las doce, en Elefterie.

—Qué va. Venga, que cuelgo. Chao, chao.

—Espera, hombre…

Cuelgo sin más. No quiero saber nada de nadie, sería inútil. Leo el nombre de David en la pantalla. El móvil sigue zumbando unos segundos en la cama hasta que por fin se detiene. Lo cojo, copio todos los números de la tarjeta en la memoria del teléfono y lo apago. Saco la tarjeta y la tiro a la basura. Otra cosa menos. Igual lo de cambiar de número no era tan mala idea después de todo. Me miro las manos: el temblor ha empeorado. Tengo la boca seca y estoy sudando. Me entran unas ganas locas de beber algo, la primera vez que me pasa desde que estoy aquí. Me recuesto y me pongo bocabajo, no hay forma de frenar la ola de pensamientos que me inunda la cabeza. Lo siento por Mortu, no lo puedo evitar. Éramos amigos a nuestra manera. Bebo agua, bebo agua hasta que me dan arcadas. He oído por aquí que así se te quitan las ganas de beber. Lo veo todo blanco, tiemblo, no me puedo controlar. No tengo a quien pedir ayuda. Tampoco creo que nadie pueda ayudarme.

Tiemblo como un loco. Sigo bebiendo agua a ver si me tranquilizo. Ha sido un golpe duro, lo sé, pero también sé que se me pasará. Me gustaría tener a alguien con quien hablar, me gustaría berrear y romper todo lo que se me ponga por delante, beber hasta olvidarme de cómo me llamo, chutarme y echarme a dormir. Se me acumulan un millón de recuerdos y un millón de pensamientos y un millón de cosas que no he hecho, todo en la cabeza al mismo tiempo, no hay quien lo pare, quiero morirme o dormir. Da lo mismo, lo que sea con tal de que se me vacíe la cabeza. Arranco el teléfono de entre las sábanas y lo

estrello contra la pared. Roto en mil pedazos. Pisoteo los restos, él es el culpable de lo que ha pasado. Recojo las piezas, las apretujo en la papelera y vuelvo a dejarme caer en la cama. Silencio. Ahora ya no puede llamarme nadie, ya no puedo enterarme de nada malo.

Amanece. Me despierto con un dolor de cabeza insoportable, como si me hubiera pasado la noche bebiendo y no hubiera pegado ojo más de media hora. Me preparo un café y salgo, no creo que me siente bien quedarme más tiempo en la habitación. Son cerca de las seis, lo más probable es que todo el mundo siga en la cama. En el porche, para mi sorpresa, me topo con Trică fumando muy relajado ante un vaso metálico hasta arriba, al parecer de café. Charlamos. Es un tipo locuaz y me cuenta su vida, tal como se estila por estos lares. Pasó la infancia en Estados Unidos y Viena antes de volver aquí. Como tenía talento para el dibujo, se matriculó en Diseño. Le habría gustado hacer Bellas Artes, pero no le dio la nota. Luego estuvo trabajando en las fábricas nacionales, donde diseñó cientos de juguetes y, poco a poco —siguiendo la onda de aquellos tiempos— se dio a la bebida. Cada vez más. Llegó a pulirse a diario alrededor de dos litros de vodka. La relación con su familia empezó a deteriorarse, intentó suicidarse varias veces por culpa del alcohol y las peleas, y pasó temporadas ingresado en el psiquiátrico. Le dio hasta un derrame cerebral que lo dejó paralizado un tiempo. En un momento dado descubrió esta clínica e ingresó unos tres meses. Luego volvió a casa, pero las cosas no se arreglaron, así que a los seis meses otra vez de vuelta, de voluntario esta vez, antes de hacerse ergoterapeuta. Lleva aquí nueve años y se ocupa de las guardias por amor al arte. No necesita un sueldo. Lo que cobra apenas le da para tabaco, pero tiene ahorros, así que tampoco le preocupa. Aparte de sus ramalazos agresivos, parece un tipo de buena fe, y desde luego muy dedicado a su misión de salvador de borrachos. Tiene dos hijas y las quiere con locura, pero es consciente de que sus errores del pasado aún lo persiguen; solo espera que un día entiendan que ha cambiado de verdad. Le veo los ojos, envejecidos y algo nublados, cubiertos de lágrimas. Por fin, recobra la compostura y concluye que eso es lo que hay, que la vida tampoco va a ser siempre de color de rosa. Las aguas del Jordán no discurren por este mundo.

Mientras nos bebemos el café, se me suelta la lengua a mí también y termino contándole algunas de mis aventuras. Me escucha con interés, ofreciéndome de vez en cuando un cigarrillo de los suyos para no interrumpir mi historia. Prepara más café, y entretanto yo sigo hablando, como si tuviera que relatar en una mañana todo lo que me ha pasado en la vida. Se nos van uniendo más compañeros. La conversación se alarga y todos nos sentimos libres. Aún es demasiado

temprano para preocupaciones y desgracias. Hablamos cada vez más alto, a medida que los cafés van cayendo y el humo se espesa. El ambiente recuerda al de una taberna, solo falta el alcohol. Quizá tampoco cuesta tanto, en una situación como esta, percatarte de lo a gusto que puedes sentirte sin necesidad de beber, de que la vida también puede vivirse de otra forma. Ramza, muy perspicaz, me susurra al oído que Trică no da puntada sin hilo, que su papel es precisamente relajar un poco el ambiente en la clínica.

La campanilla del desayuno deshace el ligero hechizo matutino y el grupo se dispersa. Casi sin pensarlo, hemos pasado un buen rato en un mundo por lo general bastante triste.

Dos semanas aquí. En este tiempo me he hecho con otro móvil y he cambiado de número, he engordado un par de kilos y las manos han empezado a temblar menos. Descanso y leo mucho, aunque la sensación de agotamiento persiste. Tengo ojeras y me cuesta conciliar el sueño, debo hacer algo al respecto. También he decidido que no me gustan las sesiones en grupo, son una auténtica gilipollez.

Parece que voy estrechando lazos con mis compañeros, pero eso no es lo que me preocupa. Después del inventario personal de los primeros días traté de construir alguna que otra cosa en mi vida, pero la he cagado en cada intento. Nadie está dispuesto a ayudarme con los papeles. Quise hablar del asunto con mi hermana y ella lo pospuso todo indefinidamente, así que, como tampoco tengo a quien recurrir, lo he dejado por ahora. Aún no acabo de vislumbrar —y más me valdría poder hacerlo— lo que haré cuando me marche de aquí. De momento, el panorama no pinta muy agradable: la abstinencia sin plan de futuro y sin apoyos es una broma de mal gusto. Me frustra escuchar cómo todos a mi alrededor construyen porvenires de todos los colores junto a sus seres queridos.

He inventado un nuevo tiempo de indicativo: el pluscuampresente, un estado de indecisión permanente, de preguntas sin respuesta y peticiones saldadas con rechazos; un tiempo que me divierte y me cabrea a partes iguales, pero que es mío y solo mío. Y por ahora he decidido mantenerlo. Así pienso vivir: sin arrepentimientos y sin futuro, en el pluscuampresente de una situación que ni siquiera me conviene.

Estoy sentado en el porche. He congelado el tiempo, llevo unas horas sin moverme de aquí. Trică me hace compañia, para variar. Sus chistes no tienen fin, es un pozo sin fondo de chascarrillos a cada cual más burdo. Sé muy bien que no le quita ojo a ningún paciente, pero lo hace de forma muy natural… Nadie diría que en realidad se dedica a vigilar todo lo que se mueve.

—Oye —me suelta tan tranquilo, como si se le acabara de ocurrir

—, ¿por qué no escribes una novela? Te serviría de entretenimiento, e igual te ayudaría a ordenar las ideas.

—¿Qué novela? ¿Y sobre qué? Yo he publicado poesía, nada de prosa.

—Una novela sobre tu propia historia. Yo no soy escritor, pero creo que podría salirte algo decente.

—Lo pensaré, sí…

Observo a las cigüeñas del ayuntamiento mientras le doy vueltas al tema. ¿Acaso tendría sentido escribir una novela sobre la adicción y los intentos de dejar de consumir? ¡Igual tampoco es tan mala idea! Escribir sobre el tormento, el desconcierto, el fracaso, sobre cualquier cosa que se aleje de la normalidad. El fracaso, ese tema me agradaría. ¿Y si la historia termina bien? No me van las novelas con final feliz, me parecen cutres. Mira tú por dónde, podría ser una novela sobre… nada. La primera de la historia, mucho mejor escrita, por ejemplo, que *El hombre sin atributos*. Bueno, soñar es gratis, pero ¿de verdad puedo yo competir con Musil? Poco probable. Ese curró lo suyo para que le saliera algo en condiciones. Aunque el mero hecho de intentarlo ya merecería la pena. Podría describir un único día de mi vida, como el *Ulises*. Pero es que si hay algo que no me convence de esa novela es precisamente que no se limita a describir un único día; en realidad está plagada de reminiscencias al pasado y de proyecciones, el día en cuestión es solo un marco para insertar una vida entera, y personajes hay para parar un tren. ¿Y qué título le pongo? ¿Cómo encuentro yo algo que describa el dichoso tema, la adicción, sin caer en el ridículo o en lo lacrimógeno? ¿Ponerle, digamos, *El salto*? Ya lo sé, suena demasiado a paracaidismo. *¿La vida de un hombre?* Completamente ridículo, y además ni siquiera iría de eso. Cualquier novela podría llevar ese título, así que nada.

Aparco la idea por ahora y me pongo a jugar al *backgammon*, un entretenimiento mucho mejor. Escribir una novela implicaría asumir una responsabilidad, hacer algo con una meta, y yo estoy decidido a vivir en el pluscuampresente, de momento no quiero salir de ahí. Oí algo muy sabio en una de las sesiones. Un paciente le preguntó al doctor cómo había que lidiar con eso de la responsabilidad, porque él no se veía capaz de responder de nada; y el doctor le contestó: «el primer año te compras una planta, la cuidas, intentas que no se seque, haces que llegue viva al año siguiente y ya serás responsable a una escala muy reducida, habrás cuidado de una planta. Luego te haces con un animal de compañía, lo cuidas, intentas que no caiga enfermo, juegas con él, le das de comer, lo sacas a pasear dos o tres veces al día… Ya te habrás vuelto más responsable aún, tendrás una vida a tu cargo. Por fin, si pasas esas dos pruebas, ya te embarcas en una relación. Con la experiencia de la planta y de la mascota, en cierto

modo estarás preparado para cuidar una relación». Aparco también esa idea y me concentro en el juego; a este paso me van a dar una buena paliza.

Viene Titu y me interrumpe. Quiere comentarme una cosa. Lo acompaño al jardín, tal vez se trate de algo importante para él.

—Ya he vuelto a discutir con mi mujer, tronco —me suelta enfadado.

—Discutes a diario, tampoco es ninguna novedad.

—Ya, pero esta vez sí que me da que se le ha ido la olla. No termina de creerse ni por activa ni por pasiva que estoy intentando dejarlo y que quiero cambiar.

—Ajá.

—Mira que he intentado hacerle entender que tampoco puedo quedarme toda la vida aquí escondido, que es muy duro para mí, pero sigue empeñada en que a ella y a la niña les viene mejor que esté lejos, que es más seguro, ¿te lo puedes creer?

—¿Y tú qué es lo que querrías hacer?

—A mí me gustaría por lo menos ir a casa unos días. Estoy hasta las mismísimas narices de la vida que llevo aquí…

—¿Y por qué no vas entonces?

—Porque ella no quiere. Dice que no estoy preparado y mil excusas más. ¡Cómo no vamos a discutir! ¿Cuánta paciencia se supone que tengo que tener?

—Pues díselo, hombre, tú vas y se acabó. Se lo sueltas estando ya en el tren, bien sobrio, ¡a ver qué hace! ¡Tampoco va a cambiar la cerradura!

—No sería mala idea. Lo único es que a mí también me da cosa, fíjate tú. No me gusta mucho la idea de ir para allá y sentir que no soy bienvenido.

—Venga, hombre, Titu, algo tienes que hacer. ¿Cuánto llevas aquí?

—Casi tres meses.

—Ve, que no va a pasar nada. Tú me llamas cuando quieras, no seas crío, que ya tienes tus añitos. Venga, vamos a pedir el permiso y te acompaño a la estación. Ya hablo yo con Trică.

—Bueno, anda. Pero igual me pone de patitas en la calle y de repente te ves dando vueltas conmigo por ahí de madrugada.

—Ya veremos, venga.

Vamos juntos a rellenar la solicitud de permiso, una formalidad. Se lo comento a Trică: claro que está dispuesto a acercarnos a la estación. Ayudo a Titu a meter unas cuantas cosas en una bolsa. Solo serán unos días, y en casa tiene todo lo que necesita.

Lo acompañamos a la estación. Trică compra de cachondeo una botella de vodka y hace como que se la da para el camino. Otra

bromita de las suyas. Cogemos la botella y se la regalamos a un pobre hombre que pulula por el andén. En cuanto Titu se marcha, volvemos a la clínica. Me suena el móvil al cabo de un cuarto de hora.

—Buenas, tronco. He hecho lo que me dijiste.

—¿Y?

—Ha dicho que ya que estoy… Pero que no aparezca borracho, que me canea. En fin, no piensa en otra cosa.

—Vale. Buen viaje, entonces. Te esperamos en la estación pasado mañana por la tarde.

—Gracias. Hasta pasado mañana.

A Tricǎ le entusiasma el plan, dice que ni siquiera a él se le hubiera ocurrido una solución mejor. Ambos confiamos en Titu: no creemos que vaya a hacer ninguna tontería en casa, y por muy rápida que haya sido, una buena decisión a tiempo sigue siendo una buena decisión.

Se ha hecho de noche. Ya de vuelta, me encierro en la habitación con mi eterna película. Llevo una semana quedándome dormido con ella puesta, de ahí lo de «eterna» y «mi película». Así la siento. Una semana en Nazaret equivale por lo menos a un mes en otro sitio.

Me levanto de golpe, agarro el portátil, creo un archivo nuevo y le dejo el nombre como está: «New Microsoft Office Document (2)». Contemplo la oscuridad exterior durante unos segundos y me lanzo a escribir:

> *Vivíamos un grupo de personas en la casa parroquial de una iglesia evangélico-luterana, en pleno corazón de Rumanía, un país situado en los márgenes del universo, como es bien sabido. Y dentro del universo al que le dedicamos estas líneas, nosotros formábamos el margen más alejado. ¿Qué éramos exactamente? Seres marginales, afirmarían unos, quiero decir, los tantísimos sociólogos que andan sueltos por el mundo. Pero, en realidad, éramos una panda de alcohólicos y drogadictos, hasta tal punto que el resto de la gente había renunciado a seguir intentando convivir con nosotros, e incluso a escucharnos. Una panda de alcohólicos y drogadictos abandonados en manos de los médicos, sobre los que volveremos más adelante. Alcohólicos y drogadictos, pues: carpinteros, criadores de cerdos, cámaras, agentes de ventas, profesores, traductores, escritores, filósofos (aún) en vida, timadores, traficantes, presos, locos de remate, cantantes de ópera, curas… la lista sería interminable.*
>
> *Vivíamos, como ya he dicho, en una casa. Con jardín. Para entrar se cruzaba una cancela, como habrás imaginado. Los demás accesos eran todos puertas, aunque había alguna que otra cancela más. Media hectárea de paisaje fabuloso, con una huerta de ciruelos, perales y manzanos, y una iglesia del siglo xvi gobernando*

indulgente sobre el decorado. La casa era inmensa y tenía espacio suficiente para albergar a veintitantas personas. En el salón comedor, acondicionado en una antigua bodega acogedora y de techo bajo, se servían las comidas y se gastaban unas bromas que solamente nos consentían por ser como éramos. Unos gamberros. Dos tramos de escaleras, cortadas en ángulo recto, conectaban las tres plantas del edificio, construido en una especie de estilo barroco tardío, si no me equivoco. Un club, probablemente el antiguo comedor de la familia del cura local, de unos treinta metros cuadrados, con veintitrés sillas, un viejo piano de pared, una mesa hecha polvo, una televisión pasada de moda, un reproductor de DVD y un crucifijo encima hacía las veces de decorado en las sesiones matinales de grupo y las improductivas sobremesas. Tres baños, de uno de ellos ya he hablado. Uno por cada seis o siete personas; no sé si está bien o mal, eso tendrás que juzgarlo tú. Una casa bien equipada, sobre todo porque tampoco había mucho donde elegir.

Luego, un par de dormitorios con dos camas cada uno, auténticas latas de sardinas, me da a mí que antiguos trasteros. Otros dos dormitorios con tres camas en la primera planta, a mano izquierda. Aunque los primeros de la planta se encontraban, y tal vez se encuentren todavía, a mano derecha. Los primeros con tres camas, quiero decir. Grandecitos, digamos de unos quince metros cuadrados. Después, un dormitorio con cuatro camas, también en la primera planta, a mano izquierda, igualito que los de tres. El baño, en algún punto del pasillo, entre las habitaciones 4 y 5. Una planta más arriba, las habitaciones 6 y 7, enormes, con cuatro camas cada una. Al tener el techo abuhardillado, nadie había reparado en la iluminación, así que convivían allí dos tipos de luz: la débil y la muy débil; y, por supuesto, un único tipo de oscuridad. Paredes desconchadas, hundidas por el peso de los años, la humedad, el yeso barato y la falta de luz natural, que favorece la formación de moho. Anótese que a los cuartuchos descritos al principio de este párrafo se los llamaba, en un alarde de pretensión exagerada, la habitación 1 y la habitación 2.

A cada paciente o huésped, pues también se nos designaba de ese modo, le correspondía una cama (los colchones estaban rellenos de cualquier cosa, incluso había uno de fieltro), una mesilla de noche, una estantería, un armario de dos metros de alto por medio de ancho y otro medio de profundidad, y una lamparita. Eso, además del espacio habitable, que variaba en función de la habitación o, mejor dicho, de la suerte. Y los compañeros, que también dependían de la suerte de cada uno y de la visión que tuviera el artista que se ocupaba de repartirnos.

Vuelvo a leer mi obra. ¡Vaya! Podría haberlo hecho mucho mejor. Pero para empezar está bien, por lo menos tengo una vaga descripción del lugar. Ya veré lo que sigue. Por ahora me he dado cuenta de que tampoco es tan difícil escribir prosa, y hasta resulta divertido. Guardo el archivo y regreso a mi película.

A primera hora de la mañana descubro un mensaje de Titu en el móvil. Ha llegado bien y se encuentra de maravilla. Todo en orden.

Llevo unos días pensando en volver a hablar con mi hermana de lo de mi carné, y también de otro tema más sensible: lo que voy a hacer cuando salga de aquí. No tengo para vivir y me gustaría pedirle ayuda. No me cuesta imaginar lo que me duraría a mí la abstinencia como me viera en la necesidad de ganarme otra vez la vida igual que antes. La llamaré. Total, la situación tampoco puede ir a peor. Necesito saber, al menos, a qué puedo atenerme.

Por ahora me acerco a comer, ha sonado la campanilla y no podemos saltárnosla. Los malos pensamientos para más tarde.

En el pasillo me doy de bruces con Ramza, tan aturdido como cada mañana. No hay forma de que se despierte a las siete, imposible. Ya nos hemos acostumbrado todos a su cara de recién levantado. Me intercepta, quiere comentarme algo.

—*Drug*,[11] ¿tú qué piensas hacer cuando salgas de aquí?

—Ni idea, ¿por?

—No sé, anoche me estuve preguntando qué ibas a hacer. ¿Te ayuda alguien de casa?

—Sí y no. Es complicado.

—Vente y hablamos después del desayuno. Sin falta, *¿davai?*

—*Davai*.

Desayunamos y asistimos a la reunión matutina de organización. Al salir, me vuelvo a topar con él.

—Venga, ¿vienes un momento?

Me abre la puerta de su habitación y me invita a un café. No veo forma de negarme, aunque ganas de hablar tengo las justas.

—Mira —me suelta de buenas a primeras—, lo he estado hablando con estos y todo el mundo sabe que prácticamente no tienes a nadie, *nikto*. ¿Qué vas a hacer cuando te marches de aquí?

—No sé, colega, pues intentar vivir como buenamente pueda, ¿qué coño quieres que haga?

—*Ty chto, pridurok*? No me refiero a eso, no seas bobo. Vas a volver a hacer tonterías, ¡a que sí!

—Yo espero que no, pero tampoco sé muy bien de qué voy a vivir.

—Deja que te ayude. Quiero echarte una mano, ya te iré dando más detalles estos días. *Davai*?

Lo miro incrédulo. ¿Por qué iba a querer ayudarme este a mí? Ya me había hecho a la idea de que no hay futuro. No sé qué le ronda la cabeza.

—Vale. Ya me dirás en qué estás pensando. Yo andaré por aquí de todos modos.

La verdad es que desde hace una semana apenas me alcanza el dinero para cigarrillos. Mi hermana me ha cortado el grifo de sopetón; se ha limitado a comunicarme que ella solo puede seguir pagando la clínica y se acabó. Que me las arregle. No he sabido qué responder y he decidido dejarla en paz. No había nada que hacer.

Me siento a ordenar mis ideas. No va a ser tarea fácil, lo sé, y eso es justo lo que me hace darle vueltas a la cabeza y me impide crear nada nuevo. El problema está en que nunca he tenido responsabilidades, planes, metas ni horrores por el estilo. Me he dedicado a vivir cada día tal cual se ha presentado. Planes solo hacía para el o los días siguientes si tenía que ir a algún sitio. Vivir en pluscuampresente, en eso consistía mi única ocupación estable y, cambiar algo así, algo que define tu existencia a un nivel tan elemental, resulta muy complicado. Después de todo, el objetivo de este intento de terapia es dejar de consumir. Y punto. Aunque como se reduzca solo a eso, seguimos en las mismas. No, el objetivo debería ser una nueva vida, una nueva forma de ver las cosas. Se trataría, por raro que suene, de instaurar el pasado y el futuro en una conciencia que siempre los ha ignorado por considerarlos conceptos dañinos y sin valor alguno. Si me preguntara alguien en serio lo que significa el pasado, tampoco sabría explicarlo con exactitud. Y si vinieran a preguntarme por el futuro, otro tanto. Sí, claro que sé lo que significan a nivel semántico, gramatical, conceptual, etc., pero sería incapaz de describir el significado exacto que tiene cualquiera de los dos en mi cabeza. Reconozco que la cuestión me deja descolocado.

Estoy en el porche sin ganas de nada. Por ahora he renunciado a los pensamientos profundos y a las banalidades que pudieran sustituir mi actual tristeza. Le veo las orejas al lobo y él me las ve a mí, con eso basta. Me ha quedado claro que por parte de mi familia no puedo esperar ninguna ayuda y he optado por deprimirme. Es una de las formas que tengo para tratar de comprender el pasado: lo hecho, hecho está, así que… Así más o menos suena el pasado, y tal vez así tenga que ser. El futuro, por esa regla de tres, se presenta cada vez más borroso. Menuda chorrada eso del futuro.

Rechazo incluso una invitación al *backgammon*, ya tengo suficientes preocupaciones con toda esta ristra de acontecimientos que no traen nada bueno. Sí, he dejado de consumir. Sí, estoy dispuesto a construir algo. Pero el problema está en que es casi imposible

construir algo partiendo de nada. Ahí es donde todo se complica.

A mi lado se sienta Lică, un compañero algo más entrado en años y al parecer tan falto de quehaceres como yo. Lleva una taza de té; es uno de los pocos de por aquí que no fuma.

—Dame un pitillo, anda, que me apetecen unas caladas.

Le tiendo el paquete con la mirada perpleja. Pensé que no fumaba.

—Me tiré treinta años fumando, ¿sabes? A veces hasta tres o cuatro paquetes diarios. Ahora lo he dejado, los médicos dicen que sufro del corazón y he decidido echar un poco el freno.

—Entonces…

—Pero por un pitillo de vez en cuando no pasa nada. Tampoco me voy a morir por tan poca cosa. Oye, ¿tú qué vas a hacer cuando salgas de aquí? Perdona que te lo pregunte así de golpe y porrazo, pero he estado hablando con tus amigos y tengo entendido que no estás para tirar cohetes precisamente.

—No tengo ni idea. Eso estaba pensando yo también, pero por lo visto ni yo mismo lo sé.

—He estado dándole vueltas desde la conversación con Ramza y los demás. Resulta que yo tengo un hotel en el monte. Por ahora estamos terminando de construirlo, pero el año que viene ya funcionará a pleno rendimiento. No es un sitio grande, habrá unas ochenta plazas en total, pero eso no es lo importante. La cuestión es que, si te ves con la soga al cuello y no tienes otras opciones, puedes venirte allí. Yo te doy alguna tarea, lo que sea, así por lo menos te evitas estar vagando de un sitio a otro.

—Es que yo tampoco sé hacer trabajo de hotel.

—Anda, no seas crío. Todo el mundo sabe hacer algo en esta vida. Lo que sea.

Apaga el cigarrillo con gestos de auténtico fumador y se marcha tan de repente como había venido. Muy raro. He oído alguna que otra cosa sobre él, pero nadie sabe nada concreto. Por lo visto anduvo o aún anda metido en política, es rico e intenta dejar de beber. Lo demás es un misterio.

Me enteré esta mañana de que habían traído a mi madre a Rumanía y de que está en un hospital de Bucarest. Me encantaría ir a verla, aunque no tengo cómo. No me da el dinero, y tampoco veo de dónde sacarlo a no ser que llame a los muchachos, cosa que he decidido no hacer. Me alegro de que se encuentre mejor, pero por lo demás creo que puede vivir perfectamente sin mi maravillosa presencia.

Quiero saber más sobre el hotel ese, por mucho que me cueste aceptar la mera idea de que esta gente me ayude. Ellos tienen un pasado, y también un futuro bastante nítido delineado en la cabeza.

Yo les complicaría la vida.

Me he hecho con otro libro en el despacho del doctor, así que me dedico a leer y me libero un poco del resto de pensamientos. De cualquier forma, tampoco se va a resolver nada hoy, ni mañana, ni esta semana, ni siquiera este mes. Poco a poco he ido comprendiendo que el tiempo, con sus tres dimensiones, no puede reducirse al pluscuampresente, y que por encima de todo requiere paciencia. Una paciencia que estoy aprendiendo a cultivar. No me queda otra.

8

Me dijeron por teléfono que mi madre había empezado a recuperarse y ya hacía ejercicios para caminar. Un auténtico milagro, pero un milagro del que decido mantenerme al margen por completo. Solo hemos hablado una vez desde entonces, y como tampoco encontrábamos nada que decirnos salvo desearnos salud, la conversación se terminó de forma abrupta, tal como había empezado, por otra parte. No la he vuelto a llamar, ni ella a mí tampoco. Tal vez sea mejor así. Lo que necesitamos ambos es estabilidad, no disgustos.

Mi situación no ha cambiado tanto en realidad. Ha transcurrido otra semana y parece que voy mejorando, pero sigo sin una respuesta lógica a ninguna pregunta lógica. Me he puesto a cocinar. Me paso las horas en la cocina de la clínica preparando platos para mis compañeros, una forma de sentirme útil y de que el tiempo avance más deprisa.

La propuesta de Lică sigue ahí. Me ha repetido varias veces que él no habla por hablar y que puedo contar con su apoyo. El problema es que no sé qué hacer, así que por ahora tampoco soy capaz de ofrecerle una respuesta.

Decido salir a dar una vuelta. Siento como si hoy me faltara el aire, no puedo permanecer encerrado detrás de una puerta, una verja, lo que sea. Necesito libertad, es lo único que me queda. Cojo una botella de agua y cruzo el jardín por entre los ciruelos, los manzanos, los perales, las acacias y el mar de hierba. La cancela está oxidada, y su chirrido me desconcierta. De repente me da por visitar el cementerio, no me dejo caer a menudo por allí. Antes de regresar, doy la vuelta y encaro de nuevo ese oleaje de hierba. Pierdo unos minutos leyendo los nombres grabados en las tumbas. Me encantaría conocer lo que esconden, diría que algo esencial. Al fin y al cabo, esas tumbas están en el lugar donde vivo. Salvo muy contadas excepciones, son todas antiguas. En los ochenta, los sajones de Transilvania se marcharon en masa a Alemania a través de un convenio entre el Estado rumano y el alemán. Los pueblos se quedaron vacíos, y otro tanto sucedió con los cementerios y las iglesias. En su lugar, hicieron venir a muchos rumanos de otras regiones, los actuales habitantes de los pueblos y de

los términos municipales de la zona. Eso sí, cada vez que muere alguien de la comunidad, existe un acuerdo para tocar las campanas de la iglesia medieval durante un cuarto de hora. Una forma, al parecer, de rendir homenaje a los antiguos habitantes de estas tierras.

Salto la verja para salir. Pensaba que habría alguna puerta que diera al campo abierto. Frente a mí, una meseta con una ligera pendiente, en cuya falda se aprecia la ciudad. Es asombroso lo bien que se ve la torre de la iglesia medieval incluso desde aquí. Ya han recogido la cosecha, y los campos lucen un verdiamarillo impecable. Avanzo por la hierba hacia un lago situado a un kilómetro de la clínica. Disfruto de la soledad y del sol del atardecer, una auténtica gozada. Suena en mi cabeza *Peer Gynt*, la *Suite N.º 1*, que parece haber sido compuesta para estas vistas.

Trato de retomar aquel incierto inventario de lo que me define, pero las opciones son tan ínfimas que no sé ni por dónde empezar. Me cuesta horrores entender en qué clase de lógica absurda se supone que debería encajar los acontecimientos para que la cosa llegara a buen puerto. Lo más probable es que el primer paso fuera asegurarme las necesidades básicas. Luego tendría que ocuparme de la vivienda y del puesto de trabajo, no en ese orden necesariamente. Así, como idea, incluso podría trabajar desde aquí en un principio, y luego ya ver lo de la casa, en Sighișoara o en el mismo Bucarest, aunque tampoco estoy seguro de querer regresar allí. En fin, el lugar es lo de menos tal y como están ahora las cosas. Lo único bueno en toda esta historia es lo de no tener ninguna relación y poder concentrarme solo en mí mismo, sin asumir la carga de otra persona ni ser yo una carga para nadie. Al ver a mis compañeros a diario, y por extraño que parezca, me considero un afortunado, en el sentido de que a mí nadie me reprocha nada, no tengo a nadie que se eche a llorar o me recuerde día sí y día también lo malo que soy, el daño que he hecho y lo terrible que puede ser todo si la terapia no da resultado y vuelvo a las andadas. A diferencia de ellos, yo puedo recaer cuando sea, que a nadie le va a importar. Si me muero mañana, nadie se va a molestar más de la cuenta, y mi ausencia tampoco le va a llamar la atención a quienquiera que sea. Ahora bien, como le pase algo a uno de mis compañeros, todo sería mucho más complicado. Así que prefiero la sencillez, por muy dolorosa que resulte.

Ahora mismo camino por un campo verde. Iré hasta el lago, me fumaré un cigarrillo y regresaré a la clínica. Nadie puede decirme que haga otra cosa, nadie me va a incordiar. La libertad en su expresión más simple, ese tipo de libertad donde el único límite es el infinito, a falta de ninguna persona alrededor que marque el principio de su propia libertad y el final de la mía. Ya veré lo que tengo que hacer. De momento, es bueno estar vivo y no encontrarme enfermo, aunque me

falten unos cuantos kilos. Entretanto he llegado al lago. Me siento en un puente de piedra a contemplar el agua. Una sensación placentera, un color verde de lo más relajante. Me dedico a fumar, decidido a no pensar en nada, a saborear simplemente el momento y el tabaco. Volveré por aquí, es un sitio tranquilo y se está bien. Apago el cigarrillo, lo arrojo a un surco formado por la rueda de un tractor y me encamino hacia la clínica. Ha empezado a anochecer, el campo se tiñe de tonos malva. No debe de faltar mucho para que termine el verano. ¿Adónde se habrá ido el tiempo? No lo sé y tampoco quiero averiguarlo.

Al regresar, la cancela me recibe con su chirrido estridente. Me abro camino hasta la casa por entre los hierbajos. En el jardín reina el silencio, no parecen andar por ahí ni siquiera los habituales del *backgammon*. Me siento en un banco de la parte trasera a contemplar la iglesia, sin quitarme de la cabeza la cantidad de cosas que habrán visto sus muros en seiscientos años.

Sale Ramza. Se sienta a mi lado, enciende un cigarrillo y permanece un tiempo callado. Hasta que arranca:

—¿Tú qué oficio tienes, *drug*?

—Pues terminé Letras. Soy profesor, pero no me gusta. Además traducía libros, aunque también lo dejé.

—¿Y eso?

—Porque no era capaz de terminar nada. Me dio vergüenza y lo mandé todo al carajo por no quedar en ridículo con esa gente.

—*Oy*! ¿Y no te gustaría retomarlo?

—¡Qué sé yo! Para eso me harían falta muchas cosas. Y, para empezar, no creo que pudiera aquí, tenemos un horario muy estricto y no creo que me sobrara tiempo. Se gana bastante poco y, como trabaje solo unas cuantas horas al día, un libro me lleva seis meses. Tampoco tiene sentido tirarse medio año currando por mil o mil doscientos míseros lei.

—Ya, parece que no sirve para mucho. Mira, te decía estos días atrás que quería ayudarte. Esa es mi intención. Te puedo dar algo de dinero para que tengas para vivir. Luego, cuando termines con la terapia, ya veremos.

—¡Venga, hombre! ¿A santo de qué me vas a dar tú dinero?

—Pues porque sí, porque yo tengo y tú no, y te lo puedo dar.

—Nunca me he visto en otra así. ¿Y si la cago? Sería algo bastante probable y tú lo sabes mejor que nadie.

—Yo también la puedo cagar. Yo y todos los que estamos aquí. Si la cagas, *drug*, pues la has cagado. Tampoco se trata de mi salud.

—Razón llevas. Bueno, ¿y qué tengo que darte a cambio?

—*Nikto*. Tú recupérate y punto. No necesito nada a cambio de tan

poca cosa.

Se levanta y se marcha. Aún no me queda claro lo que significa su oferta. ¿Por qué me iba a ayudar este a mí? De repente vuelve tan tranquilo como se marchó. Se sienta en el mismo lugar del banco, saca un fajo de billetes y me lo ofrece.

—Ten. Aquí hay para dos paquetes de cigarrillos diarios, café y lo que te haga falta. He puesto algo más para estar seguro de haber calculado bien.

Lo miro sin rechistar. Me da que hay más dinero de la cuenta en el fajo.

—Te lo devolveré en algún momento.

—*Nu davai*! No es cuestión de eso. Tú recupérate. Y si necesitas algo más, me lo dices. Aquí estoy.

—Gracias. Ahora que lo mencionas, hay algo más, pero no sé si es posible.

—Dime.

—Pues mira, hay una cosa sobre la que, por lo general, no me gusta mucho hablar. Mi madre está enferma y quisiera ir a visitarla al hospital, pero no quiero ir solo. ¿Me podrías echar una mano con eso?

—Claro, *drug*. Voy a llamar para que me traigan un coche y nos acercamos la semana que viene, ¿te parece?

—Gracias.

Se levanta y se marcha. Se ve que tiene por costumbre acabar las conversaciones de golpe y no dar más explicaciones.

Me quedo mirando el fajo de billetes sin entender nada. Tal vez no llegue nunca a entenderlo, así que mejor ir a lo mío sin darle más vueltas.

Me dirijo a la habitación, de repente me noto cansado. Intento echar una cabezada sin éxito. Me levanto, enciendo el portátil y vuelvo a abrir el archivo en el que llevo tantos días trabajando. Me detengo en un fragmento; tampoco veo muy bien qué valor puede tener algo así dentro de una obra que pretende ser el relato de la transformación de una persona, pero el caso es que me conviene no pasar por alto ni un solo hecho, porque al ser tan escasos, tengo la posibilidad, con la que otros autores ni siquiera cuentan, de incluirlo todo en un único libro. La mayoría de escritores se dedican a reunir información, seleccionarla, filtrarla, añadir y recortar sin parar. Yo soy un afortunado, las cosas sobre las que escribo son tan limitadas que puedo anotarlas todas, transcribir la vida.

Así que dejo el archivo tal cual lo tengo grabado en el ordenador (hago un copiapega para que la descripción abarque también la parte más abstracta del asunto):

DÚO

1

fugaz en el plano la imagen de un paso atrás
el candelabro en dirección al espacio imagina
voces de azul
la luz jamás blanca en ningún lugar blanca
la luz del candelabro
izquierda abajo 45

implica mirar moribundo
al hombre-mirada-moribunda
en la red maestra
juego helado y un supuesto
encierro

las mazas de fuego golpean los ribetes
amarillos
vuelo reflejado sobre el ala en pleno vuelo
vuelo en pleno vuelo
vuelo
con las alas recogidas la caída
hace del candelabro un simple candelabro en movimiento

duermes junto al muerto, vivo reflejo del reflejo
junto a los pasos y la luz
—difusa—

no tienen sentido los agujeros del espejo
rechazar la profundidad del misterio
la frase inicial

2

la vajilla policromada devuelve el recuerdo
del instante

desde la verja el poeta se suicida mirando
femeninas son las caricias, la raza,
la huida y la zurra

(*desde ahora, Edipo, matemáticamente*)

Fluye lo incontenible por las manos
arrojadas. Lo has visto.

El sable y la pira, el femenino fuego, la muerte
en la que el héroe pensativo se desploma, tras desearla.

¿Y el amor? Permanece, claro está.

3

de nuestra hazaña en cambio nada
la rueda sigue girando
por los hijos de nuestros hijos

el pliegue del espejo el Libro la muchedumbre
demasiadas letras

cuando leemos no contamos las letras
leyendo
no terminaríamos de leer

vencidos una vez más
la vida puede des-arrollarse en la sombra
la lectura como recuento

en realidad ese no es modo
de leer
tus pensamientos

4

en aquella Biblioteca, los amantes de lo sagrado y los castros antiguos hallarán un espectáculo ideado para cortar el aliento: en las serpenteantes sombras que deja el polvo al elevarse del cristal que sustituye la madera del parqué; en el collage de plasmaciones alzadas por los signos de interrogación; en las paredes de algodón de vidrio; en la transparencia que palpa el emotivo sudor de sus manos al surcar el aire: en los anaqueles, personas tumbadas unas

encima de otras —cadáveres—, sonriendo amistosamente como solo la inexistencia misma puede sonreír a quien pasa por allí y hacer que deje de sentirse solo. No era un laberinto, como tal vez esperabais. Había allí una habitación triangular y un candelabro apagado.

Algún día publicaré un volumen de versos, y lo más probable es que incluya esas líneas en él. Estaría bien añadirle la música del *Mediterranean Sundance* de Al Di Meola, pero eso ya será más difícil.

9

Otra semana más. Al disponer del dinero de Ramza ya no me agobian tanto los problemas más urgentes. Incluso he empezado a participar en la terapia y estoy intentando construir algo en la medida de mis posibilidades.

Es viernes. Aquí estoy, solo en el porche con mi café a las seis de la mañana. Lo de madrugar no ha cambiado, aunque también es cierto que así disfruto de una hora de tranquilidad diaria. Oigo pasos en la escalera y por la puerta aparece Lică con su eterna botellita de té. Le ofrezco un cigarrillo, pero lo rechaza. Me suelta:

—Oye, he estado pensando una cosa. ¿Tú no querrías que fuéramos los dos de excursión un par de días adonde lo mío, allá al monte?

—Pues no sé…

—Nos vamos mañana por la mañana y el domingo por la noche estamos de vuelta. Es como si nos tomáramos una especie de minivacaciones de la terapia.

—No sé, tendríamos que pedir permiso, es complicado…

—Tú solo dime si te apetece, que ya hablo yo con estos.

—Venga, vamos. ¿Mañana?

—Mañana, sí. A las seis de la mañana salimos.

Tal y como había prometido, a las doce vuelve con todo arreglado. Podemos irnos sin problema. Incluso me llama el médico para recomendarme que vaya; según él, me vendrá bien un cambio de aires.

Me conmueve en cierto modo todo este asunto. No he salido de aquí desde que llegué, he estado viviendo como si el mundo exterior ni siquiera existiera. Ahora debo prepararme, aunque todo me parezca antinatural. No sé muy bien lo que se supone que tendría que hacer tras cruzar la puerta. En la terapia se insiste mucho en la oposición entre el mundo de los adictos y el de los demás, en el consumo y en la abstinencia, en toda una serie de contrastes que pretenden ser de ayuda a las personas en tratamiento. Ahora que me toca ir de excursión un par de días descubro hasta qué punto tengo la cabeza influenciada por ese juego de oposiciones y, cosa aún más increíble,

de lo asustado que estoy por lo que me espera al otro lado del umbral de la clínica: el mundo exterior. En realidad —razono divertido— no deja de ser el mundo en el que he vivido durante tantos años, y por perverso que pueda llegar a resultar, hay pocas posibilidades de que me pase nada. Se me enciende la bombilla: bien pensado… la peor parte del mundo ya me la conozco, así que la mayoría de la gente tampoco podría hacerme daño ni aunque quisiera. Demasiada historia para una simple excursión.

Ya es por la mañana. Me he despertado incluso antes que de costumbre y espero a Lică en el porche. Solo he cogido un chándal, no creo que necesite nada más. Ya me ha explicado que aquello no son más que unas cuantas cabañas, tampoco vamos a una recepción.

Se presenta tan jovial, parece una persona distinta a la que he estado viendo a diario hasta ahora.

Me apoya una mano en el hombro y salimos a coger el coche. Para mi sorpresa, uno de los todoterrenos que tanta curiosidad despiertan en la clínica resulta ser suyo. Así que ha venido aquí por sus propios medios. Cuando pregunto, me cuenta que a la terapia acudió él solo, no tenía necesidad de que ningún coro de plañideras le diera el viaje.

Nos ponemos en ruta hacia Braşov. Conduce tranquilo mientras me explica un millón de cosas sobre cada punto del camino. Está en su salsa, y transmite la impresión de saberlo todo sobre el paisaje que nos rodea. Hay algo enigmático en él, algo en lo que no me había fijado en la clínica. Pese a vestir de forma bastante modesta, se nota que es una persona mucho más poderosa de lo que aparenta. Me cuenta que de joven fue entrenador de la selección nacional de alpinismo, que tiene varios récords mundiales en su haber y que hasta llegó a ir al Himalaya. Parece muy seguro de sí mismo, sus buenas razones tendrá.

Guardamos silencio. Me dedico a contemplar el camino, una simple carretera que atraviesa unos cuantos términos municipales, cada cual con peor pinta. A la derecha, apenas esbozada a lo lejos, se ve la cordillera de Făgăraş. En un momento dado, a la altura de Codlea, Lică pega un volantazo y entramos en una carretera estupenda que lleva hacia las montañas. Corre que se las pela, la aguja del cuentakilómetros marca casi doscientos. Al salir de una curva, me mira y me suelta en tono neutro:

—Eres un tipo valiente, me gusta.

Reduce la velocidad y entramos en Zărneşti, una ciudad dejada de la mano de Dios. Una calle absurdamente larga y sembrada de baches, gente pobre, muchas casas bajas y unos cuantos bloques para echarse a llorar. El centro lo forman un par de edificios y un triángulo de césped de unos cincuenta metros cuadrados. Llegamos a una rotonda y salimos en dirección a Plaiul Foii. Al cabo de doscientos metros, a

mano izquierda, una tienda. Lică detiene el coche, nos bajamos y entramos a hacer acopio de provisiones, como dice él. Todo el mundo lo conoce y lo trata con un servilismo excesivo. Compramos zumo, dulces y un cartón de tabaco para mí. Al salir, nos escolta hasta la última persona del establecimiento.

La carretera deja paso enseguida a un camino forestal. Me entero de que la zona fue en su día una de las principales explotaciones de madera del país, y el camino por el que circulamos era de hecho el trayecto de un tren de vapor que estuvo en funcionamiento hasta los ochenta. La explotación la desmantelaron después de la revolución, y en su lugar trataron de construir una carretera sin demasiado éxito. A la salida de Zărnești veo el que probablemente sea el edificio más espantoso con el que me haya topado en mi vida. Lică lo llama, en un alarde de plasticidad, «la mierda encapuchada». Detrás del edificio —que resulta ser la sede de la gendarmería local— se alza el último poste de electricidad. Hubo un proyecto de electrificación de la zona, pero lo pararon llegado un punto, así que más allá del poste en cuestión, la gente se las arregla como buenamente puede.

—Hace unos años —me informa Lică— construí una central hidroeléctrica con un vecino de otra cabaña. Nos garantiza cuatro kilovatios y medio por hora, pero por desgracia solo da para dos o tres fincas. Estoy pensando en construir otra, ya veré el año que viene.

A la izquierda del camino empezamos a ver Piatra Craiului, un macizo rocoso de 2200 metros, tan abrupto que parece surgir directamente de la tierra. Mi guía va enumerando las cumbres una a una; se diría que sabe dónde están colocados hasta la última piedrecita y el último sendero. La cumbre más alta se llama La Om, pero él le tiene más cariño a un sitio conocido como Călineț. Promete llevarme algún día. Es un trayecto difícil —de doce horas— e implica recorrer toda la cresta del macizo de oeste a este. Así vamos visitando todas las cumbres, insiste. Casi me lo creo. Es más, me gustaría probar, aunque nunca haya hecho algo así. Poco a poco, el camino se vuelve más accidentado. Al llegar a la cuenca del Bârsa, la ruta se estrecha, y prácticamente solo hay sitio para un coche. Sobre todo la transitan camiones cargados de leña, y muy pocos conductores se atreven a circular por ella con un vehículo más pequeño.

—Por eso me compré un terreno aquí hará unos diez años, ¿sabes? Claro que me gusta Piatra Craiului… Soy alpinista, y subir a según qué sitios es un auténtico reto, pero en realidad lo que buscaba era un lugar aislado, tranquilo, cuanto más apartado de la civilización, mejor. Y la verdad es que tuve suerte, porque resulta que lo tenía a solo cincuenta kilómetros de casa. Compré todo el terreno y media colina por una miseria, unos 9000 marcos y algo. Por aquel entonces no valía ni eso, pero lo pagué también por ayudar a un amigo. Poco a poco fui

construyendo una cabaña pequeña y me traía a los niños de vacaciones. La idea esta del negocio es relativamente nueva. Empecé hace unos años con un compañero y espero que salga algo, más que nada porque hemos invertido todo lo que teníamos. Bueno, todo no, pero casi.

Miro asombrado a mi alrededor. Es un paisaje realmente agreste. Las ramas de los árboles llegan a cubrir el camino y forman un túnel por encima de los baches inundados de agua. De vez en cuando se abre un claro en la espesura y por el lado izquierdo asoman las cumbres del macizo, enorme y blanco, silencioso guardián de todas las cosas. Nunca he sido un gran amante de la montaña, y no dejo de preguntarme lo que podría hacer yo en un lugar así. Está claro: tengo que averiguar de qué va eso de la vida en el monte. El caso es que me encanta el bosque, el silencio… Sería algo nuevo, tal vez precisamente esa flamante vida en la que llevo pensando. Además, se me da bien esculpir, y aquí podría encontrar la forma de montarme un taller y hacer alguna que otra cosa con madera.

—Oye, yo sé esculpir —le suelto sin más—. ¿Crees que podría hacer algo por aquí?

—Aquí puedes hacer lo que quieras, cualquier cosa, mientras yo lo diga —contesta con sequedad.

El coche brega en segunda. Giramos de golpe y enfilamos una cuesta que no debe de bajar del treinta por ciento. Frente a nosotros se abre un claro verde, flanqueado por un grupo de cabañas. Me quedo sin habla. Resulta que el «hotelito» lo forman seis cabañas colocadas en un llano a los pies de una colina: una más grande, de dos pisos, y otras cinco más pequeñas, que rodean el claro. Entre ellas, una nave y tres plazas de aparcamiento. Se acerca al coche un trío de perros enormes, dos sambernardos y un pastor caucásico, entre ladridos joviales y cabriolas. Aquello es un circo. Lică les dedica unas palabras y se baja del coche para jugar con sus niños, así los llama. Me anima a bajarme sin miedo, no son peligrosos. Los perros se acercan a olfatearme con aire circunspecto, pero enseguida deciden que soy de la casa y nos hacemos amigos, a saber, se abalanzan sobre mí también como si me conocieran de toda la vida.

De la cabaña de la entrada aparece un tipo bajito, melenudo y fornido.

—Queriiidooo —suelta a un volumen que hace retumbar todo el valle—. ¡Pero si has vuelto a caaasa, hermaaanooo…!

Viene directo hacia el coche mientras los perros corretean alegres por todo el jardín. Se abrazan, al parecer encantados de volver a verse.

—Él es Adam, el administrador de todo esto y mi mano derecha. Fue alumno mío, y ahora somos colegas. Os vais a llevar bien.

Adam me saluda con tal entusiasmo que nadie diría que acabamos de conocernos. Tiene la misma actitud abierta que con el tiempo observaré en toda la gente del monte. Es una persona feliz. Lleva una vida sencilla, y todo a su alrededor se rige por el mismo patrón. Me quedo con él para que me enseñe el lugar. Cómo no, me propone que subamos un día juntos a Piatra Craiului. Le confieso que me da miedo, pero me tranquiliza divertido: nunca se ha caído nadie montaña abajo yendo con él. Me invita a un café y me presenta a su mujer y a su hija de unos meses, que han elegido criar aquí arriba, en plena naturaleza.

Me acompaña hasta la cabaña principal.

—Esta la he construido yo estos últimos años. Habré trabajado aquí para cinco vidas, pero estoy satisfecho, he hecho algo bueno.

Las paredes de la entrada y del salón restaurante son un museo de antigüedades, trofeos de caza y accesorios de esquí y alpinismo; objetos de todo tipo que, por separado, formarían un auténtico batiburrillo, pero que aquí parecen estar todos en su sitio. Se nos une Licǎ, que se detiene frente a una especie de martillo clavado en la pared:

—¿Ves este piolet? Pues a punto estuvo de matarme. Estando yo en Austria, se partió en mitad de un risco y caí al vacío treinta metros. Menuda suerte tuve aquel día, sí señor… Estos esquís son de madera. Así los fabricaban antes. Los tengo desde niño. El trofeo este del oso es mío. Arriba tengo también un jabalí. Te acabarás acostumbrando a ellos, verás cómo les coges el gusto.

Me dice que escoja la habitación que yo quiera, no hay clientes en el hotel y vamos a ser los únicos huéspedes del fin de semana. Es bonito. La habitación da a la montaña y tiene unas vistas increíbles. Los muebles están a estrenar. Me entero de que los ha fabricado Adam con troncos de abeto de la zona.

Ambos se retiran y yo me quedo tomando un café en el banco de la entrada. Los perros vienen a sentarse a mi alrededor. Bertha, la más cariñosa, se empeña en mantener la cabeza apoyada en mi pierna. Los otros dos, machos ambos, tienen pinta de estar custodiándome, y no se les borra la expresión marcial de la cara ni cuando descansan tumbados al sol.

Me gusta esto. Se respira tranquilidad. El río emite un delicado susurro y apenas se oyen unos cuantos pájaros aislados. Al caer la tarde, Piatra Craiului se cubre de un matiz rosado, y noto brotar en mí una calma inaudita.

Me traigo el portátil de la habitación, por aprovechar el tiempo en algo. Abro el archivo y empiezo a escribir como si nunca me hubiera tomado un respiro:

CAPÍTULO I

(«Sobre los triángulos»)

Y el encierro. Claro que el cristianismo propone su famoso triángulo como una apertura, y no tenemos nada en contra; lo que ocurre es que, por lo visto, estamos condenados a no entendernos. Nosotros de lo que hablamos aquí es de triángulos, encierro y persecución. ¿Qué persecución? Pues las cosas son de la siguiente manera: pongamos que eres adicto a una mujer y haces lo que sea para que siga siendo tuya (espero que te hayas dado cuenta de que la mujer en cuestión, TU mujer, es alguien a quien ya posees). Luego resulta que es a ella a quien le da por perseguirte y recriminarte que ese deseo constante de poseerla representa una mala forma de adicción —vete tú a saber cómo será la buena—. Total, que en tu vida aparece otra mujer que te apoya en tu adicción. Pues bien, digamos que te parecería la cosa más natural del mundo que esa otra mujer se convirtiera en tu futura esposa, solo que en ese punto ocurre una cosa muy curiosa: con el tiempo, tú ocupas el lugar del perseguidor, la mujer que te respaldaba sale de la ecuación o desarrolla ella misma una adicción, y la esposa a la que amabas con tanta adicción se convierte a su vez en la persona perseguida.

En eso pensaba el Inquilino Seis mientras el Jefe Uno les relataba aquel mecanismo, que él mismo denominaba el Triángulo de la adicción:

—Pensad en ese juego de rol que hacemos de vez en cuando para demostrar lo que sucede con la persona adicta. Pongamos una silla en el centro de la sala. Vamos a necesitar un voluntario. Vale, lo haces tú. Siéntate. Ahora necesitamos otro voluntario. Bien… Pues ahora te voy a pedir a ti que balancees la silla, y al mismo tiempo tú la vas a enderezar cada vez que veas que no va a recuperar el equilibrio. [Al cabo de un par de minutos]: Ahora te voy a pedir que dejes de sujetar la silla.

Un concierto de risas inundó la sala cuando el Inquilino Trece dio con sus huesos en el suelo. Se levantó con el rostro descompuesto:

—¿Por qué coño no has sujetado la silla, colega? ¿Quieres gresca? Porque no tienes más que pedirla, que yo te la doy y asunto resuelto…

—No creo que esa sea la solución —sentenciaba entonces el Jefe —. En fin, la cuestión es que ese balanceo tiene exactamente los mismos rasgos que el surgimiento de la adicción. Os ruego que os calméis y os pido disculpas por el incidente. Prosigamos con la sesión.

*

Desde la habitación 4 se oía, proveniente del exterior, una especie de crujido imposible de localizar ni de relacionar con ningún recuerdo.

Salí con la idea de que tal vez fuese el ruido de fondo de la televisión. A saber. Tres o cuatro pasos hasta el club. La televisión, apagada. Vaya por Dios, ya me he vuelto loco. Aunque… Me da por ir al servicio, abro la puerta y me quedo petrificado. El suelo está encharcado perdido y, en el aire, flota una nube de vaho descomunal. ¡Que Dios nos coja confesados: el Inquilino dándole un remojón a la perra en la ducha! Lo que asomaba de la espuma era la cabeza del perro, una cabeza de perro aureolada. Aún llevo esa visión clavada en la retina hoy, tanto tiempo después: la cabeza dorada del perro, o sea, aureolada de tan dorada, bendita aura dorada la de aquella imagen.

—Ya te vale, colega… Pero ¿qué haces aquí?

—Me la he traído a darle un agua, hombre, que estaba sucia y apestaba.

—Ajá…

Así se termina una buena siesta de sobremesa como no tengas nada que hacer y se te ocurra ir al servicio.

Releo. Suena absurdo, justo como me gustaría que fuera mi novela. Una extraña mezcla formada de retazos de discurso irónicamente pretencioso, teorías raras y lenguaje macarra. Esos últimos fragmentos me devuelven las dudas sobre el título, tal vez la cuestión más difícil a la hora de escribir. Ya veré.

Entretanto ha anochecido. Lică sale de su habitación. Aparece también Adam, que se había marchado a recoger setas. Nos trasladamos a la entrada de su cabaña, encendemos un fuego y cenamos como reyes. Asado, champiñones en salsa blanca, polenta, ajillo, vino caliente para Adam y su mujer, té y refrescos para los «pacientes» —así nos llamamos entre risas—. La noche se ha quedado fresca y se respira una tranquilidad de otro mundo. Solo se oye el murmullo del Bârsa de fondo. Por lo demás, silencio. Los chicos hablan que da gusto, en especial de la montaña y de picos cuyos nombres no me suenan de nada. Me cuentan que ambos han estado en el Himalaya y que aquello fue la aventura de sus vidas.

Yo me dedico a escuchar. Me gusta quedarme escuchando. No tengo mucho que aportar a la conversación, pero no pasa nada. Se me vienen a la cabeza los ratos de barbacoa con los muchachos, imposible no pensar en ellos. Echo de menos mi mundo. Me encantaría que toda esta historia no fuera sino un paréntesis; saber que es imposible volver

atrás me mata un poco por dentro. No creo que haya nadie que desee vivir fuera de su propia vida, por horrible que sea. A ninguna persona le agradaría cambiar de un día para otro o en tan poco tiempo todo aquello que la define. Noto una extraña sensación de vacío en el pecho, algo no está donde debería. En realidad, nada. Pero ya que he tomado una decisión, tengo que intentar respetarla, al menos por una temporada. Cueste lo que cueste.

Volvemos a las habitaciones. Abro la ventana, fuera no se oye nada más que el río. Siento un poco de miedo, tanto silencio no es normal. Cojo un libro y me quedo leyendo y fumando hasta las tantas.

Me despierto por la mañana con el café ya listo, Lică es tan madrugador como yo. Nos entretenemos charlando en el banco de la entrada rodeados de perros y nos olvidamos de todas las desgracias del mundo que nos han llevado hasta ese lugar en el que, por ahora, somos pacientes. Me confiesa que le encantaría que decidiera venirme para acá un tiempo, le ha estado dando vueltas y el caso es que le harían falta dos o tres esculturas para el jardín. Puede ser cuando yo quiera. Y si no salimos de la clínica el mismo día, se acerca él a recogerme.

A eso de las nueve aparece Adam con una taza gigante de té y se arranca a hablarnos de una excursión al monte. No podemos decirle que no, asegura, salvo que queramos cabrear al mismísimo Piatra. Examina pensativo mis zapatillas, va corriendo a su cabaña y vuelve con un par de botas más adecuadas para lo que tiene en mente. Está claro que no podemos negarnos, así que nos preparamos para el paseo. Lică también se cambia, él siempre está listo para esas cosas.

Nos ponemos en ruta escoltados por los perros. No ha habido forma de dejarlos en la cabaña pese a las amenazas de Adam. Toman posiciones a nuestro alrededor: Bertha marcha a unos cincuenta metros al frente; Nerón, el pastor caucásico, camina pegado a Adam sin doblar las orejas en ningún momento; Barry, el enorme sambernardo, cierra el cortejo a unos cincuenta metros por detrás y parece estudiar la ruta con mucha atención. Subimos por el camino forestal a lo largo de casi un kilómetro hasta la barrera de la reserva natural. Desde allí, continuamos recto por un sendero empedrado que bordea el curso del río, bastante abrupto para mí. Los chicos arrugan la nariz y de vez en cuando sugieren un descanso, pero me doy cuenta de que solo lo hacen por mí. Ellos son montañeros, sería extraño que se cansaran por un simple paseíto. Llegado un punto, giramos a la izquierda por una vereda de caza. Adam me comenta que la ruta es solo para ellos, los turistas no se atreven a poner los pies por aquí. Pasamos junto a un refugio de cazadores y nos adentramos en un frondoso bosque de abetos. Qué raro, nunca hubiera dicho que Piatra estaba tan lejos de la cabaña. Parecía tan próximo desde el banco que

me daba la impresión de que tendríamos solo para unos cuantos cientos de metros. Pero el caso es que llevamos dos horas andando y ni siquiera hemos llegado a sus pies. El bosque clarea de golpe y surge ante nosotros una especie de cañón, bordeado por un sendero con pinta muy peligrosa. «Así que para esto eran las botas», me digo a mí mismo. Adam saca una cuerda de alpinismo y, sin mediar palabra, me la ata alrededor de la cintura. Me explica que es más seguro así, y yo le digo en broma que ya me ha puesto la correa, pero lo hago con una sonrisa ajena. Ascendemos durante una media hora por el filo el cañón, el sendero se vuelve cada vez más abrupto y peligroso. En realidad, la cuerda no me sujeta a nada propiamente dicho, pero Adam llevaba razón: con ella me siento más seguro. Al final del cañón hay un manantial y hacemos un descanso para beber agua. Frente a nosotros se abre un pedrero, a cuyo extremo se ve por fin Piatra. Impresiona lo abrupto que es, me da hasta miedo mirarlo.

—¿Pero es que vosotros pretendéis subirme a esa cosa? —les pregunto.

—Sí. Justo allí arriba, ¿ves? Entre esos dos picos. Luego bajamos por otro lado.

—Estoy cagado.

—No tengas miedo, que con nosotros no se cae nadie montaña abajo.

Le dedico otra sonrisa que no es mía, eso seguro. Subimos por el pedrero. Adam se pone al frente y Lică cierra la marcha. Los perros han regresado a la cabaña. Esos sí que saben lo que tienen que hacer, no como yo. Me arrepiento de no haberme marchado con ellos, seguro que conocen el camino de vuelta.

Hacemos un descanso al final del pedrero. Lică me anuncia que nos dirigimos hacia el refugio de la Crăiță, uno de los lugares más bonitos del mundo —tendré que verlo—. Lo construyó un alpinista hace cincuenta años. Resulta que el hombre se había retirado con su mujer a la montaña después de que ambos decidieran vivir aislados del mundo. Un día, durante una ascensión, justo por la ruta en la que nos encontramos nosotros, su mujer se cayó y murió. El hombre enloqueció de dolor. Pasado un tiempo, subió él solo los materiales y construyó ese refugio en lo alto de la montaña para todo aquel que necesitara resguardarse del temporal.

Iniciamos la ascensión. Esta vez, Adam comprueba mi cuerda, tira de ella y me da unos consejos para subir. Dice que no haga movimientos bruscos e intente no asustarme del vacío que se abre bajo mis pies, porque tampoco existe mucha diferencia entre una caída de cinco metros y otra de cien. Me recomienda usar las manos allí donde sienta que no puedo mantenerme en pie y me asegura que no voy a caerme; si pasa algo, ellos me sujetan. Los miro a los ojos sin

saber si debo o no confiar en sus palabras, no estoy acostumbrado a estas cosas. La mirada de Lică desprende tranquilidad y ternura, como siempre. Está claro que saben muy bien lo que hacen en la montaña. Adam arranca el primero. Tiene una agilidad increíble, y sus movimientos parecen adaptarse a cada desnivel del terreno. El sendero es abrupto. Subo con valentía, intentando imitar en la medida de lo posible sus gestos. A nuestra espalda, Lică avanza muy decidido. Sus movimientos irradian tal naturalidad que me cuesta distinguir si está esforzándose o no. En un momento dado, cruzamos un tramo de sendero suspendido sobre el vacío. Escucho los consejos de Lică, que surge de repente a mi lado, y recorro con naturalidad los quince metros de estrechez. Al final va a resultar que tampoco es tan difícil. Empieza a gustarme. Soy consciente de vivir un momento único: estoy a punto de llegar a un sitio que solo han pisado unas cuantas personas, y no puedo tener mejores guías.

Otra breve subida y alcanzamos el refugio, una construcción sencilla de madera y cartón alquitranado escondida a los pies de un risco. En su interior no hay más que dos literas de madera y unas cuantas camas antiguas, aunque imagino que te pueden salvar la vida. Todos mis respetos a quien lo construyó. Las vistas son impresionantes. Adam me explica la geografía del lugar: a la derecha, el macizo de Bucegi; enfrente, Codlea y la depresión donde empieza el paso de Rucăr-Bran; a la izquierda, la cordillera de Făgăraș. Impresionante. Desde esta altura, las montañas se ven casi como desde un avión. Comemos panceta, queso, pan y cebolla. Todo muy primitivo, tal como debía de ser hace cientos de años. La civilización no ha llegado hasta aquí, y posiblemente no lo haga nunca. El lugar encierra un simbolismo aterrador, empiezo a pensar que no es casualidad haber llegado hasta aquí arriba. Me vuelvo; Lică contempla las montañas con la misma mirada con que el enamorado abraza a su amada sin tocarla. Tiene los ojos húmedos, como si reviviera algo bonito.

—¿Por qué me has traído aquí? Tenías alguna intención, ¿verdad?

—Así es —me contesta con calma—. Quería traerte aquí, a este lugar construido pese a la muerte, y enseñarte que para cualquier problema existe una solución. Para nosotros significa mucho este sitio, ¿sabes? Adam y yo hemos perdido un montón de compañeros en la montaña al cabo de los años. Tenemos un dicho entre nosotros, los montañeros: el buen alpinista es aquel que vuelve a casa vivo. Me tomarás por una especie de lobo moralista, pero he querido que tú también vieras que, a pesar de las dificultades, se pueden hacer cosas. El hombre este perdió a su mujer y se volvió loco, pero eligió subir cientos de veces por la ruta que hemos hecho y construir algo, algo que simplemente está ahí y protege a los demás de la montaña. La

montaña es un lugar peligroso, no hay espacio para cometer muchos errores, enseguida te castiga. Y con la vida, igual, pienso yo: tarde o temprano todo se acaba pagando. Sí, todo se paga, y tienes que estar muy atento a dónde pones los pies.

Vuelve a guardar silencio. Adam no dice nada, es muy probable que escuchara esas mismas palabras en su primera ascensión. Por fin se gira hacia mí, sonriendo por cada poro de su piel:

—Es bonita la Crăiță, ¿verdad, hermano?

Continuamos nuestra ruta. Caminamos una media hora por debajo de la cornisa hasta llegar a un risco que se alza orgulloso hacia el cielo. Lo llaman «La Torre», «El Objeto», «El Centinela», «El Dedo de Anghelide» o «El Falo de Anghelide». Unas vistas fantásticas. Desde allí iniciamos el descenso, mucho más complicado que la subida, pero mis compañeros me enseñan lo que hay que hacer, y en treinta minutos ya estamos otra vez en el pedrero. Al poco atravesamos el bosque. Estoy reventado, pero no me arrepiento de haber subido.

Ya en la cabaña, los perros montan su espectáculo habitual, cabriolas incluidas. Comemos algo y nos preparamos para marcharnos. «Se acabó el permiso», bromea Lică. Antes de irnos, me enseña el taller que hay junto al hotel.

—Mira, aquí tiene Adam su taller de herramientas, lo podrías usar para esculpir. ¿Qué dices?

—Podría… —respondo sin demasiada convicción.

A nuestra espalda aparece Adam, descalzo. Lleva en la mano las botas que he usado en la montaña y que le he devuelto al bajar. Las coloca junto al umbral de la puerta, a mano izquierda.

—Mira, las dejamos aquí hasta que vuelvas. Ya me ha comentado mi hermanito que te vienes a pasar una temporada con nosotros. Te esperamos.

Nos montamos en el coche esquivando a los perros. Bertha es la más alborotada y quiere subirse, con tanta insistencia que obliga a Adam a arrastrarla con fuerza hacia su cabaña.

10

Al volver a la clínica todo se encuentra en ebullición. Un compañero drogadicto intentó suicidarse anoche. Dieron con él en el baño colgado de una sábana, y Toby, que no pierde nunca la sangre fría, acudió corriendo a descolgarlo. Lo han ingresado en el psiquiátrico de la ciudad y todo el mundo espera noticias. Según el último «boletín informativo» de Trică, está bien, pero nadie termina de creérselo.

Es la primera vez que sucede algo así en este lugar, por lo general las cosas transcurren a su ritmo y los días se parecen como gotas de agua. La suerte del pobre chico se convierte, cómo no, en el tema de la sesión de terapia del lunes. Todo el mundo da su opinión. Debatimos sobre el suicidio y, como si de un parlamento imaginario se tratara, nos mostramos todos de acuerdo con que es una soberana estupidez. En pleno debate, llega a mis oídos una idea de lo más extraña: un compañero dice que lo que ha hecho el chico es injusto: «¿Es que acaso no se ha parado a pensar en el resto?». Se me llevan los demonios; suena exactamente igual que los lamentos de las plañideras de mi infancia en Oltenia: «¡Ay, Dios mío! ¿Y qué va a ser de mí ahoraaa…?». Me parece el colmo del egoísmo, y así se lo hago saber. Ya la tenemos liada. Tal vez solo fuera la chispa que faltaba para prender la mecha. Me levanto y me voy, no me apetece discutir con él ahora. Tengo cosas más importantes que hacer.

Le han traído un coche a Ramza, tal como prometió, así que ahora debo ocuparme otra vez de los preparativos para salir. Se lo comento al doctor. No tiene nada en contra, claro está. Saco el móvil, marco y espero.

—Buenas.

—Buenas. Dime.

—Quiero ir a ver a mamá. Dime en qué habitación está.

Silencio. Ni una palabra durante unos segundos. Hasta que:

—Mira, no creo que sea muy buena idea que vengas. Espera un poco más, ya veremos más adelante.

—Iré mañana o pasado. ¿Qué habitación?

—No pienso mandarte dinero para el trayecto. Te digo que no vengas.

—No necesito tu dinero para ir.

—Ya te has aliado con esos, lo sabía.

—Venga, coño, déjame en paz.

Cuelgo sin más y me siento. Me noto mareado.

Estoy hecho una furia, creo que no me lo merezco. Empiezan a temblarme las manos otra vez. Necesito un esfuerzo sobrehumano para colocármelas sobre el regazo y hacer que paren. Me hierve la sangre, podría derrumbar el edificio entero ladrillo a ladrillo. Me llaman al móvil. Lo dejo sonar y sigo a lo mío. Llaman otro par de veces y luego desisten. No sé qué hacer. Me encamino hacia el cementerio y deambulo entre las tumbas. El sol sigue apretando. Recupero un poco la calma y regreso. En el jardín me espera Toby.

—¿Dónde te metes, hombre? Me ha llamado tu hermana y me ha dicho que tienes problemas.

—¿Qué problemas tengo yo?

—Yo qué sé, parecía desesperada y quería cerciorarse de que seguías aquí.

—¿A ti te parece que tengo algún problema?

—No. Deja, que ya la llamo yo y hablo con ella.

—Bah, olvídalo…

Paso asqueado a su lado y me encierro en la habitación. Estoy solo desde que se esfumó mi compañero, habrán decidido los psicólogos que me va mejor así. Cojo un libro y me pongo a leer, pero no entiendo ni una sola palabra. No sé por qué me habrá dado tan fuerte, y precisamente el no saberlo hace que me cabree aún más. Al fin y al cabo, seguramente ella también lleve su parte de razón, aunque me sienta como un tiro su forma de decirme las cosas, con ese punto de brusquedad. No sé que la mueve a actuar así. Ojalá lo supiera.

Se me ocurre que es una cuestión de vergüenza: ella se avergüenza de mí, y a mí me avergüenza la gente en general. Me siento extranjero, que es también una forma de vergüenza. Vivo convencido de que hay alguien vigilando cada paso que doy, no puedo hacer nada sin que se sepa. A veces hasta me avergüenzo de mí mismo, odio el hecho de no poder ser igual que los demás ni expresarme libremente, como hace todo el mundo. Siempre habrá alguien para sacarme a relucir el famoso argumento de «tú eres como eres, déjanos pensar a nosotros». He escuchado tantas veces esa cantinela que ya ni me molesto en intentar exponer otros puntos de vista mínimamente racionales. En lugar de eso, he empezado a actuar por instinto frente a todos. Y con esto igual: ¿Por qué me habrá dicho que no es buena idea lo de ir a ver a mi madre? ¿Qué hay de malo en ello? ¿Dónde está el problema? ¿Por qué esa negativa? Volveré a ello.

Me arrancan de mis pensamientos unos golpes en la puerta. Entra

Ramza sin esperar una invitación, se sienta en la silla y empieza a largar:

—*¡Oy!* Fíjate tú, dicen que el chico este ya se encuentra mejor. Menudo cabeza hueca… *Tchiort vozimi*!

—Ya.

—¿Cuándo quieres que vayamos adonde tu madre? Ya tengo el coche, así que tú dirás.

—No sé. Mañana, pasado…

—¿Te pasa algo, *drug*? No te veo muy allá.

—Mi hermana… dice que no le parece bien que vaya, que mejor más adelante… Mamarrachadas.

—Pero ¿qué le pasa a esa tía? *¿Ona chto, s uma sochla?* ¿Se ha vuelto majara o qué?

—Y yo qué sé…

—*Oy*! Déjalo estar, que tampoco se va a acabar el mundo porque te acerques tú por allí. Yo te llevo, mientras esté yo presente no puede pasar nada. —Me mira fijamente—. No te traerás algo entre manos, ¿verdad?

—Venga ya, hombre, tranquilízate. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—Mejor preguntar ahora que arrepentirme después.

—Cierto. Pero tú tranquilo, que es ir y volver, nada más.

—*Davai*. ¿Entonces pedimos permiso para mañana?

—Sí. Aquí está la hoja.

Escribimos con mucho tiento, dejando un margen, como en el colegio. Me cuenta que él toda la primaria la hizo en ruso, hasta que cayó la URSS y pasaron al rumano. Rumano hablaba ya de antes en casa, pero por la calle no era muy recomendable que te oyeran usarlo. Así es como ha llegado a esa especie de ruso-moldavo-rumano en que se comunica. Le cuesta mucho. Haga lo que haga, al final termina hablando en ruso, y de ahí ya no se mueve. Prosigue disgustado:

—Después del colegio, el instituto ya lo hice directamente en rumano. Vamos, dentro de lo que cabe, porque entre nosotros seguíamos hablando ruso, la costumbre. En esas, nuestra economía se vino abajo, el país se quedó sin recursos y todo se fue al garete, *oy*! Terminé la carrera, pero no me salía nada. El país estaba muerto, *strane kaput*!, así que pedí matricularme en un doctorado aquí, me aceptaron y me fue bien. El caso es que me sigue tirando Moldavia, lo que pasa es que no hay manera de asomar la cabeza con el jodido sistema de allí. *Eta hujovaya sistema*! Total, que he acabado por montar unos negocios aquí. Al final, las cosas terminan funcionando en cualquier parte.

—Oye, *drug*, ¿tú en qué lengua sueñas?

—No lo sé ni yo. Creo que en ruso, a veces en rumano.

—Ya. Decía no sé dónde un crítico literario que la lengua materna es aquella en la que uno sueña. Tú tienes dos lenguas maternas, así de simple.

—Me gustaría ser solo rumano, y punto. Yo no soy ruso, te lo juro. *¡Kljanus!* Mira, ya llevo yo las hojas estas para que las firmen, no vayas a discutir con alguien más, que te noto calentito.

—Vale.

Me quedo sentado al borde de la cama con la mirada perdida. Desde el pasillo me llega un comentario de Ramza, tan irónico como siempre:

—Menos mal que no te ha dado por suicidarte, *drug*, ¡lo a gusto que nos habríamos quedado todos…!

Se oye una carcajada y luego se hace el silencio.

Intento dejar de pensar en la conversación telefónica de antes y retomar la estructura de la novela que aún pretendo escribir, aunque solo lleve unas cuantas páginas. Está claro que debe girar en torno a un personaje principal y a una idea central. No será necesariamente una novela de tesis, pero todo gira en torno a un tema: la adicción. O, más concretamente, cómo es rehabilitarse de una adicción. Luego está la cuestión del personaje. Escribiré en primera persona —una novela subjetiva, vaya—, pero en una primera persona un poco particular, en el sentido de que no se limitará a describir una mera subjetividad. Mi personaje será al mismo tiempo un narrador omnisciente, una especie de *lector in fabula*; un protagonista difuso, que no abandone ni por un segundo la trama y filtre cada elemento a través de su propio punto de vista. La novela podría presentarse como la lectura de otra novela, o bien como un diario; en cualquier caso, como una especie híbrida. Su rasgo principal debe ser el estilo: velocidad, concisión, y una cierta exactitud que varíe siempre en función de la opinión del personaje sobre los acontecimientos. Para darle forma a ese ente difuso habrá que recurrir a una paradoja: que uno pueda imaginarse perfectamente al personaje sin los acontecimientos de la novela, pero que no haya forma de que la novela se desarrolle sin la intervención del personaje. Una relación de exclusión unívoca que solo necesita un elemento para existir. El protagonista será la máxima expresión matemática y lógica del egoísmo a nivel narrativo. Creo que al final acabará siendo una historia de amor con un único personaje.

Vuelve Ramza agitando en el aire los papeles:

—Mañana por la mañana nos vamos. Están un poco mosca con que hayas discutido por teléfono, pero ya me he ocupado yo de calmarlos.

—Vale. ¿A qué hora?

—¿A las seis? ¿Para llegar a eso de las nueve y media?

—A las seis pues.

—Nos quedamos hasta por la tarde, te invito a comer por ahí. Lo vamos a pasar bien, ya verás.

—Ya veremos…

—Oye, *drug*, llevo tiempo queriendo preguntarte: ¿qué andas escribiendo siempre en el portátil ese?

—Chorradas. Estoy a ver si esbozo una novela sobre esto que nos pasa.

—¿Y me vas a sacar en ella?

—Sí.

—*Ghenial'no*! ¡Cuánto me alegro! El primer ejemplar es mío.

—Hecho.

Se marcha silbando. Alguna canción rusa, me figuro. Vuelvo a mi portátil, pero no soy capaz de quitarme de la cabeza lo que pasará mañana en el hospital. Prefiero no pensarlo, es demasiado duro. Abro el archivo y me pongo manos a la obra. Mejor olvidar.

(segmento teórico sin una teoría clara)

En la clínica teníamos un horario bastante estricto. Nadie lo respetaba a rajatabla, pero lo cierto es que sobre el papel existía una especie de programa de actividades redactado de forma categórica. Al principio suponía un verdadero quebradero de cabeza para la mayoría de personas que ingresaban. No olvidemos que se trataba de gente que encarnaba la definición misma de lo marginal, de individuos que iban por la vida sin distinguir muy bien la noche del día, sin cumplir con sus obligaciones familiares, sin religión, y algunos incluso sin patria. Personas para quienes la vida tenía solo dos registros: «borracho/drogado», lo cual equivalía a «bien», o «sobrio/resacoso», que venía a significar «mal» en las distintas variantes del estado en cuestión, desde la resaca matutina hasta los episodios de grand mal, delirium tremens, *demencia y otras tantas maravillas que terminaban con ellos, la mayor parte del tiempo, en el área de psiquiatría de la ciudad de turno para iniciar un proceso de desintoxicación.*

Allí el tratamiento consiste, al menos de entrada, en la administración de tranquilizantes, benzodiacepinas y neurolépticos, todos con efectos devastadores sobre el individuo durante la fase inicial. Luego, por lo general al cabo de diez días, suele pasarse a la segunda fase, en la que se receta un antidepresivo más o menos potente en función de los estragos que haya causado el alcohol. Durante la primera fase del tratamiento psiquiátrico, la deshumanización del individuo alcanza unas proporciones

colosales: lo que hasta entonces habían sido personas capaces de beber hasta olvidarse de su nombre sin perder el equilibrio acaban con incontinencia urinaria, caminando apoyadas en las paredes, afásicas y atáxicas perdidas, con síntomas extrapiramidales, babeando… y a eso lo llaman tratamiento, en pleno siglo xxi. En la segunda fase se intenta programar el cerebro. Bajo la apariencia de una forma u otra de psicoterapia, o incluso bajo denominaciones más pretenciosas como el psicoanálisis, la hipnosis o el psicovetetuasaberqué, se le repite con regularidad al paciente todo el mal que ha engendrado y se insiste en que aún tiene la posibilidad de hacer propósito de enmienda si renuncia al alcohol.

En la clínica, el tratamiento por medio de medicamentos se consentía como mucho en los casos más graves. Lo más habitual era que se animara a los pacientes a sobrellevar el síndrome de abstinencia con la dosis de dignidad que les quedara. Los compañeros también les ofrecían su apoyo, puesto que no los obligaban a trabajar en el periodo inmediatamente posterior al ingreso. Cierto es que el trabajo no era en absoluto obligatorio, pero la mayoría de nosotros nos percatamos enseguida de su eficacia como remedio contra el aburrimiento. Por mucho que, en general, la gente murmurara y se rebelara, la mayoría de nosotros esperaba con impaciencia las horas dedicadas a los quehaceres. Y es que, las cosas como son, unos cuantos meses pueden transcurrir muy despacio cuando uno no tiene otra cosa de que preocuparse aparte del propio pasado. Y, salvo contadas excepciones, nuestro pasado dista mucho de ser un patio de recreo.

Llegamos, pues, a nuestra historia. Esta novela, siempre y cuando la aceptemos como tal, vendría a ser una aventura del espíritu, un espíritu que ha alcanzado los límites de lo humano y que, por eso mismo, resulta memorable. Desde que el mundo es mundo, el ser humano ha venido definiendo los buenos tiempos con la ayuda de tres elementos básicos: la Edad de Oro, la utopía y el milenarismo. Tal cual. Cada uno de ellos corresponde, bien al pasado-futuro (en el primero de los casos), bien al futuro sin más (en los dos últimos). Lo de la Edad de oro lo entendemos todos muy bien, ya que se refiere, en el plano microsocial que aquí nos ocupa, al glorioso pasado de cada uno de nosotros. La utopía es la época del orden combinado con la justicia, mientras que el milenarismo encierra un germen de misticismo difícil de eludir. Si la Edad de oro presupone un regreso a los tiempos paradisíacos de la humanidad, el milenarismo (palabra que deriva de millenium*) conlleva la instauración de un nuevo orden social, combinado con la idea de una profecía cumplida. En la clínica, las cosas se mezclaban de un modo muy extraño en una especie de Edad de oro utópica*

proyectada en un milenarismo situado bajo el signo de las incoherentes prédicas de los terapeutas. La idea de clínica derivaba básicamente de la de comuna, y de la noche a la mañana todos nos habíamos convertido en una especie de comunistas dominados por las personas que nos ayudaban a superar la adicción.

Dos apuntes aquí sobre este último término. Por estas tierras, Rumanía para más señas, la adicción se traduce por medio de otros conceptos: borracho y drogadicto, con sus correspondientes variaciones, como borrachuzo, yonqui, drogata, colgado, engrifado, etc. La jerga es rica y variada, pero tampoco es mi objetivo agotarla en estas líneas. Desde el punto de vista médico, la adicción constituye un estado de necesidad física y psíquica con respecto a una o varias sustancias. También según los médicos, la interrupción del consumo de la sustancia en cuestión conlleva la aparición del síndrome de retirada o «mono», sucedido por un estado de abstinencia prolongada.

En el plano psicológico —o desde el punto de vista de la psicoterapia, como bien afirma el lenguaje acartonado de la propia disciplina—, la adicción se define principalmente por su vertiente psíquica, aunque yo afirmaría más bien que por la comportamental. El procedimiento es simple, una comparación por oposición: se toma a una persona que no sea adicta, se describe su comportamiento (básicamente bueno, signifique eso lo que signifique); luego se hace lo propio con el comportamiento de una persona adicta (básicamente malo), y la síntesis de todo da una especie de veleta con dos principios rectores para la vida: 1. Soy adicto a… 2. Ya no consumo… La paradoja es inevitable y, como cualquier paradoja que se precie, totalmente real. De ahí el componente místico que reviste todo ese asunto de la abstinencia.

Con respecto al tema de la adicción, los terapeutas juegan el mismo papel que el historiador con respecto a la historiografía: ya sabemos que la definición de la historia se divide en dos ramificaciones, los hechos reales y el discurso del historiador. De ello puede resultar, sin ir más lejos, el año 476 después de Cristo, un año que pasó desapercibido en su momento, pero que ha sido reconstruido posteriormente, ¡y de qué manera! Solo un análisis atento de las redes semánticas e ideológicas que solemos denominar texto histórico puede permitirnos acceder, al menos parcialmente, a los hechos reales.

Escribo hasta que, llegado un punto, me veo obligado a parar. ¿Es así como debería sonar una novela? ¿De verdad es necesaria tanta ironía sobre la historia y la historiografía para describir la vida de una persona en rehabilitación? Aún debo meditarlo. Además, no tengo otra

cosa mejor que hacer.

Por la mañana, para mi sorpresa, Ramza se despierta antes que yo y viene a sacarme de la cama. Al final va a resultar que él también puede madrugar, todo depende de la tarea que le encomiendes. Nos tomamos un café a toda prisa —paciencia tiene la justa—, nos montamos en el coche y salimos pitando hacia Bucarest. A las nueve y algo tenemos que estar allí.

Por el camino vamos riendo y bromeando. A los dos nos gusta la velocidad, así que todo marcha como la seda. Solo hacemos una parada para un café en el desvío de la autopista, y a las nueve en punto estamos entrando en Bucarest. Tenemos que llegar a un hospital situado por la zona de 1 Mai, y como Ramza no conoce demasiado bien la ciudad, me encargo de guiarlo. Me cuenta que está planeando mudarse aquí dentro de unos años, pero que primero tiene que ver cómo le marchan los negocios. En su caso, lo de mudarse es una complicación, tiene tres hijos y antes prefiere asegurarse de que puede ofrecerles las condiciones adecuadas. Le pregunto por qué no va a visitar a su familia, a lo que responde secamente con un «no he venido a rehabilitarme para estar volviendo por casa…», que deja la conversación en el aire.

Contemplo las calles. Me siento como en una película. Conozco cada esquina, me sé la historia de cada taberna. Es mi ciudad. Una ciudad a la que puede que tarde en volver, la ciudad que tanto he amado y en la que estaba convencido de poder morir tranquilamente algún día. Ahora tampoco me asusta la muerte, lo único que quisiera es que me llegara mientras duermo para no enterarme de nada. Así que contemplo la ciudad como un muerto. Reconozco algún que otro rostro por la calle. No vale la pena pensar en ello. Nos acercamos al hospital. Nos pasamos la callejuela un par de veces, pero al final conseguimos llegar.

Pongo los pies en el patio sin una idea clara de lo que debería esperar. Todo limpio y tranquilo. Por el pasillo, ni rastro de nadie. Doy con una puerta en la que se lee «enfermeras», llamo y entro. Al preguntar por mi madre, me percato de que no es mi voz la que habla. Una enfermera entrada en años se ofrece a acompañarme hasta la habitación. Recorremos los pasillos blanquiazules y desiertos, subimos una planta en ascensor, llegamos. Me abre la puerta y la veo. Una mano humana entre sábanas blancas, delgada y pálida. Junto a ella, un gotero. En la mesilla, un montón de pañuelos y otros tantos objetos de higiene personal. Un bastón de aluminio apoyado contra la barra de la cama. Está durmiendo. La enfermera la despierta. Abre los ojos, unos ojos transparentes de persona enferma. Se le dibujan unas muecas de dolor, no debe de encontrarse bien. Mira a su alrededor,

me ve. Sonríe:

—Anda, mira, si ha venido mi chico a verme. Es mi hijo, señora.

—Lo sé, lo sé, lo he traído yo.

Se va recuperando poco a poco. Habla. Tiene paralizada una parte de la cara, además de todo el costado izquierdo del cuerpo. Me suelta que creía que iba a morirse, que pensaba que ya no volvería a verme. No sé qué decir. Guardo silencio y miro cómo me tiemblan las manos.

—¿Me sacas a dar una vueltecita? Hay una silla de ruedas en el pasillo, puedes llevarme en ella. Y, si quieres, te enseño lo bien que he aprendido a andar.

Me muevo rápido, traigo la silla y se la acerco al borde de la cama. No sé qué más hacer. Apoya una mano en la barra lateral, la ayudo a incorporarse y se queda sentada.

—¿Y cómo te acoplo yo en esto? ¿Llamo a alguien?

—Tienes que cogerme en brazos y sentarme en la silla. ¿Cómo has venido?

—En coche.

—¿Te has comprado un coche?

—No, me ha traído un compañero.

—¿Y dónde está ese compañero tuyo?

—Pues en el coche.

La levanto en brazos. Es ligera como una pluma, no creo que pase de los cuarenta kilos. La siento en la silla y nos ponemos en marcha hacia el patio mientras me va contando alegremente cómo piensa recuperarse, volver a casa y otras tantas cosas. Como no sé qué decir, me limito a escucharla. Más no puedo hacer.

Cuando ya estamos fuera, me pide un cigarrillo. Me quedo bloqueado. No sé si le está permitido fumar, no tengo ni idea. Le digo que me espere mientras voy a preguntar a las enfermeras. Me confirman que tiene permitido hasta cinco al día, así que puedo dárselo si quiero.

No sé muy bien qué hacer. Por lo que he leído, la gente que ha sufrido un infarto cerebral no debe fumar. Se les espesa la sangre o algo así. En fin, que le doy un cigarrillo. Lo enciende y se lo fuma con ansia.

—Es el único placer que me queda, hijo. Esto, los crucigramas y las telenovelas. Por lo demás, ya no valgo para nada. ¿Tú cómo estás? ¿Sano ya?

—Sí, estoy bien.

—A ver si te recuperas y vienes por casa. No le pido ya más a la vida.

La miro. Sé que habla en serio. Incluso desde este mundo mío tan frío y desierto comprendo que es mi madre y quiere lo mejor para mí.

—¿Dónde está tu compañero? Quiero conocerlo.

—Venga, anda, deja al pobre hombre tranquilo. ¿Qué tienes tú con él?

—Quiero conocerlo —repite obstinada—. Ve a buscarlo, anda.

Me encojo de hombros y me acerco hasta el aparcamiento para explicarle a Ramza la situación. Me mira sorprendido, detiene el motor y se baja del coche.

—Anda que… ni un mísero ramo de flores hemos traído. Menuda gentuza estamos hechos… *My plohie*! ¡vaya par!

Lo miro a él también como en un sueño y caigo en la cuenta de que lleva razón. Me he presentado con las manos vacías, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que debería traer algo. Vamos al puestecito de la esquina y compramos flores, cigarrillos, dulces, refrescos, todo lo que encontramos y nos parece útil dadas las circunstancias.

Volvemos cargados.

—¿Qué hay? ¿Tú cómo te llamas?

—Buenos días. Me llamo Ramza —responde con una sonrisa amable, la primera vez que le veo esa expresión en la cara.

—¿Y eres compañero de mi hijo allí?

—Así es, señora.

—Pues a recuperarse pronto. Y cuídamelo, es buen chico cuando quiere.

—Lo sé, señora, lo sé. Cuidaré de él.

—¿Me das un pitillo? Venga, solo uno.

Ramza me mira desesperado sin saber qué hacer. Asiento con la cabeza para despejar sus dudas. El carrusel de preguntas ya no hay quien lo pare. Le vamos contando a nuestra manera cómo es la clínica, lo que hacemos allí, lo que comemos, si se pasa frío o calor, si nos gusta Sighișoara, todas las preguntas del universo condensadas en unos minutos.

Empiezo a encontrarme mal. La veo frágil, con un punto extraño en la mirada, incapaz de mantenerse recta en la silla, aunque se esfuerza en mostrarse alegre y darnos conversación. Ya ha pasado una hora, y no sé si será bueno que siga fuera. Me acerco a preguntarles a las enfermeras, que me confirman que debería regresar a la cama; tampoco es recomendable cansarla. Al volver, el sentimiento de que algo no va bien se agudiza, y me cuesta un esfuerzo terrible contener el temblor de las manos. La convenzo de que subamos a la habitación. Recorremos el mismo camino por el que hemos venido y la recuesto en la cama. Le dejo mis cigarrillos y algo de dinero en la mesilla, sin saber realmente si le servirá de algo.

—Llámame tú también alguna vez, mamá, que no me he muerto…

y tampoco creo que me vaya a morir mañana.

—Vale, te llamaré. Todos los días, ¿te parece?

—Todos los días. Así haré yo también.

Me levanto y la abrazo, invadido por un sentimiento de extrañeza. Me marcho sin mirar atrás. Estoy triste, en el fondo no entiendo nada de lo que ha pasado. Vuelvo a la consulta de las enfermeras y pido hablar con algún medico. La misma señora de antes me acompaña adonde la doctora. Tras unas cuantas preguntas, consigo averiguar que por ahora mi madre no corre peligro, pero que la convalescencia va a ser larga y hay muy pocas posibilidades de que se recupere del todo. Me cuenta lo que pasó: al parecer, le dio el derrame mientras estaba sola en casa y se quedó dos días tirada en el suelo hasta que la encontró un vecino, lo cual agravó bastante su estado. Pero tiene posibilidades de recuperarse. La doctora parece competente y elijo creer en ella. Le doy las gracias y me marcho.

Salgo por el pasillo azul. Me siento desgarrado y apaleado, como si alguien fuera arrancándome pedazos de carne a cada paso que doy. Me duele todo el cuerpo. Se me nubla la vista, se me humedecen los ojos. Me recupero del trance y monto en el coche. Ramza espera inmóvil, con aires de haber decidido permanecer así hasta el día de su muerte. Se limita a comentar, sin mirarme siquiera:

—Tiene que ser muy duro, *drug*.

—Lo es.

Pone el motor en marcha. Salimos por la callejuela de la entrada rumbo hacia un restaurante, tal como habíamos planeado. Me pregunta si conozco algún sitio bueno y lo guío hasta uno del centro. Se nos pasa el tiempo comiendo y charlando, aunque sabemos que tarde o temprano habrá que volver. Al salir, me suena el móvil. Mi hermana.

—¿Sí?

—Buenas. Me comentan que has ido a ver a mamá. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Tampoco creo que hiciera falta.

—Deberías habérmelo dicho y así te pasabas por casa para que nos viéramos.

—No, creo que no era necesario.

—Pero…

Le cuelgo de sopetón. No tengo nada de qué hablar con ella precisamente ahora. Lo intenta de nuevo, pero parece desistir al ver que no contesto.

Ramza asiente con gesto aprobador. Le he explicado por encima lo que hay. Nos ponemos en marcha hacia la clínica, tenemos que estar de vuelta antes de que anochezca.

11

Lo sorprendente es que, el día después, nadie nos pregunta por la excursión a Bucarest. En la clínica existe una costumbre, casi un ritual: cada vez que uno o varios pacientes salen de permiso, al día siguiente se organiza una sesión para analizar lo sucedido en el transcurso del mismo. Todo queda enmarcado en la habitual oposición dentro/fuera, y los pacientes tienen que contar lo que les haya llamado la atención, lo mejor y lo peor que les haya ocurrido mientras han estado en la calle. A veces, por desgracia, vuelven borrachos o drogados, y entonces las cosas se ponen un poco más tensas y se procede a analizar la recaída. Todo en la rehabilitación es análisis. Análisis por todas partes. En los casos de recaída, los pacientes vuelven a empezar de cero. El único castigo es que no pueden salir de la clínica. A algunos se los llega a expulsar de forma temporal o definitiva, pero ocurre muy raramente, y semejante medida solo se aplica en los casos graves de consumo en el domicilio. La mayoría de las veces, vuelven en buenas condiciones y reciben las felicitaciones de turno. A mí personalmente se me hace raro. Raro de narices. Si resulta que el individuo en cuestión ha venido a rehabilitarse con una meta, ha sido capaz de mantenerse alejado del mundo durante un mes y parece que todo marcha bien, ¿a santo de qué tenemos que ir a analizar justo los pocos días —en algunos casos solo uno— que haya pasado en casa? La cosa tendrá sus beneficios, no digo que no… Con el paso del tiempo, descubro asombrado que no solo he empezado a entender cómo funciona la terapia, sino también a implicarme en toda esta historia. Intento cumplir con mis tareas, soy puntual, y hasta ayudo a los compañeros novatos a «hacerse a la terapia», como suele decirse por aquí. No sé si habré conseguido cambiar, ya se lo preguntaré un día de estos a alguno de los psicólogos. De lo que sí estoy seguro es de que me siento distinto, aunque solo el tiempo dirá si me recuperaré del todo, o no. La rehabilitación es cuestión de paciencia.

En realidad, nos hemos librado un día, pero ningún milagro dura para siempre. A la mañana siguiente, Trică nos anuncia a Ramza y a mí que vamos a poder disfrutar de un maravilloso análisis de nuestro permiso en el que participará él también. Me quedo desconcertado. Triste. Con ganas de reír. En caída libre. Como arrancado de cuajo. Sin

aire. Lapidado. Hiperventilando. ¿Por qué tendrán que juntarse todos los santos terapeutas para formar parte del análisis de nuestras serenísimas personas? ¿Acaso hemos hecho algo malo? En fin, se me ocurren unas mil ideas sobre el asunto, pero una de ellas predomina sobre el resto: no voy a poder contener lo que va a ocurrir. La angustiosa espera del cordero antes del sacrificio, ¡oh, trance!

Nos juntamos en el club. Una reunión de gente con un único objetivo: analizar un viaje. Una situación peliaguda para mí. La cara errónea de una moneda falsa. Una farsa, por supuesto.

La sala está llena. Demasiado, diría yo, teniendo en cuenta que sé muy bien de lo que se va a hablar hoy. Hay dos acontecimientos importantes en el orden del día. El primero no se diferencia de lo que suele hacerse en las sesiones habituales: cada semana se elige entre los pacientes a un «jefe de la casa», que debe coordinar las actividades del lugar en la medida de lo posible, una especie de segundo de los terapeutas. Al cabo de esos siete días, durante la sesión, se evalúa su desempeño antes de pedirle que haga lo propio con los demás pacientes, uno a uno. Una rutina, pero en ocasiones la situación se enrarece. Igual no es tan buena idea hacer que los pacientes se evalúen los unos a los otros, pero este tampoco es lugar para juzgarlo. El segundo acontecimiento que se someterá a análisis es la ya célebre escapada a Bucarest. No sé muy bien por qué, pero todo el mundo está alucinado con que hayamos vuelto de una pieza, en todos los sentidos. Tengo ganas de ver qué pasa.

El análisis del jefe de la casa resulta de lo más monótono; han sucedido muchas cosas fuera de lo común durante la semana, y se habla más de ellas que de la iluminada gestión del susodicho. Todo el mundo se muere de curiosidad por saber cómo está el compañero ingresado en el hospital. La conversación gira sobre todo en torno a esa cuestión, así que la famosa ronda de pacientes termina haciéndose a toda prisa y con todos deseando que llegue el descanso.

Volvemos al club. Se nota una ligera tensión en el ambiente, pero no logro identificar de dónde proviene exactamente. No me gusta ser el centro de atención, preferiría estar por ahí rondando y que Ramza cargara con el muerto. Se lo he propuesto, pero se ha negado. Así que cruzo las piernas, apoyo el codo en el muslo, dejo la barbilla reposar sobre la mano y a esperar.

La sesión la abre el doctor con un breve comentario sobre el compañero ingresado, que al parecer se encuentra algo mejor. Me percato de sus esfuerzos por rebajar la tensión. Enseguida, tan de súbito como ha empezado, le cede la palabra a Trică.

—Buenas, chicos. He venido yo también hoy porque me gustaría que analizáramos juntos una salida de la clínica. Sé que es una sorpresa para todos, pero he querido estar aquí especialmente. Resulta

que vuestros dos compañeros fueron juntos a Bucarest a visitar a la madre de uno de ellos y, desde entonces, llevo oyendo todo tipo de murmullos por la casa, así que he venido para poner las cosas en su sitio. No dejo de darle vueltas a una pregunta: ¿Qué os ha llevado a pensar que no iban a regresar en buenas condiciones?

—Ajá —suelto asombrado desde mi rincón—. Así que ese era el problema.

—Déjame terminar, por favor —me corta Trică—. Les voy a pedir a ambos que nos cuenten en un minuto cómo les fue exactamente, y después me gustaría que los demás digáis dónde está el problema.

¿Un enfrentamiento entre el grupo y nosotros? No lo tengo claro. Levanto la vista del suelo tras estudiar largo y tendido el círculo de piernas. Los observo a todos con mucho interés, sinceramente sorprendido esta vez, y suelto sin más preámbulos:

—Fuimos a ver a mi madre. No avisamos más que a quien teníamos que avisar, tampoco es asunto de nadie lo que haga yo o deje de hacer, y cuentas solo tengo que darle a los terapeutas, eso si es que me apetece darlas. Nos acercamos al hospital, estuvimos allí una hora, comimos y nos volvimos. Nada especial.

Ramza tiene la mirada perdida hasta que, con gélida tranquilidad, añade:

—Lo primero es que yo no tengo que dar cuentas a nadie de lo que hago con mi vida. No me esperaba una reacción así por una mísera salida de un día. Llevo cuarenta años dando vueltas por el mundo y aún no me he muerto; tampoco iba a hacerlo ayer. Lo segundo: no me gusta esta historia, y punto. ¿Qué sentido tiene toda esta conversación? Yo no quiero hablar. *Niet*! Simplemente no me da la gana.

Se levanta con la misma calma con que había tomado la palabra y se marcha cerrando la puerta con cuidado a su espalda. Se oyen retumbar sus pasos por el pasillo y enseguida se hace el silencio; el silencio tras el terremoto que ha sacudido toda la sala.

—Ya habéis oído el punto de vista de vuestros compañeros, espero. Ahora que es evidente que las cosas no se han calmado, me gustaría escuchar de boca del grupo de dónde surgió todo esto.

Trică mira en silencio a su alrededor, a la espera de una respuesta colectiva.

—Está claro —reconoce un compañero entrado en años—. No cabe duda de que todo el mundo se ha equivocado. Son cosas que pasan.

—Sí, socio, así es —interviene una voz tenue desde el otro lado de la sala—, pero también habrían podido avisarnos a nosotros de que se marchaban. Se esfumaron así sin más, y todo el mundo se puso a hacer cábalas, para luego enterarnos de que estaban de permiso y que

a los terapeutas les parecía bien. Muy raro.

—Y, además, se ve a la legua —añade alguien— que nos miran por encima del hombro, señal de que no se han integrado en el grupo. Algo va a acabar mal…

—¿En serio? —le pregunto con una sonrisa asesina—. ¿Y cómo es que lo tienes tú todo tan claro?

Lo miro relajado y sereno. Sé que hay algo que no funciona en su cabeza y que tampoco voy a ser yo quien repare hoy los desperfectos.

—Pues porque lo veo a diario —me replica orgulloso—. Os habéis creado vuestro propio grupito y apenas saludáis. No está bien eso cuando sigues una terapia.

—Claaaro… lo dicen las normas que has escrito tú esta mañana tomándote el café.

—¿Ves? Eso mismo estás haciendo ahora, tomarme el pelo.

Nos interrumpe Trică:

—Tampoco es cuestión de que os peleéis. Vamos a escuchar otras opiniones.

—El tema —plantea un compañero con firmeza— es que aquí el compañero nunca, pero que nunca nunca desde que yo llegué, ha estado dispuesto a hablar en grupo de sus propios problemas. Cuando viene el momento, se pone en plan esfinge. Es cierto que nos ha ayudado a muchos, y reparte muy buenos consejos, tanto que a veces me asusta pensar de dónde los saca, pero en general sobre su vida ni mu, y eso no le sienta bien a nadie. Creo que de ahí viene toda esta historia.

—Ahí le has dado —aprueba alguien—. Simplemente nos gustaría saber quién eres.

—Anda —salta Titu desde un lateral—, ¿por qué no os ocupáis de rehabilitaros vosotros? ¡Que para eso habéis venido! No hacéis más que estar sentados en los bancos como las viejas y cotillear por las esquinas. Yo lo que creo es que tenéis poco que hacer, ese el problema. Y pensáis más de la cuenta, ¡qué queréis que os diga! Se marcha un tío de aquí sin avisar y, ¡sorpresa!, ya se ha ido a beber. Un razonamiento cojonudo. ¿Queréis que os cuente el chiste de los elefantes rosas? Porque va por la misma línea…

Interviene el doctor dirigiéndose a mí directamente. Tiene la costumbre de tomar la palabra sin previo aviso y, según he podido observar, justo en el momento oportuno:

—Por lo que veo, a tus compañeros les molesta que no hables de ti. Como bien sabes, aquí tenemos un ejercicio terapéutico que se llama «La historia de tu vida». ¿Qué dices? ¿Te gustaría probar?

—No.

—¿Y por qué no? Si se puede saber…

—Pues porque no tengo nada importante que decir y porque he venido aquí para resolver un problema, no para contar mi vida delante de un grupo de gente. No me veo capaz de hacer algo así.

—Debes entender que la comunicación también desempeña su función dentro del tratamiento. ¿Unas palabritas por lo menos?

Lo miro con el ceño fruncido. No tengo ninguna gana, pero intuyo que es la única manera de liberar la tensión del grupo. Entiendo lo que pretende.

—Vale. Voy a contar un par de cosas, pero me pararé donde yo vea, y no quiero más preguntas. ¿Está bien así?

—Ya habéis oído las normas, ¿no? —se asegura Trică, subrayando cada una de sus palabras.

—Muy bien. Pues vine a terapia porque me había pasado con el tema del consumo, pero eso es lo mismo que habéis hecho todos. Si no hablo mucho de mí mismo es porque tengo muy claro que lo que yo pueda decir no le interesa a nadie. Todos vosotros tenéis familia, trabajo, propiedades, etc. Yo soy el único que no se ha dejado la vida en esas cosas. Ahora mismo, lo que tengo es una madre gravemente enferma, y con el resto de la familia casi ni me hablo. Trabajo no tengo, ni ninguna relación, ni siquiera carné de identidad. Para ser sincero, no tengo ni casa. Así que no sé dónde iré cuando me marche de aquí. Casi todas las sesiones giran en torno a esas cosas, y por lo que he entendido, la terapia se centra en las relaciones y en retomar la vida allí donde la dejamos, solo que sin consumo. Al no tener una vida como las vuestras, prefiero callarme lo mío y hablar de temas menos personales. No tengo nada que contar, esa es la historia. ¿De verdad queréis que hablemos de nada? ¿Acaso es ese vuestro objetivo aquí, hablar de cosas que no existen? No lo creo. Y ya está, he terminado.

—¿Y por qué no has dicho todo eso hasta ahora? Tampoco era tan difícil…

Leo sinceridad en los ojos del compañero que hace la pregunta. El hombre no tiene ninguna intención de atacarme.

—Porque no he querido —me limito a contestar—. Igual por vergüenza.

Cosa sin precedente: el doctor se levanta de su asiento con el móvil en la mano y abandona la sala. Se hace un silencio pesado y amargo, seguramente todo el mundo se siente mal por lo que se ha comentado durante la sesión.

Sale también Trică y todos nos quedamos callados, preguntándonos con la mirada lo que habrá ocurrido. Ambos regresan, pero sus rostros no dejan adivinar nada.

—Bueno —retoma el doctor—, os pido disculpas por haberme ido sin avisar, pero se trataba de una llamada importante. A veces la vida

nos da sorpresas, y esta era una de ellas. Vuestro compañero, ingresado unos días atrás… ha muerto hace una hora. A pesar de que las cosas tenían pinta de ir por buen camino y de que el chico parecía estable, repitió el intento en el baño del hospital, y esta vez lo consiguió. Muy triste. Me marcho ahora mismo a hablar con su familia.

Sale apresurado sin despedirse siquiera.

Trică tiene el rostro inexpresivo y la mirada fija en un punto imaginario del jardín. No dice nada. El resto nos hemos quedado petrificados. Nadie se esperaba algo así. Una única voz en toda la sala expresa en alto los pensamientos de todos:

—¡Pero cómo coño se va a haber muerto, colega!

Abandono el club, ya no tengo nada que hacer allí. Me siento en el banco de la parte trasera, enciendo un cigarrillo y dejo la mirada perdida. Nunca hubiera imaginado que fuera posible llegar a esos extremos, que la terapia pudiera dar lugar a algo así. Me esfuerzo por entender lo que se le debe de haber pasado por la cabeza al chico ese, lo que lo ha empujado a cometer semejante barbaridad. Me resulta imposible indentificarme con él, lo más seguro es que algo tenga que ver con la locura. La enajenación en su forma más pura, cuando llega a tomar por completo el control sobre la razón. Claro que todo el tiempo muere gente y que las personas adictas están mucho más expuestas a ello, pero no me esperaba una cosa así. Mis compañeros van saliendo uno a uno y la terraza se llena enseguida, así que opto por marcharme a la habitación. No tengo ganas de compañía ahora mismo. A nadie le da por sacar el *backgammon* justo después de la reunión.

Ya en la habitación, decido escribir unas líneas. Abro el archivo y me pongo a ello. Así me olvido de todo.

(«Sobre errores y reuniones»)

Una buena mañana, una mañana como otra cualquiera, Para se apeó de su coche antiguo y oxidado delante de la clínica, tan orgulloso como siempre. Un jovenzuelo de unos treinta años, rechoncho, de perfil griego, bobalicón, desagradable, molesto, horrendo. En ocasiones resaltaban demasiado sus protuberantes ojos de sapo, ojos de ahorcado. Un gabán a la última, una bolsa que se intuía vacía, el móvil y las llaves del coche siempre en la mano. Apresurado, pues llegaba tarde. Para variar.

—Buenos días, señores, ¿cómo están? —soltó radiante hacia los escasos pacientes del porche antes de irrumpir, sin esperar respuesta, en la cocina, a mitad de su precipitado camino hacia la última planta—. Buenos días, ¿podrían preparame un café? Estaré

arriba, ¿vale?

Tras su paso por los inmundos espacios de preparación de la pitanza, el director subió las escaleras a la carrera rumbo a su despacho, en realidad, un cuchitril que bien podría calificarse de escobero. Lo detuvo un paciente en las escaleras, pero declinó educadamente la conversación so pretexto de ineludibles ocupaciones. Abrió con ademán tembloroso la puerta del despacho-escobero, se cambió de ropa con parsimonia, se sentó en su silla, encendió el ordenador y se quedó absorto con la cabeza apoyada en las manos cruzadas sobre el escritorio. Permaneció de esa guisa unos cinco minutos, embebido en una profunda meditación sobre la puerta del automóvil, que había vuelto a estropearse; hasta que lo interrumpieron.

(*Un tímido golpe en la puerta y, poco después, un segundo.*)

(*El director, inmerso en el paralogismo de los insultos dirigidos a los mecánicos que acaban con su dinero y también con su paciencia, no esbozó gesto alguno.*)

(*Más golpes en la puerta, tan tímidos como los anteriores.*)

(*Del otro lado pudo escucharse el silencio durante otros cuantos segundos, hasta que:*)

—¿Síii?

—Señor Para, usted disculpe, le he traído el café. ¿Cuándo quiere que toque a reunión?

—Esto… Aún tengo algunas cosas que hacer —dijo agarrando a toda prisa un papel de encima del escritorio con la mano hasta entonces ocupada en sostener su propia inteligencia—. Cinco minutos, ¿vale?

—Vale, muchas gracias —respondió Ra, el infeliz interlocutor jefe de la casa.

Para arrojó la no menos infeliz hoja de papel a una esquina del escritorio y retomó su transcendentalísima meditación, que concluyó con un «¡La pu-ta ma-dre que pa-rió al pu-to me-cá-ni-co de los co-jo-nes!». Desde el pasillo llegó, como si de una llamada al juicio final se tratara, el estridente tintineo de la que probablemente fuera la campana más horrorosa (tampoco se podía llamar campanilla a un armatoste de unos quince centímetros) de la historia de la humanidad tal como la conocemos.

—Me voy a cagar en mi puta vida —se quejó disgustado antes de arrellanarse en la silla, esta vez decidido a dejar la mirada perdida hasta que se le nublaran los ojos y poder así, por motivos de súbita ceguera, posponer su única obligación del día.

Terminó por levantarse al final, final que no era otro que el del tiempo de no hacer nada; se adecentó, sacudió una pelusa

imaginaria de sus vaqueros desgastados y salió del despacho cerrando la puerta a doble vuelta. Tenía allí su bolsa y el dinero ganado con el sudor de su frente. También, claro está, los datos confidenciales de los más de mil pacientes que habían pasado por sus manos, las mismas que ahora hacían girar la llave en la cerradura. Bajó los tres tramos de escaleras que le habían dado una calurosa bienvenida, lo cual no le impedía ahora martillearlos con su paso acompasado.

Llegó a la primera planta, abrió la puerta, examinó su mano y se la limpió en el pantalón tras haber tocado el picaporte. Por fin, entró, súbitamente animado.

—Buenos días, caballeros —saludó en tono jovial, sin sombra alguna en un rostro que era todo sonrisa.

—Buenos días —vino a modo de respuesta desde varios rincones de la sala.

Algunos incluso se habían puesto en pie. Era una sala ya descrita anteriormente bajo el nombre de club, entre otras denominaciones, y en la que ya hacía tiempo que ningún paciente se sacudía los problemas como un perro mojado se sacude al agua, así que se podía respirar. Al no pasar de doce el número de pacientes, el conjunto de veintitantas sillas estaba medio vacío, por lo que en la sacrosanta sesión había trece invitados —quince si le sumamos al Jesús del crucifijo y al Rasputín de la litografía.

—¿Dónde están vuestros compañeros? —quiso saber Para, dirigiéndose a todos y a nadie al mismo tiempo mientras se acomodaba en la silla situada justo bajo la imagen crucificada de Nuestro Señor y el de otros.

—Ahora vendrán, igual aún tienen cosas que hacer —aventuró el Sabelotodo con medio rostro parapetado tras la palma de su mano derecha, farfullando las palabras con aquel sentimiento de superioridad que no lo abandonaba nunca, pero que a menudo echaba en falta en las situaciones más sustanciales.

Pasaron unos minutos. El reloj marcaba las diez y doce, y los pacientes comenzaban a acudir poco a poco. Como si de su propio entierro se tratara, llegaban y arrastraban sus respectivas sillas hasta un círculo imaginario situado en el centro de la sala.

—Caballeros, por favor, tratemos de colocar las sillas de una forma lo más parecida a un círculo…

—Exacto, aquí lo que hay es un problema de cuadratura —advirtió C1 desde el otro lado de la estancia, sentado simbólicamente junto a la puerta, como dispuesto a marcharse en cualquier momento—. Perdónalos, Señor, no saben sentarse como es debido…

—Eso… —musitó el director mientras enumeraba para sí la ristra de santos que habían tenido a bien encasquetarle al graciosillo aquel, una enumeración no muy reverenciosa, como es lógico—. Caballeros, tenemos un compañero nuevo. Ya conoce usted la costumbre, así que le pido por favor que se presente.

El paciente nuevo, un tipo tirando a joven, se presentó a toda prisa y terminó diciendo que ya había estado en la clínica.

A partir de aquí, nos permitimos reproducir las réplicas que, con impecable lógica, fueron sucediéndose durante la sesión, con el fin de ofrecer una ilustración lo más ajustada y útil posible del concepto de grupo y de lo que de él puede derivarse.

S: El consumo lo retomé por puro cansancio y, no sé, tal vez también… O sea, porque estaba más feliz de lo normal…

Para (interrumpiéndolo de golpe): La recaída va apareciendo poco a poco, es decir, que prácticamente uno no se da ni cuenta… —él se refería a ella como «la muy cabrona», «la insinuante», «la meticona», aunque nosotros la llamaríamos más bien «la mala perra».

S: El caso es que era consciente de que ya no me acordaba del grupo ni de lo que había sido esto. Vamos, que no pensaba en ello. Y este ha sido el resultado.

M: ¿Qué cantidades consumías?

S: Empecé con una cerveza…

M: ¿Y dejaste de ir al trabajo?

S: Al principio pedí una baja por enfermedad…

M: ¿Tus compañeros están al tanto?

S: Sí.

M: ¿Son también compañeros de borrachera?

S: No, yo el alcohol lo compraba para llevar. Bebía y hacía mis cosas.

Para: Vaya, vaya… así que el consumo de alcohol surge aun habiendo hecho terapia, y aun teniendo un trabajo… Mira tú por dónde… ¿Y con qué intención ha venido usted aquí? Sé que igual le estoy pidiendo mucho por hoy…

M: Qué va, si tampoco se encuentra mal ya, ha estado ingresado.

S: Estuve diez días en el hospital y luego otro par en casa sin beber…

M (lo interrumpe de forma intempestiva): ¿Y bebiste después?

S: Eso es.

P: Yo, cuando quiero beber, me lo pienso…

Para: Me gustaría continuar con la idea del señor P. ¿Pidió usted ayuda al tomarse la primera cerveza sin alcohol?

P: ¿Puedo añadir algo? Me gustaría poner un ejemplo; bueno, en realidad, no es un ejemplo…

Para: Cuando aparece la recaída, lo hace siguiendo el modelo denominado bola de nieve, en el que las ideas se van superponiendo unas a otras. (Adoptando de repente una expresión de illuminatus*). Quisiera contarle un cuento popular: A un indio le dan un cántaro lleno de harina. Piensa: «Tengo este cántaro, y si lo vendo, me dan dos cabras, que en un año serán tres; las vendo, me compro una vaca, luego otra, más adelante una yegua y un semental, después una manada entera… (En tono patético, soñador, profético). Tantos caballos, tantas vacas… Luego tendré un bebé, y mi esposa no conocerá la miseria; pasará un día por el pueblo el hijo de un brahmán, y al ver lo rico que soy, me dará la mano de la más hermosa de sus hijas, y seré dueño de dos caballadas y de una casa en lo alto de la colina… Viviré como un hombre entre los hombres, y mi hijito correteará rodeado de crines. Tendré que gritarle a mi esposa que lo saqué de allí. (En tono guerrero,* in crescendo*). Le daré una cachetadaaa así en el culooo…». (Grita). ¡Y catapún! Golpeó el cántaro de harina. Cuando está solo, el ser humano se llena la cabeza de ideas y ve la vida de color de rosa. El cuento viene a decir que uno solo no puede hacer las cosas. Si el indio hubiera tenido a alguien con quien hablar, lo más seguro es que hubiera llevado sus ideas a la práctica. (Con aire marcial). ¿Qué piensa usted, caballero? ¿Le suena ese indio?*

S: No.

Para: Cuéntenos algo que se torciera al marcharse de aquí.

S: Nada.

C1: ¿Y alguna cosa buena?

S: Sí, de esas hay muchas. Reformé el piso, ayudé a mis suegros…

Para: Y, aun así, ¿qué es lo que no funcionó en todos esos cambios? Ya conoce el dicho: cuidado con lo que deseas, no vaya a ser que se cumpla…

S: Así es.

Para: Cuidado con lo que deseas, no vaya a ser que se cumpla. (Con ademán retórico). ¡¿Qué es lo que no funcionó?!

S: Quizá era demasiado y no conseguí gestionar la situación.

Para: Usted pretende darle un sentido a una serie de logros que ha conseguido hasta ahora…

C1: Son las once y diez, y mis riñones ya no pueden más. ¿Un tiempo muerto?

Se pusieron todos en pie como colegiales al terminar la clase y abandonaron la sala de reuniones con la actitud de un perro que acaba de sacudirse la humedad. Para se quedó a explicarles a un par de pacientes que en realidad ellos no aconsejaban los ingresos repetidos, aunque siempre estaban las excepciones, etc.

Para: Vamos con lo del jefe de casa.

Ra: Eso, eso.

Para: ¿Cómo ha sido la experiencia?

Ra: Para mí personalmente, buena. La responsabilidad es muy importante. A estas alturas de la vida, muchos de nosotros ya… En fin, muchas gracias a los compañeros.

Para: ¿Cómo se han portado?

Ra: Normal. Tal cual eran antes.

Para: Ve uno por uno.

C1: Unas palabras…

Ra: Vale. No es la primera vez, ya he tenido responsabilidades en otros momentos de mi vida. T., un chico tranquilo, trabajador.

Para: Disculpa, pero le hablamos directamente a la persona.

Ra: T., te veo bien, no creo que pienses tonterías ni aberraciones. Se te ve bien contigo mismo.

M: Un poco paranoico por momentos…

Ra: ¡Qué va!

T: Poeee… nose qué décerte… (Los integrantes del grupo intercambian miradas discretas y sonrisas a hurtadillas. T. es el único paciente de origen húngaro, y su pronunciación, así como la totalidad de su discurso en rumano, están fuertemente marcados por la sintaxis y la entonación de su lengua materna.) Tanta ver péleculas sóbreste temo e tódavea quédate corpo páotramas.

C: ¿La misma película?

T: Eee, áparte deso, foeste résponsable e cóedaste moe ben la rébaño.

Ra: M, normal. Luego, en la mesa, cada cual con su estómago. Así es. Hoy te has crecido un poco. Es que aquí el amigo se crece… Antes de la reunión te has dado un poquito al metal.

M: Eres un tío serio y no te las das de nada. Yo siempre me he sentido a gusto hablando contigo, y punto.

Ra: C, muchacho, no vayas a creer… igual te has pensado que tengo yo algo contra ti. Te gusta mucho ser el ombligo del mundo, meterte en todo. Lo digo yo, pero también los demás. Vas por ahí

juzgando a la gente… es tu manera de ser. En fin, era solo un paréntesis. En definitiva, que no tengo nada contra ti.

C: (De improviso, con la mandíbula apoyada en la mano derecha y la gorra calada hasta los ojos, mientras observa un punto imaginario que bien podría ser, llegado el caso, el centro geométrico de la alfombra). Anda, deja de repetirte. ¡Ah! Y una cosa que aprendí de niño es a meterme en todo. Aunque dicen que uno no debe meterse donde no lo llaman… ¿o era al contrario? ¡Que también se puede dar puntada sin hilo!

Ra: El señor A, o el Lavalotodo, no sé ni cómo llamarlo. Como le demos vía libre, le da usted lustre hasta a las sombrillas del jardín. Comunicativo, sí, y no se mete donde no lo llaman, no saca de quicio…

A: Gracias. Tacto, tranquilidad, sentido común.

Ra: C2, no te enfadas…

C2: C3, el veterano del lugar, por así decirlo, un subalterno…

Ra: Ahí está el secreto, en hacer aquello que no te ves capaz de hacer. Está bien. Es importante moverse. Tranquilo y comunicativo.

C2: Ha cumplido con su deber como jefe, encontró la botella de alcohol etílico. Como persona, le deseo que Dios lo ayude a conseguir lo que se ha propuesto.

Para: Opinión. ¿Qué os parece el nuevo jefe?

C2: Aún no me he formado una opinión.

Ra: C1 lleva escribiendo desde el amanecer. El cerebro del grupo. No he tenido ningún problema con él durante mi mandato… somos colegas.

C1: (Silencio. Hace un gesto con la mano izquierda para dar a entender que pasen al siguiente y levanta el pulgar de la misma en señal de que todo está bien).

Ra: P, me permito tutearte. Un tipo inteligente, se puede hablar con él, me explicó lo que significaba el voto uninominal, algo que hasta entonces desconocía. Nada que objetar, sentido común no te falta.

P: Me gusta que hayas asumido tu responsabilidad. Cuando has asumido algo, lo has cumplido. Eres ordenado y civilizado. Yo espero que consigas lo que te has propuesto y que te quedes hasta que te sientas preparado.

Ra: M, pones la tele muy alta…

M: Pues para que se oiga.

C1: Bienaventurados los duros de oído…

Ra: Sí. Mal que bien, cumples con lo tuyo, no te escaqueas, eres trabajador, no discutes, no se pelea nadie contigo, así que adelante. Tengo la sensación de que, si no bebieras, serías el hombre ideal.

C1: ¿Para ti?

C2: Ese es su defecto…

Ra: Será que lo ves tú así, pero un defecto no es… El señor I, mi adversario al backgammon*… me alegro de que hayas conseguido construirte tu propia opinión. Podrías habérmelo dicho y hablábamos sin problema.*

Señor I: Como jefe, mi más sincera enhorabuena. No ha sido impulsivo ni duro con los compañeros. Yo propongo que siga una semana más. Ya sabes muy bien que es mejor contenerte antes que dejar que la lengua te traicione.

Ra: Muchas gracias. Propongo como nuevo jefe de casa a C2.

Salgo de la habitación aún pensando en lo que he escrito. No dejo de preguntarme si llegará algún día a publicarse, si lo que hago tiene algún sentido. De momento bien está ocupar el tiempo con algo, así que igual continúo. El problema viene con los nombres, y no creo que sea capaz de resolverlo nunca. Está claro que no puedo incluir en la novela los nombres reales de sus protagonistas, pero lo de las letras y los motes queda rarísimo, voy a necesitar otra cosa.

En la clínica reina el silencio, un silencio extraño para la hora que es. Las cinco de la tarde y ni una risa; las fichas se han quedado mudas en sus tableros, la televisión, apagada, y hasta el propio tiempo parece haberse detenido a contemplar lo que da de sí la jornada. Me encuentro a Ramza sentado a la sombra en el césped. Lleva un cigarrillo en la mano y, cosa rara, no está hablando por teléfono.

—Tú también te has enterado.

—Sí.

—Qué triste.

—Ya.

—Y en la reunión, todos estos de uñas conmigo por no haberles contado mi vida.

—Como si no tuvieran otra cosa que hacer, *drug*…

Guardamos silencio, no hay nada más que decir. Con el tiempo, hemos tejido una especie de amistad que tampoco requiere demasiadas palabras. Y lo cierto es que suceden tan pocas cosas a nuestro alrededor que de nada sirve hablar de más.

Se pone el sol.

Un apacible atardecer de otoño.

12

Estoy cansado.
Quiero otra cosa.
Nada me parece suficiente.
Nada me llena.
No hay respuestas.
No hay ni siquiera preguntas.
No hay pasado.
No hay presente.
No hay futuro.
No sé qué hacer con mi vida.

Llevo aquí casi dos meses. He escrito esas líneas esta mañana en un folio y me he quedado mirándolas para intentar desentrañar lo que quieren decir. Las palabras en sí dependen de las posibilidades de la expresión, pero tras ellas se esconden los significados. Cuantas menos empleamos para formular una idea, más nos acercamos al significado real que se oculta tras ellas. Total, que tengo una decena de líneas y poco más. Por mucho que yo haya podido cambiar, el mundo que me rodea sigue igual. No creo que esas diez líneas vayan a ejercer demasiada influencia sobre él, pero sobre mí sí lo hacen.

Lo que entiendo yo de esas líneas es que algo debo hacer. La abstinencia no parece tener mucho valor en sí misma, solo es una situación como cualquier otra. Puedo abstenerme hasta el infinito, pero como no intente construir algo, no habré solucionado gran cosa. ¿De qué me sirve no consumir, si básicamente lo que hago es vivir aislado en una clínica de rehabilitación sin contacto con el mundo exterior?

¿Irme al monte? ¿Tratar de construir algo allí, lo que sea? Al fin y al cabo, es la única solución real que tengo, el resto son solo sueños. Y ni siquiera sueños, porque no me atrevo a pensar en nada.

¿Ponerme acaso a traducir un libro? Sería un buen principio, el problema es que no me aportaría ningún resultado inmediato desde el punto de vista económico. Ya he pasado por ahí: se tarda mucho en cobrar, cerca de seis meses; así que solo es buena solución si lo que

quiero es matar el tiempo con algo.

Retomo la pregunta anterior. La conclusión es preocupante: en realidad no estoy planteando la cuestión como es debido, y, de hecho, mi principal problema no es la adicción. En algún punto, entre los millones de probabilidades y permutaciones que forman mi pasado, tuvo que deslizarse un error. Dicho error, de proporciones ínfimas, claro está, provocó una cadena causal que con el tiempo fue creciendo hasta adoptar las dimensiones incalculables que tiene ahora; incalculables no porque me esté ocurriendo algo grandioso y dificilísimo de explicar, sino precisamente por el número tan limitado de factores que componen el problema, un número cercano a cero. ¿Tratar de encontrar el error? Cuestión de psicoanálisis, por supuesto, pero no me apetece. Y el problema es que, aunque lo descubriera, tampoco podría hacer nada. El psicoanálisis no afectaría a la cadena causal, y menos aún al presente, al conjunto de palabras y cosas que conforman mi situación actual. Así que la solución no pasa por ahí, sería una pérdida de tiempo, y no merece la pena. La solución reside en una construcción nuevecita, un flamante conjunto de factores que, reunidos, le den forma a una vida humana.

Me canso solo de pensarlo. Uno de los libros fundamentales de mis años de estudiante giraba en torno a la famosa pregunta: «¿Por qué existe el ser en lugar de la nada?». Leí esas palabras una y otra vez, y también la demostración que venía después, todo muy bonito. En mi situación actual, la pregunta persiste, pero más importante es su reverso: «¿Por qué no existe el ser y sí la nada?». Ahí está la herida.

Así que me enfrento a preguntas, a preguntas-cero sobre todo, porque las respuestas que piden son casi imposibles. Quizá debería construirlas con sencillez, elemento a elemento, siguiendo el modelo de la naturaleza.

Opto por jugar al *backgammon*, a las cartas, al *rummy* y a cualquier otro juego disponible hasta que se me ocurra alguna idea. El acontecimiento de la semana pasada parece haber motivado a la gente: todo está en calma, y en sus rostros se lee una seriedad casi ajena al lugar. Me doy cuenta de que el valor de la vida solo llega a comprenderse en presencia de su contrario. Incluso se oyen cada vez menos berridos telefónicos. Resulta tan extraño observar a esta gente, hasta hace poco siempre empeñada en llevar la razón en esto o en lo de más allá, hablar tranquilamente y hacer planes de futuro… Puede sonar siniestro, pero me da que lo ocurrido ha ejercido un efecto positivo en mis compañeros. Debe de ser uno de los pocos casos en los que la adicción mata de verdad y al mismo tiempo construye algo nuevo. Digo yo.

Tengo pensado llamar a casa —lo que quiera que eso signifique— y empezar a construir algún plan de futuro, aunque solo sea un

intento, y los contornos sean aún amplios y difusos. Tengo que hacer acopio de valor, los últimos acontecimientos no han sido precisamente alentadores. En primer lugar, debería esbozar un plan de futuro plausible. Nada fácil. En realidad, todo depende del dinero, y como empecemos por ahí, mal vamos… Dinero no tengo, y esa herida duele aún más.

Entre dos partidas de *backgammon* y una de *whist*, decido aprovechar para hablar del tema con uno de los psicólogos. Se lo he comentado a Ramza, que se ha encogido de hombros y me ha animado a intentarlo. No parecía muy convencido de que fuera una buena idea, él sabrá por qué. Últimamente lo noto cada vez más callado. ¿Será porque le toca marcharse y, como todos los de por aquí, no sabe lo que pasará después? Es posible. No se ha acercado a contarme nada. La mayor parte del tiempo lo pasa solo, no debe de tener ganas de cháchara. Respetaré su silencio. Yo tampoco le haré preguntas.

Ha aparecido un nuevo personaje, un individuo de unos cuarenta años, alto y robusto, aunque muy ágil para su tamaño. Un tipo jovial y lleno de vida, con un eterno rubor en las mejillas, distinto en cierto modo a todos los demás. Desprende una enorme confianza en sí mismo que roza lo sospechoso. Se ha presentado con el mote de su época de estudiante, tan divertido como él: Oruga. Ha estado casado y tiene una hija. Se divorció por motivos de incompatibilidad manifiesta, según dice. La niña se quedó con su madre, y eso lo reconcome por dentro. Ahora está viviendo con alguien y parece que todo le marcha bien. El caso es que tenía una pauta de consumo intermitente: se pegaba dos o tres días bebiendo y luego ya no volvía a probar una sola gota durante un par de meses. Pasado ese tiempo, vuelta a empezar. Las borracheras se las pasaba él solo en el coche, sin dar noticias en casa. La gente se tiraba días buscándolo, aunque al final acababa volviendo por propia iniciativa, arrepentido. Aquello duró una temporada, seguramente hasta que su novia lo obligó a elegir entre la bebida y ella. De momento ha elegido comprometerse a empezar la rehabilitación, quiere descubrir de qué va esta historia. Parece tener ganas de hablar de cualquier asunto, como todo el mundo; aunque tal vez lo que lo que de verdad lo distinga de los demás sea un don para la comunicación difícil de igualar. Al final me entero de que se dedicaba a las ventas, de ahí tanto talento para la oratoria. Misterio resuelto.

La cosa empieza bien entre nosotros. Le apasionan los juegos, y parece dispuesto a lo que sea con tal de no quedarse sin hacer nada. Me divierte lo maniático que es. Lo coloca todo en un orden muy curioso que solo él comprende y, como alguien mueva algo, se enfada y lo vuelve a poner en su sitio. En fin, cada cual con sus manías. Lo importante es que, ante el silencio casi permanente de Ramza, al

menos tengo a alguien con quien charlar. Y eso, al margen de lo que pueda dar de sí el parloteo habitual, no es poco decir en un centro de rehabilitación. Sobre todo desde que Titu se ha marchado a casa.

He decidido, pues, hablar con un psicólogo sobre mis planes de futuro o, mejor dicho, sobre la falta de ellos. Una conversación estereotipada, imagino, pero tampoco es que me quede otra. Sé muy bien dónde está la solución, y aun así opto por pedirle consejo a alguien. Por variar, tal vez, o acaso porque conozco desde ya la respuesta a mis preguntas y lo único que necesito es una confirmación. La cuestión es que tengo un mal presentimiento y pienso que una charla con un extraño podría aclarar un poco las cosas. Ahora solo me queda elegir al extraño en cuestión, tarea nada fácil. Esta vez se trata de asuntos serios, no de generalidades relacionadas con el consumo. Se trata de la vida, y me topo con el mismo problema de siempre: no consigo abrirle mi corazón a nadie; y como la persona de turno sea un psicólogo, aún peor, la gente contratada para repartir consejos no me inspira ni pizca de confianza. Nada. En mi caso, la desconfianza tampoco supone ninguna novedad; es más, se trata de un sentimiento tan antiguo que ni siquiera sabría rastrearlo. Es como el número de pie o la forma de ponerse un jersey: no hay nada más familiar y, al mismo tiempo, más ajeno a uno mismo.

Subo hasta la así llamada biblioteca, enfilo el pasillo y doy unos tímidos golpes en la puerta. Me llega una especie de respuesta desprovista de palabras. Entro.

—Buenas. ¿Tienes un momento?

—Estoy terminando con el señor. ¿Me das, por favor, diez minutos? No tardo.

—Vale, estoy en el pasillo.

Me arrellano en un sillón, agarro una revista de la mesita, coloco una pierna encima de la otra, cambio de pierna. Mucho mejor así. Enciendo un cigarrillo. Café no tengo, pero seguro que sobrevivo.

Una misma idea me ronda la cabeza desde hace ya unos cuantos días. Lo he dejado, sí, y todo pinta bien, pero ¿qué pasaría si volviera a probarlo? Al menos una vez, para luego no decir que no me acuerdo ni de lo que era. Una ronda salvaje por ahí y después ya puedo dejarlo tranquilo; esta vez sería yo mismo quien decidiera ponerle punto final, no los demás. Llevo dos meses con la impresión de que me han obligado a hacerlo, de que no ha sido una decisión del todo mía, de haberme convertido en una especie de peón en un juego mucho más grande de lo que pueda llegar a imaginar. Me siento muy inferior a la suma de mis partes, y no resulta agradable. Una más de las diez mil sensaciones desagradables que tengo a diario, pero acaso la más estable. Sí, ahí está la herida, de hecho. Es una guerra contra la inestabilidad que llevo mucho tiempo librando —tal vez desde antes

de nacer, desde la época en que ya estaba muerto—; la guerra que ha determinado el curso de mi vida, y por ella hay que empezar si quiero que todo cobre sentido al final. El problema es que no soy para nada capaz de imaginarme una vida estable. Formo parte de ese pequeño grupo de personas que al leer una novela se sorprenden de las cosas más simples, como pueden ser el vivir en familia o el hecho de tener algo preestablecido en la vida, un trabajo o, ¿qué sé yo?, una propiedad cualquiera. Entender, entiendo perfectamente la situación, pero no consigo identificarme con los personajes. Por eso para mí la literatura es un universo extraterrestre, tan extraño que he empezado a identificarme con él a falta de otra cosa. Al igual que ahora mismo, mi realidad es por lo general una fantasía totalmente indemostrable mediante hechos reales. Mis planes son fantasmas, y los logros no termino de comprenderlos: siento que cualquiera de ellos pertenece a otro sistema de valores, un sistema que no guarda relación alguna conmigo.

Me interrumpe una cabeza que asoma por el pasillo.

—Ya está, puedes pasar, he terminado.

Observo la silueta que baja las escaleras. Prefiero no saber quién es. Me levanto, me aliso una arruga imaginaria en la camiseta (tiro de la tela con ambas manos igual que hacen los niños, sorprendido de que no se desvanezca como por arte de magia), entro en la consulta como quien sube al cadalso. Se avecina un mal trago.

—Buenas. Pues tú dirás… ¿qué te trae por aquí?

—Poca cosa.

—Siempre has rechazado mis invitaciones, pero estaba convencido de que al final conseguiríamos sentarnos a hablar.

No es la primera vez que se me convoca a esta consulta, la llamada a confesión, como dicen por aquí en tono de broma, pero siempre me he negado en rotundo a acudir.

—Ya sabes que no soy mucho de hablar con los demás. Prefiero quedarme callado e intentar aprender de lo que veo.

—Tampoco es mala solución. En cualquier caso, ¿qué te trae por aquí? Bueno, antes de nada, ¿cómo va la rehabilitación? ¿Cómo te encuentras?

—No me encuentro de ninguna manera. Igual un poco desconcertado, pero por lo demás no consigo construir nada. Sea como sea, el desconcierto es lo único que puedo describir.

—¿Desconcertado por qué?

—Desconcertado… Quizá diría más bien sorprendido. Nada cambia, todo sigue igual, y al mismo tiempo con un aire distinto; aunque eso tampoco significa que haya cambiado nada.

—¿No?

—No. Lo que pasa es que lo veo todo como desde el fondo del abismo.

—¿Podrías ser más concreto?

—Pues, así brevemente… Por mucho que haya venido aquí, no he avanzado ni un milímetro en eso que llaman la vida. Estoy exactamente igual que hace dos meses, lo único que sobrio. Y eso me cabrea. Lo que pasa es que prefiero encarar la cuestión con indiferencia, por lo menos de puertas afuera. Cabrearme tampoco me aporta mucho, y dedicarme a vomitarlo todo sería una auténtica ridiculez. ¿Para qué voy a ponerme a gritar como un descosido, si el único culpable de todo soy yo?

—Exacto. A esa sensación la llamamos «tolerancia a la frustración», y es un paso adelante en el proceso de rehabilitación.

—Nunca te acostarás sin haber aprendido algo nuevo.

—Te podrás poner todo lo irónico que quieras, pero es así. Cuanto mejor aprendas a controlar tus frustraciones, más capaz serás de ir completando la rehabilitación.

—¿Sí?

—Sí.

—Fenomenal. Vamos a dejarlo, por favor, que no me siento bien cuando pienso en esas cosas.

Me callo. Se calla. Miro por el ventanuco de la consulta: con lo pequeño que es y aun así deja entrar la suficiente luz. Echo un vistazo a mi alrededor y compruebo que no hay ninguna bombilla encendida. Qué raro. Me fijo en las cigüeñas del ayuntamiento mientras pienso si saco a colación o no el problema que me ha traído hasta aquí: he perdido la valentía de enfrentarme a mi propia vergüenza.

—Mira… —me armo de valor, para eso he venido—. Llevo ya unos dos meses aquí y siento que no construyo nada. Hubo una temporada en que notaba que las cosas iban a mejor, no me preguntes cómo, pero ahora estoy bloqueado.

—¿Bloqueado?

—Sí. Le he estado dando vueltas, muchas vueltas. Por resumir, las cosas están así: lo he dejado y he empezado la rehabilitación; hasta ese punto yo creo que bien. Pero la cuestión es que la historia no acaba ahí. Resulta que me tiro todo el santo día oyendo a mi alrededor que si fulanito se marcha para casa, que si menganito vuelve al trabajo… vamos, que retoma algo que ya existe. Y ese es el problema precisamente, que yo no tengo nada que se parezca a un hogar, ni un trabajo; por no tener, no tengo ya ni los pocos amigos que tenía. Doy vueltas en círculo, no tengo nada que construir. Y si digo que no lo tengo es que no lo tengo.

Me mira sonriente, a saber por qué.

—Y aun así has elegido este camino. ¿A qué se debe?

—Pues a que en su momento me pareció buena idea. Ni más ni menos.

—¿Y ahora?

—Ahora nada. No consigo verle la lógica. Es como en el billar: como no puedo seguir tirando, igual lo más lógico sería intentar jugar en estático.

—Me he perdido. No entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien, pero es lo que se me ha pasado por la cabeza. De todas formas, una solución sería intentar hablar de ello con mi familia. No sé si te habrás enterado, pero este último mes me han cortado un poco el grifo, y eso me ha dado que pensar. Habrá que arreglarlo de alguna manera. El caso es que Ramza me ha echado una mano, tampoco me muero por falta de cigarrillos, y tengo lo estrictamente necesario, pero estoy convencido de que la cosa no durará para siempre. Así que se me había ocurrido darles un toque e intentar hablar con ellos sobre lo de tirar para adelante. Para ser sincero, son prácticamente las únicas personas a quien puedo acudir.

—Pues si esa es la solución… llama.

—Me da no sé qué. Me parece un poco vergonzoso llegar al cabo de tantos años, después de todo este tiempo sin querer cuentas con nadie, huyendo de ellos como de la peste, y decirles que necesito ayuda. Me da vergüenza, sonaría a que quiero aprovecharme.

—Pero es que igual no es aprovecharte, igual ellos quieren lo mismo y lo único que están esperando es que tú hagas un gesto. Tampoco sería el primer caso. No esperes a que la gente venga a ponértelo todo en bandeja, da tú el primer paso.

—¿Tú crees?

—Sí. Como te comentaba, ya lo he visto otras veces, y luego las cosas han salido bien. Pero creo que tú también deberías abrirte un poco. ¿Cuántas veces los has llamado desde que estás aquí?

—Alguna que otra. Tres, cuatro, ¡qué sé yo!

—¿Ves? Quizá deberías tratar de comunicarte más.

Un sonido apocalíptico hace estallar la conversación: el repicar de la campanilla. Es la una y media. He acabado odiando el dichoso instrumento tanto como puede odiar los aviones alguien que viva junto al aeropuerto. Me parece una chorrada y no lo soporto. Tal cual.

—Vamos a ver lo que nos dan de comer —le sugiero resignado.

—Podemos seguir si quieres, seguro que nos guardan algo para después.

—No, no… Ahora ya no me sale hablar más.

Me levanto y me marcho, satisfecho y perplejo. ¿De verdad he sido yo capaz de decir lo que he dicho ahí dentro? Bravo. No me esperaba

esto de mí.

Me paso el resto del día haciendo planes. Siento un extraño optimismo en el cuerpo, suelto todo tipo de bromitas estúpidas, y ni siquiera discuto con nadie durante la partida vespertina de *whist*. Ahora que me he decidido a buscar la forma de tirar para adelante, lo veo todo de color de rosa y la mar de gracioso. Tengo una meta.

En el porche se me acerca Lică, divertido y sorprendido de verme así:

—Pero bueno, chaval, ¿a ti que te ha pasado para estar de tan buen humor?

—Pues mire usted, señor, que he estado hablando con uno de los psicólogos y he caído en la cuenta de que debería llamar a mi familia para saber si está dispuesta a ayudarme a seguir con todo esto.

—¿Y has llamado?

—Aún no. Primero quiero tenerlo todo atado y bien atado, y luego ya me animo. Tiempo hay.

—Piénsatelo bien. Y de lo que te propuse… al final, ¿qué?

—Pues que igual combinamos las dos cosas.

—Sí señor, así me gusta verte, con optimismo. ¿Me ayudas a pelar unas patatas?

—Claro que sí.

Nos quedamos en la cocina hablando de todo y de nada. Se nos une Ramza, que parece haber abandonado de pronto su estado meditativo y recobrado el don de la palabra. Aparece también el recién llegado, Oruga, y la pela de patatas se convierte en concurso antes de derivar en espectáculo de circo. Resulta que hay un utensilio que algún alma atormentada, conectada a una mente más sucia de lo normal, ha inventado especialmente para pelar verduras. Todos se sirven de él como si fuera la extensión natural de sus manos; yo uso el cuchillo. Cómo no, la interminable ristra de burlas acaba por decidirme a probar el demonio de instrumento. Increíble la incapacidad que tengo para arrancar la piel de la patata. Cualquier intento se salda con el artilugio clavado en ella hasta el fondo y, claro está, bloqueado; cuando no con su filo deslizándose sin gracia alguna por la superficie de la piel. Debe de resultar divertido, aunque yo no me doy cuenta. El caso es que se abren las apuestas sobre cuánto medirá (en milímetros) la peladura más larga que consiga quitar de un tirón. Me enfado y termino haciendo saltar por los aires el colador repleto de patatas, luego recojo y sigo pelando con el cuchillo. Cada cual hace lo que sabe.

Es una tarde tranquila, una de esas tardes de septiembre que no dicen gran cosa del otoño. Las hojas han empezado a secarse, y el parquecito que da a la casa se ha teñido de millones de tonos de

amarillo, marrón y carmesí. Observo el teléfono. Llevo una media hora con él en la mano sin decidirme a pulsar la tecla. Todo mi optimismo hecho jirones, jirones de oscuridad, jirones de vergüenza, farragosos jirones desgajados del rostro de una estatua que acaba de llorar, fragmentos carbonizados de palabras inconexas. No tengo claro si la vergüenza será una forma de miedo, pero la cuestión es que se le parece. ¿Y si la respuesta no me conviene? Pero, y si resulta que sí, ¿qué hago?

En fin. Pulso la tecla con la idea de quien hace detonar una bomba atómica.

—Hola, ¿qué hay?

—Buenas.

—¿Qué tal?

—Pues mira, en casa.

—Escucha, te llamo para preguntarte unas cosas.

—Dime.

—Llevo ya dos meses con esto de la rehabilitación y creo que igual va siendo hora de terminar, se está haciendo un poco larga.

—No sé yo…

—Y había pensado que debería volver a casa, tampoco veo mucha alternativa.

—Vale, ¿y? Vuelve entonces.

—Pues que necesito ayuda, seguramente no pueda mantenerme durante una temporada. ¿De qué voy a vivir yo allí?

—Qué sé yo… te buscas un trabajo y vives como todo el mundo. Tampoco es tan difícil, que lo sepas.

—Ya, pero hasta que encuentre trabajo voy a necesitar apoyo. Una casa, algo de dinero para ir tirando… esas cosas.

—No sé, yo tampoco tengo. No veo forma de ayudarte, lo siento.

—Pero entonces…

—Lo siento. Venga, ya hablamos, que ahora tengo lío.

Oigo el golpe seco de la línea al colgar, seguido del silencio sepulcral del móvil inerte. Me parece totalmente irreal. Me siento en una de las sillas del templete con la mirada perdida. O sea, que así es como termina lo que ni siquiera ha empezado, por decirlo de alguna manera. Muy bonito. Está claro que voy a necesitar otro plan, no me gusta un pelo todo esto. Por ahora, lo único que puedo hacer es quedarme quieto, no se vaya a hundir el suelo bajo mis pies y me vaya a caer por la franja de vacío que ocupe el lugar del templete. Con eso es con lo que tengo que tener cuidado, además de con este temblor de manos y de piernas tan extraño que me ha entrado de buenas a primeras. Tiemblo. Esa es la verdad. Me miro una mano, luego la otra y vuelta a comprobar. Me miro una pierna, luego la otra, ahí el

temblor no se percibe tanto, pero aún así, lo noto. Estoy temblando, y de repente se me ha secado la boca. Me dan ganas de romperlo todo en pedazos a mi alrededor, incluidos el cielo y la tierra; desgarrarlos para transformarlos en lo mismo que soy yo, un tembloroso amasijo de añicos de porcelana.

13

Es tan temprano que tengo la impresión de que en realidad la noche aún no ha terminado. No me ha llegado a entrar sueño, imposible dormir. *Macbeth shall sleep no more*. Me levanto. Enciendo un cigarrillo. Total, poco importa que fume o no en la habitación. Me preparo un café instantáneo, me siento en el borde de la cama pensativo y dejo la mirada perdida. El amarillo sucio de la pared como único interlocutor. Le doy vueltas al proyecto de novela: de algún modo ya no me siento tan ligado a la idea. Soy demasiado insignificante y arrastro demasiadas heridas para algo así: tendría que resultar algo profundo, noble, perversamente lógico; pero en semejante situación no hay forma de que me salga. Otro proyecto fracasado en el mundo. No creo en el arte por el arte, lo considero una justificación ante la incapacidad de producir lo que sea. No creo en nada, ni creeré nunca. Me vuelvo para mirar la ventana. Espero poder hacer. Entonces me di yo cuenta de que. Se enciende la. Aún no. El propósito de una novela habría sido educar, adoptar un tono pedagógico. Explicar y aclarar aquello que genere dudas. Expresar con palabras aquellos sentimientos que no pueden ser explicados sin más. Burlarse de las normas, ridiculizarlas, porque ridículas son, desde luego. Habría escrito la novela con el propósito de un árbitro, el juez más intransigente de la historia de la judicatura. Habría juzgado hasta el agua del grifo con la fuerza del insecto que nada sabe, pero siente que nada tiene que perder. Adiós, novela, adiós, me dedicaré a otra cosa. Ahora. Toca. Pensar. ¿Hacia dónde? *can-ta, oh men-te, la in-sig-ne có-le-ra del hom-bre a-ver-gon-za-do, su len-to ca-mi-nar a o-ri-llas de a-ques-te o-mi-no-so pra-do*. O al revés. Con sus sílabas y todo. Espero haberlas contado bien. Una caprichosa silva o un hexámetro exacto… lo mismo da. ¿La *Iliada* revisitada? De vez en cuando está bien mantener la cabeza ocupada con ese tipo de banalidades. No se enciende ni a tiros la luz esta, ¡joder! Qué lamentable, quedarse esperando a una bombilla. A que se encienda. Y, aun con esas, le encuentro su belleza: esa espera sin sentido es ni más ni menos que la de la literatura por la que siempre he tenido más respeto. También la espera del alcohólico, el «mono», pero a una escala más odiosa, más violenta y más discreta. Aun así, esperaré si hace falta. Esperaré.

espero espero espero espero espero espero ya está, se ha encendido, acabo de caer en la cuenta de que eso es lo que hacen se apelotonan allí donde para el autobús delante de la puerta allí es donde compran las botellas y el pan y el queso de allí volveré yo también con mi botella y sin pan y sin queso y por descontado sin nada que pueda oler mal precisamente por eso he estado esperando hasta ahora para poder ser como ellos libre como una persona normal no estar encadenado al margen del mundo tras una muralla de cristal que no puede romperse con nada sólido solamente con cosas líquidas he ahí el destino del muro de la vergüenza solo se rompe a base de gotas de vergüenza que van dejándose caer como una lluvia maravillosa sobre el alma de aquel que

ahora me levanto y recojo a mi ritmo todos los objetos que me parecen de valor y me marcho como una persona cuya espera acaba de tocar a su fin en dirección hacia un futuro sin sentido igual que el pasado y sin duda igual que el presente en realidad regreso al pluscuampresente allí está mi sitio y adiós novela adiós a las desvencijadas armas de la razón adiós a los debates intelectualoides en torno a la sed de la buena adiós a vosotros hombres de las cavernas de la rehabilitación *acta est fabula plaudite* regreso en este mismo instante la puerta el pasillo más peldaños de la cuenta hasta el porche esa puerta tan alabada por lo mucho que rechina y por supuesto la salida sin un largo suspiro me escabullo sin despegarme de la tapia que rodea el patio como un depredador para unirme a aquellos que saben mucho mejor que yo cómo hay que vivir la vida porque todavía no han muerto a diferencia de mí que regreso a la muerte para sentirme de nuevo cerca de aquello que me resulta tan familiar que hace que me sienta idéntico a

con esa idea en la cabeza saludo pues con la cabeza precisamente a las personas que trabajan y entro en la tienda donde se encuentran

las tan deseadas se alinean a la vista exhibiendo sus pequeñas etiquetas escritas con rotulador un verde absurdo pero no me interesa el contenido de las etiquetas sino el del licor más potente que me pueda agenciar justo en estos instantes en los que la vida o lo que yo me imaginaba que era mi nueva vida se termina aquí estoy yo listo para comprar y para consumir qué palabra tan fea para saborear para sumergirme en el interior de un interior tal vez sí mejor así pronuncio en voz alta el nombre de la amiga que quiero que se venga conmigo y sin rastro alguno de emoción la chica del mostrador se estira sobre las puntas de sus pies extrae del estante el recipiente transparente con su líquido marrón y me lo tiende ya rozo la salvación la salida de esta pesadilla me tiemblan las manos igual que la primera noche de amor el primer y el más grande de los fracasos como bien sabemos todos pago con manos temblorosas y salgo en dirección hacia el escalón en

el que se desarrolla mi fantasía de cada mañana con ojos vacíos observo a la gente a mi alrededor que ahora es de nuevo mi gente he vuelto a convertirme en ciudadano del mundo normal mira que es difícil abrir este tapón giro giro giro ya está el olor asciende hacia mí a través del frescor matutino la mejor mañana de mi vida y yo formo parte de ella yo y los hijos de mis hijos saborearemos todos me acerco la botella a la boca y suspiro como aquel que acaba de salvarse de un desastre soy el único superviviente con un movimiento casi ritual adhiero la botella a mis labios y sorbo con lentitud y con voracidad a la vez lo que llevo tanto tiempo queriendo sorber el líquido se desliza por mis papilas me hace daño en la garganta inmaculada después de tanto tiempo y abrasa mi interior en una dinámica de fluidos oh tan deseada deseada deseada deseada oh he llegado directamente al Paraíso y el Purgatorio está claro que no existe o precisamente es él el que anuncia el enorme placer de la resurrección por fin ahora vuelvo a sentir y todas las sombras de mis preguntas se disuelven en una seguridad que raya el éxtasis la única cosa segura en el mundo voy pues a volver al punto de partida es decir al mundo

las luces se aproximan desde el levante y penetran por los barrotes de la verja el coloso de acero y vidrio se detiene justo donde debe y nosotros las personas normales le pagamos al conductor y ocupamos nuestros asientos para contemplar la ruta los asientos en los que irán desarrollándose nuestros pensamientos en sesión continua como siempre yo por lo menos pensaré en la idea de lugar y en lo habitable y algo nuevo aprenderé a partir de hoy mi cerebro vuelve a estar dispuesto a enseñarme cosas pero antes de nada me dedico a beber como un niño que acaba de descubrir la sed ese sentimiento desconocido e indirecto de la necesidad la carretera serpentea por la planicie y soy el único que aún la recorre yo y el coloso de acero y vidrio y regreso al punto de partida aunque es posible que el lugar ya no exista y que por lo tanto ya no sea posible habitarlo de todas formas nada importa todo esto no es más que un juego libre y por ahora el único objetivo es seguir avanzando no sé hacia dónde ni por qué y no tiene sentido pensar en ello teniendo en cuenta que todo pensamiento no pertenece sino al lugar donde ha sido concebido en ningún caso a la humanidad o a una persona en concreto todo pensamiento no es sino un lugar y ningún pensamiento completo puede desarrollarse estando sobrio esa es mi verdad y con ella desfilaré tambaleándome por el mundo lugar extraño y amistoso por excelencia ahí está la ciudad ni un solo tugurio abierto adonde ir a tomar un trago y así poco a poco la ciudad va tomando color y mis ojos sus nervios acogen mejor la suciedad matutina que viene de las calles del desenfreno nocturno el autobús empieza a hacer sus paradas y los trabajadores o lo que quiera que sean se apean en los lugares

donde suelen hacerlo cada mañana yo no pienso bajarme hasta que no se detenga el motor claro por supuesto no puedo hacer nada de nada teniendo en cuenta que no hay ningún estímulo que me indique eso mismo que el trayecto ha terminado y no puedo tomar otra ruta a no ser que esta idea se haya acabado por supuesto la botella ha empezado a vaciarse qué bien vive uno en este mundo sentado en el asiento de un autobús solo yo acompañado de mi amiga de cristal que dentro de poco dejará su sitio a otra amiga y así sucesivamente en una secuencia de sustituciones que es lo que mejor explica el pensamiento puro una última curva pasamos junto a una garita y el conductor hace gestos para hablar de algo secreto con alguien y luego el gigantón de acero y vidrio aparca al mismo tiempo que yo y que mi botella y que los escasos viajeros con sentido

me apeo en medio del peligro no queda más que una pizca de licor en la botella y noto el miedo de quien está a punto de ahogarse no puedes explicarte cómo es con exactitud pero sabes que va a ser desagradable camino tan digno yo entre los viajeros exhaustos tras un sueño interrumpido busco con atención y por fin la palabra salvadora Bufet viene a golpearme los nervios oculares y la inteligencia por fin comprendo el sentido de mis pasos abro con decisión la puerta bajo el letrero trato de encontrar con la mirada una mesa no sin antes visitar el lugar donde esperan alineadas todas ellas compro con la despreocupación de quien ya está borracho tomo asiento y me quedo allí con otra que ya considero mi amiga que con su ácido me traerá la redención oh todo puede ser un lugar acogedor si te llevas bien con tu propio juicio y la cosa te conviene mis nervios celebran una fiesta sin fin y no puedo sino compadecer a esos héroes que justo acaban de despertarse si lo que marca el reloj es cierto y siento hasta en las uñas de los pies la reverberación matutina de la campana sus rostros furiosos y abotargados se alinean entre el humo del porche empiezan a preguntarse no tienen respuesta se entienden con la mirada que puede que aún esté durmiendo y no está bien ir a abalanzarse sobre mí aún pero ellos no tienen forma de saber que yo soy feliz oh quisiera cantar y jugar y disfrutar y llorar y reír todo es exactamente tal como creí que sería oh felicidad desesperada de quien ha muerto y se ha redimido oh silencio cargado de preguntas de quien

no se me cruzan por la cabeza más que ocasos y amaneceres rosáceos con eso mantengo la cabeza ocupada los planes no encuentran su sentido en un mundo que rechaza todo lo que conforma nuestro juicio y desarrolla su existencia como riéndose de nosotros la risa cósmica del viento que sabe que puede levantarnos del suelo sin esfuerzo y de la ola que puede ahogarnos y de la tierra que puede tragarnos sin esfuerzo con una simple sacudida

ahí está ha llegado el momento y me monto en ese lugar que se va

a mover y me va a llevar consigo ni siquiera dejo de comprar el billete no me quito de la cabeza que tampoco estaría mal que por una vez en la vida fuera a contracorriente y escojo el mejor asiento junto a la ventanilla en ese lugar que se mueve y permanece inmóvil al mismo tiempo observo la ciudad pasar a mi lado y marcharse es un lugar pequeño y de pronto ante mis ojos el espacio vacío la insospechada extensión del campo por fin esa imagen todopoderosa de la extensión con la que crecí en aquel apartamento desde cuya ventana no se veía nada espectacular excepto el campo el único lugar capaz de explicar por completo la inutilidad de todo intento de encontrar un límite siempre ha sido mi credo sí el único lugar al que deberían dedicarse poemas es el campo sin colinas ni valles ni corrientes de agua y sin gente el campo extraordinaria materialización por su banalidad de infinita extensión del espacio y por la imposibilidad de percibir cosa alguna en lo real justo en el lugar en el que tengo ahora las provisiones y en el que según parece tendré que quedarme sentado unas cuantas horas porque el espacio no puede recorrerse de forma instantánea y la física es un cuento que no soporto la velocidad de la luz es cosa de la luz yo vivo a la velocidad del pensamiento y no puedo recorrer el espacio si no es a mi ritmo y sintiendo cada leve desnivel dentro de la monotonía como un factor esencial de la borrachera un agradable mareo no puede haber nada más bonito que

me despierto rodeado de montañas me roban el espacio lo mantienen aferrado a ellas allí en las alturas y no tengo ni idea de dónde estoy pero la botella que descansa junto a mí me recuerda que no tiene ningún sentido identificar el lugar donde te encuentras mientras se cumplan todas las condiciones necesarias para sobrevivir el teléfono hasta arriba de llamadas perdidas y mensajes a cada cual más preocupado e inquisitivo ay el sentido de toda pregunta es decirnos algo sobre el desconocimiento y en ningún caso esclarecer lo que sea tanto constructo para nada la pregunta no es más que una travesía del desierto un lugar hermoso sin duda una travesía del desierto que nadie puede describir no respondo a nadie no creo que tenga sentido responder a preguntas necias sería como intentar disculparme y no creo que sea cuestión justo ahora de sentirme culpable mi vergüenza no existe se encuentra justo en esas líneas vacías que separan las franjas y no me identifico con ese sentimiento vuelvo en mí poco a poco seis dedos de coñac despertarían incluso a un muerto y claro ya no digamos a mí la vergüenza pues se manifiesta por franjas aparece y desaparece existen puntos en que la vergüenza se desvanece puntos que si fueran visibles se manifestarían en forma de franjas esos son los lugares en los que vivo yo ahora saltando elegante por encima de todas las franjas antes suponían un obstáculo que me separaba de la felicidad el único sentimiento que merece ser

vivido existe pues una diferencia clara entre dos estados llamados sin más felicidad y vergüenza y yo he elegido la felicidad a pesar de todas las cosas buenas que lleva asociadas la vergüenza soy muy consciente pero decido renegar de ellas por qué porque me da la gana a mí y la única condición clara para alcanzar la felicidad es hacer solo lo que me da a mí la gana en un mundo que existe sin mí como lugar del todo ajeno seguir bebiendo pues y contemplando acompañado de esa idea la ruta que me va acercando cada vez más el camino pero acaso es correcto identificarme con aquellos que huyeron de Egipto un poco irreverente pero allí podría encontrar mi identidad en aquella huida de la vergüenza que debieron de sentir ellos también la única explicación del éxodo tiene que estar en la vergüenza de no ser libre y feliz proponer otra es una estupidez lo sé

así que bebo y el tren recorre de nuevo la extensión infinita del campo el tren está pues de acuerdo conmigo y con todas mis ideas el tren es mi amigo lo que más le gusta en esta vida a él también es el camino empieza a atisbarse la ciudad donde la vi por última vez me pregunto si estará bien y estoy seguro de que no ha sucedido nada malo de algo así me habría enterado por lo menos y contemplo el mundo como un niño feliz a través de la sucia ventanilla del tren y bebiendo el tren es la taberna más genial que conozco tendría que existir un tren compuesto exclusivamente por vagones restaurante en el que pudieran subir aquellos que como yo no quieren más que viajar sin llegar a ningún sitio en concreto el verdadero nombre del paraíso

ya he llegado ahí está a la ciudad del advenimiento justo al lugar donde termina el éxodo saco el teléfono mi memoria nunca falla marco el número hablo como si nada hubiera pasado dónde estás que voy para allá vamos a liarla vamos a buscar algún tugurio de mala muerte y a darle candela al alpiste estoy llegando a la estación vale nos vemos allí en una media hora el tren se detiene con un chirrido prolongado y exhausto pongo los pies en el andén qué raro no me tambaleo ni lo más mínimo cojo unas cuantas latas de cerveza en la primera tienda para no llevar el morral a la espalda sin nada dentro mira si hay gente anda cuánta hay de no haber estado atento no me hubiera dado cuenta yo vivía convencido de ser la única persona de la estación y de que la gente había muerto o en todo caso se encontraba en algún lugar muy lejano los taxis se colocan en fila muy obedientes subo y pronuncio el nombre del lugar me doy cuenta yo mismo pese al cacao mental que llevo encima de que los lugares tienen un nombre concreto así se identifican y por extensión nosotros también por el nombre nos identificamos y eso hace que seamos todos falsos por las ventanillas con sus láminas protectoras contemplo la ciudad está igual no parece haber cambiado nunca la calle le pido al hombre que gire a la derecha y luego a la izquierda observo la casa al pasar y hago un

brindis con un trago de cerveza en honor a la verja la cancela la puerta no me entretengo sería ya el colmo encima pararme la vida me está esperando y no hay tiempo el coche surca con dificultad el tráfico del centro es una hora muy tonta claro como lo son todas las horas en la ciudad y heme aquí delante de la taberna el lugar con el que llevo soñando cada noche el lugar al que he querido regresar los manteles no han cambiado las mesas están colocadas igual hasta el olor ha permanecido intacto nada cambia en este mundo me siento a la mesa envuelto en esa ola de felicidad y brindo con las personas con las que he vivido por fin me siento en casa todo puede suceder como si no me hubiera marchado nunca lanzo una mirada cómplice y se me devuelve nos ponemos en pie y encontramos el callejón de siempre la botellita hace su aparición milagrosa mi mano asoma por la manga contemplo su blancura inmaculada oh no se parece en nada a mi mano no es más que un objeto y ni siquiera la siento de la alegría gesto mecánico reacción instantánea el callejón se tiñe de un azul tirando a violeta y luego del blanco del polvo de vidrio todo tan tranquilo y mis pensamientos todos han muerto soy libre soy libre soy libre sé que estoy apoyado contra un muro e intento observar con atención ese mundo que ha estallado de sopetón en mil pedazos lo que veo más que nada son dos muros bailando acercarse y alejarse hasta el infinito la sensación de ser un ladrillo de ese muro y al segundo un hilillo de polvo atrapado entre dos muros que apenas se avistan ya a lo lejos da tanto gusto no sentir el propio cuerpo precisamente por eso me he dado a ella contemplo mi propia vida como quien ve una película soy un gran director y puedo hacer lo que se me antoje con los acontecimientos y las personas sí es el único sueño potable de la humanidad el poder hacer lo que quieras y ser libre incluso si todo ello no se produce mas que en tu imaginación mi pensamiento vuela por unos segundos hacia ella y su cama de hospital espero que no sepa que he vuelto espero que no le dé un que no le dé por hacer ninguna tontería y se lo diga porque entonces sí que la va a hacer polvo todo sucede para bien en el más estúpido de los mundos posibles pero no me vayas tú a decir oigo los pasos de la gente son tantos que parecen llover del cielo y alguien deposita un billete en la palma de mi mano abierta me lo acerco a los ojos y miro a través de él me echo a reír como un loco no me puedo creer que me hayan dado dinero dinero dinero qué divertido es todo resulta que yo estaba tan tranquilo y algún transeúnte se ha apiadado de mí alguno o alguna en este mundo extraño al que he venido a parar has visto como decía papá a veces no es bueno hablar con desconocidos pero puede que sea bueno reírte de ellos digo yo de ese modo serás libre como si nada pudiera cambiar volvemos a la mesa aturdidos y continuamos la fiesta todo parece inmóvil en esa calle que en mi cabeza nunca ha tenido nunca nombre

la calle siempre puro desenfreno y vivir la vida al máximo justo como tiene que ser nunca he creído en la gente que dice que tienes que sentar la cabeza controlar lo que gastas y ahorrar nací sin el instinto de la avaricia y lucharé contra ella hasta la muerte todo es insípido y monótono si me dejo llevar corro el riesgo de terminar como ellos no quiero sueldo cuenta bancaria letras del piso letras del coche ninguna de esas cosas que vuelven a convertir a las personas tras miles de años en depredadores apenas más evolucionados que el mono no quiero hablar de mi dinero inexistente y no quiero llegar a ganar algún día menos de lo que debo yo he elegido el camino real del derroche y en él me mantengo no le veo el sentido a ponerme a trabajar por cuatro paredes y un amasijo de hierros no le veo el sentido y tal cual lo digo sentado a la mesa tan perplejo como el viejo Moromete oye vosotros sabíais que la mayoría de la gente está tan endeudada que no le llega el dinero ni para tomarse una cerveza en el parque los domingos ahí está la verdad y aun así nadie la ve con esa idea se repite la mirada cómplice y volvemos a retirarnos al callejón ha atardecido los muros forman una puerta de madera cubierta de paneles de contrachapado tan acogedor todo me parece la pared más hogareña que pueda llegar a tener jamás me fijo de nuevo en mi mano siento por anticipado la sensación que voy a sentir mira ya está ahora todo va bien y precisamente así tiene que haber sido el silencio que reinaba al comienzo de todo contemplo la lata de cerveza como el santo grial la fuente de mi inmortalidad la esquina de un callejón que no se encuentra en ninguna parte y está claro que soy inmortal porque lo veo todo blanco eso tiene que ser la mismísima inmortalidad bebo despacio sin decir nada porque claro está no hay nada que decir en un mundo blanco y silencioso eso es lo que he querido la sensación de que nada existe y de que el mundo lo voy a crear yo mismo en un momento dado si así lo deseo y cuando así lo desee aunque no estoy seguro de que eso sea lo más indicado no creo que esas cosas se hagan para crear un mundo así que mejor te inventas un burrito de peluche y lo llamas mundo un burrito con forma de círculo con las orejas muuuy grandes y muuuy graciooosas porque de ese modo son muuucho más graciooosas toda contemplación del mundo se convertiría así en una contemplación del burrito y como es lógico cualquier poema que se escribiera en este mundo sería una concatenación de rebuznos fantástico tengo que seguir pensando en ello exactamente el mundo que necesitamos oye os sabéis la historia aquella una mañana me desperté y no tenía más que un pitillo me lo fumé en un pispás con una cerveza y salí a comprar más al mercado que hace esquina y resulta que llego yo al semáforo oye y cuando quise mirar hacia el asfalto para no meter el pie en algún bache me quedé tieso iba en calzoncillos mi primera reacción yeeepa detrás del poste y luego muy

digno con toda la dignidad borracho en calzoncillos volví y me vestí caramba cómo pasan estas cosas el mundo es un lugar maravilloso si sabes hacia dónde mirar

aunque como siempre no hay nada que ver la fiesta sigue su curso una especie de celebración del regreso nada anuncia su final aquí no existe ningún final previsible las bromas se suceden un *deus absconditus* gobierna en silencio todo este desmadre y él nunca aparta su mano protectora de los juerguistas me he emborrachado y voy puesto no siento los brazos ni las piernas el trayecto hasta el servicio termina de la peor manera me tambaleo y pongo patas arriba una mesa al intentar sujetarme a ella les pago a todos las consumiciones y qué coño voy a hacer si las piernas no me responden todo un caos cada vez más denso y cada vez más rápido noto mi propia respiración me meto dos o tres pastillas para el cuerpo para recuperarme un poco un viejo truco debería sabérmelo de memoria menos mal que las he guardado va a llegar un momento en que tenga que dormir respondo a un mensaje de Ramza le digo claramente como en la balada de Mioriţa[12] que yo justo acabo de encontrar casa en un banco de Piaţa Unirii y que pienso establecer mi domicilio allí con la cabeza apoyada en la mochila me niego a dormir en otro sitio y de todas formas ni me acerco a los sitios con techo son la hostia de peligrosos esta chorrada tiene que acabar ya me escribe él como si lo viera echando espuma por la boca con el teléfono en la mano lo ignoro no hay nada más sencillo que no seguir escribiendo pero empiezo a notar que por fin me entra sueño hago una discreta señal aparto de un leve empujón a mi hombre de nombre David y deslizo en la mochila lo que más necesito así como algunos tienen dinero guardado en el banco yo tendré siempre lo que más necesito en la mochila sería una tragedia no tener nada al despertarme como me vuelva a pasar alguna vez yo espero no ponerme de repente a vomitar ese líquido verde-azulado justo al lado de la mesa sin poder parar tengo un dolor de cabeza del tamaño del universo si es que acaso existe y no se trata de algún truco intento recuperarme respiro hondo para llenarme el pecho de aire y el vómito sube de nuevo de nuevo de nuevo soy más viejo que cualquier objeto reciente mírame me ha costado un mundo mantener el equilibrio en ambas piernas apoyándome con los brazos en el aire como si levitara avanzo de pared en pared en dirección a mi banco de Unirii voy chocando contra la gente la mochila con ambas manos apretada contra mi pecho tal como quien transporta un objeto de inestimable valor llego a duras penas a orillas del río cruzo entre los coches pasan a toda velocidad vuelvo a tener una suerte loca y no ocurre nada mira el banco justo aquí quería yo dormir aquí con la cabeza apoyada en la mochila y preparado para lo que sea hace calor se está bien todo despejado aunque veo a ráfagas igual que en un

velatorio a través del humo mi velatorio esta vez he fracasado y mis pies se niegan a cooperar me estiro con todo lo pequeño que soy sobre el banco miro el cielo y los anuncios luminosos a un lado mensaje de texto la gente me insulta y me amenaza con lo de siempre pero no hay forma de impresionarme es imposible yo soy inmortal y nada puede afectarme ese es mi nombre el intangible faltaría más mira qué bonito cómo giran los anuncios todos los puntos se convierten en líneas los píxeles se alargan y se curvan todo es maravilloso un mundo de color oh tú mundo que sin cesar cargas conmigo sobre tu espalda quiero dormir y el teléfono este no deja de vibrar tendría que recordar cómo se apaga pero no puedo no puedo no puedo hacer nada más solo contemplar las franjas de luz de tantos colores como tiene esta vergüenza que me persigue como una maldición

14

Oscuridad total. Se me han subido las tripas a la garganta. Y vuelven los temblores, era de esperar. ¿Y ahora dónde coño estoy? Esa es la gran pregunta. ¿Dónde estoy? A mi alrededor, todo está oscuro. Una ventana, dos, tres. Bien altas. ¿¡No estaré de vuelta en casa!? No. Es la misma pared de antes. Estoy tumbado en una cama. Bueno. Eso tampoco explica nada. Ventanas con barrotes, ¿o qué son esas rayas? Llevo tabaco en el bolsillo. Enciendo un cigarrillo, vacío el paquete y lo uso de cenicero. Me sienta bien el humo. Intento reconstruir el hilo de los acontecimientos de anoche. Nada. Todo en blanco. La memoria empañada. Tiemblo aún con más fuerza. No sé si habrá algún baño por aquí, tengo que explorar un poco. Oigo acercarse un jadeo, una sombra del tamaño de la ventana. Enorme.

—Dame un pitillo, anda —articula la voz jadeante.

Le alcanzo un cigarrillo de la mesilla de noche. Lo enciende. Ambos nos las arreglamos a oscuras. Prosigo con mi escáner. Soy un ordenador escacharrado. La cabeza me va a estallar de dolor. Tengo sed. Hambre no. Fumo. Qué bien ayer, qué gustazo. Cómo me pegó… Menudo material llevaba aquel tipo. Con tener de eso, ya todo marcha. ¿Y ahora qué? Debo ordenarme las ideas. Pero sin nada de beber… No hay quien piense con este dolor de cabeza. Duele pensar, literalmente. Vomito de golpe. No mucho. Serán los jugos gástricos. Mejor así. Ni un rayo de luz aparte del halo blanco de las ventanas. Y del de mis ojos y de los de don Jadeos. Supongo. Él sigue a lo suyo, aunque no tarda en dormirse. Ronca suavemente. Me quedo solo con mis preguntas. Me taladra el cerebro el repentino estruendo de una llave dando vueltas en alguna cerradura cercana. Luz lechosa de neón. Una mujerona de blanco. ¿Será la muerte? No estaría mal ese giro. La oigo gritar a pleno pulmón:

—¡Auricaaa! ¡Trae para acá una fregona, que este ha vomitado!

La observo como desde una nube. Angelical. La luz me ha atontado por completo, no consigo distinguir su cara. Lo único que llego a pensar es que en mi vida he visto una piel tan extensa como la suya. Se acerca a don Jadeos, lo examina. Se vuelve hacia mí, me examina. Abre una ventana y la vuelve a cerrar. Se enciende un cigarrillo. Sigue

examinándome mientras fuma. Me entra muchísimo calor. Rebusca en el bolsillo de su bata blanca, saca un frasco y otros tantos artilugios. Ahora de repente me entra frío. Todo es confuso. Y absurdo a más no poder. ¿Dónde está mi mochila? Consigo balbucir una pregunta amenazante:

—¿Dónde está mi mochila?

Tengo la voz temblorosa.

—En el armario, creo. Sí, en el armario. Es una negra y amarilla, ¿no?

—Sí.

—Pues en el armario la tienes.

Suspiro aliviado. El portátil. Ha sobrevivido una vez más. Espero.

—Te voy a poner una vía. Ahora mismo. Para eso he venido.

—¿Y eso?

—Para desintoxicarte. ¿Qué te metiste?

—Alcohol y ketamina. Y alguna que otra pastilla.

—Ya veo. ¿Mucha cantidad?

—Lo que me entró en el cuerpo.

—Muy bonito, sí señor, qué quieres que te diga. Muy pero que muy bonito…

No quiero vías, aunque mi instinto me dice que tampoco tiene sentido oponer resistencia. Le pido un poco de agua. Me da zumo además del agua. Enciendo un cigarrillo y me coloca la vía sin que yo note nada. Tengo la cabeza como un bombo. Me siento hecho polvo. Al cerrar los ojos, la oscuridad rojiza del interior de mis párpados se revuelve como un tornado. Así no, mejor abiertos.

—Vuelvo en media horita.

—Un momento —replica mi voz—. ¿Dónde estoy y cómo he llegado hasta aquí?

—Pues por la puerta, ¿no? Te habrán hecho el triaje, digo yo. Y venir habrás venido en ambulancia, ¿cómo si no?

Se marcha. Pues claro, ¿cómo habría podido llegar hasta aquí si no es en ambulancia? ¡Menudo idiota estoy hecho, cómo no se me ha ocurrido antes! ¡Pero si es de lo más normal del mundo ir a los sitios en ambulancia! Todo hijo de vecino se desplaza en ambulancia y, como se te ocurra sacar un coche en el que no se lea «aicnalubma», es que no tienes ni idea de diseñar coches. Era de cajón. Me entra la risa tonta: sonaba tan obvio en mi cabeza. ¡La monda! Ahora solo me queda entender eso del triaje. ¿Qué estoy, en un granero? No, coño. El triaje. La dichosa palabrita se las trae, otro misterio con el que me toca lidiar. Está claro que es un hospital. Otro hospital, manda narices. Hacer de las mías y terminar en el hospital. A ver si al final le estoy cogiendo el gusto a esto. Vaya aficiones más raras, rediós. Así que en

los hospitales seleccionan a la gente…

Termino por enterarme de la hora que es. Las cinco. Demasiado madrugar para alguien con resaca. Se oyen voces en la entrada, una conversación seria. El caso es que no distingo nada, pero algo está pasando allí. Hago esfuerzos sobrehumanos para entender lo que sea. Imposible. Mujeres y hombres, un buen corro, por lo que parece. Observo inquieto las gotas deslizarse por el tubo. Sé que me voy a recuperar, y esa no parecía ser la idea ayer. La idea era más bien no volver a recuperarme; había trazado un plan. No se me dan bien esas cosas. Me frustra no valer para nada, no ser siquiera capaz de ceñirme a un plan. Nunca podría llegar a ser un personaje potable en el caso de que a alguien le diera por escribir una novela sobre este disparate de vida que llevo.

El pasillo se convierte en un concierto de alaridos. Mira por dónde, algo pasa. Entra por la puerta un tipo bajito y muy alterado, sujeto por un trío de armarios roperos. Lo llevan a pulso hasta una cama, lo inmovilizan en cuestión de segundos y una mujer gordinflona le clava una aguja en pleno muslo. El recién llegado se acuerda de la familia y los muertos de todos, echa espuma por la boca y zarandea la cama con la fuerza de su enfado. Termina tranquilizándose al cabo de unos minutos. Fuera, el parlamento retoma su actividad matutina. Alguien empuja la puerta con violencia. La anchura de su espalda me impide ver el pasillo.

—Venga, anda, vámonos de aquí, que esta gente quiere trasladarte a una sección de reclusos, de trastornados, o no sé qué cojones. *Chto, chyort vozmi*!

Es Ramza. Rojo de ira. Casi diría que enajenado.

—¿Adónde dices? Espera un momento… ¿Tú de dónde coño sales?

—Venga, que he venido a buscarte. ¿A qué esperas? ¿A que te aten? Vámonos de una vez… *Davai*!

Me levanto. Contemplo confuso el gotero, que sigue soltando líquido. Todo se ha vuelto una alucinación. Me encuentro mareado y apenas puedo moverme. Me arranco el catéter. Salgo al pasillo, más ayudado por Ramza que por mi propio pie. Oruga espera abajo discutiendo con unas señoras de blanco y con un fajo de papeles en la mano.

—Vamos, tú. Mira, firma todas estas porquerías para justificar que te niegas a que te ingresen y que asumes el riesgo de vivir sin la ayuda de esta gente. Echa un autógrafo y larguémonos de aquí, que se me llevan los demonios. Señoras, son ustedes unas cabezas huecas, que lo sepan.

Las mujeres lo miran sin abrir la boca. Mide lo que todas ellas juntas y no tiene pinta de andarse con chiquitas. Dibujo unos cuantos

garabatos en la parte inferior de los folios sin llegar a leer nada. No creo que importe mucho.

Ramza sale hecho una furia. Nos grita desde la calle.

—La mochila —consigue articular mi voz.

La tal Aurica abre una puerta, desaparece durante no más de tres segundos y cumple con la entrega del paquete. La abro con gestos de pianista que prueba su instrumento. Se me escapan unos cuantos acordes al rozar la cremallera, pero consigo agarrarla: el portátil está en su interior. Y la cartera. Nada más. Hay que joderse, el sacrosanto misterio de los misterios: cómo desaparecen las cosas sin dejar rastro.

Salgo flanqueado por Oruga, que prácticamente me lleva en brazos. Me coloca en el asiento delantero, vuelve de improviso y le tiende un billete a la enfermera.

—Tome, para sus compañeras y usted. Para que se tomen un café por la mañana. Muchas gracias.

Les dedica la sonrisa más amable del mundo. Cualquiera diría que estaba discutiendo con ellas apenas unos minutos antes.

Ramza arranca de golpe. Las ruedas del coche deben de llevarse por delante algún trozo de asfalto de la entrada. Caigo en la cuenta de que estábamos en un manicomio. No es el mismo coche que usamos la otra vez, este es un bólido. ¿Cuántos coches tendrá este hombre? Otra pregunta que por lo visto nunca encontrará respuesta.

—Venga, di, so desgraciado, ¿qué se te pasó por la cabeza? *Ty ublyudok*!

Me quedo mirándolo como un niño que no se ha estudiado la lección. No sé qué decir.

—Pues…

—Eres el tío más merluzo que conozco, desde luego. *Koziol ty*! Bueno, no, porque a tu lado cualquier merluzo es un lince. Si la idiotez fuera tiña, tú te morirías por tiñoso.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—De «a ti qué te pasa» nada, que te reviento. ¿Así que para eso nos tomamos nosotros tantas molestias en la clínica, para que nos des estos sustos y nos tengas de acá para allá? Y estos diciendo que viniéramos ya por la mañana, que había tiempo… ¡Y una mierda! *Da k chyortu*! ¿Dónde has estado, *nichtozhestvo*, patán de los cojones? ¿Y por qué te tiraste todo el día sin contestar al teléfono?

—Pero hombre, cómo quieres que conteste si…

—¿Peeero cóoomo va a contestaaar éeel? —grita para sí mismo mientras le sacude puñetazos al volante—. ¿Cómo va a contestar su majestad, el depravado príncipe de la vieja corte con su jauría de chuchos, el Hamlet de Bucarest? ¿Por qué va a coger el teléfono cuando lo estoy buscando? *Nieeet*! De contestar nada, y encima con

ironías. ¡Claro! Para que tenga yo buenos motivos de subirme por las paredes. El señorito es un pedante, el muy merluzo… Sí, sí… *Skotina ty*! Un pedante de mierda, concretamente. Así es el señorito.

Y dirigiéndose a mí:

—¿Te encuentras mal?

—Uf…

—Paramos en una gasolinera y te ponemos a tono. Como vuelvas a liar una sola más de estas te atropello con el coche, te lo juro.

Me basta con mirarlo para ver a las claras que no bromea. Aun así, parece haberlo dicho muy tranquilo.

—Cálmate, anda, ¿qué mosca…? —me oigo replicar como si no fuera mi voz.

—Yo estoy a favor —se escucha a mi espalda—. Me ofrezco a darte una paliza hasta que entres en razón, por mucho esfuerzo que conlleve, aunque termine agotado. He dicho. Lo que se llama «meter a alguien en vereda» a la fuerza. Mírame bien: no serías el primero a quien educo. Cuando me pongo, soy un pedagogo de primera, ¡me cago en…!

Vuelve a concentrarse en su móvil. Lleva trasteando con él desde que arrancamos. Intento con todas mis fuerzas recomponer el hilo de los acontecimientos. Está roto. No hay manera. Las últimas imágenes que tengo son la del coche que estuvo a punto de llevárseme por delante, la de mi subida a rastras al bordillo, la de mis lágrimas de alegría y de rabia, la de mi vuelta al mundo de los bípedos, la de la composición del parque, la de la búsqueda de un banco decente, la de la mochila en la nuca. Y ya. Es todo por ahora. Me limito a mirar por el parabrisas midiendo mi respiración. Me esfuerzo por no vomitar. Ramza conduce como un loco, nos ganamos los pitos de toda la ciudad. Lo veo todo en blanco y negro.

—*Oy*! Llevas una buena encima, ¿a que sí?

—Un resacón como una casa. Me dan ganas de gritar —consigo murmurar apenas con el vómito asomando por la garganta.

—Sé muy bien lo que es, he pasado por ello. Mira, te voy a comprar algo de beber. Total, para el caso…

Un súbito torrente de adrenalina me devuelve entre los vivos. Así que existe la salvación…

—¿Harías eso por mí?

—Claro que sí, hombre, aunque estés hecho un cazurro. Pero que sea la última vez. *Negodyay ty*!

—Ayer tomé la decisión de renunciar a tanto sacrificio. Las he pasado muy pero que muy putas, *drug*.

—Ya, hombre, ya lo sé… ¿Cómo quieres que no lo sepa?

—Y digo yo: para estar hecho una mierda hoy, casi mejor dejarlo

para mañana.

—De ahí partimos todos, ni más ni menos —confirma Oruga desde su universo de botones—. Amén.

—Oye, haz el puñetero favor de conducir más despacio, que te echo la pota en el coche.

—*Davai*.

Su rostro es tan impenetrable como un cuadro monocromo.

Entramos en la gasolinera. Mis piernas me llevan temblorosas hasta el baño. Me cuesta seguir un rumbo fijo. Soy como un niño que acaba de aprender a caminar. Mi instinto sabe hacerlo, yo no. Vaya plan para un adulto. Con estos ojos nublados y seguramente rojos, siento como si lo viera todo desde el cuerpo del niño Elis.[13]

Ramza me espera junto a la sección de bebidas. De un gesto con la cabeza, me señala toda la estantería.

—Coge lo que quieras, que pago yo.

Hago acopio de cervezas, además de una botella de coñac y otra de vodka. Lo miro con una sinceridad moribunda. Se encamina hacia la caja y salgo corriendo detrás de él con otro par de latas.

Apoyado en la puerta automática de la tienda, Oruga nos observa desde lo alto de su teclado. Hay algo enigmático en esos botones, algo incomprensible para nosotros y cuyo único dueño es él. La vida conectada, en línea. Los misterios eleusinos encerrados en tecnología americana.

Me dirijo hacia el coche con la bolsa en ambas manos como quien porta un relicario. Yo creo que sobreviviría al impacto, pero ante todo que no se rompan las botellas ni las latas; los clavos de mi propio ataúd, que se dice pronto.[14] El último paseo antes del entierro. Me espera la muerte en vida.

Abro una lata y le pego un trago. Bebo como un loco entre jadeos ansiosos. Abro la botella, la apuro hasta el final, admiro el cristal con ojos de creyente, ya que es lo único que puedo admirar en este momento. Se me aclara la vista, voy por el buen camino. No hay cosa más súbita que el alcohol que entra por las papilas gustativas y llega directo a la sangre. Ósmosis. Nos alimentamos del dulce néctar de los dioses. Jadeante ósmosis.

—Oye, Ramza, escucha una cosa. ¿Tú crees que llegaré a rehabilitarme algún día? Porque el caso es que a mí me vuelve loco beber y meterme, te lo digo en serio. Me gusta de la hostia.

—Si ya lo sé, *drug*. Ese es precisamente mi problema también. Pero ya no podía ser… Demasiada tela, joder, *kakogo chyorta*!

—Me he tirado quince años viviendo así, sin pasado ni futuro. ¿Cómo coño voy a construir yo nada?

Con una lata de cerveza en la mano la conversación fluye mejor.

Me siento yo mismo.

—Pues con paciencia, *drug*. Con paciencia y sufrimiento.

—Mira, compañero —interviene la voz del conectado—. Un día, en casa, me estaba sintiendo fatal. Andaba por el salón hecho una pena, con mi suegra de guardia en la cocina, para que no tuviera cómo salir de allí. Así que me mantuve al acecho hasta que le entraron ganas de ir al servicio y… ¡salí echando leches! En pijama y con el dinero ya en la mano, ¿qué te parece? Bajé, fui directo al quiosco de enfrente vestido de aquella guisa y compré las botellas. Los pantalones eran bastante anchos, de esos sin bolsillos que se llevaban antes. Pues resulta que va y se me ocurre, chalado de mí, meterme las dichosas botellas debajo de la goma del pijama. Pero claro, no se sujetaban, así que tuve que pasear por delante de todo el barrio con las manos apretadas a la cintura. Un espectáculo. Total, que volví a casa y me quedé de parloteo con mi suegra. Cada cierto tiempo me acercaba por el salón a dar una vuelta y, de paso, un par de traguitos. De lujo. La mujer tenía hasta compañía, para que veas lo buen yerno que era. En esas volvió mi señora y, cuando me olió, casi nos mata a los dos. Aquella noche salí pitando, otra vez me tocó dormir en el coche. Mi mujer pasaba al lado a diario, pero no me encontró. Se volvió loca buscándome y así nos tiramos dos días. Se volvió loca buscándome. Menudo circo. Al regresar a casa, le conté que había estado todo el rato enfrente del portal, en el coche, para que terminara de subirse por las paredes. ¡Qué gozada, madre mía! ¡Menudo gustazo!

Lo escuchamos fascinados. Rara vez suelta prenda sobre su vida anterior a dejarlo.

Me da por relatar la anécdota de mi vecino evangélico que se hizo alcohólico por amistad conmigo. Resulta que al hombre lo fui acostumbrando poco a poco a beber. Acudía por las tardes a mi casa a tomarse una copita, dos, tres… Llegó un punto en que empezó a deslizar dinero por debajo de la puerta; yo lo recogía y lo esperaba con la bebida. Se pirraba por el coñac. Hasta que un buen día su mujer se dio cuenta. Me esperó a la mañana siguiente y me sacudió tal directo en el ojo que me dejó una semana con el moratón. Lo que no llegué a saber es si a él también lo había calentado.

Nos dedicamos a contar historias, a hablar del pasado como si fuera una realidad que brota de aquí mismo, del propio coche. Lo he dicho muchas veces: no hay nada más agradable que beber y andar rondando por ahí. Comparto con ellos mi proyecto del tren de los borrachos, que reciben con alborozo.

—*Oy*! ¿Y con los drogatas qué haces? —pregunta Ramza—. ¿A ellos no los aceptas?

—Venga, vale, les preparamos un vagón. Que por mí no quede. Y que no les falte de nada: jeringuillas, enfermeras majas… Como debe

ser. Ámsterdam.

—Bien.

Paramos en otra gasolinera. He empezado a entonarme poco a poco. Me miro en el espejo. Ojos despejados. Se me ha quitado la rojez, perfecto. Estoy vivo y coleando, solo que de camino hacia mi propia tumba. Proyecto: ¿salir por piernas? ¿Correr campo a través como un loco, botella en mano y con ansias de poner tierra de por medio? Un poco agotador para mi gusto, casi mejor quedarme tranquilito de una puñetera vez.

De vuelta al coche, Ramza:

—¿Sabéis? En la facultad, *moia jena*, o sea, mi mujer… mi mujer y yo estábamos ambos enganchados. Nos iban bien las cosas, teníamos un piso, y toda la gentuza de Chisináu venía a juntarse allí. *Bandity, podonky*! ¡Menuda panda! Aquello parecía Colombia. Dormían los unos encima de los otros, y nos pinchábamos en el primer sitio que pillábamos, un *show*. Pues veréis. Resulta que, una noche, nos dimos un buen fiestón. *Oy*! Nos pusimos todos hasta arriba y nos quedamos dormidos como buenamente pudimos. Me despierto por la mañana con una peste en casa que te mueres. Veréis, veréis… La cosa es que unos se habían despertado con hambre y se habían marchado a hacer la compra. Se agenciaron un gallo y unas cuantas verduras: cebolla, zanahorias, patatas, nabo, esas cosas. Luego volvieron y mataron al animal. Lo echaron todo a la olla, sin pelar ni nada. El gallo con plumas y todo. Las verduras, un poco de aceite… ¡Olía que te daba algo, *druzya*! Y ellos, ahí comiendo como si nada. No me molesté ni en ponerlos de patitas en la calle. Lo único que hice fue abrir todas las ventanas y volver a meterme en la cama.

La carretera se extiende frente a nosotros como una tenia. Un trayecto contagioso, así debería llamarse también el tren. Se me duerme varias veces la lengua, demasiado alcohol.

—Una cosa, chicos. Vosotros dejadme beber hasta que se me vaya la cabeza, que no tengo ganas de ver a estos ni medio sobrio. Sería un poco mierda.

—Vale.

Me siento seguro en el coche. Ideas locas, ideas sin lógica alguna. Quiero volver a Bucarest. Quiero seguir bebiendo, salir de fiesta, no morir hoy. Ni ser el de mañana, amargado y enfermo. Si acaso palmarla ahora mismo. No creía yo que. Precisamente así. ¿Pero cómo si no? Todo es un caos.

—Oye, tú —lanza Oruga a mi espalda—, ¿cómo es que estás solo a tus años? ¿Cómo has conseguido ese logro?

—Y yo qué sé, compañero… Tampoco me gusta ir contando mi vida por ahí. No se me dan bien esas cosas.

—Venga, hombre. ¿Nada de nada? ¿Cómo coño es posible?

—Pues durante una época sí tuve una historia en la facultad. Algo estable, quiero decir. Estable e inestable, porque ni siquiera llegamos a vivir nunca juntos. Siempre fue un poco como si ya no estuviéramos saliendo. Luego terminé la carrera, me marché y la cosa no tuvo continuidad. Así que pasó lo que tenía que pasar, supongo.

—¿Y desde entonces nada? No jodas, que han pasado más de diez años.

—Solo rollos. De unos días, unas horas… Digamos que no he tenido ni el tiempo ni la disposición para ello. Era echarle un vistazo a los que me rodeaban y no ver más que jaleo y discusiones; gente escapándose de casa, bebiendo a escondidas, prohibiciones… de todo. Pensé que era preferible no meterme en algo así. Mejor abstenerse.

—*Oy*! ¿Así que te has quedado solito? —se interesa Ramza.

—Sí, más solo que la una. Y no está nada mal, que lo sepas.

—Bueno… Ahora, sin ir más lejos, tendrías a alguien…

Mi capacidad de pronunciar palabras se agota como la tirada de un periódico. Ya no me veo muy por la labor de seguir hablando; vuelvo a encerrarme en mis pensamientos. Avanzamos despacio entre una hilera de camiones. Va a ser duro, lo sé, pero decido olvidarlo hasta mañana: no me motiva demasiado arruinarme la borrachera pensando en la ridícula rehabilitación. Mejor vivir el ahora, estos segundos lentos y borrosos; contemplar la carretera, los árboles, las mil cosas que van desfilando a cada lado y se ofrecen a mi vista. Al final eso es lo único que nos queda en la vida, los restos del camino y la belleza del paisaje. El río Olt, mi amigo de la infancia. El Olt, a cuyas orillas sacaba a pastar las ocas de mi tía. El Olt, donde aprendí a nadar. Qué bien, de nuevo a su vera. El río de la vida. Que Carón espere donde quiera, aquí no tiene sitio. El río, un lazo verdoso entre las montañas, la viva imagen de mi existencia entre los demás. Ahora tendría a alguien, dice. Pues resulta que no, ¿vale? ¿Y qué? ¿Acaso no puede uno no tener a nadie? *Words move, music moves, only in time. But that which is only living can only die*. Eso me dice mi cabeza. Qué razón lleva. Sabias palabras del poeta, por mucho que los poetas suelan mentir. Igual que yo. Miento haciendo temblar las palabras sobre una lengua temblorosa. Miento cada vez que me preguntan si… Porque no quiero decir la verdad; no quiero, y punto. Tampoco tengo ningún motivo para ser sincero, ni siquiera conmigo mismo.

¿Qué pasará mañana? Ni idea. Apoyada en el respaldo del asiento, mi cabeza ha dejado de ver. De oír. De articular palabra. Mi cabeza vuelve a dormir. Ella sola.

15

¿Es por la mañana? ¿O cómo? ¿Cómo llamamos al momento en que nos despertamos? Yo y mi cabeza, mi dolorosa amiga. Mi enemiga, de hecho. Es lo único que me duele, las demás partes del cuerpo me dejan en paz. El resto no duele. ¿Por la mañana entonces? Mi mirada consigue tomar apoyo en la ventana a través de la ola de dolor y mareo. Veo literalmente a través del dolor, es lo que hay. Recuerdo con una lucidez pasmosa todo lo que ocurrió ayer antes de dormirme, aunque tal vez lo correcto no sería decir «ayer», todavía tengo que aclararlo. Lo que no recuerdo es cómo llegué hasta aquí, pero eso es lo de menos. No hay duda de que me encuentro en la clínica; por lo menos ahora sé dónde estoy. Lo que pasara o dejara de pasar ya lo averiguaré. Sé que se avecina una temporada difícil y que me va a tocar rendir cuentas, pero tampoco va a ser ahora mismo. Me encuentro mal. Enseguida entiendo que no es buena señal, significa que no voy a tener forma de ponerme a tono. Mal asunto.

Pero lo que más me saca de mis casillas es la vergüenza que ha empezado a acecharme. Por ahora va y viene, pero tengo bien presente que dentro de unas horas no me va a quedar otra que dar la cara delante de todos estos y aguantar, si no sus palabras, por lo menos sus miradas. Me duele en el alma —ese rincón pequeñito y perdido entre otras tantas cosas—, no tengo ninguna gana. No quiero verme obligado a responder de mis actos, y no me parece muy correcto. Si alguna culpa tengo, la asumo y pago todo lo que haya hecho para mis adentros; pero ¿por qué voy a tener yo que responder ante unos extraños?

Clap. Clap. Ñiiic. Clap. Pasos. Una cabeza asoma por la puerta.

—¿Estás bien, amigo? ¿Todo en orden? ¿Tan en forma como siempre?

—Pues no mucho, Toby.

—Mira, tómate estas pastillas. No es que hagan milagros, pero te ayudan a calmarte.

Me las trago. El agua me sienta fatal. Sé que no debo vomitar, esta vez sí que no. Me tumbo y me relajo. Me noto el pulso en el cuello y en las sienes, se me duermen las manos. Tengo tan mal cuerpo que

hasta en la semioscuridad de la habitación veo borroso. Me levanto de la cama con un esfuerzo inimaginable y doy los dos o tres pasos necesarios para llegar al servicio. La orina no es que tenga un color muy allá que digamos. Sale en tono ladrilloso. «Ufff», se queja mi mente. Otra vez a pasar por eso.

Algún día habrá que tomar una decisión, aunque igual no hoy mismo: o bien sigo como hasta ahora, me recupero cada mañana y que todo marche mejor o peor; o bien lo dejo. Ya me he hartado de estar enfermo, en serio, no aguanto más verme así. Mira, por lo menos una cosa clara.

Despunta el día. No hay nada que me irrite más. Siento algo en la cara, del lado derecho. Una molestia. Una sensación de incomodidad. Me paso la lengua por los dientes y las encías en el punto concreto. Aprieto. Un dolor espantoso. Fulminante. Quiere decirse que hay algo podrido por ahí, otra vez. Solo me faltaba eso, porque de lo demás voy bien servido.

Amanece del todo. Me levanto. Ya no soporto seguir en la cama como un animal exhausto. De todas formas, tampoco iba a volver a conciliar el sueño, nunca lo consigo. Así, por curiosidad: ¿llegaré al menos una vez en la vida a dormir como es debido, sin despertarme más cansado de lo que me acosté? Debo establecer un plan. En lugar de ello, lo que hago de momento es prepararme un café instantáneo. Remuevo despacio la taza con su líquido negro espumoso. Con tal de no pensar, prefiero hasta darle vueltas con una cucharilla al contenido de un recipiente. Me pongo en pie, enciendo un cigarrillo y me apoyo contra la ventana equipado con mi tabaco y mi café. El paisaje sigue siendo el mismo. Los que suelen esperar el autobús para marcharse hace mucho que lo han hecho sin mí. Los odio. Tengo que pensar lo que les voy a decir a los de por aquí, mis compañeros de desgracias, y con toda probabilidad mis peores enemigos durante unos cuantos días. ¿Callármelo todo? Quizá sería lo mejor: hacerme el dolido y hablar y actuar como ellos. Una solución de compromiso. Pero en ese caso tendría que asumir mi vergüenza delante de ellos, no concederme a mí mismo ni la más mínima oportunidad de manifestar mi opinión sobre el tema. Como si lo oyera: «Nuestro compañero ha cometido un error, pero yo propongo que le demos otra oportunidad». El colmo de la generosidad, no ofrecer nada y hacer que la otra persona crea que acabas de poner el universo entero a su disposición, que está en deuda contigo. Todo va a girar en torno a si continúo o no con el proceso de rehabilitación. En los casos de recaída, como el mío ahora mismo, suele organizarse una sesión para debatir sobre el asunto. Acuden todos los terapeutas cual cónclave de obispos y se discuten las razones de la permanencia o no del sujeto. Luego se les pide a los pacientes su opinión. Los hay a favor y en contra, como en cualquier reunión que

se precie. Al final, por lo general, se decide que el paciente continúe con el tratamiento y prosiga su avance por la ilustre senda que conduce a la rehabilitación armado con una nueva lección aprendida y bien anotada en el manual de abstinencia que lleva consigo en la mochilita. Suena horrible. Antinatural. Increíble. Alucinante.

Otra opción sería acercarme directamente a la consulta del doctor en cuanto venga por aquí y explicarle lo que ha ocurrido. Jugar todas las cartas de la sinceridad y pedirle que no me invite a la reunión. Buscar todos los argumentos posibles para evitar el paredón, e incluso explicarle: «Señor doctor, yo no quiero hablar de mi vida con esta gente, mi vida no es de nadie más que mía, soy un caso único dentro de la terapia y no quiero, no tengo ninguna gana de rendirle cuentas a quien sea de mis actos, buenos o malos; la cuestión es que me gustaría seguir con el tratamiento, pero para eso va a tener usted que ayudarme a que no me saquen los colores en público; no lo soportaría, se hundiría el mundo bajo mis pies, y la historia entera de esta casa se convertiría en un enorme boquete que nos absorbería a todos, el primer agujero negro demostrado científicamente; así que yo creo que lo mejor es que me eche una mano para librarme de esos sentimientos tan desagradables». A lo que él respondería, seguro: «Lo que ocurre, como bien sabes, es que nosotros consideramos un paso fundamental en el proceso de rehabilitación precisamente el ser capaz de tolerar esos sentimientos de frustración, así que te pediría que fueras lo suficientemente maduro como para asumir el cara a cara con esta gente, que, en el fondo, no te desea ningún mal». Y yo le contestaría: «Pero es que yo no soy capaz de lidiar con la vergüenza, por eso llevo toda la vida solo y no he construido nada hasta ahora». Estoy convencido de que no me escucharía; lo de que la gente se pare a escuchar no entra dentro de lo normal, y la razón siempre está en otra parte. Así que sentenciaría con aire de superioridad, dándoselas de juez en funciones: «Tienes que entender que nosotros aquí nos regimos por una serie de normas, no podemos permitir que el resto de pacientes, que al fin y al cabo no dejan de ser tus compañeros, crean que te favorecemos y que toleramos la recaída sin hacer nada al respecto». «Pero es que no quiero, así de simple, y además siento que no puedo hacerlo», replicaría yo con el patetismo propio de una tragedia en pleno desarrollo. «Acudirás a la reunión —concluiría él inflexible—. O eso, o te marchas».

Una segunda opción, pues, que, dentro de la lógica absurda de la resaca y del malestar general, lleva sí o sí a poner punto final al esfuerzo terapéutico. Son ellos quienes, con todo el dolor de su corazón, deberían expulsarme; y yo quien, sin tanto dolor del mío, debería marcharme.

La puerta se abre de improviso a mi espalda y oigo aproximarse

unos pasos discretos. Me vuelvo. Ramza.

—¿Qué tal, *drug*? ¿Vas bien?

—Pues mira, estaba pensando en que las voy a pasar canutas con estos. Verás tú qué circo.

—*Oy*! Pero, ¿por qué? ¿Qué necesidad de montar ningún circo? ¿A santo de qué tienes tú que participar?

—Tú no lo entiendes: reunirse, flagelarse, hacer planes para disfrutar de las ventajas de la abstinencia hasta el lecho de muerte… Me va a tocar planificar en público hasta el aire que respiro.

—Tampoco es para tanto. Tú tranquilo, que todo pasa. Cumple y que le den. *I vsyo*! Venga, dime, ¿cómo te encuentras?

—Mal. Soy carne de hospital.

—*Oy*! ¿Acaso no se ha pasado Toby a verte? Eso me ha dicho.

—Sí, pero como si nada.

—Ya veo. Bueno, porque sufras unas horitas tampoco se acaba el mundo. Termina pasándose.

—Ya.

—Tú no te preocupes, ya sabes que puedes contar conmigo.

—¿De verdad? —mi mirada no se atreve a ir al encuentro de la suya.

—Claro. Ya iremos viendo lo que pasa.

Se marcha de repente, igual que cuando ha entrado. Yo y mis ideas. No soy capaz de entender a este hombre, ni a palos me entra en la cabeza su forma de ver las cosas. ¿Cómo se supone que tengo que interpretar lo último que ha soltado?

Agarro mi taza y salgo al porche. En cuanto aparezco, se congelan todas las voces. Como si obedecieran a una orden. Miro en silencio mi sitio junto a la repisa del cenicero, la persona que lo ocupa no tarda en echarse a su izquierda. Me siento con las piernas temblorosas, enciendo un cigarrillo y dejo la mirada perdida. Los demás se levantan y se van marchando uno a uno. Miro al infinito a través del ventanal. Me esperaba otra cosa. Lică sigue en su sitio. Se dedica a darle sorbos a su infusión mientras me observa. Puedo sentirlo, pero no tengo el valor de enfrentarme a su mirada. Me avergüenza, aunque sé que es mucho más inteligente que los que se han marchado.

—¿Qué has querido demostrar, amigo?

—Nada. No tengo nada que demostrar. Me dio por esas y me marché.

—Deja que te cuente una buena. De joven tenía yo un entrenador al que le gustaba darle a la botella. Una noche estábamos de fiesta bebiendo y perdiendo el tiempo en una cabaña en medio del monte. Una señora ventisca, así que no era momento para hacer locuras. Bueno, pues resulta que uno más jovencito, deseoso de afirmarse en el

grupo, cada vez que veía el vaso del entrenador vacío, le preguntaba: «¿Le sirvo, señor entrenador?»; a lo que el otro contestaba siempre: «Sirve, sirve». La cosa se repitió unas quince o veinte veces, hasta que el jefe, cabreado ya, le soltó: «¡A ver si, de tanto servir, te vas a hacer sirviente!». Y con ese mote se quedó: Sirviente.

Sonrío. Me suena raro.

—¿Y tiene moraleja esa historia?

—No. Bueno, precisamente esa: que no hay moraleja. La vida es como es.

—Ya.

—Me he quedado aquí para decirte una cosa. De hecho, te estaba esperando. Dame un pitillo, anda. Si no tienes suficientes, luego te compro yo.

Lo enciende mientras lo observo y espero a que continúe. Le pega unas buenas caladas antes de darle un sorbo a su infusión. Tengo la impresión de que todo está calculado para despertarme aún más la curiosidad.

—Te voy a decir por qué me he quedado: lo que has hecho es una estupidez. O por lo menos esa es mi opinión, aunque lo que crea yo o deje de creer no tiene ninguna importancia en este momento. Sospecho que ya debes de encontrarte lo suficientemente mal sin mi moralina de vejestorio cretino. Lo que quiero que sepas es que mi propuesta no ha cambiado. Puedes contar conmigo como hasta ahora. No te voy a echar la culpa de nada; es más, ya he olvidado lo que ha pasado.

Lo miro. Guardo silencio. Se levanta. Se marcha. Sin mediar palabra. Pienso. No pienso. Siento. Oigo a las vacas mugir. En el establo. Más allá del pórtico. No. Creo sonrojarme. Sinestesia, por lo visto. Sí. Mezcla de sensaciones. Me levanto. Rodeo el jardín. Vuelvo a rodearlo. Y otra vez. Camino demasiado rápido. Me pienso pensar. Regreso. Me siento. Jadeante. La campanilla forma un agujero en mis tímpanos, el sonido que más odio en el mundo. Chirría la puerta. La detesto. Pasa la gente. Miro a mi alrededor. Entran en el salón comedor. Algunos me saludan. Otros me ignoran. Me siento como el revisor del autobús. Escucho el ajetreo. Me suena familiar. Guardo silencio. La gente hace ruido. Me levanto y me marcho. De vuelta a la habitación. Donde todo es más familiar que el silencio.

La cosa está tensa. No necesito ser ningún genio para darme cuenta de que estos tíos quieren hacerme pedazos. Normal. Van a dar voz a todas sus frustraciones como si me estuvieran machacando. Y yo delante de ellos. ¿Cómo? Pues siendo yo. Y punto. Despojado de todo lo que puedan decirme, yo conmigo mismo allí plantado delante de ellos y del cónclave. He ahí la tercera opción, *tertium non datur*, que es

la que se llevará la palma. Tal vez. Gracias a ella puedo salir indemne de la sala. Gracias a ella puedo protegerme de la vergüenza, mostrarme tal como soy, cuando lo que todos esperan es que me avergüence ante ellos. Pero la verdad es que ante quien me avergüenzo es ante mí mismo. Me considero mucho más importante que ellos. La persona más importante para mí mismo soy yo, y así se lo pienso decir. No me avergüenzo ante sus miradas, ni me inspiran ningún miedo. Pienso luchar hasta la última gota de sangre de mi ser por la poca dignidad que aún me queda. Lucharé contra ellos por deber, por necesidad, por convicción. Les mostraré que no hay quien aplaste el espíritu de un ser humano, y que el camino hacia la redención no debe pasar por la humillación. No necesito su piedad, no necesito ser aceptado en un grupo de gente que, básicamente, es igual que yo. Así que, aun a riesgo de parecer el tipo más engreído del mundo, tengo intención de defenderme. No voy a ceder ni un milímetro, luego ya veré lo que hay que hacer.

La puerta me arranca de mi ensoñación. Sus interrupciones se han convertido ya en una costumbre. ¡Qué trasto más insoportable!

—Jefe, el doctor te llama a confesión. Venga.

—¿Ahora?

—Ahora. Creo que ha venido especialmente para ello. Está bastante cabreado.

Me lleno el pecho de aire, enciendo un cigarrillo y me lo fumo como si se tratara de la última voluntad de un condenado, aunque sé que tampoco pueden hacerme nada. Entonces, ¿a qué viene tanto enfado?

Subo las escaleras. Otra vez. Avanzo despacio para estirar el tiempo. Inspiro. Espiro. Me siento en un escalón medio mareado, se me pasa. Termino llamando al marco de la puerta abierta, una buena forma de señalar mi presencia.

—Buenos días.

—Siéntate.

Me observa como a una cucaracha. Ni más ni menos.

—¿Qué ha sido esto? —me suelta en tono seco.

—¿Cómo?

—¿Qué mosca te ha picado? Escapadas a las tantas, borracheras, probablemente otras cosas, compañeros que salen a buscarte en contra de mi voluntad… ¿De qué va la historia?

—Ni yo lo sé. Sucedió y punto. No tengo claro por qué.

Me mira largo y tendido, casi en exceso. ¡Hay que ver lo que le gustan las miraditas! Me dan ganas de decirle que se ande con cuidado, no se vaya a dislocar un ojo. Me contengo.

—Imagino que serás consciente de que ahora mismo no estás en

muy buena situación…

—Sí, la verdad es que me encuentro bastante mal —lo interrumpo sin miramientos—. Creo que debería tumbarme un rato.

—No me refería a eso, y lo sabes. Hablo de tu permanencia aquí. Voy a someterla a debate hoy, tengo la obligación moral de hacerlo.

—Pues si está usted obligado, hágalo. Es su trabajo, yo qué quiere que le diga…

—¿No tienes nada que alegar en tu defensa?

—No me defiendo, doctor. No tengo de qué defenderme.

—Entonces nos vemos en la reunión —concluye mirándome con crudeza.

—Allí nos vemos. Hasta ahora —le respondo de vuelta con los ojos despojados de cualquier sentimiento.

Me pongo en pie. Soy todo un héroe. El último héroe vivo, o incluso el primero, porque todos los demás han muerto para convertirse en esto. A mí aún me queda. La historia se reescribe justo así, aquí y ahora. Salgo al porche. Silencio repentino. Está claro que tengo la peste. La lepra. Otras enfermedades aún desconocidas para el hombre, pero muy contagiosas. Se marchan todos. Nos quedamos el ventanal y yo. Y el jardín desolador de principios de otoño. Entiendo que he emprendido un camino hacia la rehabilitación, y que toda esta gente de por aquí, con sus más y sus menos, va en mi mismo barco. Entiendo que debería lamentarlo. Lo entiendo todo, toda la teoría que ha llevado a crear este tipo de centros. Pero no me sale a mí jugar con las cartas de su baraja. En mi corazón no hay lugar para ello. En mi corazón caben muchas cosas, pero no los sentimientos de esta gente. Me habrá hecho así la calle. O la vida. La soledad tal vez. Pero el caso es que así soy y así seré. Un hombre desgarrado, pero básicamente íntegro.

Subo a la habitación. Intuyo que nadie va a quedarse en el porche mientras esté yo allí, me he convertido en un paria. Qué cosa más rara, que te dejen al margen del propio margen. Eso sí que no me lo esperaba. Me viene a la cabeza la imagen de un pirata de la época colonial expulsado de la misma isla donde lo han dejado solo, abandonado, *aislado*. Buena analogía, sí señor. Te dejamos solo, pero te invitamos a marcharte, aquí ya no sirves. Un horror de idea. Cuánta severidad. No tengo ningún plan, me dedico a leer sentado al borde de la cama. No hay nada mejor que hacer cuando tampoco tienes otra cosa que hacer. Desfilan por mi cabeza los confines del mundo; y yo con una bandera en la mano donde se lee: «Exiliado. Se quedará aquí, en el margen». Así que tampoco es casual que me hayan alojado a un extremo de la casa. Un maleficio. Un hechizo de vieja. ¡Que me consuman las llamas y me devoren el cáncer y las pústulas! ¡A

pudrirme en una cuneta! ¡Que me corten la cabeza! Pues muy bien, porque tengo un dolor de cabeza de tres pares de narices. Que vengan y me la corten. Pensaré con el culo, como de costumbre. Sigo sintiéndome un héroe. El ambiente está que arde. Me las voy a ver contra el ilustre clan de los donnadie. Que suene la música.

Justo entonces arranca la campanilla. No hay casualidades en este mundo. El cencerro ese tiene vida propia. Le da forma hasta al tiempo, ahora me doy cuenta. Cuando me marche de aquí lo hará también el maldito artilugio, seguro. Tiene que desaparecer como sea esa máquina de cortar las horas. Quién sabe, igual así cambia este lugar de algún modo, y la acción llevará mi firma. Para variar: autor de cosas que la gente ignora. Al margen de la propia idea de autor, al margen de toda exterioridad, justo en ese punto donde las cosas empiezan a no ser nada. Mi lugar preferido del mundo, y en él pienso seguir.

Un zumbido. Una especie de sonido que saca de quicio. La dichosa configuración del teléfono. Vibración se llama. Un nombre en la pantalla. Indeseable.

—Buenas, hombre, ¿qué tal?

—Pues ya ves, por aquí. ¿Tú?

—Bien, hermanito. Oye, me viniste con que si necesitabas ayuda y ahora estos me bombardean a llamadas. ¿Qué ha pasado contigo?

—Nada. Me dio la ventolera y me agarré una buena, ya sabes.

—Muy mal. Cuídate, que así no arreglas nada. De todas formas, estás hecho un desgraciado.

—Anda y que te den…

—¿Acaso has vuelto a llamar a mamá? ¿Sabes algo de ella?

—No. No sé qué decirle.

—No tienes corazón, chico, ni una pizca siquiera. Pareces de piedra. Todos los días me pregunta por ti.

—Deja, anda, que para enterarse de desgracias… mejor que no sepa nada. Como le cuentes algo, te reviento.

—¡Vete a tomar por culo! Siempre estás igual…

—¡Tócate los…! ¿Me vas a mandar tú a mí a tomar por culo?

Ya ha colgado. He sido el único en escuchar la última frase. Le dedico en vano una ristra de insultos. Tendría que estar escupiéndoselos a ella, no al aire que me rodea. Fracaso total. Una gilipollas. Un día me voy a enfadar de verdad. En serio. ¿Pero es que va a hacer todo el mundo lo que le dé la gana conmigo? Algo no cuadra en todo esto. Tal vez lo más lógico sería bajar el telón y no se hable más, cerrar la boca y largarme. Si tan malo soy para ellos, ¿a santo de qué seguir esforzándome? Igual se resuelve la situación, pero se le notarán las costuras. Sé que ya llego tarde. Vamos a la reunión. A

ver en qué queda la cosa.

El pasillo cruje bajo mis pies. Hay algo siniestro en ese sonido; no soporto el hecho de que la gente esté al tanto de cada paso que uno da por aquí. Tal vez haya una intención oculta detrás. Tengo que pensarlo.

Entro. El salón está a rebosar. Miradas que me sopesan, me colocan en el ataúd y me pegan dos tiros. En el centro, el doctor. Flanqueado por sus pares. El círculo terapéutico lo completan mis compañeros. Me sonrojo. Reina un silencio incómodo. Hace apenas unos segundos aún se oían sus voces con claridad. Así que mi único compañero es el silencio. Aunque no creo que dure. Me siento donde siempre, dos sitios a la derecha del doctor. Los observo relajado, los mido, los acuso a su vez con la mirada. Al final he terminado queriendo estar aquí, librarme de una vez de esa vergüenza que me obsesiona y me asfixia. Hablar del problema e intentar zanjar el asunto. Decirles la verdad, cuestión de ética. Y voy a hacer que me escuchen.

—Prosigamos —anuncia el doctor antes de dirigirse a mí—. Bienvenido de nuevo.

Sonríe. ¿Por qué?

—Bueno —surge una voz, la prolongación de un tipo bajito de mediana edad—, pues el caso es que a todos nosotros nos ha afectado la salida del compañero. Toda nuestra determinación y nuestras metas se tambalearon ayer. ¿Por qué os calláis todos, hombre? Ya le habéis vuelto a coger miedo.

Lo miro sin alterarme, con el rostro apoyado en la palma de mi mano derecha. No hay nada ahora mismo capaz de hacer que me mueva y abra la boca. Quiero escucharlos.

—Os habéis callado. Ha sido entrar él y quedaros sin habla. Yo quiero que se marche, quiero que se lo expulse del grupo.

—Me gustaría escuchar otras opiniones —continúa el doctor.

Levanta la mano un chico adicto a las drogas blandas y a la heroína. Habla con timidez, aún piensa que está en el colegio.

—Puede que el compañero haya cometido un error, pero ¿por qué vamos a apalearlo? ¿Qué haríamos nosotros en su lugar? Venga, decidme, ¿qué haríamos?

Otra mano, un hombre tranquilo, de pueblo:

—Yo digo que nosotros a lo nuestro. Que haya metido él la pata o no, es su problema. El mío no va a ser, desde luego…

Me percato de que faltan Ramza y Oruga. ¿A qué se deberá? Se lo preguntaré. Lică está pensativo. Se limita a estudiar a todo el mundo con una sonrisa fría sin hacer ningún aspaviento.

—Hay más opiniones —interviene a mi lado la voz del doctor—, pero seguramente lo principal sea escuchar la suya. Nadie sabe mejor

lo que ha pasado, aunque por la conversación que mantuvimos esta mañana, ni siquiera él lo tiene muy claro. Así que, si haces el favor, te cedo la palabra.

Me hundo aún más en la silla. Me atuso la barba y pienso por dónde empezar.

—Dejad que os lo explique, queridos. Llevo aquí una temporada intentando dar con un plan, algo que me ayude a resolver mis problemas; que por cierto no son solo de adicción, como algunos sabéis. He estado dándole vueltas y más vueltas, venga a pensar, día y noche. Nada. Cualquier conclusión a la que llegaba resultaba ser una puñetera mierda. Al final, ante la falta total de soluciones, terminé por llamar a casa. Bueno, «casa» es mucho decir, pero tampoco se me ocurre otra palabra. El caso es que me topé con un rechazo absoluto, demasiado duro de asimilar. Al cabo de una noche sin dormir en la que no dejé de pensar en la mejor manera de ponerme hasta arriba, acabé cediendo. El resto es historia. Y debería seguir siéndolo.

Un silencio tan plomizo que inunda hasta las grietas de las paredes. Todos me observan como en el teatro, aunque estoy muy lejos de ser su actor favorito. La voz del tipo bajito corta el aire como un trueno:

—¡Patrañas! ¡Patrañas de tres al cuarto! Así que resulta que ahora, después de lo que has hecho y de habernos jodido bien a todos… ¡Una mierda! ¡Que nos quedemos calladitos y te dejemos en paz…! ¡Eso quisieras tú, que nos calláramos! Pues no, señor, no me callo. Mejor te vas, te largas por donde has venido y dejas que los que quedamos nos ocupemos de lo nuestro.

—Buenooo… Pero ¿qué te pasa, colega? —lo mira un compañero como si fuera un mono, asombrado por su indignación.

—¡Pues claro que sí, hombre! ¡Que se largue! ¡A ver si ahora voy a tener que estar yo aquí contemplándolo como si no hubiera hecho nada!

—¿Y por qué me voy a ir? —pregunto sin alterarme—. Vamos a ver, Călin, ¿qué te pasa?

—Pues porque sí. Que te largues, eso voto yo —se calla, enfurruñado, planta la mirada en el suelo y se dedica a juguetear nervioso con su mechero.

—¿Otras opiniones en relación con lo que ha dicho el compañero? —la voz del doctor trata de calmar los ánimos.

—Que se vaya.

—Creo que no procede que siga con la terapia, ya nos contó que en el hospital hizo tres cuartos de lo mismo.

—Es un mal ejemplo para todo el grupo. No está bien que siga aquí.

Los miro sonriente. Tampoco tengo nada que decirles. Es su opinión y ellos sabrán lo que hacen con ella, eso por descontado. Pero aún me queda algo por averiguar:

—Una cosa, Călin: ¿qué es lo que te ha molestado tanto, hombre?

—Que te hayas puesto hasta arriba —me mira enfurecido—. Que hayas salido por ahí y hayas vivido la vida como si nada, mientras que nosotros… nosotros aquí como idiotas pensando en lo que pasaría si…

—¡Manda narices! ¿Es que acaso es problema mío lo que quieras tú o dejes de querer? —le clavo la mirada en los ojos; es la única opción, dejarlo en evidencia.

—No es tu problema, pero aquí hay unas normas y tú las has incumplido. Así que… —Sonríe con aires de superioridad.

Esta vez me la ha metido.

—La hostia… No hago más que oíros decir lo mucho que queréis que me marche. Pues no señor, no me marcho. Por lo menos, no hoy. Me quedo unos días, le doy un par de vueltas y os comento. ¿Puedo, doctor?

Todas las miradas esperan su veredicto. El doctor lo consulta en silencio con Tică, pero los ojos apesadumbrados del viejo lo hacen dudar. Observa largo y tendido a todo el mundo, como calculando las mil y una posibilidades del asunto. Por fin:

—Dado que se trata de la primera infracción, no creo que debamos aplicar la exclusión del grupo. Eso sí, durante dos semanas no podrás abandonar la clínica. No se te permitirá salir por ahí ni siquiera acompañado. Para que me entiendas: estás como el primer día. Como la cosa se repita, ya puedes ir haciendo las maletas —echa chispas por los ojos, no hay duda de que está enfadado—. Y tampoco creo que estés tú precisamente en posición de buscarles las cosquillas a tus compañeros.

—Pero si…

—¡No hay «pero sí» que valga! Si al menos encararas la situación con más tacto… Pero es que tú también tienes unas formas…

—Es cierto. Señor doctor, estimados compañeros —declamo en tono histriónico; ahora toca mendigar una pizca de piedad, fustigarse, ay de ti, pecador—, soy un desgraciado, me he emborrachado. Tengan piedad de mí, se lo ruego. Tengan piedad de este pobre pecador.

—¡Toma ya! ¡No os lo perdáis! ¡El tío sigue riéndose en nuestra cara!

—Tal vez deberías ser un poco más discreto —me aconseja el doctor conteniendo a duras penas el cabreo.

—Pues claro que debería, doctor, desde luego. Pero ¿no ve que me están condenando por una cosa que todos los que hemos venido a dar aquí llevamos haciendo toda la vida casi a diario? La paciencia de uno

tiene sus límites, ¡qué coño! Claro que lo siento, aunque solo sea por haberle dedicado casi tres meses a intentarlo. Pero, mira, Călin, lo que no voy a sentir es lo que haya podido hacerte a ti. Si por alguien lo siento es por mí, hombre, eso es lo que no entiendes. Por mí, y punto. Me encuentro fatal, voy a fumarme un pitillo y a tumbarme un rato. Disculpadme.

Cruzo la puerta con toda la tranquilidad del mundo, voy corriendo al servicio y vomito lo que no está escrito. Hasta aquí he aguantado. Veo toda mi vida pasar por delante de mis ojos, que cuelgan de mi cabeza medio hundida en el váter; resuellos, sonidos de muerto, me agarro desesperado a la tapa, me falta el aire, lo veo todo granate y después blanco, suplico una bocanada de oxígeno, jadeo, me tiembla todo el cuerpo, respiro, vuelvo a vomitar, todo se reduce a ese líquido miserable que me envuelve y devora, así no puedo vivir, puta vida, que le den por culo, estoy hecho una mierda, no hay quien me saque de esta posición fetal aferrado a una taza de váter.

Tira de mí una mano salvadora. Mis ojos distinguen el rostro de Oruga cargado de preguntas. Me pone en pie. A su espalda asoma Ramza con una toalla. Entre los dos me llevan a la habitación. Aparece Toby con una jeringa. Lo veo borroso.

Oigo como en sueños: «Menudo mono lleva el amigo, me cago en la… Va a empezar con las convulsiones».

El breve pinchazo de la aguja en mi cuerpo tembloroso. Blanco. Caras amigas inclinadas sobre mí. Oleadas de blanco surgiendo de todas partes y cubriendo hasta el último recoveco del mundo. Paz. Una tranquilidad insospechada.

16

Cuatro días acostado. Enfermo. Con un mono que casi ni hubiera podido imaginarme, de película de terror. He sudado tanto que me he quedado sin camisetas. Ramza lo ha arreglado rápido: ha ido a comprarme más. Estoy más seco que la mojama, todo intento de beber agua deriva en un carrusel de vómitos violentos y convulsiones. Mi cuerpo debe de haber llegado a un punto en que ya no aguanta más, aunque, por una especie de milagro que no consigo explicarme, sobrevivo. A duras penas, eso sí. Oruga se ha mudado a mi habitación, hace de canguro improvisado. Lică se pasa cada media hora; tenga o no faena, por lo menos asoma la cabeza por la puerta y sonríe. Nos ha comentado que él no pensaba que la cosa podía llegar a estos extremos. En cierto modo es comprensible. Su papel se traduce en una enorme inversión en cigarrillos y capuchinos. Café solo no me dejan tomar.

Me he dedicado a repasar mi vida con esta gente, debo de haberles contado ya varias veces prácticamente todo lo que me ha pasado a lo largo de los años. Hasta les he dejado leer algún que otro fragmento de la novela que con tanto secretismo llevo escribiendo todo este tiempo. Oruga, con su alma de jesuita, no deja de insistirme en que lo que debería hacer es poner este sitio por las nubes. Cantarle alabanzas, vaya. Por mucho que me esfuerzo en explicarle que no critico nada, que se trata solo de mi opinión y de una cierta forma de ver una situación totalmente hipotética, él sigue erre que erre con lo suyo y no deja de recriminarme. Resulta que soy —vaya por Dios— un desagradecido. Un día me tiré cinco minutos insultándolo sin parar. Hay que ver lo que le cuesta dar su brazo a torcer. Está hecho un desgraciado sin gracia, tal cual se lo he soltado más de una vez. Y mira quién fue a hablar. Ramza se pone de mi parte, vamos, que apoya al autor. *Velikii avtor*, el gran autor vivo, como me llama él. Lică no se mete, aunque nos ha dicho que parecemos, como poco, unas viejas marujas, y que nos va a comprar unos pañuelos para que vayamos equipados como se merece. Tampoco cree que esta historia de tres al cuarto dé para escribir un libro. Si acaso —eso suponiendo que conozcamos al director y nos enchufe—, una obra de teatro protagonizada por una panda de imbéciles. Lo que sí me ha propuesto

es contarme su vida para que la escriba, que talento tengo, y seguro que el tema me convierte en un escritor como la copa de un pino. «Sí señor, una grandísima propuesta, a la altura de un tiarrón de metro noventa», le contesté. Escribamos, pues, sobre la gente de altura desde las alturas. Nos pondrán por todo lo alto, claro que sí… unos cien tarados dispuestos a trepar hasta donde no llega ni la corriente eléctrica. ¡Gloria pura! El señor Escritor, jinete del Apocalipsis, cabalgando a lomos de un burro medio *punk*.

Al día siguiente creí que me encontraba mejor, pero fue un espejismo. Por la noche vomité hasta el cerebro, las tripas y un trozo de rodilla, o eso me pareció a mí. Me dieron caldo de repollo, el quitapenas del pueblo. A partir de ahí, la cosa tomó un cariz preocupante: si ya de por sí tenía muymuymuymuymuymalcuerpo, con eso ya me dejé el estómago tan hecho polvo que casi me avergüenza explicarlo. Mi organismo empezó a eliminar agua por todas partes, se me escurrieron hasta las ideas; agua y más agua, como un globo acribillado, por todos los orificios, no hace falta describirlo. Viví encerrado en el servicio y me tiré horas lloriqueando por los rincones: no había escapatoria. La salvación vino del piso de arriba: el doctor me obligó a tragarme unos polvos cuya composición solo él conocía y que me provocaron una deshidratación aún más fuerte, más tentativas de beber líquidos y otros tantos vómitos de una intensidad que rozaba lo sinfónico. Un géiser, eso era yo. El hombre-chorro. Una marioneta en manos de un destino indiferente a todo. Entre resuellos, maldije mi propia existencia, me acordé de mis muertos, repasé el calendario ortodoxo de arriba abajo, me quejé de tanto vómito y me juré a mí mismo por lo más sagrado que no volvería a probar nada en mi vida, ni aunque me torturaran. Adiós a la bebida, a la ketamina, al hachís, al cannabis, a mis coqueteos con las drogas blandas, al diazepam con vodka, a la cerveza matutina con coñac, a la cocaína con whisky, a la metanfetamina, a la codeína con glutetimida, a los puñados de anticonvulsivos de toda clase bañados en alcohol de buena mañana, al vodka inyectado en vena, a mis intentos con el LSD, a todo. Por lo menos pude leer. Leí sin parar, para olvidar, y por ese lado sí que disfruté lo mío, que ya es algo. Me encantó *El perdón* de Jankélévitch. Me gustaría compartirlo con todo el mundo, en cualquier momento. Luego me puse a recorrer al detalle *La familia Moromete* por enésima vez.

Al tercer día mejoré, e incluso pude comer algo, una sopa y unas cuantas patatas fritas. Mi gran amigo el temblor no desapareció, pero empecé a poder levantarme a ratos de la cama. Ahora lo escribo todo como un moribundo en su lecho de muerte porque así es como me he sentido. He deseado morir y librarme de todo, pero ningún dios piadoso me ha tendido la mano. ¿Por qué? Pues porque no le habrá

dado la gana.

El doctor ha acudido a verme a diario, me ha eximido de oficio de todas las tareas de la clínica y por lo general ha sido bastante amable contra todo pronóstico, a juzgar por nuestra última conversación, cualquier cosa menos amistosa. También hay que decir que quiso ingresarme en el hospital para que me trataran, aunque cuando me negué tampoco insistió. Al contrario, se sentó al borde de la cama y se entretuvo hablando conmigo de sus intentos por hacer las cosas bien, de los malentendidos de la vida de terapeuta, de la posición a veces ingrata en la que se encuentra, de otros pacientes y otras recaídas, del tóner de la impresora, que siempre lo deja colgado en el momento más inoportuno, de su ansiada excursión veraniega a Thassos, de los planes de construir otro edificio, de un proyecto más amplio a nivel internacional que le quita buena parte del tiempo que tendría que dedicarle a la clínica, de esto y de lo de más allá. Se pasó una hora hablando con ese aire de quien no va a marcharse a ninguna parte porque está haciendo justo lo que toca en ese momento, y de algún modo terminé entendiéndolo, por mucho que al principio no quisiera hacerlo. Por fin, se marchó tras desearme mucha salud y prometerme que se pasaría al día siguiente.

Los demás compañeros también se han acercado a verme con la excusa de un cigarrillo o cualquier otro asunto. Se las han arreglado para dejarme caer que vuelvo a formar parte del grupo, sin preguntarme siquiera si es lo que me apetece. Ya se sabe que el sufrimiento ajeno nos despierta compasión, lo tenemos claro desde Aristóteles, y parece que la historia se empeña en repetírnoslo a diario. Siniestra realidad. Pero el caso es que a mí lo de tener que tragarme su compasión me da una vergüenza tremenda. Preferiría otra cosa, vivir en una civilización distinta, qué sé yo. Así a lo tonto, han sido cuatro días muy complicados que no me gustaría repetir bajo ningún concepto.

Aquí estoy ahora temblando en el porche. He salido de la habitación y me he vuelto a mi puesto. Con mi cigarrillo y mi café instantáneo, a la sombra, de nuevo yo. Con mis compañeros medio amodorrados, la eterna ristra de chistes malos y una humareda tan espesa que puede cortarse con cuchillo. Contemplo sentado en el porche la llegada del otoño, sin gran cosa que contar. No es ni mucho menos ese silencio oscuro y melancólico del poeta, sino el mutismo cansado de quien sigue convaleciente tras la enfermedad. Me limito a buscar con la mirada el otoño, esas hojas que se resisten a caer como a mí me gustaría, las nubes y la lluvia, algo espectacular que me saque de la monotonía. Pero nada, ni el más ligero golpe de viento. Un día apacible y medio nublado de otoño.

A partir de aquí debería intentar hacer planes. Construir algo, lo

que quiera que eso signifique. He leído en el libro que me lleva acompañando todo este tiempo que la rehabilitación debería basar sus primeros pasos en restablecer las relaciones y un estilo de vida más saludable. Lo de las relaciones supone dos cosas: reinstaurar el contacto con uno mismo y con los demás. En cuanto a lo del estilo de vida, si lo he entendido bien, se refiere a renunciar a las antiguas costumbres y verlo todo de modo más positivo. «Fenomenal, justo lo que mejor se te da», interviene mi lado irónico. En ese caso, ¿qué podría significar una vida mejor? No hay nada tan inquietante como tener que construir a partir de la nada. O, mejor dicho, no hay nada tan doloroso como la idea de renunciar a todo lo que alguna vez has sido en nombre de un bien incierto, remoto y escurridizo; hacer *tabula rasa* con tu pasado —que, por muy alejado que esté, no deja de representar lo que eres— y emprender un camino que ni siquiera conoces.

De la cocina sale Lică muy preocupado. Me suelta sin más:

—Quiero que hablemos después de comer.

Desaparece por la puerta tal como ha venido. No entiendo nada, pero tomo nota. Vuelvo a mis pensamientos. Es odioso. Me ha entrado miedo últimamente: demasiadas incógnitas a mi alrededor.

Las horas transcurren a duras penas, demasiadas para tratarse de un día en que se supone que me encuentro mejor. Espero sentado en el porche. Ha dicho que iba a venir, y está claro que lo hará. Me fumo la vida. Un cigarrillo tras otro. Soy un soplete. Mi reino por una calada más, mi objetivo en este mundo. Aparece Lică pegado a su infusión, como de costumbre. Parece abatido, pero dispuesto a desahogarse.

—¿Cómo te encuentras, amigo?

—Como si estuviera en lo alto de un catafalco.

—Ya veo. Qué te iba a comentar… Yo dentro de unos días me marcho de aquí. Vale, ha sido una experiencia extraordinaria, pero ya voy servido. Tengo muchas cosas que hacer, tampoco puedo ausentarme de mi vida para siempre.

Lo observo con interés. ¿Irá a parar donde yo creo?

—El caso es que no he dejado de darle vueltas. Deberías venirte al monte. Me ayudaría mucho tener cerca a alguien como yo, que conozca mi historia y pueda ayudarme a pasar página. Estoy cagado, amigo, cagado perdido. No hago más que pensar estos días en lo jodido que va a ser poner en práctica lo que construimos aquí. Tengo mucho miedo. Llevo años viviendo como buenamente he sabido: he construido, he destruido, he hecho lo mismo que hacen otros, y en cierto modo ha funcionado. El problema es que no sé si voy a ser capaz de vivir sin mis hábitos.

—¿Y yo qué quieres que pinte en todo eso?

—Pues vigilar. Necesito un vigilante. Ver a alguien luchar como yo, a mi lado, mi vigilante. Así sabría que, si él puede, yo también. Aguantaría mejor todo el tormento —me lanza una mirada fugaz—, y a ti también te vendría bien, ¿no?

—Sí, desde luego.

—Al menos al principio, tendrías donde quedarte y superar la primera fase. Y no te faltaría de nada para llevar una vida normal, como en una familia.

—Bueno, de todas formas, tampoco sé muy bien lo que significa eso.

—Pues aprendes. Que tampoco es tan difícil vivir, hombre.

—¿En serio? —lo miro asombrado, hasta ahora no se me había ocurrido.

—Claro. Tú piénsatelo. ¿Qué coño tienes qué perder?

—Nada, la verdad. Realmente no tengo nada que perder.

Se marcha. Me quedo escuchando sus enérgicos pasos al subir la escalera. Recorro el jardín con la mirada. Las casas perfectamente alineadas a lo largo de la calle; los tejados, para ser más exactos. Las cigüeñas que aún no han migrado. Allí apostadas, de pie, observándonos entre risas. Solo así consigo imaginarme las cosas. Me ha dejado espantado pensar en la nada. Odio ese tipo de verdades de mierda.

Subo a la habitación, enciendo el portátil, cierro la bazofia de película que llevo viendo cuatro días —ya me la sé de memoria—, abro el archivo de la novela. Igual debería seguir escribiendo, al menos sería una forma de desahogarme de todos mis problemas. Utilizar la escritura para salir. De mí mismo. Del miedo. De la punta de estos dedos que siempre han estado ahí, los responsables de todo. Salir de la nada, a fin de cuentas. De lo que he conseguido hacer hasta ahora, o sea, nada. Me ha quedado claro que mi interior no es lo mejor del mundo, que debo dirigirme hacia el exterior y escarbar, escarbar con uñas y dientes y con todo el cuerpo para salir de la sórdida cueva que llevo en mis entrañas. Un inmenso vacío dentro de un mundo que, sospecho, no está tan vacío. Ando sobrado de pesimismo.

Cierro con violencia el portátil, le sacudo un puñetazo a la carcasa, me levanto y salgo de la habitación hecho un loco. Otro fracaso. Se me pasa fugazmente por la cabeza la eterna escena del escritor americano sentado delante de su máquina de escribir, incapaz de hacer ningún gesto, mirando paralizado las teclas y bebiendo con la esperanza de un arranque de inspiración que nunca llega. Me planto en el jardín, echo a andar muy decidido a través de la capa de hojas que lo cubre todo

con una alfombra irreal, amarilla y ocre. Aún se ve alguna mancha de hierba por aquí y por allá, no está nada mal la postal. Me siento al llegar a lo alto de la colina, lejos de todo lo que me imagino yo que significa este mundo. De la civilización, o como demonios se llame. La cabeza me da mil vueltas, escribo para mis adentros el mejor capítulo de novela que he parido en mi vida y lo olvido enseguida; solo me queda un regusto entre amargo y salado en la lengua. Me levanto de allí, cubierto de puñeteros bichos.

Irrumpo en la habitación y me abalanzo sobre Lică. Me siento a su lado en la cama.

—Voy a ir. Ya está. Decidido. No sé qué coño haré allí tan lejos de la ciudad, pero voy a ir. Ya me dirás cuándo.

—El viernes, el sábado… cuando quieras.

Me acerco a ver a Ramza y le doy la noticia a mi manera, sin más detalles de la cuenta. Dice que se pasará a visitarme. Comprensión infinita. Ya sabía él que tarde o temprano acabaría entrando en razón.

—Dime, ¿necesitas algo para llevarte? ¿Algo en concreto?

—Y yo qué sé… Ni siquiera tengo ropa de invierno. Estará por algún rincón de casa, en el desastre de armario-habitación, pero tendría que ir a recogerla.

—Olvídate, que ya encontraremos algo por aquí. Mañana por la mañana salimos a ver.

Lo dejo. Voy corriendo a ver a Oruga y le cuento lo que he decidido. Me mira encantado, le parece bien que haya encontrado una solución. Él llevaba unos días dándole vueltas por su lado y no se le había ocurrido nada.

La siguiente visita se la hago al doctor. Le comento mi decisión. Se le ilumina la mirada y sonríe.

—Solo espero que tomes buenas decisiones, porque nadie lo hará en tu lugar, absolutamente nadie. Y nadie te va a atar de pies y manos, tú solito decidirás lo que mejor te convenga. Como siempre.

—Pero…

—Aquí tampoco te hemos atado de pies y manos, no te hemos obligado a hacer nada. Lo que hemos intentado todo el equipo es abrirte el camino y apoyarte de la forma en que tú has querido que te apoyemos. Nos hemos saltado las normas por ti, es lo que hacemos por todos los pacientes. Llámanos de vez en cuando, estés donde estés.

De la consulta paso adonde Trică, que recibe la noticia con mutismo. Se levanta, coge un CD de la biblioteca y me lo ofrece.

—Un recuerdo. Para que de vez en cuando disfrutes de algo exclusivo de aquí.

Es un disco de música griega, melosa y cargada de *pathos*, como solo pueden estarlo algunas melodías de aquellas tierras. Ya lo he

escuchado otras veces. Lo pondré a buen recaudo. Nos fumamos un cigarrillo en silencio y hablamos de todo un poco, excepto de cosas tristes. Al salir al pasillo, oigo que añade:

—Iré a visitarte. Cuenta con ello. Y pienso encargarte una de tus obras, que no hay mejor cura… que una buena escultura.

Me retiro a mi habitación. Me he quedado sin nada más que decirle a nadie, lo único que quiero es guardar silencio.

AGRADECIMIENTOS DEL TRADUCTOR

El traductor quisiera expresar su más sentido agradecimiento a Mihai Iacob, Victor Arbe, Iolanda Vasile, Adrian Frandeș, Maria Teodorescu, Anastasia Gadja, Diana Borzoș y Albert Denn por haberlo acompañado y guiado en esta tortuosa a la par que fascinante bajada a los infiernos del lenguaje. Compartida, la traducción se convierte en la más saludable de las adicciones. También, y no en último lugar, al equipo editorial de Automática, por allanar el camino y desbrozarlo con la paciencia de quien sabe que lo importante no siempre es llegar.

AUTOMÁTICA EDITORIAL le agradece la lectura de este libro. Esperamos que disfrutara de él tanto como nosotros y le animamos a que lo recomiende, lo preste o lo regale a sus amigos.

En nuestra web www.automaticaeditorial.com podrá encontrar información sobre nosotros y nuestro catálogo. Asimismo le invitamos a que se ponga en contacto con nuestro equipo para ayudarnos a crecer y mejorar.

La vergüenza se presenta como la crónica en primera persona de un descenso al abismo de la adicción, el relato de un treintañero alcohólico que ve cómo todo se desmorona a su alrededor mientras vive dividido entre la búsqueda de la redención y la perdición definitiva.

Un peculiar viaje existencial por una Bucarest oscura y fantasmal a través del dolor, la toma de conciencia del fracaso vital, la profunda soledad de una vida sin proyecto, los rigores de la desintoxicación y la dificultad de encontrar un nuevo rumbo tras tocar fondo.

Esta novela fue el premiado debut de Cristian Fulaș, una obra inspirada en su propia experiencia personal que relata un peregrinaje a los infiernos. Un texto crudo y sin adornos que alterna diferentes ritmos y registros estilísticos para acompañar el estado de ánimo del protagonista.

«De la tristeza a la desesperación, de la soledad a la vergüenza, nadie sale indemne de esta intensa novela de descomposición y recomposición moral y vital».

Carmen Muşat

«Más allá de las tribulaciones etílicas y desvaríos existenciales, *La vergüenza* es esencialmente un libro sobre literatura. Una literatura que puede o no salvarnos, pero que conduce, si se asume místicamente, a un conocimiento profundo de uno mismo».

Bogdan Crețu, *Ziarul de Iasi*

NOTAS

1 Proposiciones 6.54, 6.55 y 7 del *Tractatus*. Traducción de Jacobo Muñoz e Isidro Reguera (Alianza Editorial, 1989).

2 *La familia Moromete* es una de las novelas más celebradas de la literatura rumana de posguerra y está considerada como la obra cumbre de la narrativa de Marin Preda. Publicado en dos partes entre 1955 y 1967, este imponente fresco social sobre la desintegración del mundo rural en el periodo de entreguerras y de posguerra forma parte del imaginario popular de varias generaciones y ha sido llevado al cine en dos ocasiones.

3 Mihai Eminescu (1850-1889) es el poeta más conocido de las letras rumanas y uno de los máximos representantes del romanticismo tardío a nivel europeo. En Rumanía, su figura se ha convertido con los años en un auténtico símbolo nacional.

4 Referencia a la novela homónima de Mateiu I. Caragiale, *Craii de Curtea-Veche*, que relata las andanzas de un grupo de crápulas bohemios por el centro del Bucarest decadente de finales del siglo xix. Publicada en 1929, constituye uno de los pilares del modernismo literario rumano y una de las obras más emblemáticas del periodo de entreguerras.

5 Rollitos de carne picada asados a la parrilla que gozan de gran popularidad en la gastronomía rumana.

6 La Casa del Pueblo (Casa Poporului) es un edificio de gigantescas proporciones situado en el corazón de Bucarest cuya construcción fue iniciada durante la última década del régimen de Nicolae Ceaușescu siguiendo los preceptos arquitectónicos del realismo socialista. Actualmente alberga ambas cámaras del parlamento rumano.

7 Balada de Ștefan Augustin Doinaș, compuesta originalmente en 1945, que trata de un príncipe obsesionado con dar caza a un jabalí desoyendo los consejos de sus súbditos. El animal terminará embistiéndolo y causándole la Muerte.

8 Protagonista del famoso relato homónimo de corte fantástico de Mihai Eminescu, publicado por vez primera en 1872.

[9] Amigo del protagonista de la celebrada novela de Dieter Noll *Las aventuras de Werner Holt*, publicada en dos partes entre 1960 y 1963, y adaptada al cine en 1965.

[10] Célebre réplica de Macici, compañero de celda del protagonista de *El más amado de los terrícolas* (*Cel mai iubit dintre pământeni*), última novela de Marin Preda, publicada en 1980.

[11] Transliteración de la voz rusa *ðpyz* («amigo»).

[12] Poema popular de ambientación pastoril del que se conocen numerosas versiones, percibido a menudo como una alegoría del sentimiento de aceptación derrotista de la fatalidad tan arraigado en la cultura rumana. El texto narra la historia de un pastor trashumante que, advertido por una de sus ovejas (llamada Mioriţa) de que otros dos pastores planean matarlo, decide aceptar su trágica suerte sin oponer Resistencia.

[13] Alusión al poema de Georg Trakl «Al niño Elis» («An den Knaben Elis»).

[14] Según la tradición popular rumana, la tapa de los ataúdes debe fijarse con clavos con el fin de evitar que los muertos (convertidos en criaturas monstruosas denominadas *strigoi*) salgan de sus tumbas y ataquen a los vivos. Al margen del folklore, existen asimismo motivos científicos para justificar dicha práctica: evitar que los cadáveres, al hincharse durante el proceso de putrefacción, ejerzan presión sobre las juntas de los tablones de madera que componen el ataúd y liberen gases que pudieran transmitir enfermedades.